



HORTENSIA DE CASTRO

CAPITULO I

EN EL BOSQUE

Cuando la emoción que en nuestros corazones había producido la mutua confesión de nuestro amor hubo pasado, y después de hacernos las más ardientes protestas de fidelidad é inalterable correspondencia, Hortensia de Castro y yo nos separamos, no juzgando prudente que nos sorprendieran juntos en aquel claro del bosque, convertido para mí en un paraíso.

Hortensia fué la primera en marcharse, despidiéndose de mí con una frase llena de dulce esperanza.

—Hasta mañana,—me dijo.

Al día siguiente debíamos vernos, y al otro y al otro, reuniéndonos en aquel ameno sitio, para repetirnos nuestros juramentos de amor.

Durante algunos minutos permanecí inmóvil; el tumulto de la pasión triunfante se había calmado en mi alma, sustituyéndole el apacible sosiego de una completa satisfacción: los más fervientes anhelos de mi corazón estaban realizados.

El mundo exterior se hallaba en armonía con mi espíritu; todo cuanto me rodeaba me parecía de color de rosa; advertía más frescura en las flores y más suavidad en sus perfumes; el zumbido de las abejas, acudiendo presurosas en seguimiento de su reina, difundía en el aire cierto susurro agradable; la voz de las avejillas resonaba con más dulce melodía; los aras y las palomitas mejicanas saltaban de rama en rama con mayor contento y más gárrula algazara.

Hubiera sido capaz de permanecer en aquel sitio *hasta mañana*, según me dijo Hortensia; pero el deber me llamaba á otra parte, y no podía desoir su voz. Con todo, ya el sol, próximo á su ocaso, lanzaba oblicuamente sus purpúreos rayos por la pradera, cuando espoleé á mi caballo, y volví á penetrar en el sombrío follaje de las mimosas.

Absorto por completo en mi felicidad, no pensaba en otra cosa. No advertía senda ni vereda alguna por allí. Si hubiese dejado que mi caballo se guiase por su instinto, era muy probable que hubiera seguido el buen camino; mas, en medio de mi ensimismamiento, hube tal vez de tirar de las riendas á uno ú otro lado, y le desvié de la verdadera dirección. Ello fué que al

cabo de algún tiempo me encontré en medio de un espeso bosque, sin el menor rastro que me sirviera de guía y sin saber por dónde iba. Mejor dicho: sabía que no iba por el buen camino; pues, de lo contrario, hubiera llegado tiempo hacía á las alamedas que rodean el pueblo.

Sin detenerme á reflexionar más, volví las riendas hacia el lado opuesto, y recorrí cierto espacio sin encontrar el menor sendero, lo cual aumentó mi incertidumbre, y me obligó á retroceder de nuevo, pero infructuosamente también.

Halléme en una llanura poblada de árboles, y no divisé ningún camino para salir de ella, pues la vista estaba interceptada por todas partes. Me había extraviado completamente.

Si el día no hubiese estado tan adelantado, aquel accidente no me habría importado mucho; pero ya se había puesto el sol y reinaba la obscuridad entre los árboles. De allí á pocos minutos sería enteramente de noche, y era muy probable que tendría que pasarla en el bosque. Quedábame el recurso de matar algunas horas haciendo halagüeñas reflexiones sobre los sucesos de aquel grato día; podía entregarme á ensueños de color de rosa; pero, ¡ah!, el alma se entristece bajo la influencia del cuerpo. La parte moral ha de doblegarse irremisiblemente bajo la física, y el amor más puro tiene que sucumbir ante el aguijón del vulgar apetito.

Desde luego empecé á augurar mal de la noche, al ver cómo se presentaba. Tendría demasiado hambre para dedicarme á mis amorosos pensamientos, y demasiado frío para dormir ó soñar. Además, las gruesas y pesadas gotas que desprendían las nubes me calarían probablemente hasta los huesos.

Tras otra tentativa inútil para encontrar una senda, detuve mi caballo y me puse á escuchar; pues como ya no veía, quería probar, al menos, si los oídos me servían de algo. Al poco rato llegó hasta mí la detonación de una carabina, y me pareció que el tiro salía del bosque y de unos cien pies de distancia.

Reflexionando que me hallaba en país enemigo, hubiera podido alarmarme al oír aquel sonido harto conocido; pero el golpe seco de la detonación me demostró que el arma que habían disparado era una carabina de caza, y ningún mejicano manejaba un fusil de esta clase.

Además, inmediatamente después del disparo, oí un ruido sordo, como el de un cuerpo pesado, precipitado desde una altura. Yo era bastante cazador para desconocer ruidos de esta naturaleza, y, de consiguiente, supuse que aquél procedía de un animal, ya fuese ave ó cuadrúpedo, que debió caer de un árbol. La persona que había disparado era, sin duda, un americano, ya que únicamente tres ó cuatro de mis voluntarios usaban carabinas de caza, arma muy diferente del fusil de ordenanza: eran antiguos hijos de los bosques que habían tenido este capricho, y bien podía ser aquél uno de ellos.

Sin vacilar, lancé mi caballo hacia aquel

lado, corriendo tanto como me lo permitía la espesura del bosque. Durante largo rato avancé así sin detenerme, y tanto, que ya debía haber pasado más allá del sitio donde habían disparado; pero no vi á nadie. Iba ya á detenerme de nuevo, cuando oí á mis espaldas una voz muy conocida que gritaba:

—¡Por el valle de Josafat! ¡Si es nuestro joven amigo el capitán!

Volvíme y vi á mis camaradas los cazadores que salían de las malezas, donde se habían ocultado prudentemente al oír los pasos de mi caballo, permaneciendo allí hasta que pasé de largo. Rube iba cargado con un enorme pavo, y Garey con algunos cuartos de gamo.

—Parece que habéis ido en busca de provisiones con bastante buen resultado, — les dije cuando estuvieron cerca de mí.

—Sí, capitán, — respondió Garey; — no careceremos de raciones, lo cual no quiere decir que los soldados de V. no nos hayan ofrecido de comer; pero ya sabe V. que no podíamos aceptar, porque habíamos prometido buscar por otra parte nuestra pitanza.

—Así es, ¡voto á sanes! — añadió Rube. — Somos montañeses independientes, y no queremos tampoco ser gravosos á nadie.

—Además, capitán, hablando francamente, la cocina de Vds. no me parece bien provista. Si quiere V. aceptar este pavo y un buen trozo de venado, todavía quedará bastante para nosotros. ¿No te parece, vejete?

—Sí, — respondió Rube lacónicamente.

Yo me encontraba en las mejores disposiciones para aceptar la oferta de los dos cazadores; pues, si he de decir la verdad, la cantina del pueblo no se distinguía por la excelencia de sus manjares. Acepté, pues, los víveres, y en seguida nos pusimos los tres en marcha. Con los cazadores estaba seguro de encontrar mi camino, aparte de que ellos regresaban también á su alojamiento, pues desde el mediodía se hallaban en el bosque y habían dejado sus caballos en la ranchería.

Luego de recorrer como cosa de media milla entre los árboles, salimos á un camino sumamente estrecho. Una vez allí, mis compañeros, tan poco familiarizados como yo con aquel terreno, se vieron á su vez perplejos, sin saber qué dirección tomar. Estaba la noche oscura como boca de lobo, pero, como en la anterior, brillaban á intervalos los relámpagos. En cambio, hubo la desagradable novedad de que se puso á llover como si se hubieran abierto las cataratas del cielo, y estábamos ya hechos una sopa.

En el momento en que brilló un relámpago vi que Rube se bajaba, como si quisiera examinar las huellas que había en el camino, y observé que éstas consistían en profundos surcos, hechos, seguramente, por las ruedas macizas de una carreta. En menos tiempo del que se necesitaría para leer la dirección del camino en un poste indicador, Rube se enderezó exclamando:

—¡Ajá! Por aquí es.

Y echó á andar sin vacilación alguna.

Curioso yo de saber cómo se había cerciorado del camino, se lo pregunté.

—Es muy sencillo,—me dijo.—Esa huella es la de una carreta mejicana, y todos los que han visto alguna saben que no tienen más que dos ruedas. Pero aquí hay cuatro surcos, y, por consiguiente, la carreta ha vuelto por el mismo camino, pues he visto que era el mismo par de ruedas el que ha pasado de nuevo por aquí. Ahora, lo racional es pensar que la huella de regreso conduce á las casas.

—Pero ¿cómo puede V. distinguir cuál es la huella de regreso?

—Tan fácil es eso como beberse un vaso de vino: porque es la más reciente de las dos.

Seguí andando en silencio, asombrado del singular instinto de mi guía, y poco después oí la voz de Rube, que se había adelantado algunos pasos.

—Creo que conozco el camino sin necesidad de fijarme en la huella de las ruedas,—dijo;—veo por aquí indicios más seguros.

—¿Qué indicios son éstos?—le pregunté.

—El agua,—replicó.—¿No oye V.?

Presté oído y percibí claramente el rumor de un arroyo que bajaba por un cauce abrupto y pedregoso.

—Sí, oigo; mas ¿cómo va á guiarse V. por el agua?

—Ese es un riachuelo formado por la lluvia; no hay más que seguirle en su curso descendente, y llegaremos al río donde desemboca. Una vez allí, respondo de que encontraremos pronto nuestro camino. Pero ¿qué condenada lluvia! Estoy calado hasta los huesos.

El riachuelo seguía la misma dirección que llevábamos. Poco después le vimos salir bruscamente de entre la maleza, atravesar el sendero y alejarse de él formando de pronto un ángulo agudo. Sin embargo, al cruzar aquel torrente tan poco antes engrosado, pudimos advertir que su curso seguía en general la misma dirección que nuestro camino, y que nos conduciría, indudablemente, al río. Así sucedió. Al cabo de media milla salimos del bosque y encontramos la carretera que iba á parar á la ranchería.

Apretamos el paso, y á los pocos minutos llegamos á las afueras del pueblo, donde creíamos poder guarecernos en seguida, cuando nos detuvo á los tres el grito imperioso de un centinela.

—¿Quién vive?

—¡Amigos!—respondí.—Somos nosotros, Quackenboss.

Había conocido la voz del soldado botánico, y á la luz de un relámpago le ví de pie contra el tronco de un árbol.

—¡Alto! ¡Venga el santo y seña!

Tal fué la respuesta que dió con acento firme y resuelto. Lo malo era que no sabía cuál era el santo y seña. Cuando salí del pueblo, ni siquiera se me había ocurrido tomarlo, y entonces empecé á temer un percance. Con todo, quise poner á prueba al centinela.

—No hemos tomado el santo y seña,—contesté;—pero soy yo, Quackenboss, soy...

Y le dije mi nombre y empleo.

—Nada tengo que ver con eso,—me respondió con cierto desabrimiento.—No se pasa sin dar el santo y seña.

—Pero, majadero, ¿si es tu capitán!—gritó Rube con malhumorado acento.

—Será posible,—replicó el imperturbable centinela;—pero no pasa.

Entonces comprendí que nos encontrábamos en una situación algo apurada.

—Llama al cabo de guardia ó á uno de los dos tenientes,—dije al testarudo botánico, pensando que así obviaría más pronto la dificultad.

—No tengo para qué llamar á nadie,—respondió entre dientes Quackenboss.

—Pues, entonces, iré yo,—exclamó resueltamente Garey.

El joven cazador creía, en su candidez, que no había motivo para que él no pudiese llevar el aviso al alojamiento, y al decir estas palabras dió dos ó tres pasos hacia el centinela. Pero al punto mi buen Quackenboss gritó con voz estentórea:

—¡Atrás! ¡Atrás! Si das otro paso, te pego un tiro.

—¿Qué? ¿Qué?—vociferó Rube, dando un salto.—¡Por el valle de Josafat! ¿Te atreverás á dispararlo? Pues yo te aseguro, pedazo de bárbaro, que como llegues á soltar el tiro has acabado ya de comer pan. ¡Ea! ¡Tira si te atreves!

Y Rube se puso en guardia, levantando su carabina hasta la altura de su hombro y amenazando levantarla más aún. Precisamente en tan crítico momento brillaron algunos relámpagos, á cuyo fulgor pude ver que el centinela apuntaba también su arma. Conocía yo demasiado su buena puntería para no alarmarme por el resultado de esta colisión, y, esforzando la voz cuanto me fué posible, grité:

—¡Alto, Quackenboss! ¡No tires! Esperaremos que venga alguien.

Y al mismo tiempo cogí del brazo á mis dos compañeros, obligándolos á retroceder.

Ya fuese el efecto producido por el imperioso acento de mi voz, que el soldado había oído ya, ó bien porque al rápido resplandor de los relámpagos hubiese conocido mis facciones, lo cierto fué que le ví bajar el arma antes que volviese á reinar la obscuridad, lo cual me tranquilizó; pero siguió negándose con obstinación á dejarnos pasar.

Convencido de que era inútil gastar más palabras, que no podían conducir más que á un cambio de cumplimientos poco escogidos entre Quackenboss y mis dos compañeros, después de esforzarme en apaciguarlos, aguardé tranquilo á que la casualidad hiciese que pareciera por allí alguno de los individuos de la guardia.

Afortunadamente, uno de los soldados, que iría á tomar el aguardiente, pasó en dirección de la plaza del pueblo. Quackenboss accedió á llamarlo, y cuando pude convencer á mi hombre, logré que mandara presentarse al cabo de guardia. La llegada de éste puso término á

aquel tropiezo, y, al fin, pudimos entrar en la plaza del pueblo sin otro obstáculo; mas, al pasar junto al impertérrito centinela, oí que Ru-be le decía á media voz:

—¡Maldita sea tu estampa! Si te pudiese co-ger en la pradera, ya verías lo que te pasaba.

CAPITULO II

DESPEDIDA

Pasaron hasta quince días consagrados á nuestro puro é inalterable amor. ¡Cuán rápi-dos fueron aquellos felices momentos transcu-rridos en lo profundo del bosque, oyendo los amorosos trinos de las avecillas, aspirando el perfumado aroma de las flores, mientras nos prodigábamos las cariñosas frases que nuestra pasión nos dictaba, cobijados bajo las verdes ramas de los mirtos, de las mimosas y de los variadísimos árboles que crecen en las fértiles tierras de Anahuac!

Es cierto que experimentábamos algunos momentos de tristeza; pero éstos eran pasaje-ros, y tal vez servían para evitar que nos has-tiara el exceso de la dicha, si semejante cosa hubiera sido posible. Además, el efecto de estos sinsabores transitorios quedaba neutralizado por la seguridad de poder reunirnos al día si-guiente, y nunca nos separábamos sin prome-térnoslo así. Por la mañana, nos decíamos: *Hasta la tarde*, y por la tarde nuestras últi-mas palabras eran: *Hasta mañana por la ma-ñana*.

Si en esto había algo de monótono, era una monotonía de que mi corazón no se cansaba, una verdadera embriaguez que yo habría po-dido soportar toda mi vida. No, no es posible hastiarse en tan gratas realidades. ¡Ah! ¿Por qué no nos ha de ser permitido gustarlas siem-pre? ¿Por qué tanta ventura debía tener un término?

Así fué. Llegó un momento en que ya no pu-dieron pronunciar nuestros labios, al separar-nos, las placenteras frases de: *Hasta la tarde* ó *Hasta mañana*: debíamos dejar de vernos por un tiempo indefinido, semanas, meses, años tal vez; en fin, *hasta que se acabara la guerra*.

Yo, pobre aventurero, no podía, no me atre-vía á aspirar á la mano de aquella rica here-dera. Sin embargo, por más que mi fortuna no llegara nunca á igualarse á la suya, la fama equivale á las riquezas, y la gloria puede muy bien competir con la hermosura. Yo tenía conciencia de estar dotado de alguna capaci-dad, de un corazón lleno de atrevidas aspira-ciones; sabía que llevaba al costado una tajan-te espada; que tenía abierta á mi ambición una carrera honrosa; que podía volver con una insignia de distinción en el hombro y un títu-lo más sonoro ante mi nombre, y entonces...

Sin embargo, ¡nuestra separación fué muy triste!

¡A cuán ruda prueba me ví sometido cuando escuché, sin poder acceder á ellas, las vivas instancias que Hortensia me hizo para que me

quedara! ¡Cuán violento fué para mí tener que desprenderme de sus cariñosos brazos! ¡Cómo se me desgarró el corazón al darle el último adiós!

Nos juramos eterna fe en aquel mismo sitio del bosque que había escuchado nuestras pri-meras confidencias, en el que nos habíamos prometido tantas veces amarnos, pero nunca tan tristemente como entonces, entre lágrimas y sollozos.

Cuando Hortensia desapareció tras el follaje que la ocultaba á mi vista, creí que el sol aca-baba de eclipsarse de repente. No pude perma-necer allí más tiempo, aunque de buen grado me habría quedado horas enteras en aquel templo de nuestros amores, pues el deber, ese señor imperioso y severo, me llamaba fuera de allí. El sol iba ya para su ocaso, y al despun-tar el alba del siguiente día tenía que poner-me en marcha con mi tropa.

Ya me disponía á encaminar mi caballo ha-cia el sendero que á la sazón conocía tan bien. Hortensia había descendido de la colina por el lado opuesto, por otra vereda que conducía más directamente á la hacienda. Habíamos adoptado por precaución este modo de sepa-rarnos, así como veníamos por un camino di-ferente para reunirnos, sin que jamás hubiéra-mos encontrado un ser humano en aquella agreste región del cerro, pues hasta llegar al pueblo no había ninguna vivienda, y los va-queros no solían pasar de allí; de suerte que nuestro punto de reunión había permanecido secreto (al menos así lo creía) y procedíamos sin mucho temor, y aun tal vez sin la necesar-ia prudencia. Cada vez teníamos más confian-za en nuestra seguridad, y tanta, que, cegados por el amor, concluimos por tomar menos pre-cauciones para ocultar nuestras diarias entre-vistas.

Hasta aquel último día por la mañana no llegó á mí la noticia de que se había transluci-do nuestro secreto, y de que los habitantes de la rancharía no estaban tan ignorantes de él como nosotros presumíamos. Osborne fué el que me lo hizo saber así, por habérselo dicho Conchita. Al darme esta noticia, el teniente añadió un consejo amistoso, poniéndome en guardia contra la imprudencia de alejarme del pueblo sin que alguien me acompañara.

Sin duda, de haber tenido que continuar allí, habría hecho más caso de esta adverten-cia; pero como la cita de aquel día debía ser la última para mucho tiempo, en mi corazón no cabía más que la tristeza causada por la pers-pectiva de tan amargo adiós. Prefería, pues, ir solo, sin temor á que me sorprendiera nin-gún enemigo en aquella parte del bosque.

No se tenía ninguna noticia del paradero de Ijurra; nadie le había visto desde la noche de la escaramuza, y en virtud de algunos infor-mes verídicos supimos que había reunido su partida á la guerrilla del célebre Canales, que operaba á la sazón en el camino de Camargo á Monterey. Si Ijurra no hubiera puesto tierra de por me lio, de seguro que no habría podido sustraerse á las insistentes pesquisas de Per-

kins y los voluntarios, que estaban alerta noche y día, esperando apoderarse de él.

Ya me disponía á volverme para echar á andar por mi antiguo sendero, cuando sentí un nuevo impulso de ternura, un vivo deseo de ver otra vez á mi adorada, que debía estar de regreso á la hacienda. Yo pasaría muy cerca de la casa y quizás la vería en la azotea. Tal vez distinguiría desde lejos una mirada, un ademán suyo, y acaso llegaría á mis oídos una nueva frase de despedida llevada en alas de la brisa.

Mi caballo pareció adivinar mis deseos, y, sin esperar más, se metió por el sendero por donde se había marchado Hortensia. En breve llegué al pie de la eminencia, y, entrando en un frondoso talar, atravesé un bosque semejante al que se extendía al otro lado de la colina. Allí no había senda alguna, pero fácilmente podían seguirse las huellas del caballo blanco, y me guíé por ellas para seguir avanzando.

Aún no habría andado quinientos pasos, cuando oí rumor de voces al través del bosque, precisamente enfrente de mí y, según pude juzgar, á corta distancia. Los muchos años que llevaba viviendo en las fronteras me habían dotado de una prudencia intuitiva muy parecida al instinto, y, como si obedeciera á un impulso maquinal, me detuve y me puse á escuchar con atención.

Era una mujer la que hablaba, y al punto conocí su voz, pues no había más que una en el mundo cuyo timbre fuese tan argentino. Haréto la recordaba, por resonar todavía en mis oídos y vibrar en el fondo de mi corazón la frase dulce y triste á la vez con que me dirigió su última despedida.

Calló, al fin, y entonces escuché con afanosa ansiedad para oír la voz que debía contestarle. Naturalmente, esperaba yo que esta voz fuese la de un hombre, pero no la del que le respondió: aquella voz era la de Rafael Ijurra.

CAPITULO III

EN ACECHO

Si: era la voz de Ijurra; la conocía demasiado, por haberseme quedado muy presente el día en que oí desde la meseta su verdadero acento español, lleno, sonoro y armonioso, que no olvidaré jamás.

Apoderóse de mí una sensación inexplicable. A decir verdad, no era de celos, porque tenía demasiada confianza para estar celoso, y, sin embargo (lo confieso con vergüenza), lo que sentía se parecía mucho á ellos. A pesar de cuanto acababa de pasar, á pesar de los suspiros, lágrimas y juramentos de Hortensia, estaba celoso de Ijurra.

Sin embargo, debo decir en mi obsequio que este odioso pensamiento no duró sino un instante. Verdad es que no debo alegar en mi favor la circunstancia que me hizo desecharlo; pues, aun cuando el dardo emponzoñado de los celos sólo me hizo sentir su abrasador efecto algunos segundos, no dejé de ceder durante

tan corto período á sus diabólicas excitaciones.

Apeéme lo más silenciosamente que pude, y luego, arrastrándome con la cautela del jaguar, me fuí acercando á los dos interlocutores.

Mi caballo, acostumbrado á este modo de proceder, permaneció quieto en el sitio donde desmonté, sin cuidar de dejarlo atado á ninguna parte, pues estaba seguro de que no descubriría, relinchando, mi presencia en aquel sitio. Me adelanté muy quedo, separando las ramas con la mayor precaución. El follaje de los árboles me ocultaba á la vista, formando una cortina á través de la cual nadie podía advertir la llegada de un importuno. Poco después llegué á corta distancia de Hortensia y su primo.

La primera continuaba á caballo; Ijurra estaba en pie junto al estribo, con una mano en el pomo de la silla y sujetando con la otra las riendas.

Hasta entonces, mi corazón había latido con penosa angustia; pero la actitud de mi rival y su aspecto lleno de turbación y de cólera produjeron una reacción en mis ideas. Comprendí que aquel encuentro era puramente casual, al menos por parte de Hortensia, la cual estaba allí detenida á la fuerza. No podía ver su rostro, que tenía vuelto hacia Ijurra; pero su voz llegaba hasta mí, dándome á entender, por su entonación, que le hablaba con marcado mal humor. Aquellos acentos halagaban entonces mis oídos mucho más que la melodía más deliciosa.

Aún no había logrado sorprender nada de lo que ambos trataban, pues los violentos latidos de mi corazón, el ruido de las hojas al pisarlas y el de las ramas al desviarlas para abrirme paso, me impidieron oír lo que decían; pero estos diferentes ruidos cesaron cuando llegué bastante cerca para poder observar á mi gusto; y, aunque me detuve á unos cincuenta pasos del sitio donde los dos se hallaban, no perdí ni una palabra de su conversación, gracias al tono elevado con que pronunciaban sus frases.

—Es decir, que ¿te niegas?

Ijurra era el que hacía esta pregunta.

—Me he negado ya otra vez, y tu conducta no ha sido la más á propósito para hacerme variar de pensamiento.

—Mi conducta no tiene nada que ver con eso. Otros son los motivos á que obedeces, Hortensia. No creas que soy tan tonto: conozco tu secreto. Sé que amas á ese *gringo*, á ese capitán yanke.

—Suponiendo que así sea, eso es cuenta mía. Además, no trataré de ocultarlo: le amo, sí, le amo.

En los ojos de Ijurra brilló un relámpago de cólera; se le pusieron cárdenos los labios y rechinó los dientes. Con todo, hizo un esfuerzo para contener la explosión de su rabia.

—Y ¿piensas casarte con él?—preguntó, procurando moderar su voz.

—Sí,—replicó Hortensia con resolución.

—¡Voto á todos los santos! ¡Eso no será!

—Y ¿quién ha de impedirlo?

—¡Yo!

—¡Ja, ja, ja! No digas tonterías.

—Eres muy dueña de amarle, poco me importa; pero casarte con él... ¡jamás, jamás!

—¿De veras?

—¡Te lo juro!

—Suprime los juramentos, primo: eres demasiado perjuro.

—Escúchame, Hortensia, —añadió Ijurra, fuera de sí;—escúchame atenta. He de decirte algo que tal vez no te guste tanto...

—¡Oh! Tú no puedes decirme nada que me guste; pero, en fin, te escucho.

—Bien. Ante todo, mira ciertos documentos que tienen relación contigo y con tu padre.

Desde mi escondite ví que sacaba del bolsillo de su chaqueta unos papeles, que desdobló, enseñándoselos a la joven. Luego añadió:

—Este es un salvoconducto dado por el general en jefe del ejército americano á favor de D.^a Hortensia de Castro. Quizás lo hayas visto ya, ¿eh? Este otro es una carta de D. Pedro de Castro al comisario general del mismo ejército; carta incluida en otra dirigida por el mismo funcionario á dicho filibustero... ¡Magnífica prueba de traición, como comprenderás!

—Bien. ¿Y qué?

—¿Bien? No tanto como te figuras. ¿Crees acaso que el general Santana, jefe actual de nuestra república, no sabe castigar como se merecen á los traidores que han escrito estas cartas? ¡Caramba! Tan luego como yo enseñara á Su Excelencia estos documentos, me daría orden de prenderos á tu padre y á tí. Más aún: la proscripción traería consigo la confiscación de vuestros bienes, que entonces serían míos; sí, míos.

Y el infame se detuvo, como si esperase una respuesta.

Hortensia guardaba silencio. No pude ver su rostro para adivinar el efecto de estas palabras; pero supuse que aquella amenaza la había aterrado. Ijurra prosiguió:

—Ahora, ya puedes comprender mejor tu posición. Consiente en ser mi mujer y haré en seguida pedazos estos papeles.

—¡Jamás!—contestó Hortensia con una resolución que halagó mis oídos.

—¿Jamás?—replicó Ijurra.—Pues teme las consecuencias de tu negativa. Fácil me será conseguir la orden de prenderos; y cuando el país esté purgado de esa horda de bandidos, vuestras haciendas serán mías.

—¡Ja, ja, ja!—exclamó Hortensia, riéndose con desdén.—Te equivocas, Rafael. No ves más allá de tus narices. Olvidas, sin duda, que las posesiones de mi padre están situadas en la orilla tejana de Río Grande; y antes que el país quede limpio de esa horda de bandidos, como los llamas, habrán convertido ese río en su frontera. ¿Quién podrá entonces confiscarnos los bienes? Me parece que no seréis tú ni tu cobarde amo. ¡Ja, ja, ja!

Esta contestación redobló la cólera de Ijurra, por comprender que lo que acababa de decirle Hortensia era muy probable. Se puso pálido, y, al fin, perdió todo dominio sobre sí mismo.

—Aun en ese caso,—gritó lanzando un voto,—aun en ese caso, no heredarás nunca esas tierras. Escucha, Hortensia; oye otro secreto: sabe que no eres hija legítima de D. Pedro.

La altiva joven se estremeció al oír estas palabras, que debieron hierirla profundamente.

—Tengo pruebas de lo que aseguro,—prosiguió Ijurra;—y aunque los Estados Unidos venzan á Méjico, sus leyes no podrán legitimarte. ¡No: no eres la heredera de la hacienda de Castro!

Hortensia continuaba silenciosa é inmóvil sobre su caballo; pero por la agitación de su seno adivinaba yo la tempestad que rugía en su alma. Su pérfido primo prosiguió:

—Ahora puedes conocer cuál era mi desinterés al ofrecerte mi mano, sobre todo teniendo presente que nunca te he amado, y que si te lo he dicho así, mentía.

El miserable jamás había dicho una mentira tan grande como aquella, porque en su rostro se conocía la falsedad de sus palabras, que no eran sino manifestaciones de despecho. En sus ojos leía yo la inequívoca pasión de los celos que le abrasaba. Por grosero que fuese su amor, estaba prendado de Hortensia.

—¡Amarte yo! ¡Yo, siendo, como eres, hija de una india!

Habíase colmado la medida. La pobre joven no pudo aguantar más: el insulto era intolerable.

—¡Infame!—exclamó con mal comprimida irritación.—¡Quítate de mi presencia!

—Aún no,—replicó Ijurra, sujetando con más fuerza las riendas del caballo.—Todavía tengo algo más que decirte.

—¡Villano! ¡Suelta esas riendas!

—No las soltaré si no me prometes, si no me juras antes...

—¡Aparta, ó te atravieso el corazón de un balazo!

Me precipité fuera de la espesura, lanzándome en socorro de Hortensia. Entonces la ví levantar el brazo, teniendo en la mano un objeto brillante: era una pistola que asestaba contra Ijurra. Este conocía, sin duda, el carácter resuelto de su prima, porque la amenaza surtió efecto inmediatamente: el miserable soltó las riendas y dió un paso atrás.

Apenas quedaron libres las bridas, cuando el caballo blanco, estimulado por la espuela, dió un salto hacia adelante, y á los pocos segundos él y la gallarda joven desaparecieron entre los árboles.

Era demasiado tarde para que yo desempeñase el papel de caballero andante. La dama no tenía ya necesidad de mi socorro. No me vió ni me oyó; y en el momento en que llegué al lugar del suceso se la había perdido de vista, quedando solo Ijurra.

CAPITULO IV

SOCORRO Á TIEMPO

Ijurra estaba vuelto de espaldas á mí, pues seguía mirando hacia donde acababa de des-

aparecer Hortensia. La había seguido con la vista, exhalando un grito de impotente rabia y amenazándola con la venganza que le dictaban sus malvados instintos. El sonido de su propia voz le impidió oír la mía, y no advirtió mi presencia hasta que estuve á tres pasos de él. Llevaba yo la espada desenvainada y le tenía enteramente en mi poder. Por feliz poder darse en aquel momento con tener que habérselas con un caballero, pues otro, en mi lugar, se habría valido de tan oportuna ocasión para tenderle sin vida á sus pies.

Sin embargo, he de confesar que pasé por una prueba muy violenta antes de decidirme á portarme noblemente con aquel malvado. Estaba allí, á mi merced, un cobarde que había atentado contra mi vida, un enemigo mortal, tanto para mí como para la mujer á quien amaba; un miserable perjurio, un asesino que no tenía derecho para reclamar las leyes del honor, y, por consiguiente, repito que falté poco para que le castigara cual merecía. Pero este impulso fué muy rápido, pues la idea de obrar traidoramente me repugnaba. Di un paso más, y, tocándole ligeramente en el hombro, pronuncié su nombre: era el primer indicio que de mi presencia tenía. Así fué que se estremeció como si le hubiera herido una bala, y se volvió hacia mí.

Al arrebatado color que á su rostro comunicaba la cólera sucedió una palidez mortal, y sus ojos me miraron de ese modo fijo y particular que indica el temor del peligro. Bien es verdad que harto debía presentirlo, pues sin tener en cuenta la sorpresa que le causé, mi mirada resuelta y mi espada desnuda debían forzosamente producirle semejante efecto.

Era aquélla la primera vez que nos encontramos frente á frente, y entonces pude ver que era un hombre bastante más alto que yo; pero también advertí que sus ojos vacilaban y sus labios temblaban á mi aspecto. Comprendí que estaba aterrado, que le dominaba completamente.

—¿Es V. Rafael Ijurra?—le dije de nuevo, al ver que no contestaba á mi primera pregunta.

—Sí, señor,—me contestó con cierta vacilación.—¿Qué desea V.?

—Tiene V. ahí,—le dije señalando los papeles que aún conservaba en la mano,—ciertos documentos que en parte me pertenecen. Hágame V. el favor de entregármelos.

—¿Es V. el capitán Warfield?—me preguntó después de una ligera pausa y examinando, al parecer, el sobre de la carta del comisario.

Advertí que sus dedos temblaban.

—Sí: yo soy el capitán Warfield. Ya debería V. saberlo,—respondí.

Sin hacer alto en esta insinuación, replicó:

—Es muy cierto que aquí hay una carta dirigida á V. La he encontrado en el camino y tengo mucho gusto en devolvérsela.

Así diciendo, me entregó la carta del comisario, pero quedándose con los otros documentos.

—Creo que había otra carta dentro de ésta. Sí: veo que la tiene V. en la mano, y supongo

que también tendrá mucho gusto en entregármela.

—¡Ah! ¿Una esquila firmada por D. Pedro de Castro? ¿Estaba bajo el mismo sobre?

—Precisamente; y, por lo tanto, forma parte integrante de la carta.

—Es verdad. Tómela V., caballero.

—Todavía queda en poder de V. otro documento. Ese salvoconducto americano, otorgado á cierta dama, ¿no le pertenece á V., señor Ijurra! Le ruego que tenga la bondad de dármele, porque desearía enviárselo á su legítima dueña.

Rafael Ijurra echó una rápida ojeada á derecha é izquierda con inequívocas muestras de querer escaparse; pero yo le miraba sin pestañear, y vió que mi mano estaba dispuesta á herirle.

—Es verdad: tengo aquí un pasaporte.—respondió después de un momento de silencio y con forzada sonrisa.—Es un documento sin ningún valor para mí. Disponga V. de él, capitán.

Y me entregó el papel en cuestión.

Doblé entonces los preciosos documentos, me los guardé en el bolsillo, y, tomando en seguida una actitud agresiva, grité á mi adversario que se pusiera en guardia.

Ya había observado que llevaba una espada, la única arma, al parecer, que tenía en aquel momento, lo mismo que yo: pero la mía era muy ligera, mucho más que la de mi antagonista. Con todo, yo tenía en ella una entera confianza, y, por otra parte, me daba muy poco cuidado una lucha con semejante adversario: ni me inspiraba temor su acero más pesado, ni la superioridad de su estatura.

Con gran sorpresa mía, Ijurra vaciló en aceptar el combate.

—¡Es menester que se bata V. conmigo!—le dije imperiosamente.—Uno de los dos ha de morir aquí. Si no se defiende V., estoy resuelto á pasarle de parte á parte con mi espada. ¡Cobarde! ¿Preferirá V. que le mate indefenso?

Este insulto no le dió el ánimo que le faltaba. Temblaban sus labios, sus azorados ojos buscaban una salida para emprender la fuga, y estoy seguro de que si hubiese tenido la más leve esperanza de escapar habría vuelto la espalda en aquel mismo momento para echar á correr con toda la ligereza de sus piernas.

De pronto ví con sorpresa que aquel hombre pusilánime se revestía de un imprevisto valor, y, empuñando la espada con todo el ánimo de un hombre resuelto, la desenvainó ruidosamente. Parecía haber desechado repentinamente su repugnancia á batirse. ¿Habría juzgado mal á aquel hombre ó obedecía su resolución á un arranque de desesperación? Ya no tenía el aspecto abatido: en sus ojos brillaban el furor y la sed de venganza, rechinaba los dientes y lanzaba horribles juramentos.

Cruzáronse nuestros aceros, despidiendo chispas al chocar uno con otro, y el duelo empezó. Afortunadamente para mí, tuve que dar un paso de lado para esquivar una estocada

de mi adversario; y lo hice tan á tiempo, que aquel movimiento me salvó la vida; pues, al hacer frente á mi antagonista en aquella posición, ví que corrían hacia nosotros dos hombres, sable en mano. Bastóme una mirada para conocer que eran dos guerrilleros. Ya no esta-

Por vez primera me ví apurado, pues tres espadas contra una constituían un combate desigual, y, sin duda alguna, el hombretón de cabellos rojos y su compañero, casi tan corpulento como él, debían ser adversarios más temibles que el cobarde con quien había empe-



Al hacer frente á mi adversario, ví que corrían hacia nosotros dos hombres...

ban más que á diez pasos del teatro de la lucha, é Ijurra debió haberlos visto antes que yo.

Entonces comprendí la causa de su repentina mudanza: la presencia de aquellos hombres le había infundido suficiente valor para empezar el combate, pues calculó el momento preciso en que podían llegar junto á nosotros y atacarme por la espalda.

—¡Hola!—gritó, viendo que yo los había divisado.—¡Zorro! ¡José! ¡Corred! ¡Mueran los yankes! ¡Matad á este pícaro!

zado á batirme. Tuve conciencia del peligro que corría, y me hubiera batido en retirada si hubiese sido posible; pero mi caballo estaba lejos, y los recién llegados venían precisamente por el camino que yo debía llevar para ir á buscarle.

Tampoco podía escapar á pie, pues demasiado sabía que aquellos hombres corrían tanto como los indios, según había tenido ocasión de observar bastantes veces. Además, estaban ya demasiado cerca, y, de volver la espalda al ene-

migo, en breve me habrían alcanzado, derribado y hecho pedazos.

Por otra parte, no tuve tiempo para reflexionar: solamente pude disponer del preciso para dar uno ó dos pasos hacia atrás y quedarme frente á los tres, cruzando en seguida mi espada con las suyas y teniendo que parar los repetidos golpes que me descargaban. No sé á punto fijo lo que pasó en aquella lucha desigual, mezcla confusa de estocadas, en la que causé algunas heridas y las recibí á mi vez, sintiendo que corría la sangre bajo mi ropa y por mi rostro. En breve experimenté una debilidad mortal, y á cada segundo que transcurría aumentaba mi debilidad y disminuía mi vigor.

Ví al *Zorro* que se erguía ante mí con el brazo levantado; su acero había penetrado ya en mi carne, como lo demostraba su punta tinta en sangre, y esta punta iba á caer nuevamente sobre mí, sin duda para rematarme. No me era posible parar su estocada, porque acababa de agotar las escasas fuerzas que me quedaban en librarme de un ataque de *Ijurra*; y al ver la inminencia del peligro comprendí que estaba perdido y lancé un grito de desesperación.

¿Se debió á este grito el que se escapase la amenazadora espada de la mano de mi adversario y que cayese inerte á lo largo del cuerpo el desmesurado brazo levantado para herirme? ¿Fué mi grito causa de la consternación que se pintó de pronto en los lívidos rostros de mis enemigos? Así lo habría pensado si no hubiese oído á mis espaldas un estampido seco que no desconocía, por cierto; si no hubiese visto que, de un tiro, acababan de romperle un brazo al *Zorro*.

Entonces parecióme que despertaba de una horrible pesadilla. Un momento antes luchaba desesperadamente con tres hombres desalmados, y de pronto me dejaban en paz, volvían las espaldas y echaban á correr, como si fiasen su vida á la ligereza de sus piernas. Seguía les con la vista, pero corto trecho, pues á veinte pasos de distancia se metieron en lo más espeso del bosque, donde desaparecieron.

Volví la cabeza en dirección contraria, y ví un hombre que venía corriendo con un fusil en la mano, siendo él, indudablemente, el que había disparado: llevaba un traje mejicano, por lo cual presumí que sería un guerrillero y que me apuntaría á mí con tan poco acierto que hirió á su camarada. En tal creencia estuve algunos momentos, considerando, además, que debía ser más animoso que los tres fugitivos, puesto que seguía avanzando, resuelto, al parecer, á atacarme él solo. Preparéme, pues, á hacer frente á este nuevo enemigo, y empuñé mi espada, enjugándome de paso la sangre que me corría por el rostro.

Hasta que estuvo casi al alcance de mi arma no conocí los dos largos brazos de mono y las torcidas piernas de *Elijah Quackenboss*.

Este, después de hacer fuego, no se entretuvo en volver á cargar, sino que echó á correr con la intención de ponerse á mi lado en aque-

lla lucha cuerpo á cuerpo, á pesar de que no tenía más arma que su fusil descargado; pero en sus manos era un arma formidable, porque *Quackenboss* estaba dotado de una gran fuerza, y hubiera sido capaz de acometer á mis dos últimos agresores si no hubiesen apelado á la fuga. La detonación del fusil les hizo huir como conejos, pues tal vez creerían que acudían fuerzas más considerables, ó quizás también se acordarían de las terribles carabinas de los dos cazadores, y figuraríanse que eran ellos los que acababan de llegar en mi defensa.

La afición de *Quackenboss* á la botánica me había salvado la vida: estaba herborizando en el bosque cuando llegó á sus oídos el rumor de los aceros, y acudió precisamente en el momento en que el *Zorro* iba á asestarme el golpe mortal.

—¡Gracias, *Quackenboss*, gracias! Has llegado muy á tiempo: me has salvado,—dije.

—He errado el tiro, capitán: debí romper el cráneo á ese tunante ó meterle una bala en la barriga: hartó bien librado ha salido.

—No, no: ya es bastante, pues creo que le has roto un brazo.

—Repito que ha sido un tiro perdido. Pero ¿está V. herido, capitán?

—Sí, aunque no mortalmente, según creo. Me siento un poco débil, á causa de la sangre que pierdo. Mi caballo... allí abajo le encontrarás... entre los árboles... allí. Anda, tráeme el caballo... el caballo...

Perdí el conocimiento, y cuando volví en mí, tenía el caballo á mi lado: el botánico me curaba las heridas vendándolas con tiras sacadas de su camisa; estaba descalzo de un pie, y junto á él tenía la bota llena de agua, con la cual me había rociado el pecho y las sienes, y me lavaba el ensangrentado rostro.

Sintiéndome más aliviado, y hasta con las fuerzas necesarias para montar á caballo, me puse en la silla como me fué posible y eché á andar hacia la ranchería, precedido de mi compañero, que se cuidaba de guiar mi caballo. El camino que habíamos tomado nos obligaba á pasar por delante de la hacienda, lo bastante cerca para que desde ella nos viesen; mas como ya era de noche, la obscuridad lo impediría. Así lo deseaba yo entonces, no obstante que poco tiempo antes había bajado de la colina con muy diferente designio. No quería que me vieran por temor de que la lastimosa situación en que iba causara en la hacienda alarmas inútiles. Pero pasamos sin encontrar á nadie en las inmediaciones de la posesión ni en el camino, y poco después entraba en mi cuarto, en casa del alcalde.

CAPITULO V

LA MISIVA

Los incidentes de aquel día me preocupaban hasta el punto de infundirme recelos con respecto á lo porvenir. Sabía que mi amada me sería fiel hasta la muerte, y me avergonzaba de haber dudado de ella, aunque sólo fuese un-

momento. No tenía, pues, la menor inquietud acerca de su lealtad, é hice mentalmente voto de no sospechar de ella jamás.

Lo que entonces me abrumaba era la ansiedad en que me tenía su seguridad personal; ansiedad cada vez más violenta. La reaparición de Ijurra y de su banda (pues no me cabía duda de que sus satélites anduviesen por allí), semejante reaparición, digo, en los momentos en que estábamos abocados á pasar de guarnición á otro punto, tenía algo alarmante. Aquella gente debía conocer el plan de campaña que debía seguir el ejército americano: los rumores de que me había habiaco Osborne eran bastante fundados.

Nuestro nuevo general en jefe, Scott, había llegado al teatro de la guerra, y las tres cuartas partes del ejército de ocupación habían sido designadas para formar el cuerpo expedicionario que debía marchar sobre Veracruz. Como este insaciable general sacaba del país las mejores tropas, teníamos el consueño de saber que los voluntarios formarían parte de aquel cuerpo escogido, aunque muchos de nosotros hubieran preferido quedarse con el bravo veterano que tantas veces nos había conducido á la victoria. Así á lo menos puedo asegurarlo por lo que hacía á Osborne y á mí, y casi me atrevería á incluir también á Perkins, aun cuando los motivos que tenía para permanecer más tiempo á orillas del Río Grande diferían de los nuestros: su amada no era una mujer, sino la venganza, que acariciaba en su mente largo tiempo hacía con una constancia y fidelidad inalterables.

El ejército americano había empezado ya su movimiento; algunos regimientos estaban ya en marcha para Brazos de Santiago y Tampico, donde debían embarcarse para el Sur, y todas las tropas destinadas á este punto habían recibido las órdenes consiguientes. Sin embargo, no se debía dejar desguarnecidas enteramente las provincias de Río Grande; pero el cuerpo que en ellas se dejaba había de reconcentrar sus líneas y evacuar no sólo nuestra avanzada, sino también la ciudad inmediata que había servido por espacio de mucho tiempo de cuartel general á la división. No quedaría ningún destacamento á menos de cincuenta millas de la ranchería, y quizás no volviese á visitar este pueblo aislado ninguna fuerza americana. Tales reflexiones me inspiraban algo más que melancolía.

Era imposible dudar que el enemigo estaba enterado de nuestros movimientos; y por lo que á nosotros en particular atañía, toda la población de las inmediaciones sabía perfectamente que debíamos ponernos en marcha á la mañana siguiente. Ya habíamos observado que los habitantes de la localidad, que no eran ayankados, se mostraban más bruscos é inhospitalarios á medida que se acercaba la hora de nuestra partida: conducta que dió origen á bastantes conflictos y á que corriera la sangre. Se echaban por debajo de las puertas de los vecinos que no nos habían sido hostiles, anónimos groseros con amenazas de proscripción;

el alcalde mismo recibió avisos de esta naturaleza, procedentes quizás de algún envidioso que había visto con enojo la intimidad de Osborne y Conchita, y más adelante supe que se entregaron en propia mano análogas misivas á ciertas personas de mi particular afecto.

Un tanto sobresaltado por esta disposición de los ánimos, y sabiendo por la voz pública que en cada pueblo y aldea por donde pasaba el ejército americano se formaba una *lista negra*, procuré trazarme un plan para la seguridad de Hortensia durante el tiempo que yo estuviese ausente; pero en vano me devanaba los sesos.

Con la remota esperanza de que el villano Ijurra pudiera caer en mis manos, había desatado en su persecución á Perkins al frente de algunos soldados, y esperaba con impaciencia su regreso, absorto en mis pensamientos; pero en su lugar se me presentó Osborne.

—¿Qué sucede, teniente?—le pregunté.

—Nada: este buen muchacho, que desea hablar con V.,—me contestó con una significativa sonrisa, al mismo tiempo que hacía entrar á Cipriano en la habitación.

El muchacho me entregó un billete, que me apresuré á abrir: no contenía más que una verde ramita de enebro y esta sola palabra escrita con lápiz: *Tuya*. Comprendí muy bien lo que aquello significaba. El enebro se llama también *tuya* en aquel país, y esta palabra, con relación á una persona, ya se sabe lo que significa.

—¿No hay nada más?—pregunté al mensajero.

—Nada, señor capitán,—respondió el listo muchacho;—solamente saber si ha llegado V. bien.

Partí en dos pedazos iguales la ramita; coloqué uno de ellos sobre mi corazón, y, besando el otro con entusiasmo, lo metí en un pliego de papel después de escribir en él estas palabras:

¡Tuyo, tuyo hasta la muerte!

Cipriano salió llevándose aquella lacónica despedida.

A media noche regresaban de su batida Perkins y su escolta, sin haber podido adquirir noticias de la guerrilla.

CAPITULO VI

LA PARTIDA

La aurora empezaba á disputar á la luna su supremacía en el cielo, cuando resonó el clarín despertando á los voluntarios. La diosa de la mañana venció en breve, y á su suave y azulada claridad comenzaron á ponerse en movimiento hombres y caballos hasta el momento en que se dejó oír de nuevo el clarín tocando botasillas. Entonces los voluntarios acudieron á formarse en la plaza, preparándose á ponerse en marcha.

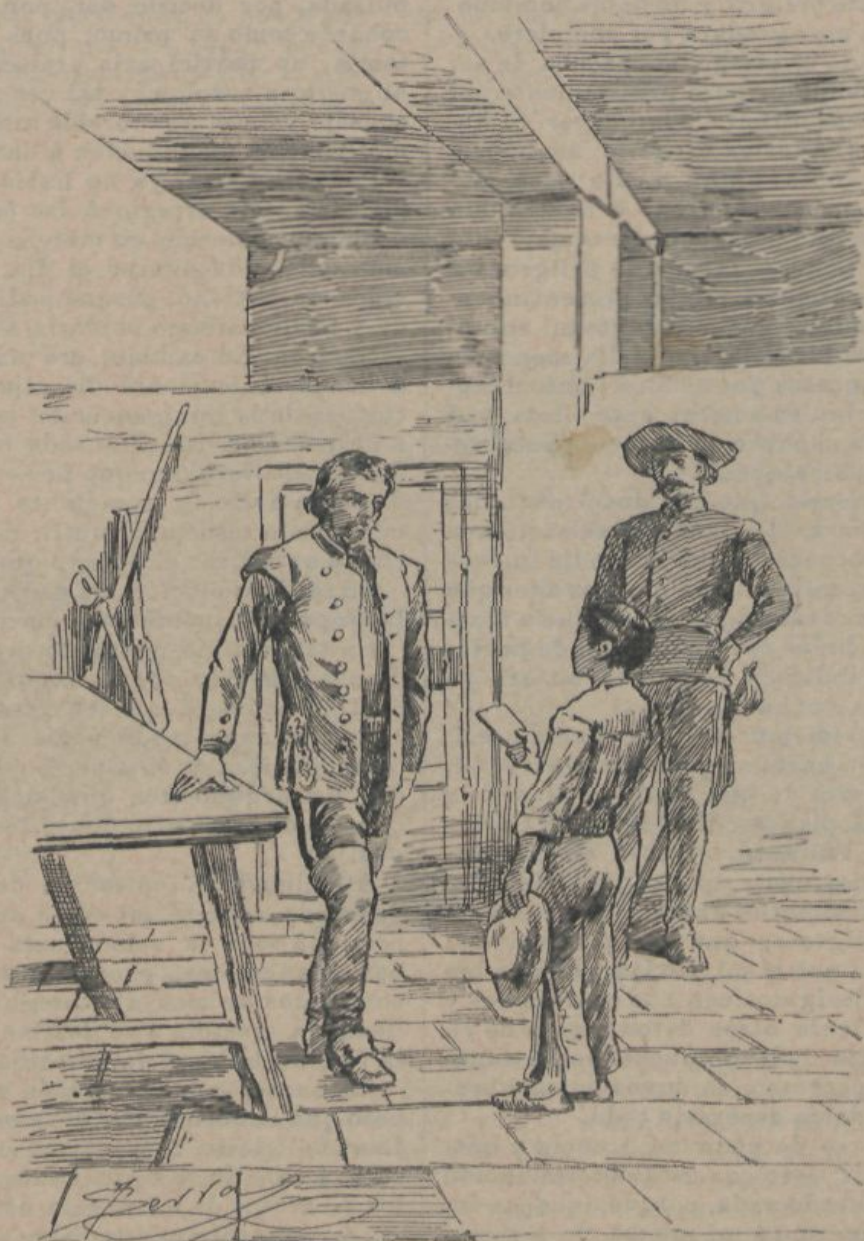
En el centro de la plaza estaba nuestro único furgón con su toldo blanco y su numeroso tiro de mulas; constituía todo el convoy del

cuerpo, y á la vez servía de ambulancia para los enfermos.

El corneta á caballo ya, esperaba mi orden para dar el toque de marcha.

Yo habia subido á mi observatorio favorito, á la azotea. Quizás era aquélla la última vez

caras hostiles asomadas á las puertas ó las ventanas. De vez en cuando pasaba un lépero contoneándose embozado en su manta, para apostarse en alguna callejuela adyacente, desde la cual nos lanzaba hoscas miradas por debajo de las anchas alas de su sombrero. La mayor par-



El muchacho me entregó un billete

que debía poner el pie en ella. Desde allí dirigía mis miradas á la plaza, aunque me daba poco cuidado lo que en ésta pasaba, y tanto, que sólo veía los puntos más salientes de aquel animado cuadro: los caballos piafando, los jinetes atando con las correas sus mantas enrolladas, sus pistolerías y sus maletines; unos á caballo ya; otros de pie junto á sus monturas, y algunos agrupados aún á la puerta de la pulpería, echando el último trago de *mezcal* ó *catalán* con sus conocidos.

Pero era evidente que no dejábamos tan sólo amigos al alejarnos de allí: veíanse también

te de los hombres de esta clase estaban ausentes, ó, mejor dicho, habían ido á engrosar la guerrilla, de lo cual teníamos noticias positivas; pero los pocos que quedaban eran suficientes para producir una desagradable sombra en aquel animado cuadro.

Sin embargo de no haber echado más que una rápida ojeada por aquellas variadas escenas de despedida, pude observar en las facciones de las jóvenes cierta expresión que indicaba otro sentimiento que el disgusto de una separación: el del miedo. Tal vez el estado de mi ánimo exageraba el efecto que producía di-

cho cuadro, pues en aquel instante sostenía una violenta lucha en el fondo de mi alma, y estaba como abrumado bajo el peso de la irresolución. Había pasado toda la noche acosado por una pertinaz idea: la del peligro que amenazaba á la que consideraba ya como esposa mía. Toda la noche estuve echando planes para desviar semejante peligro, y no había combinado ninguno que me agradara por completo.

A decir verdad, el riesgo no pasaba de ser hipotético é indefinido; pero precisamente por esta causa era más difícil de precaver. Si hubiese afectado una forma tangible, me habría sido más fácil adoptar algún medio para evitarlo; pero no, era una sombra, y contra una sombra no sabía qué precauciones tomar.

Por problemático que fuese este peligro, me asustaba, inspirándome tristes presentimientos contra los cuales era impotente mi voluntad. Con toda mi filosofía, no podía menos de creer que «los sucesos que están á punto de sobrevenir proyectan su sombra ante ellos», y, á pesar mío, tenía siempre en la mente estas fatales y proféticas palabras.

Además del recelo que me inspiraban las amenazas de Ijurra, el estado de excitación en que el país se encontraba me infundía nuevos motivos de sobresalto. Hacía muchos años que la discordia destruía aquella provincia fronteriza, víctima de las revoluciones ó de las invasiones de los indios, y la guerra no era ya cosa nueva para sus habitantes.

En medio de semejantes luchas había crecido una linda flor hasta su perfecto desarrollo, teniendo la suerte de que nadie la ajase ó la hollase con sus plantas. Hortensia de Castro era una mujer bastante animosa en circunstancias ordinarias; pero ¿qué podía hacer contra los acontecimientos extraordinarios y en alto grado peligrosos que se preparaban? Aparte de la luz que el mismo Ijurra había hecho sobre sus designios con sus confesiones y amenazas, yo tenía otros datos acerca de él. Perkins me había dado á conocer lo bastante aquel hombre perverso, de cuyos bajos y brutales instintos debía esperar todo.

Tenía el recurso de pedir mi licencia y quedarme en el país; pero con esta determinación no habría adelantado nada, porque, incapaz entonces de protegerme á mí mismo, lo hubiera sido mucho más para defender á los otros, y tan luego como se marchara mi escuadrón no estaría segura mi vida ni siquiera una hora.

Al fin, se me ocurrió una idea practicable: tener otra entrevista con Hortensia y hasta con su padre, para inducirles á marcharse sin demora. Podían ir á San Antonio de Béjar, y, lejos ya de una tierra hostil, vivir en paz y seguros hasta la terminación de la guerra. Me vituperaba á mí mismo por no haberseme ocurrido antes una idea tan feliz. Sin embargo, quizás se tropezaría con una dificultad: la resistencia de D. Pedro. Yo sabía que habían llegado á su noticia mis relaciones con su hija y que no había opuesto á ellas ningún obstáculo; pero ¿cómo convencerle de la necesidad de expatriarse tan precipitadamente? ¿De qué

medios me valdría para persuadirle del peligro que corría y mucho más del origen de este peligro?

La altivez y resolución de Hortensia podían suscitar asimismo otra nueva dificultad: no dejaba yo de recelar que no accediese nunca á salir de aquel modo de la morada paterna, expulsada, por decirlo así, por un hombre tan cobarde como su primo; pues como ella no le temía, no participaría probablemente de mi angustiosa zozobra, y tal vez tomase á mal mi consejo y diese una torcida interpretación á los motivos que me inducían á dar aquel paso.

Por otra parte, ya no había oportunidad de visitarla. Con arreglo á las órdenes recibidas debíamos ponernos en marcha al salir el sol, y empezaba á despuntar el día. Esto no era óbice de entidad, porque podía ir á la hacienda y fácilmente me volvería á incorporar á mi escuadrón. En cambio, era una cosa bastante delicada, únicamente disculpable teniendo la certeza de la inminencia del peligro, eso de ir á despertar á tan desusada hora á la familia de un caballero, aunque fuese con el objeto de darle un aviso de semejante naturaleza, y si mi consejo resultaba inútil, mi visita no dejaría de apresurar el peligro que recelaba.

En tal irresolución me encontraba, mientras la tropa se disponía para marchar.

En tan crítico momento, apelé á otro expediente sugerido por el ingenioso Perkins, el cual me aconsejó que enviase el aviso por escrito, de cuyo modo podía ser tan explícito como quisiera y exponer á mis protegidos todos los argumentos que juzgara necesarios, quizás con más éxito que si los hiciese de viva voz.

Atendiendo la indicación de mi compañero de armas, redacté mi carta apresuradamente, pero con toda la vehemencia que me inspiraban mis temores, y entre los ayankeados encontramos un mensajero seguro, que prometió llevar la epístola á su destino tan luego como la familia hubiese dejado el lecho.

Entonces, con el corazón más aliviado del peso que le abrumaba, dí la orden de marcha. Lanzó el clarín á los aires sus agudas notas, salté á caballo, y aquel belicoso toque unido á los escarceos de mi fogoso corcel acabaron de volver mi espíritu á la calma.

CAPÍTULO VII

EN EL CUARTEL GENERAL

Aquella calma no fué más que un fulgor pasajero, un fugitivo relámpago, pues al poco rato volvió á apoderarse de mí una tristeza más sombría que nunca. Por más que lo procuraba, no me era posible desechar el peso que me oprimía el corazón; por más que me hacía reflexiones, continuaba dominado por una indefinible inquietud.

Era muy natural que una separación como la nuestra produjese cierta aflicción y funestos presentimientos. Iba á jugar mi vida en la guerra; podía perecer en una epidemia de las

que suelen declararse en los campamentos. En una palabra: iba á correr toda clase de peligros, y no era extraño que el porvenir se me presentase lóbrego é incierto. Pero no era la perspectiva de estos riesgos lo que llenaba mi pecho de tan terrible ansiedad: tenía la presunción, casi la certeza, de sobrevivir á ellos, y, sin embargo, esta convicción no podía servirme de lenitivo, porque la seguridad de Hortensia no iba comprendida en ella: al contrario: traía consigo la idea de que no nos volveríamos á ver más.

La perspectiva de llegar á las manos con aquel conocido jefe tenía entusiasmados á mis voluntarios. Coger á Canales, *el Zorro del chaparral*, como le llamaban los tejanos, se hubiera considerado como una proeza de grandes consecuencias, sólo inferior en importancia á la victoria en una batalla campal ó la captura del mismo Santana.

Confieso que me halagaba la idea de medir mis fuerzas con las del famoso Canales, y la excitación que me causaba la esperanza de tropezar con él llegó á ahuyentar los tristes pre-



Dí la orden de marcha, y el clarín lanzó á los aires sus agudas notas

Esta terrible sensación se hizo tan aguda por dos ó tres veces, que estuve á punto de volverme al galope; pero deseché este funesto pensamiento y seguí mi camino, á pesar de mi resolución. Además, me habría expuesto á otro peligro volviendo á la ranchería.

Al salir de la plaza oímos que algunos se burlaban de nosotros; y cuando estuvimos algo distantes empezaron á gritar: —¡*Mueran los tejanos!* Dificilmente pude contener á mis soldados, que querían ir á vengar tales insultos. Por el camino, la guerrilla dió señales de vida, haciéndonos fuego desde lo alto de una colina. Envié allá un destacamento que no encontró á nadie: únicamente observé pisadas de caballos, y una vez dos jinetes que huían á galope á bastante distancia.

Aquella debía ser la banda de Ijurra; pero suponíamos que Canales no andaba muy lejos; y como un encuentro con sus fuerzas, algo considerables y bien organizadas, no hubiera sido lo mismo que una escaramuza con aquella banda, comprendimos que era muy cuerdo avanzar con prudencia y precaución.

sentimientos que me asediaban; pero llegamos á la ciudad sin haber visto al *Zorro del chaparral*, que, ó no andaría por aquellos sitios, ó si andaba tuvo buen cuidado de no dejarse ver. Canales no se batía únicamente por la gloria, y mis voluntarios eran enemigos que procuraba esquivar. Dedicábase con preferencia á interceptar convoyes bien provistos, y nuestro único carro, lleno de sartenes, marmitas de campaña, soldados enfermos y mantas insertibles, pero animadas por una nube de insectos, tenía muy poco atractivo para el guerrillero.

Cuando llegamos á la ciudad, vimos con sorpresa que la división no se había puesto aún en movimiento; debía iniciar la marcha aquella misma mañana; pero había recibido del cuartel general una orden que la aplazaba tal vez por una semana. La noticia no podía ser más agradable para mí. Apenas la supe, empecé á forjar proyectos mucho más risueños que hasta entonces. Creí que nos harían volver á la ranchería; pero dispusieron que nos quedásemos incorporados á la división.

Como en todas las casas habitables estaban alojados ya los diferentes regimientos de línea, trataron á los voluntarios como tropas irregulares, y hubimos de acampar sobre la yerba, en un sitio á propósito, situado á media milla de la ciudad, á orillas de un riachuelo. Allí nos instalamos á nuestro gusto, plantamos nuestras tiendas y cuidamos del aseo de nuestras personas.

Poco tiempo permanecí en este campamento: apenas quedaron levantadas las tiendas, me dirigí á la ciudad á pie, tanto con el objeto de adquirir datos más exactos sobre los movimientos futuros del ejército, como también con el de buscar alguna distracción. En los batallones que componían la división había algunos antiguos compañeros míos, y después de haber pasado mucho tiempo llevando una vida agreste, no me sabía mal dar más ancho campo á mi espíritu, reanudando mi amistad con ellos.

En el cuartel general pude saber definitivamente que no nos pondríamos en marcha hasta dentro de una semana, por lo menos. En su consecuencia, fuí á la fonda, punto de reunión de los oficiales de buen humor del ejército. Allí encontré á los amigos que buscaba, así como también una corta tregua á los pensamientos que agitaban mi imaginación. En breve me pusieron al corriente de todo cuanto se decía en el campamento, y supe cuáles eran los hombres más célebres del día. Al ver muchos de ellos citados con frases laudatorias por los periódicos, *no pudimos menos de echarnos á reír* mis compañeros y yo. Reuní también bastantes datos acerca de las relaciones que existían entre nuestras tropas y los habitantes de la ciudad, muchos de los cuales habían acabado por hacerse amigos nuestros en vista del buen comportamiento que con ellos observábamos.

También supe que durante mi ausencia se había hecho otra especie de anexión. Uno de nuestros oficiales se acababa de unir en cuerpo y alma con una señorita de la población, habiéndose verificado la boda con extraordinaria pompa y esplendor; otro se hallaba á punto de casarse, y era de creer que *estos ejemplos* tendrían numerosos imitadores.

Es inútil añadir que estas novedades me interesaban mucho, y que regresé de bastante buen humor á mi campamento.

CAPITULO VIII

ESCAPADA

La satisfacción que me había causado mi visita á mis antiguos compañeros duró muy poco; y como no tenía nada que hacer sino vagar al rededor del campamento, volví á caer en la misma perplejidad que antes, sin poder sustraerme á ella, por más que hacía. Tendido en mi catre de campaña, pasaba horas enteras *preocupado por lo porvenir de tal modo*, que, al fin, me creí dotado del don de profecía, lo cual contribuyó á aumentar mis temores. Pero había concebido un proyecto, y la esperanza

de ponerle en ejecución sirvió de algún lenitivo al pesar y á la tristeza que me consumían.

Este proyecto consistía en volver á galope, con un par de docenas de mis mejores soldados, por el mismo camino que acabábamos de recorrer, y en emboscar mi gente al rededor de la hacienda, en la cual penetraría yo solo para repetir de viva voz los consejos que había dado por escrito. Si advertía que los habían seguido ya, tanto mejor: eso me tranquilizaría y me marcharía contento; pero casi tenía por seguro que D. Pedro no había hecho caso de ellos. De todas maneras, estaba decidido á saber la verdad sobre este punto y resuelto, además, á satisfacer mis deseos de tener otra entrevista con mi amada.

Avisé á mi gente y fijé la hora de la marcha para cuando las sombras de la noche nos permitiesen partir sin que lo advirtieran en el campamento.

Tenía dos razones para no ponerme antes en camino: primera, que no quería que en el cuartel general se tuviese noticia de esta expedición hecha por mi cuenta y riesgo, á pesar de que con respecto y este punto teníamos una ventaja sobre las tropas regulares; pues, aunque pertenecíamos á la división, por lo regular estábamos destacados por asuntos del servicio, y rara vez nos pasaban lista. Había, pues, en mi mando una especie de independencia bastante agradable y que no despreciaba por mi parte. Sin embargo, no me convenía que todo el mundo estuviera enterado de una *expedición como la que proyectaba*.

La segunda razón que me movía á marchar de noche era solamente la prudencia. No juzgaba oportuno llevarme toda la compañía sin autorización del cuartel general: de seguro, se habría echado de ver la ausencia, sin permiso, de todo el cuerpo de voluntarios, aun cuando ésta no fuese sino de algunas horas, y yo tenía que tomar precauciones, aun con los pocos soldados que pensaba llevar, pues si nos veía alguien por el camino, bastaría esto solo para difundir la noticia de nuestra marcha y causarnos algún entorpecimiento.

Había, pues, decidido ponerme en marcha al cerrar la noche, de modo que no alarmáramos á los habitantes de la hacienda con una visita intempestiva, pues con hora y media de un trote sostenido tendríamos más que suficiente para llegar á la puerta de aquélla.

Apenas desapareció el crepúsculo, montamos á caballo y nos metimos silenciosos por el chapparal inmediato al campamento. Después de andar en fila por un estrecho sendero, salimos al camino que había á orillas del río y que era el mismo por donde se iba á la ranchería.

Rube y Garey se adelantaron como exploradores. Iban á pie, pues con este objeto habían dejado sus caballos en el campamento. Con entera confianza en los dos cazadores seguíamos marchando, arreglando nuestro paso al suyo para no dejarlos atrás; de tiempo en tiempo los veíamos un momento á través de las malezas ó inclinados para reconocer el camino. Con gran disgusto nuestro, hacía una magnífica

una que nos permitía verlos desde muy lejos.

Ni una casa se veía por el camino por donde íbamos; casi todo él pasaba por el chaparral, en el que no había espacios despejados ni casas de campo: únicamente á la mitad del camino, entre la ciudad y la ranchería, estaba situado un rancho solitario conocido por mis soldados con el nombre de *Casa del Medio*. Era una misera

ruinas, no porque tenga nada que ver con mi relato, sino porque me afectó de un modo extraño. Al pasar el día anterior por aquella cabaña, me detuve en ella un instante y contemplé dicha escena con cierta melancolía próxima á la tristeza. ¡Cuán lejos estaba entonces de pensar que presenciaria en el mismo sitio un espectáculo mucho más doloroso!



Rube y Garey se adelantaron como exploradores

cabaña de yuca, rodeada de una pequeña pieza de tierra donde en otro tiempo crecían batatas, pimientos y maíz para el consumo de sus desconocidos cultivadores; pero los inquilinos de este pobre rancho habían desaparecido hacía mucho tiempo, pues los merodeadores lo habían visitado más de una vez, y sus dioses lares yacían derribados por el suelo. Mezclados con fragmentos de cacharros, calabazas, cubiertos de madera y otros utensilios por el estilo, veíanse estampas iluminadas y retratos de santos arrancados de las paredes por los invasores.

He descrito en cuatro palabras este cuadro de

Estábamos á media milla, lo más, de la cabaña arruinada, cuando llegaron á nuestros oídos ciertos sonidos raros y confusos: eran, sin duda, voces humanas, en su mayor parte de mujeres, y, aunque de vez en cuando percibíamos otros rumores más broncos, predominaban, sin embargo, los primeros. Hicimos alto, y nos pusimos á escuchar con atención.

Los ruidos continuaban con la misma confusión; pero no los producían los cantos ni los acentos de alegría: al contrario: la brisa nocturna hacía llegar hasta nosotros un continuo murmullo de quejas y lamentos.

—Por ahí hay mujeres que lloran,—dijo uno de mis hombres.

Esta observación nos hizo picar espuela á todos á la vez, y avanzar corriendo. Apenas habían dado nuestros caballos una docena de pasos, cuando salió un hombre al camino, viniendo á nuestro encuentro: era nuestro explorador Garey. Yo iba á la cabeza de mis soldados; y como el cazador se dirigía hacia nosotros, pude distinguir á la luz de la luna sus facciones, cuya expresión no anunciaba nada bueno.

Cuando llegó junto á mí, puso la mano en el pomo de la silla y me dirigió la palabra en voz baja y con contristado acento:

—Malas noticias, capitán.

—¿Qué sucede, Garey?

—Que esos canallas, mandados por Ijurra, han hecho una de las suyas en la rancharía. Se han portado peor que los salvajes. Allí tenéis á las mujeres desesperadas: Rube procura calmar á esos infelices.

¡Oh! ¿Habría acertado en mis presentimientos?

Sin responder una palabra á Garey, lancé mi caballo á escape hacia el rancho, al cual llegué en dos minutos, y el espectáculo que presencié me heló la sangre en las venas.

CAPITULO IX

ESTRAGOS DE LA GUERRA

Delante de la cabaña había un grupo de mujeres, jóvenes en su mayor parte: calculo que serían seis ó siete, aunque no las conté. Con ellas estaban dos ó tres hombres, y en medio de todos Rube, que se esforzaba, hablándoles en su español chapurrado, en prodigarles consuelos y en tranquilizarlos sobre su suerte. ¡Pobres víctimas!

Las mujeres estaban casi desnudas; algunas no llevaban más que la camisa, y sus largas cabelleras negras caían en desorden sobre sus hombros. Según las señales, debían haber sido bárbaramente aporreadas, apaleadas y arrastradas por el polvo: casi todas tenían manchas de sangre, y en sus mejillas se veían heridas á medio cerrar, de las que brotaba aún aquella. Las mismas manchas sangrientas se divisaban en sus pechos y manos, y, por último, en las frentes de las desdichadas se advertía una hinchazón de color amoratado, que vista á la luz de la luna parecía una quemadura.

Acerqué mi caballo á una de dichas mujeres para examinar aquella especie de cicatriz: ¡era una marca hecha con un hierro candente! Al rededor de ella la piel estaba sumamente encarnada; pero en medio de este círculo inflamado distinguí, por su color más oscuro, los trazos de las dos letras que llevaba yo en los botones de mi uniforme, las conocidas iniciales U. S. (1).

Una mujer levantó las manos, y, echando atrás las gruesas trenzas de sus cabellos, exclamó:

—¡Mire, señor, mire!

Se me erizaron los míos al ver las heridas de donde manaba sangre. Aquella mujer estaba mutilada: por orden de Ijurra: le habían cortado las orejas.

No era preciso que las infelices se separaran los cabellos para convencerme de que á todas las habían tratado de la misma manera: demasiado lo veía en la abundante hemorragia que seguía corriendo por sus mejillas.

¡Tristes efectos de la guerra! A las ventajas de nuestra organización y de la superioridad de nuestro armamento, oponían los guerrilleros las represalias en uso en las soledades de Tejas. No podía ocurrírsele á nadie que la lucha revistiera los caracteres de una campaña regular, y, al agredir á los libres hijos de la República de Méjico, sabíamos á las consecuencias á que nos exponíamos. Nada más terrible que el odio del ciudadano que ve amenazada su independencia. Los franceses, que pretendieron conquistar á España para Napoleón, pudieron dar fe de ello. Lo que más me entristeció, sin embargo, fué que entre las víctimas se contara la infeliz Conchita, la hija del alcalde, marcada también con el hierro que pregonaba su adhesión á los invasores.

Al verme, brotaron de sus ojos dos raudales de lágrimas, que se mezclaron con su sangre al correr por sus mejillas.

¡También yo hubiera deseado llorar! ¡Pobre Osborne! Afortunadamente, no venía con nosotros; de manera que, por entonces, no recibía tan terrible golpe; pero en breve sentiría sus efectos.

No tardamos en saber lo que había ocurrido. Uno de los hombres fué el que nos hizo la narración menos incoherente. Llamábase Pedro, y era el que solía vender el mezcal á los soldados. Según parece, poco después de salir nosotros de la rancharía entraron los guerrilleros, gritando:

—¡Viva Santana! ¡Viva Méjico! ¡Mueran los yankes!

Empezaron por allanar las tiendas y por beberse el mezcal y todo cuanto pudieron encontrar, uniéndose á ellos los léperos y casi toda la gente de la aldea. Pedro observó dos hombres que se distinguían entre todos: el herrero y el carnicero. Entre la multitud figuraba asimismo un gran número de mujeres. Poseídos del más terrible furor contra los invasores, empezaron todos á gritar:

—¡Mueran los ayankeados!

Y, dispersándose en varias direcciones, penetraron en las casas profiriendo:

—¡Sáquenlos fuera! ¡Mátenlos!

La cólera popular se desencadenó como se ha desencadenado tantas veces, siendo víctimas de la explosión del odio los primeros que se encontraron al alcance de su mano. De ahí el horrible estigma de la marca y las mutilaciones de que he hablado; castigo impuesto por haberse mostrado sobrado cariñosos con los voluntarios norteamericanos, para quienes solo sentía aborrecimiento el corazón de los hijos del país.

(1) United States (Estados Unidos.)

Pedro manifestó que la mayor parte de los guerrilleros estaban enmascarados; los jefes lo estaban todos, y observaban lo que ocurría desde la azotea de casa del alcalde. Pedro conoció á uno de ellos, á pesar de su disfraz. Su elevada estatura y sus cabellos rojos le denunciaban: era el Zorro. Acerca de los otros, solamente podía hacer conjeturas; pero estaba seguro de que aquella guerrilla era la de Rafael Ijurra.

Pedro creía, además, que aquél continuó en

Las mujeres siguieron su camino hacia el campamento de los voluntarios, y Pedro continuó con nosotros montado á la grupa de uno de los soldados. pues le necesitábamos para la identificación de los culpables.

Ibamos ya á emprender la marcha, cuando apareció un hombre en la dirección que debíamos seguir; mas, al llegar á nuestra vista, aquel hombre se agazapó y desapareció entre las malezas. Rube y Garey se lanzaron en su persecución, volviendo á los cinco minutos con



Rube se esforzaba en prodigar consuelos y en tranquilizar á aquellos desgraciados

la ranchería al marcharse él y las demás víctimas, pues tan luego como pudieron escapar de las manos de aquella colérica multitud se refugiaron en el chaparral, y se encaminaban al campamento americano cuando nuestros exploradores los hallaron. El narrador temía también que no fuesen ellos las únicas víctimas de aquella funesta jornada; pues, en su concepto, debía haber otras. Recelaba que el alcalde hubiera sufrido un suplicio peor que la mutilación: era probable que le hubiesen asesinado. El pobre hombre nos comunicó esta suposición en voz baja, dirigiendo al propio tiempo una dolorosa mirada á Conchita.

No tuve valor para averiguar más.

Tratóse entonces de acordar si enviaríamos alguien al campamento para pedir refuerzos, y si debíamos esperar allí ó seguir hasta la ranchería. La primera proposición fué desechada por unanimidad: nos sentíamos con suficiente fuerza é impacientes por vengarnos. Esta decisión me causó gran regocijo, pues lo que es yo no habría podido esperar.

un joven mejicano, otra víctima, el cual había salido del lugar de su suplicio algo después que los anteriores.

—¿Está aún la guerrilla en el pueblo?—le preguntaron con ansiedad.

—No: se ha marchado ya,—contestó.

—¿A dónde iba?

—Se ha dirigido por el camino del río, á la hacienda de Castro; ha pasado junto á mí mientras estaba oculto entre los magueyes, y hasta he oído los gritos que daban.

—¿Qué decían?

—Gritaban: ¡Mueran el traidor y la traidora! ¡Mueran el padre y la hija! ¡Muera Hortensia la ayankeada!

¡Oh Señor misericordioso!

X

INFAUSTAS NUEVAS

No quise oír más: hundí la espuela en los ijares de mi caballo, y le hice emprender tan

vertiginosa carrera, que, por de prisa que quisieron echar los soldados tras mí, apenas podían seguirme.

Ya no se trataba de explorar el terreno ni de tomar precauciones para la marcha. Los dos cazadores habían montado á caballo y galopaban con los demás: sólo nos preocupaba el afán de ganar tiempo.

Aunque la hacienda de Castro estaba situada más allá de la ranchería, seguimos por la orilla del río, y pudimos llegar á ella, sin pasar por el pueblo, asentado á cierta distancia de las márgenes de aquél, proponiéndonos, sin embargo, entrar en él á nuestro regreso; pero, ante todo, se trataba de la hacienda, y yo anhelaba verme á su puerta en el término más breve posible. Las millas parecían huir detrás de nosotros con el polvo del camino.

¡Ah! ¡Si no llegásemos á tiempo! No me atrevía á calcular el que debía haber transcurrido desde que el muchacho oyó las amenazas que le hacían. ¿Haría más de una hora? Él los había visto á cinco millas del rancho arruinado, é hizo este camino á pie. ¿Había andado rápidamente? Sí, de vez en cuando; pero tuvo que detenerse y esconderse en las malezas para que no le vieran los contrarios, y, por consiguiente, estuvo más de una hora andando, dos tal vez, cuando una sola bastaba para realizar sus propósitos.

¡Oh! ¡No llegaríamos á tiempo!

Galopábamos á rienda suelta, sin desmayar y silenciosos; nadie decía una palabra; oíase tan sólo el ruido de las pisadas de los caballos, ó los sonoros choques de las vainas de acero; nada era bastante á detenernos, ni los arroyos fangosos, ni las zanjás, ni los baches; los caballos saltaban los unos ó atravesaban los otros, dando fuertes resoplidos de cansancio.

Llegamos en cinco minutos á la *rinconada*, punto donde se bifurcaba el camino en dos veredas, yéndose por la izquierda al pueblo. No vimos por ella á nadie, y nos dirigimos por la de la derecha, es decir, á la hacienda. Aún nos faltaba una milla para llegar á la casa. Un cuarto de milla solamente, y empezariamos á divisarla. Los árboles nos impedían aún ver sus paredes. ¡Adelante! ¡Adelante!

Pero ¿qué significa esa luz? ¿Por ventura, saldrá el sol por el Oeste? ¿Estará ardiendo el chaparral? ¿De dónde sale ese resplandor amarillento medio interceptado por los troncos de los árboles? ¿No es el de la luna?

¡Gran Dios! ¡Es la hacienda, presa de las llamas! Pero ¡no! ¡Imposible! No puede ser esto tratándose de una casa de piedra, cuya construcción apenas ha entrado la madera.

Y, en efecto, me engañaba.

Salimos de la selva; tenemos la hacienda á la vista, y sus blancas paredes reflejan una luz amarilla, la del fuego, es verdad, pero no de un incendio. La casa está en pie, intacta; pero delante de su puerta hay una grande hoguera, cuyos resplandores eran los que llegaban hasta el bosque. La contemplamos con sorpresa, viendo en ella un enorme montón de leña sacada de la provisión de la hacienda, y cuya in-

mensa llama hace palidecer la luz del astro nocturno; llama que nos permite distinguir la casa y sus alrededores tan claramente como si fuese de día.

Pero ¿á qué venía aquella hoguera?

Al rededor del fuego se agitaban varias formas: había allí hombres, mujeres, perros y caballos ensillados, y, sobre las brasas, enormes trozos de carne, aparte de los que aquella gente estaba devorando, después de asados, con ávida glotonería. ¿Serían salvajes los que veíamos en torno de la hoguera?

No: distinguíamos perfectamente sus caras, la piel blanca y la barba negra de los hombres, los vestidos de algodón de las mujeres; veíamos sombreros y mantas, capas, calzones de pana, cinturones y sables; oíamos claramente las voces de aquellas gentes que gritaban, cantaban y bebían, y observábamos los movimientos voluptuosos del baile nacional, el fandango.

No eran indios, no: era un corro de guerrilleros; era la partida de Ijurra.

Yo debí escuchar la voz de la prudencia, que me aconsejaba cercarlos; pero me hervía la sangre en las venas, y no quise perder un minuto, por miedo de llegar tarde. Dos ó tres de mis soldados opinaban por aguardar un poco, y seguramente pensaban con cordura, como lo probó el resultado; pero los demás estaban tan impacientes por acometer como yo. Dí la orden, y al punto nos precipitamos hacia los guerrilleros, como lebreles á quienes se acaba de soltar de la trailla y lanzando terribles gritos.

Fué una carrera furiosa.

Aquella colina escarpada era demasiado áspera para que la subieran nuestros caballos. Así fué que aún no habíamos llegado á la cumbre, cuando ya la guerrilla desaparecía entre las sombras. Solamente seis guerrilleros cayeron á nuestros tiros, quedando otros tantos prisioneros con sus dignas compañeras; pero astuto Ijurra, que yo buscaba, logró escaparse, como de costumbre.

Metí mi caballo en el patio, que á la viva luz de la hoguera presentaba un aspecto desastroso. Los ricos muebles que en él había estaban esparcidos por la galería y por las baldosas, derribados ó hechos pedazos. Llamé á Hortensia; luego á D. Pedro. Repetí ambos nombres con toda la fuerza de mis pulmones y angustiada voz; pero nadie me respondió. Salté del caballo y me lancé á la galería, gritando sin cesar y contestándome el eco solamente. Corrí como un loco de cuarto en cuarto, de la sala al zaguán, del zaguán á la azotea, de ésta á la capilla, donde los rayos de la luna daban de lleno sobre el altar, y no ví ni un solo ser humano. Toda la casa estaba desierta. Los criados habían desaparecido. No parecía sino que mi caballo y yo éramos los únicos seres vivientes en aquel sitio, pues mis soldados se habían quedado fuera con los prisioneros.

De pronto cruzó por mi mente un rayo de esperanza. ¿Habrían seguido mis amigos el consejo que les dí, alejándose de la hacienda antes de la llegada de Ijurra?

Salí presuroso de la casa para interrogar á los prisioneros, suponiendo que tanto los hombres como las mujeres deberían saberlo y podrían darme las noticias necesarias; pero al echar una ojeada ví que era ya demasiado tarde para hacer preguntas á los hombres. Junto á una de las esquinas del edificio había un corpulento árbol, iluminado entonces por la hoguera. De sus ramas pendían seis cuerpos humanos, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los pies á bastante distancia del suelo: aca-

vista en un bulto que parecía ocultarse en la sombra de la pared, y dí un grito de júbilo al conocer al pequeño Cipriano, que salía precisamente de su escondite.

—¡Cipriano!—exclamé.

—Sí, señor: yo soy,—me contestó corriendo hacia mí.

—Dime: ¿dónde han ido? ¡Oh! ¡Dímelo pronto!

—Señor: esos pícaros se han llevado al amo no sé á dónde.

—¿Y la señora? ¿Y la señora?



Al rededor del fuego se agitaban varias formas: había allí hombres y mujeres...

haban de expirar. Dijéronme que entre ellos figuraban el herrero y su digno émullo el carnicero. Pedro fué el que los identificó. Los otros eran *pelados* del pueblo, que habían tomado parte en las atrocidades de aquel día. Sus jueces los sentenciaron sobre la marcha, y con la misma presteza ejecutaron su sentencia. Ataron unos lazos á las ramas del árbol, y, colgando de ellos á los seis, los lanzaron al aire sin confesión.

Pero no era la venganza lo que por el momento me inspiraba. Volvíme á las mujeres, muchas de las cuales se habían escapado; pero aún quedaban unas diez ó doce en poder de mi gente. Las unas se manifestaban ariscas é intratables; las otras muertas de miedo, y no les faltaba razón. Limitáronse á menear la cabeza cuando les hice algunas preguntas; mas sin darme los informes apetecidos. Muchas continuaron calladas como estatuas, y algunas me dijeron sin rebozo que no querían decirme nada acerca de D. Pedro ni de su hija.

Alejábame ya, cuando fijé por casualidad la

—¡Ah, señor! ¡Es una cosa espantosa!

—Pero acaba: dímelo pronto.

—Han venido aquí muchos hombres con carretas negras que han entrado en la casa; se han llevado al amo, y luego han sacado á doña Hortensia al patio. ¡Ay de mí! No puedo decirle á V. lo que le hicieron en su cuarto; pero la pobre señorita echaba sangre por el cuello corriéndole hasta el pecho. Como no estaba vestida, me ha sido fácil verlo. Algunos de ellos han ido á la caballeriza, han sacado el caballo blanco, el que habían traído de los llanos, y han atado á su lomo á D.^a Hortensia. ¡Válgame Dios! ¡Qué cosa tan horrible!

—¡Sigue, sigue!

—Entonces, señor, la han hecho cruzar el río á caballo, llevándola á la llanura. Todos iban allí para ver la magnífica carrera, como ellos decían. ¡Oh! ¡Qué carrera! Yo no he ido, porque me pegaban y me aseguraban que me matarían; pero lo he visto todo desde lo alto de la colina, donde me escondí entre las matas. ¡Oh! ¡María Santísima!

—¡Acaba!

—Ataron cohetes en la cola del caballo y les prendieron fuego; luego soltaron la brida, y el caballo arrancó á escape, aguijoneado por los cohetes encendidos, llevándose á D.^a Hortensia. ¡Pobre señorita! Los he seguido con la vista hasta que el caballo estaba lejos, muy lejos, por el llano, y entonces ya no pude verlos más. ¡Dios de mi alma! ¡La señorita está perdida!

Yo me ahogaba.

—¡Agua!—grité.—¡Rube! ¡Garey! ¡Amigos míos! ¡Agua! ¡Agua!

Hice un esfuerzo para llegar á la fuente del patio; mas aún no había dado tres pasos, tambaleándome como un hombre ebrio, cuando me faltaron las fuerzas y caí al suelo sin sentido.

CAPITULO XI

PERSECUCIÓN

Sólo resultó un ligero desmayo: estaba aún muy débil á consecuencia de la sangre que había perdido en el combate del día anterior, y la sensación que me causaron aquellas espantosas noticias era mucho más fuerte de lo que yo podía soportar. Sin embargo, me recobré en breve, merced á algunas rociadas de agua fresca.

Cuando volví en mí, estaba junto á la fuente, rodeado de Rube, Garey y algunos soldados. Además de éstos, ví otros hombres á caballo que habían entrado en el patio: eran también voluntarios, pero no los que salieron conmigo del campamento, sino otros que habían llegado allí después que nosotros y aún continuaban llegando.

Las pobres mujeres mutiladas habían logrado acercarse á las tiendas de los voluntarios, á los cuales refirieron lo ocurrido en la ranchería, y entonces aquellos valientes, sin aguardar orden alguna ni esperarse unos á otros, saltaron á caballo y echaron á correr por grupos de dos á tres individuos.

A cada momento se presentaban en la hacienda uno ó varios jinetes, acalorados á causa de su rápida carrera, armados de sus rifles, como si tuvieran que entrar en acción y lanzando gritos de cólera.

Osborne había llegado de los primeros. ¡Pobre joven! Háblale abandonado su buen humor habitual; de sus labios había desaparecido su alegre sonrisa; echábanle chispas los ojos, y sus dientes apretados eran indicio de una terrible sed de venganza.

Entre los clamores lanzados por la bronca voz de los hombres, oí otros más penetrantes que debían salir de bocas femeniles y procedían del exterior de la casa. Me levanté presuroso, y corrí al sitio de donde partían: allí ví muchas de las miserables cautivas desnudas hasta la cintura y varios hombres azotándolas con riendas y correas. Temí otra cosa peor: supuse que estaban aplicando á aquellas desdichadas la pena del tali6n con los mismos re-

finamientos de crueldad; pero, por grande que fuese la saña de mi gente, no se había propasado á tan diabólicos excesos. Sin embargo, hube de apelar á toda la autoridad que me daba mi posición de jefe para poner fin á tan deplorable espectáculo.

Al fin, cesó; permiti6se á todas aquellas desarrapadas que se marcharan, y en breve desaparecieron más allá del círculo alumbrado por las llamas.

En esto, resonó el grito de:

—¡A la ranchería! ¡A la ranchería!

Y un destacamento, con Perkins y Osborne al frente, tomó el camino del pueblo, yendo Pedro con ellos. Yo no esperé su regreso, pues había formado un plan particular cuya ejecución no admitía la menor demora. Aturdido al principio por el golpe que acababa de recibir, y mis sentidos como en suspenso de resultados del desmayo, no me hallaba en estado de coordinar mis ideas; mas, una vez pasado este momento de confusión, pude reflexionar con más sangre fría, y al punto calculé lo que debía de hacer.

Mi primer impulso fué de venganza, un violento deseo de dar caza al demonio de Ijurra, de perseguirle día y noche, aunque esta persecución encarnizada debiera llevarme hasta el mismo corazón del país. Pero este impulso fué pasajero: era preciso contener la sed de venganza hasta que llegase la ocasión oportuna, pues necesitaba seguir un camino que se apartaba del seguido por la derrotada guerrilla, debía ir sobre la pista del caballo blanco.

Poner á Cipriano á caballo y escoger entre mi gente una docena de los mejores rastreadores, fué cosa de un momento. Un minuto después estábamos todos montados, bajábamos por la colina, y luego de cruzar rápidamente el río, atravesábamos el bosque que había en la orilla opuesta y desembocábamos al poco rato en la pradera. Guiados por Cipriano, encontramos el sitio maldito testigo del más abominable atentado.

Veíanse en el suelo numerosas huellas de pisadas de caballo, y sobre la corta yerba fragmentos de papel ennegrecidos por la pólvora, cañas de cohetes hechas pedazos y fuegos artificiales medio consumidos. Auxiliados por nuestros guías y por la luz de la luna, pudimos dar con la pista del caballo blanco entre aquella mezcla confusa de señales, y, lanzándonos sobre sus huellas, recorrimos muy pronto una distancia considerable por la dilatada pradera.

Más de una milla anduvimos sin pararnos: el tiempo lo era todo para mí. Confiados en la inteligencia del muchacho mejicano, apenas examinamos la pista durante este intervalo, contentándonos con correr en línea recta hasta el sitio donde había perdido de vista al fogoso corcel. Los detalles que me había dado Cipriano resultaron ciertos; háblale servido de punto de mira una loma poblada de árboles, por cuya falda había pasado el caballo blanco; más allá lo perdió ya de vista. Así, pues, en aquel punto despedimos al pobre muchacho.

Detrás de la loma encontramos otra vez las huellas, que conocimos fácilmente Garey, Rube y yo. Ofrecían una particularidad que no nos permitía dudar; tres de ellas se destacaban claramente en el suelo, formando círculos casi del todo redondos; pero en el contorno de la cuarta, es decir, el del pie izquierdo anterior, se advertía una pequeña interrupción ó cortadura: conocíase que se había desprendido un fragmento del casco del animal; accidente que le acaeció al dar el enorme salto al pedregoso lecho de la barranca.

Únicamente había hablado á Cipriano del asunto que me desgarraba el corazón, y tan sólo en el momento de ponernos en marcha: entonces me comunicó algunos nuevos detalles. Era más que probable que el carnicero hubiese dado un golpe fatal á Hortensia. ¡Oh! ¡Dios mío! Cipriano había visto sangre, sangre que corría por su cuello, cayéndole en el seno y manchando sus ligeras ropas; pero Cipriano ignoraba de dónde salía aquella sangre y por qué la joven estaba llena de ella, pues el muchacho no se hallaba presente en el



Habían tendido á la desdichada Hortensia sobre el lomo del caballo blanco, atándola sólidamente

Puestos de nuevo sobre la pista, la seguimos adelantando á veces muy despacio y con grandes precauciones. El terreno de la pradera estaba algo blando á consecuencia de las recientes lluvias, lo cual nos permitía ver las huellas sin necesidad de apearnos. A trechos encontrábamos espacios donde la superficie del suelo estaba más seca y apenas marcados los cascos del caballo, y entonces uno de nosotros saltaba á tierra y nos guiaba á pie. Por lo regular, eran Rube ó Garey los que se encargaban de ello, y ambos andaban tan de prisa, que rara vez tenía que ir la cabalgata al paso.

Con el cuerpo casi doblado, arrastrando la mirada por el suelo, si así puede decirse, los dos cazadores seguían su camino como perros de caza que olfatean una pieza, sólo que, al contrario de los sabuesos, nuestros rastreadores no hacían ruido alguno ni pronunciaban una palabra. Tampoco yo tenía gana de hablar, pues mi desesperación era demasiado grande para desahogarse con palabras.

momento en que la hirieron, lo cual, según creía, se verificó en el cuarto de la pobre doncella.

¿Habría practicado también con ella su cruel oficio el herrero? Cipriano le había visto; pero no con el hierro de marcar: únicamente supo que en la plaza había marcado muchas personas, entre otras la hija del alcalde, ¡pobre Conchita!; pero no observó que se atrevieran á tanto con Hortensia. Sin embargo, los guerrilleros no dejarían de hacer con ella lo mismo que con las demás, pues tuvieron tiempo de sobra mientras el muchacho estuvo escondido, ó antes de sacar á la joven mejicana de su habitación.

A pesar de las tristes ideas que llenaban de amargura mi corazón, no pude menos de pensar en la leyenda del país de los cosacos. No obstante el inmenso espacio que separa la Ucrania de las orillas del Río Grande, ¿habrían oído los guerrilleros hablar de Mazepa, que acababan de renovar tan terrible escena junto á las márgenes del río america-

no? Era posible que su jefe conociese esta historia; pero más probablemente le pertenecería tan diabólica idea: al menos, podría reclamar como suya la manera de ejecutarla. Cipriano la había presentado y me la describió detalladamente.

Habían tendido á la desdichada boca arriba sobre el lomo del caballo, con la cabeza apoyada en el nacimiento del cuello del animal; sus brazos rodeaban el cuello del corcel, por debajo del cual le habían atado las muñecas; su cuerpo estaba sujeto en dicha postura por una fuerte correa, unida á la cincha del caballo, todo ello fuertemente prendido con hebillas, y, por fin, como si no fuese bastante, le habían atado sólidamente las piernas con otra correa, sujetándolas á la grupa, de la cual sobresalían sus diminutos pies.

Al escuchar estos espantosos detalles, se estremecían todas las fibras de mi corazón.

La ligadura era perfecta, ingeniosamente cruel; no había esperanza de que pudiera desasirse: las sólidas correas no llegarían á desatarse ni á romperse; el caballo y su jinete no conseguirían jamás librarse de aquella forzada opresión, jamás, hasta que el hambre, la sed ó la muerte los... Pero no: ¡ni siquiera la muerte podría separarlos!

¿Cómo contemplar sin gemir el horroroso destino que le aguardaba á la que me había dado su fe, y en cuyo amor cifraba mi vida?

Dejé á mis compañeros el cuidado de no perder la pista, y á mi caballo que corriera tras ellos; y yo los seguí con la cabeza baja, sin saber siquiera lo que hacíamos. ¡Estaba á punto de estallarme el corazón!

CAPITULO XII

CONTRATIEMPO

Poco habíamos andado todavía, cuando uno de mis compañeros se me acercó, dirigiéndome algunas palabras para animarme. Era el más alto de los dos cazadores.

—No tema V., capitán,—me dijo con acento consolador;—no tema V.: Rube y yo los encontraremos antes que haya sucedido algo malo. No creo que el caballo blanco pueda correr mucho tiempo llevando encima una persona. Le espantó el estrépito de los cohetes; pero cuando hayan acabado de arder se parará, y entonces...

—Entonces ¿qué?—pregunté maquinalmente.

—Que le echaremos la vista encima, y en dos ó tres saltos le atraparé.

Empecé á recobrar alguna esperanza; pero no fué más que un fulgor pasajero, que se disipó casi al instante.

—Si la luna nos hiciese el favor de continuar alumbrando...—añadió Garey, como si temiese que se ocultase.

—¡Mal haya la luna!—exclamó una voz detrás de nosotros.—¡Parece que se le antoja dejarnos plantados!

Era Rube quien pronunciaba tan funesto

pronóstico con tono de enojo, pero bastante afirmativo.

Levantamos la vista: la luna, redonda y blanca, seguía su carrera por un cielo despejado y casi perpendicularmente sobre nuestras cabezas. Estaba en su plenilunio y no debía ocultarse hasta el amanecer. ¿Qué quería decir, pues, el viejo Rube? Esta fué la pregunta que le dirigimos.

—Mirad, mirad allá abajo,—respondió el profeta.—¿No veis esa línea negra que va rasando casi la pradera?

En efecto: por el Este se veía en el horizonte una línea oscura.

—Pues bien,—prosiguió Rube;—eso no es un bosque, ni un tronco de árbol, ni tampoco una eminencia, y, por consiguiente, ha de ser una nube. Esperad diez minutos no más y veréis como esa condenada línea va extendiéndose hasta tapar la luna, dejando este cielo tan despejado más oscuro que la piel de un negro de Africa.

—Temo que acierte, capitán,—me dijo Garey con algún desaliento.—Ya lo sospechaba yo, porque el cielo me parecía demasiado favorable para nuestro proyecto. Cuando las cosas se presentan mejor que de costumbre, siempre es de temer un cambio.

No precisaba preguntar lo que resultaría en el caso de que quedara justificada la predicción de Rube. Las consecuencias eran sobrado evidentes. Una vez velada la luna por las nubes, tendríamos que detener la marcha, por ser imposible seguir la pista de un caballo en la obscuridad.

Poco hubimos de esperar para ver realizadas las previsiones del viejo cazador. Amontonáronse por el cielo densos nubarrones, que ocultaron completamente la luna con sus masas opacas. Al principio llegaban por nubecillas separadas que dejaban pasar la luz entre ellas; pero éstas no eran sino las avanzadas de un cuerpo de ejército más compacto que se acercó en breve sin dejar una brecha, y se extendió por el firmamento cual un dilatado manto, quedando la pradera rodeada de tinieblas y como sepultada en la sombra de un eclipse.

Entonces nos fué imposible seguir la pista. Ni siquiera se distinguía el suelo, cuanto más las señales que hasta allí nos habían guiado, y, obedeciendo á un simultáneo impulso, nos detuvimos todos á la vez para tratar de lo que más nos convendría hacer.

La deliberación fué corta. Todos los que componían mi pequeña escolta eran hijos de las praderas ó antiguos conocedores de los bosques, prácticos en el arte de viajar por el desierto. Así fué que no necesitaron mucho tiempo para adoptar un partido. Si el cielo continuaba nublado, había que desistir de la persecución hasta la mañana siguiente, ó seguir la pista á la luz de las antorchas, y, como se comprenderá, nos decidimos por este último proyecto.

Hacía poco que había entrado la noche. Debían transcurrir muchas horas antes que nos auxiliara la luz del día, y no era posible pasar

tanto tiempo en la inacción. Además, aun cuando avanzáramos lentamente, la certidumbre de seguir adelante me ayudaría á calmar la angustia de mis pensamientos.

¡Una antorcha! ¡Una antorcha!

No llevábamos nada que pudiéramos utilizar á guisa de tal, ni había bosque alguno en las inmediaciones. Estábamos en la desierta pradera: la universal mezquita, la *algarabía glandulosa*, esa planta tan á propósito para el objeto, no crecía por allí. ¿Con qué haríamos una antorcha? La fértil imaginación de Rube no encontró medio alguno para orillar las dificultades.

—Escuche V., mi capitán,—gritó en francés uno de mis soldados llamado Leblanc;—escuche V.

Y luego añadió en un inglés chapurrado, difícil de reproducir:

—¿Quiere V. que vaya á escape á la aldea mejicana para traer una linterna?

Sólo distábamos unas cinco ó seis millas de la ranchería. La idea del canadiense era muy oportuna.

—Conozco un sitio,—prosiguió el soldado,—donde hay escondidas velas magníficas, una, dos y hasta tres grandes velas de cera; de cera, ¿sabe V.?

—Hachas, ¿eh?

—Sí, sí, señor: hachas tan largas como bastones, muy á propósito para alumbrar la pradera.

—¿Sabes dónde están? ¿Podrías dar con ellas, Leblanc?

—Sí, señor: lo sé: están escondidas en la iglesia, en cierta parte de la sacristía.

—¡Ah! ¡En la iglesia!

—Sí, señor. Es un gran sacrilegio, sin duda; no está bien hecho; pero no importa. Si mi capitán lo permite, y deja que me acompañe el Sr. Quackenboss, traeremos las hachas: respondiendo de ello.

A pesar de la mezcla de francés é inglés que empleaba mi canadiense, pude comprender lo que quería decir: sabía dónde había un depósito de hachas, que estaban guardadas en la iglesia de la ranchería. Yo no tenía entonces la cabeza para preocuparme mucho de si se cometía ó no un sacrilegio, y mis compañeros eran aún menos escrupulosos. Adoptóse, pues, este partido, y, sin más demora, Leblanc y Quackenboss volvieron grupas, encaminándose al pueblo á escape. El resto de la tropa se apeó de sus caballos, y, atándolos á estacas plantadas en el suelo, nos tendimos para esperar el regreso de nuestros mensajeros.

CAPITULO XIII

SIGUE LA MARCHA

Reducido á la forzosa inacción, me puse á hacer mil reflexiones sobre las tristes probabilidades de nuestra empresa. Horribles cuadros pasaron ante mis ojos, evocados por la imaginación.

Ví al caballo blanco galopando á lo lejos por

la pradera, perseguido por los lobos, mientras que se cernían sobre él, como una nube, enormes buitres negros. A fin de huir de aquellas hambrientas manadas, parecíame que se metía en lo más profundo del chaparral, donde tropezaba con la pantera y el oso que merodean durante la noche, ó se hería con las agudas púas de las acacias, de los cactus y de las pitas. Ví, además, que por los costados del animal corría un río de sangre, que no era suya, sino de la infortunada víctima tendida boca arriba sobre el lomo del furioso corcel. Creí ver también distintamente las desgarradas piernas de la joven, sus tobillos enrojecidos é hinchados por el roce de la correa, sus ropas hechas jirones, su cabeza colgando, su larga cabellera suelta, agitada por la violencia de la carrera y arrastrando por el suelo; sus labios pálidos hasta la lividez, y sus ojos que expresaban toda clase de sufrimientos. ¡Oh! Me fué imposible soportar más tiempo la agonía de mis reflexiones. Así fué que me levanté, poniéndome á recorrer la pradera como un loco.

Entonces el buen cazador se me acercó otra vez, haciendo nuevos esfuerzos para tranquilizarme.

—Podremos seguir la pista á la luz de un hacha ó de una antorcha tan de prisa como á la del día,—me dijo.—Así adelantaremos muchas millas esta noche, y acaso antes de amanecer demos con el caballo. No será difícil acorralarle y cogerle, pues estando ya casi domesticado no huirá tanto de nosotros; y, aunque así sea, conseguiremos atraparle. Una vez descubierto, ya no le perderemos de vista... En cuanto á la señorita, no habrá recibido daño alguno, porque no hay nada que pueda hacérselo, y, por otra parte, ni los lobos, ni los osos, ni las panteras adivinarán cómo va. Estamos seguros de alcanzarlo de aquí á mañana por la tarde y de encontrarla bien, tal vez algo cansada y con bastante apetito, pero sin gran daño; de suerte que en haciéndola recobrar las fuerzas quedará todo arreglado.

Sin embargo del estilo algo rudo con que Garey procuraba consolarme, apreciaba yo la buena intención que dictaba sus frases. Su breve discurso consiguió infundirme un poco de esperanza y hacerme aguardar con más calma el regreso de Quackenboss y el canadiense.

Estos aprovecharon el tiempo. Habíales señalado dos horas para desempeñar su comisión; pero mucho antes de expirar este plazo oímos el galope de sus caballos, resonando á lo lejos, y cinco minutos después llegaron junto á nosotros. Leblanc venía cargado con las hachas prometidas, que eran seguramente de la iglesia y destinadas, sin duda, á iluminar el altar en los días de gran fiesta.

—Aquí están, mi capitán,—gritó el canadiense al vernos;—aquí están las velas. Es un gran sacrilegio, y yo soy buen cristiano; pero Dios me perdonará, lo mismo que al buen señor Quackenboss.

Nuestros emisarios traían noticias del pueblo.

El alcalde no había muerto, como tampoco D. Pedro, á lo que se suponía; pero la guerrilla se lo había llevado prisionero. Los voluntarios continuaban aún en la ranchería, deseosos muchos de ellos de acompañar á Leblanc y á Quackenboss; pero yo había enviado á mis tenientes la orden de regresar al campamento tan luego como hubieran dejado arreglada la cuestión. Cuantos menos hombres faltaran en él, menos se echaría de ver la ausencia de los demás, y yo creía tener suficientes con los que me acompañaban para lograr mi objeto. Por lo

pradera; y, con la débil esperanza de que el caballo blanco se hubiese detenido tal vez allí, apretamos el paso, congratulándonos de antemano.

Una hora de marcha llevábamos ya cuando empezamos á divisar las altas rocas blancas del cerro. Nos acercamos á él con precaución, manteniéndonos siempre sobre la pista, pero explorando con solícita mirada el terreno que ante nosotros se extendía, deseosos de divisar el objeto de nuestras pesquisas. Ni un alma viviente se veía al pie del escarpado cerro, ni en-



Con las hachas encendidas, pudimos seguir muy fácilmente las huellas del caballo blanco

demás, fuese ó no feliz el éxito de la expedición, debíamos volver al campamento cuanto antes. Entonces sería ocasión de combinar un plan de campaña para apoderarnos del instigador y principal actor de esta terrible tragedia.

Casi sin aguardar á oír la conclusión de estas noticias, encendimos las hachas y proseguimos nuestra marcha sobre la pista.

Afortunadamente, levantóse una ligera brisa que servía para alimentar mejor nuestras luces, cuyo brillante resplandor nos permitió seguir las huellas tan fácil y rápidamente como al de la luna. Hasta allí, el caballo blanco había ido siempre á escape; y como en su carrera no se había desviado de la línea recta, era más fácil no separarse de ella.

A pesar de la obscuridad de la noche, no tardamos en conocer que nos dirigíamos hacia un punto de todos conocido: hacia la meseta de la

tre la obscuridad que le rodeaba; mas lo que sí advertimos fué que el caballo se había parado en aquel sitio, ó interrumpido al menos su furiosa carrera. En las huellas de sus cascos, se conocía que se había acercado á la meseta al paso; pero ¿cómo y en qué dirección se alejó de ella?

Más allá desaparecía toda señal: el corcel había pasado sobre los guijarros de que estaba sembrada la llanura hasta muchos pies de distancia de la base de las rocas, y no se podía descubrir el menor rastro al alejarse de este punto.

Dimos una porción de vueltas al rededor de la meseta, dirigiendo á todas partes la luz de nuestras hachas; vimos al paso esqueletos de hombres y caballos, cráneos sueltos, jirones de vestidos y trozos de armas rotas, recuerdos dejados por nuestra reciente escaramuza con los guerrilleros; registramos detrás de la roca

aislada donde nos habíamos guarecido; levantamos la vista hacia el surco natural por donde trepamos aquella noche, y divisamos, colgando aún en el mismo sitio, la cuerda que nos sirvió para bajar. Todo esto vimos; pero sin dar con la menor huella del caballo blanco.

Ibamos y veníamos sin cesar, tan pronto por los guijarros, como arrimados á la meseta, sin descubrir absolutamente nada. Quizás hubiéramos encontrado lo que buscábamos si hubiésemos estado mejor alumbrados; pero, no siendo así, lo registramos todo por espacio de una hora entera, sin dar con un indicio favorable. Quizás también hubiésemos obtenido el resultado apetecido, á no ser por un incidente que interrumpió nuestras minuciosas pesquisas, arrebatándonos toda esperanza de éxito. Verdad es que esta interrupción no nos cogió de improviso.

Hacía ya largo rato que las nubes nos estaban avisando, con las gruesas gotas que de vez en cuando caían en las rocas, que iban á despedir uno de esos violentos chubascos de las praderas en que el agua se precipita á torrentes. Varios síntomas nos habían anunciado la proximidad de una de estas tormentas; y mientras escudriñábamos todos los rincones para dar con la pista, empezó á descargar el aguacero con toda su furia. En un abrir y cerrar de ojos se apagaron las luces, quedando completamente suspendidas nuestras investigaciones. Obligados á buscar un abrigo debajo de las peñas, permanecemos allí de pie, unos junto á otros, guardando un tétrico silencio.

¡Hasta los elementos se habían conjurado contra mí!

CAPÍTULO XIV

OTRA IDEA

Nuestros caballos bajaban la cabeza al recibir aquella agua fría: todos ellos estaban jadeantes y sedientos. La carrera de la mañana, con el calor y el polvo, y luego aquel largo y rudo galope nocturno, habían agotado sus fuerzas. Así era que estaban con la cabeza baja, las orejas gachas y durmiendo de pie. Sus jinetes se hallaban tan rendidos como ellos: unos cuantos continuaban en pie, con la brida en la mano, al abrigo de la roca; pero los más se habían dormido apoyados contra la pared del cerro.

Para mí no había sueño ni reposo, ni siquiera busqué un sitio donde guarecerme del chubasco: de pie, y separado de la peña, recibía aquel copioso aguacero sin hacer caso de él.

Era una verdadera lluvia del Norte; pero en aquel momento ni el helado norte ni el abrasador *siroco* me habrían producido la menor impresión desagradable: tan insensible era á todo sufrimiento físico: antes, al contrario, los habría recibido con placer, porque concibo perfectamente esta verdad presentada en forma de proverbio en la lengua más rica del mundo en refranes: *un clavo saca otro clavo*.

Sí: de buena gana habría recibido un dolor

físico como medio de tranquilizar las angustias de mi alma; pero aquel frío viento del Norte no me proporcionaba ningún alivio: al contrario: era el precursor de más fundados temores, pues sobre haber suspendido nuestras pesquisas, si aquella lluvia pertinaz continuaba algunas horas solamente, nos imposibilitaría por completo de encontrar ó de seguir más adelante la pista interrumpida, que perderíamos, al fin.

Abismado en mis tristes pensamientos, me ocupaba muy poco en lo que pasaba en torno mío, y durante un espacio de tiempo cuya duración ignoro, permanecí como sumergido en una profunda melancolía, sin decir una palabra.

De pronto se oyó un ruido que me sacó de mi ensimismamiento. Algunas palabras llegadas á mi oído hicieronme comprender que al menos dos de mis compañeros no se habían dejado vencer por el cansancio y el desaliento; sostenían una conversación, y por su voz conocí que eran los dos cazadores.

Infatigables, acostumbrados á estas penosas luchas, á un constante combate con los elementos, con la naturaleza misma, aquellos hombres animosos no se daban jamás por vencidos, á no ser que les salieran frustrados todos los cálculos que puede hacer la previsión humana. Por su conversación comprendí que aún no renunciaban del todo á la esperanza de dar con la pista, y que maduraban un plan para encontrarla y seguirla hasta lo último. Recobré un tanto el ánimo y me volví para oír mejor.

Hablaban en voz baja: Garey tenía la palabra en el momento en que me volví hacia ellos.

—Creo que tienes razón, Rube,—decía.—El caballo debe haber ido por allá, y, en ese caso, daremos, sin duda, con sus huellas. Si mal no recuerdo, hay barro al rededor de la laguna... Podemos llevar la vela bajo el sombrero del irlandés.

—Sí, sí,—replicó Rube;—y si no he calculado mal lo que me toca hacer, no nos harán falta la vela ni sombrero. Mira hacia allí,—y Rube señalaba una separación entre las nubes;—apuesto cualquier cosa á que te digo cuándo cesará de llover. Dentro de un rato volveremos á tener luna, más clara que antes; y si lo dudas, mira otra vez.

—Tanto mejor, vejete. Pero ¿no te parece que convendría ver si podemos ya dar con la pista? El tiempo es precioso.

—Tienes razón. Coge la vela y el sombrero, y vamos. Esos muchachos harán bien en quedarse donde están y en roncar, pues no servirán más que para estorbarnos.

—¡Eh! ¡Aleman!—gritó Garey, dirigiéndose á Quackenboss.—¡Aleman! Déjenos V. el sombrero un minuto.

El botánico lanzó un sonoro ronquido por toda contestación. El buen Quackenboss estaba sentado en el suelo, de espaldas contra la roca, la cabeza caída sobre el pecho y durmiendo como un bienaventurado.

—¡Maldito dormilón!—exclamó Rube con impaciencia y mal humor.—Hazle cosquillas

con la punta de tu cuchillo, Bill. Acaríciame las costillas con el mango de tu látigo. ¿No basta? Pues dale un puntapié en la barriga. ¡Sacúdele con fuerza, y que se levante ó se lo lleve el demonio!

Y Garey gritaba á voz en cuello:

—¡Eh! ¡Aleman! ¡Quackenboss!

Y acercándose á él le daba fuertes sacudidas, añadiendo:

—¡Despierte V. con mil diablos! Necesito su sombrero.

—¡Eh, eh! ¡Quieto, quieto, animal! Va á tirarme al suelo... No puedo desprenderme... Las espuelas me tienen sujeto. ¡Eh! ¡Eh! ¡Soooo!

Al oír estas incoherentes palabras, Rube y Garey soltaron una estrepitosa carcajada que despertó á los demás. Quackenboss fué el único que continuó durmiendo y soñando que luchaba con el indómito caballo indio de aquella mañana.

—¡Ah, condenado avechucho!—exclamó Rube cuando hubo dado tregua á su risa. —Dejarle que siga soñando, puesto que tanto le gusta. Bill: quítale de la cabeza el sombrero, que es lo único que necesitamos, pues su amo no nos hace falta para maldita de Dios la cosa.

Estas últimas palabras tenían sus puntas y ribetes de rencor, pues Rube aún no perdonaba al digno voluntario la terquedad con que había cumplido su consigna de centinela.

Garey cesó en sus tentativas para despertar al impertérrito durmiente, y se contentó con quitarle el sombrero; cogió luego una de las hachas, y Rube y él se marcharon sin añadir una palabra más.

Aunque me intrigó lo que les había oído decir, no les quise hacer ninguna pregunta; algunos soldados, más curiosos que yo, sólo recibieron respuestas evasivas. Como conocía el modo de proceder de los cazadores, ví que deseaban que los dejaran solos, y así lo hice, sabiendo que podía fiarles el cuidado de llevar á buen término todos los proyectos que se les ocurrieran.

Al marcharse, se alejaron de la meseta en línea recta; pero no puedo decir cuánto tiempo siguieron la misma dirección. No habían encendido el hacha; de suerte que, apenas dieron cinco ó seis pasos, desaparecieron completamente de nuestra vista entre las tinieblas y la lluvia que caía á cántaros.

CAPITULO XV

NUEVAS INQUIETUDES

Luego de conversar un momento sobre cuál podría ser el plan que guiaba á entrambos cazadores, mis gentes volvieron á acomodarse para descansar. Tan rendidos estaban, que ni aun el frío les quitaba el sueño.

Al poco rato interrumpió el silencio una voz que nos hizo comprender que Quackenboss acababa de despertarse: la lluvia que caía sobre su cráneo casi calvo había podido más que los gritos y empujones de Garey.

—¡Hola! ¿Dónde está mi sombrero?—pre-

guntó de muy mal humor y levantándose al mismo tiempo para buscarlo á tientas entre las piedras.—¿Dónde está mi sombrero? Decidme: ¿no habéis visto por aquí algo semejante á un sombrero?

Estos gritos despertaron de nuevo á los que dormían.

—¿De qué clase?—preguntó uno de ellos.

—Un sombrero negro, un sombrero mejicano.

—¡Ah! ¡Sí! ¿Un sombrero negro? No: no he visto ninguno de ese color.

—¡Maldito alemán! ¿Te figuras que es posible ver un sombrero negro con una noche como ésta? ¡Ea! ¡Vete á dormir!

—Nada de bromas, compañeros: reclamo mi sombrero. ¿Quién lo ha cogido?

—Pero ¿estás seguro de que lo tenías?

—¡Bah! Se lo habrá llevado el viento,—dijo otro.

—Sr. Quackenboss,—preguntó el canadiense en su jerga franco-inglesa;—¿ha perdido V. su gran sombrero? ¡Pardiez! Tal vez se lo habrán llevado los lobos: quizás se lo hayan comido.

—Vete en hora mala con tus tonterías: ¿me lo has quitado tú?

—¡Yo! ¿Qué había de hacer yo con ese sombrero?

—Y tú, Stanfield, ¿lo tienes?

—Yo no.

—¿Y tú, Bill Black?

—Tampoco.

—Voy á decirte lo que ha pasado, Quackenboss,—añadió otro.—Has perdido hace poco tu sombrero al montar en el famoso mustang: el caballo es el que de una patada te lo ha quitado de la cabeza.

Esta ocurrencia produjo una carcajada general, á la cual hizo coro Quackenboss apostrofando á sus camaradas en términos muy poco mesurados, y andando á tientas en busca de su extraviada prenda, mientras los demás continuaban riendo y bromeando á su costa.

Yo hice muy poco caso de la jovialidad de mis soldados; tenía la vista fija en aquel punto del cielo que Rube había señalado á Garey, y mi corazón se regocijaba poco á poco al ver que se ensanchaba y aclaraba por momentos. Seguía lloviendo, pero la orilla de aquel extenso manto de nubes se replegaba lentamente hacia el E. Si el movimiento continuaba, abrigaba la esperanza de que, á los pocos minutos, y según la predicción de Rube, el cielo se despejaría de nuevo, y la luna difundiría sus resplandores con más intensidad que nunca.

De vez en cuando, miraba también hacia el lado de la pradera, tratando de percibir algún sonido, ya el de la voz de los cazadores, ó ya el de sus pasos si regresaban; pero no se oía nada. Empezaba ya á impacientarme, cuando de pronto divisé una luz á lo lejos: este fulgor pareció apagarse de nuevo; pero al poco rato, y casi en el mismo sitio, brilló una llama más constante que titilaba como una estrella solitaria al través de la bruma. Por algunos momentos permaneció fija; mas luego comenzó á

moverse, como si alguien la llevara casi al nivel de la superficie del suelo.

Esta luz aislada no tenía en sí nada de misterioso. Quackenboss era el único que no podía explicarse su aparición, pues en cuanto á sus camaradas, como se habían despertado al marcharse Rube y Garey, sabían lo que significaba aquello.

Entonces la luz se puso en movimiento y corrió con más rapidez, como si alguien la llevara en línea recta al través de la pradera. La seguimos con la vista con un vivísimo interés; fuése alejando cada vez más, y mis compañeros supusieron que los cazadores habían dado con la pista.

Así lo confirmó poco después Garey, á quien.



Rube y Garey alejéronse, desearos de dar con la pista del caballo

La luz tan pronto avanzaba como retrocedía, y á veces giraba como si descubriera círculos irregulares ó líneas sinuosas. Podíamos distinguir la capa de agua que se extendía entre nosotros y la llama de aspecto muy semejante al de una laguna, pues tal parecía la pradera, en gran parte inundada por la lluvia.

Tras un rato de expectativa, observamos que la luz se quedó fija, llegando en seguida á nuestros oídos una exclamación lanzada por una voz penetrante, en la cual reconocimos cierta entonación peculiar al viejo cazador.

vimos acercarse al sitio donde le aguardábamos; su elevada estatura se destacaba en la oscuridad, y, aunque á causa de ésta era imposible observar la expresión de su rostro, en su modo de andar se adivinaba que nos traía buenas noticias. Y, en efecto, al llegar junto á nosotros dijo:

—Capitán: Rube está ya sobre la pista. Se va por allá abajo, hacia donde brilla la luz. Pronto lo perderemos de vista, si no nos apresuramos á seguirle.

No fué preciso más para que todo el mundo

saltara á caballo y para que echáramos á correr en pos de aquella reluciente estrella que nos servía de faro para atravesar la llanura. En breve estuvimos cerca de Rube, á quien vimos, no obstante la obscuridad, avanzar sobre el rastro del caballo, con su hacha guarecida de la lluvia por el ancho sombrero del alemán.

En contestación á nuestras repetidas preguntas, el viejo cazador se limitaba de vez en cuando á soltar alguna de sus acostumbradas exclamaciones: era evidente que estaba orgu-



Rube mostróme las huellas de los lobos

lloso de aquella nueva prueba de su sagacidad. Garey dejó algo más satisfechos á los curiosos; mientras caminábamos les explicó cómo se había arreglado su compañero para alcanzar tan maravilloso resultado, pues, al parecer, pertenecía á Rube todo el honor del descubrimiento. Este se había acordado del manantial de la meseta, cuya agua era la que habíamos visto brillar á los reflejos de la luz. El ingenioso cazador había conjeturado, con mucho acierto, según se vió después, que el fogoso caballo se habría detenido allí para beber. Había pasado por la capa de los guijarros extendida al rededor de la meseta únicamente porque éste era el camino más corto para llegar al arroyo, y siguió una línea de terreno seco algo más elevado que el restante, y que conducía directamente desde el cerro al pequeño canal.

El animal, que caminaba á la sazón más despacio, no había dejado señal alguna de su paso

á lo largo de esta especie de ribazo, ó, á lo menos, no había ninguna que fuese visible á la luz de una antorcha, consistiendo en esto que perdiéramos la pista por un momento; pero haciéndose acordado Rube muy oportunamente de que en las inmediaciones del manantial había una porción de terreno pantanoso, supuso que los cascos del caballo habrían dejado allí huellas más profundas. Para encontrarlas, sólo le faltaba algo con que resguardar la luz, y el enorme sombrero de Quackenboss le vino tan á propósito que un paraguas no le hubiera servido más á pedir de boca.

Conforme esperaban, los cazadores habían descubierto nuevos vestigios en las orillas fangosas de la corriente. El caballo fugitivo había bebido en la charca; pero en seguida volvió á emprender su desenfrenada carrera, dirigiéndose al O. del cerro. Pregunté á Garey la causa de que el corcel tomara esta determinación; y, aunque comprendí que la sabía, tuve que insistir muchas veces antes de conseguir hacerle hablar. Por fin, me dijo con marcada repugnancia:

—¡Es que hay huellas de lobos sobre la pista del caballo!

CAPITULO XVI

HUELLAS DE LOBOS

Nuestros rastreadores habían encontrado, á orillas del arroyo, huellas de lobo. Estas eran de dos clases: las del gran lobo de Tejas y las del pequeño *coyote* de las praderas. Componían una manada, según pudieron deducir los cazadores del gran número de pisadas, con lo cual tuvieron bastante, merced á su sagacidad extraordinaria, para asegurar que dichas fieras daban caza al caballo. Pero ¿cómo lo sabían? Se lo pregunté á Garey, el cual me lo explicó.

Extendíase sobre el lecho del riachuelo una ribera que formaba un talud inclinado. El caballo se había lanzado allí de un salto después de beber, y los lobos hicieron lo mismo persiguiéndole, pues se veía la señal de sus garras en la húmeda arcilla. Dichas señales probaban, además, que corrían con toda velocidad, y no habrían dado semejante salto si no les guiara el afán de atrapar una presa. Ahora bien: no se veía ningún rastro de animal sino el de los lobos y el del caballo blanco, y, además, probaba claramente que aquéllos iban en persecución de éste el que *las huellas de los primeros cubrían las del segundo*.

Con gran dolor mío tuve que rendirme á la evidencia. Si aquel valiente animal hubiese ido solo, libre, sin estorbos, los lobos no le habrían dado caza, porque el caballo, en toda su fuerza, rara vez sirve de blanco á sus ataques, aun cuando los viejos ó achacosos, las yeguas preñadas y los potrillos suelen ser presa de esos hambrientos cazadores de las praderas.

Tanto el lobo común como el coyote están dotados de toda la astucia del zorro y conocen instintivamente al animal herido de muerte.

Así es que persiguen con pertinacia al gamo que se escapa del cazador; pero si el fugitivo no ha recibido mucho daño, renuncian á apoderarse de él. Este instinto les había dicho que el caballo blanco no iba montado por un jinete libre en sus movimientos. Comprendieron que allí faltaba algo, y, esperando rendir de cansancio á caballo y caballero, emprendieron su carrera lanzando aullidos de furor y de hambre.

Otra circunstancia confirmaba tan triste conjetura: sabíamos que abundaban los lobos en los alrededores de la meseta, por cuanto el manantial que allí había era el punto de reunión habitual de varios ruminantes, como antílopes y gamos. Allí acudían á beber los rebaños medio salvajes de los ganaderos, soliendo caer algún recental en los agudos dientes del coyote ó del lobo de Tejas.

También existía otra razón para que aquel sitio fuese el lugar favorito de los merodeos de tan repugnantes animales: los cadáveres, abandonados al rededor del cerro después de nuestra reciente escaramuza, les habían servido para celebrar más de un banquete nocturno, hartándose á sus anchas de sangre humana y de carne de caballo, á pesar de lo cual su insaciable apetito aún necesitaba más.

Era bastante probable que consiguieran rendir al corcel, agotando sus fuerzas, y mucho más, embarazado como estaba con su peso, lo cual sucedería después de un largo é interminable galope al través de pantanos y chaparrales; pero de todos modos era de temer que fuese vencido por los rudos é infatigables enemigos lanzados tras él. Entonces se aferrarían á sus costados, cogerían entre sus dientes las pobres piernas de la infortunada víctima tendida sobre el lomo del cuadrúpedo, y ambos, caballo y jinete, serían derribados, arrastrados, hechos pedazos y devorados.

Esta horrible idea me hacía exhalar sordos gemidos.

—Mire, mire,—me dijo Garey señalando el suelo y poniendo el hacha de modo que lo alumbrara.—El caballo ha dado un resbalón aquí, y á su lado tiene V. la huella del gran lobo. Por este mismo sitio se ha lanzado.

Reconocí aquellas señales, que me era fácil comprender, interpretando lo que veía exactamente como Garey lo había hecho.

El suelo, reblandecido por la lluvia, presentaba otras huellas de lobos; pero uno de ellos se había precipitado indudablemente hacia delante, dando un salto prodigioso, como si hubiese hecho un esfuerzo para brincar á los costados de un animal.

Con efecto: las señales de los cascos del caballo indicaban perfectamente que el generoso cuadrúpedo había resbalado al saltar sobre la yerba húmeda, y que este accidente motivó el salto furioso de su vigilante enemigo.

Marchábamos tan de prisa como nos era posible. Todo el mundo, así los voluntarios como los cazadores, participaba de mi febril anhelo y de mis temores.

Estábamos aún á poca distancia de la mese-

ta, cuando ocurrió un cambio favorable. Hasta entonces tuvimos que llevar las luces bajo los sombreros de muchos de mis hombres para preservarlas de la lluvia; mas esta precaución fué ya innecesaria. Pasó la tormenta, el chubasco cesó tan bruscamente como había empezado, y las nubes desaparecieron en breve de la superficie del firmamento. De allí á cinco minutos la luna brillaría libre de todo velo, pues sus rayos iluminaban ya débilmente la pradera. No aguardamos que recobrara todo su esplendor; y como el tiempo era demasiado precioso para nosotros, continuamos la marcha á la luz de las antorchas.

Al cabo de cinco minutos, el nocturno astro asomó alegremente fuera de la espesa cortina que le ocultaba tanto tiempo hacía, poniéndose á resplandecer con inusitado brillo, como si le hubiese purificado la tormenta. El terreno quedó iluminado como en medio del día: apagamos las hachas y seguimos ya rápidamente la pista á la luz de la celeste antorcha.

El caballo salvaje había pasado por allí, y acaso muchas millas más allá, siempre á escape y acosado de cerca por la encarnizada banda de sus voraces enemigos, como lo demostraban los vestigios de sus garras.

De pronto llegó á nuestros oídos el rumor de una corriente que resonaba en la dirección á donde nos conducía la nueva pista. En poco rato anduvimos la distancia que de ella nos separaba, y á la luz de la luna vimos una capa de agua límpida y bulliciosa. Era un río. Un poco más abajo caía una cascada, á cuyo pie se precipitaba el agua, crecida por la lluvia, rompiéndose sobre las rocas que inundaba de oleadas espumosas.

Los cazadores dijeron que aquél era un afluente del río Bravo, que baja del Norte y tiene su origen en la estepa elevada del Llano estacado.

Nos precipitamos hacia su orilla, enfrente de las rápidas espumosas. Las huellas nos conducían á aquel punto, al mismo borde de las furiosas aguas; pero allí se detenían. Distinguimos las señales de los cascos del pobre animal dirigidas hacia adelante hasta lo alto del ribazo: el caballo debió lanzarse al torrente.

CAPITULO XVII

EL PASO DEL TORRENTE

El fogoso caballo de los llanos se había lanzado por el sitio donde más espumosas eran las ondas, donde las rocas producían más mugidores ecos. Sus cuatro patas marcadas en el suelo, al borde mismo del ribazo, indicaban el punto preciso por donde hubo de saltar, y la superficie del terreno, profundamente señalada, atestiguaba que no había tomado un tímido impulso. La furibunda manada le debía perseguir entonces muy de cerca, y se echó de cabeza al agua con un vigor desesperado.

El éxito de su audaz resolución parecía improbable, imposible. A pesar de la espuma que brotaba á la superficie de la corriente, era ésta

muy rápida y capaz de arrastrar á un hombre ó un caballo, sin permitirle hacer pie. Seguramente había allí demasiada profundidad para ser vadeable. Aunque á trechos se veían algunas rocas que asomaban fuera del nivel de las aguas, eran las crestas de enormes peñascos, entre los cuales se precipitaba la corriente con violencia. Si el caballo no pudo hacer pie, ó se vió obligado á nadar, debió ser arrastrado por la corriente, su cadáver sumergido, y la infeliz que lo montaba...

La conclusión de esto era evidente para todos nosotros. Sin embargo, de la boca del más anciano y cuerdo salió una palabra de consuelo, una palabra que reanimó nuestros abatidos espíritus.

—¡Bah! El caballo no ha tenido que nadar.

—¿Estás seguro de ello, Rube?—le preguntaron todos á la vez.

—Sí: lo estoy,—contestó Rube, algo picado de esta pregunta, que parecía poner en duda su afirmación.—¿De qué os sirven los ojos? Fijaos ahí un poco. ¿No veis el color del agua? En el sitio donde se precipita la cascada, es negra como la piel de un bisonte; prueba de que ha caído hace poco; y un momento antes del aguacero, apenas había la mitad de la que hay ahora en el lecho del torrente. Entonces el caballo debió vadearlo con tanta facilidad como si se comiera medio celemin de cebada, y es indudable que el pobre animal lo ha atravesado en el instante de que os hablo.

—¿Lo habrá cruzado antes de llover?

—Tan seguro como un disparo de mi carabina. Mirad las huellas: se han hecho antes de haber caído una sola gota de agua. De lo contrario, estarían más hundidas en el terreno. El caballo ha pasado el torrente sin mojarse una crin de la grupa. De consiguiente, por lo que hace á ahogarse, no se alarme V., mi capitán: la señorita está hasta ahora tan buena y sana como V.

—Y ¿cree V. que los lobos hayan atravesado también el torrente?

—¡Los lobos! ¡Ca! Ni la cola de uno solo. Son demasiado tunos para eso. Harto sabían que no tenían las piernas bastante largas y que la corriente se los llevaría lo menos hasta una milla de aquí antes de poder cruzarle á nado. De suerte, que por lo que toca á los lobos, respondo que se han quedado á esta parte. Abra V. los ojos, y mire sus pisadas: había un enjambre de esos malditos animales. ¡Voto á sanes! La orilla está pisoteada como un redil de carneros.

Nos bajamos á examinar el suelo que estaba, efectivamente, lleno de pisadas de lobos. Una numerosa manada de ellos se había aglomerado en el mismo sitio, y, á juzgar por las señales de sus patas que se veían en todas direcciones, comprendíase que no habían continuado su carrera, sino que, detenidos de pronto por el torrente, renunciaron á su caza para dispersarse en todos sentidos.

¡Ojalá que esto no fuese una simple conjetura!

Para Rube era un artículo de fe; y como ya

había concluido por tener una ciega confianza en la experiencia del viejo cazador, me tranquilicé. Mis demás compañeros, ninguno de los cuales tenía la menor autoridad en semejante asunto, participaban de las opiniones de Rube acerca del feliz paso del caballo al través del torrente, y de la retirada de los lobos.

Garey, que á nadie más que á Rube cedía en punto á razonamientos ingeniosos, apoyó solemnemente las deducciones de su compañero. El caballo, pues, estaba aún sano y salvo, y yo rogaba á Dios que la que llevaba estuviese lo mismo.

Monté de nuevo con más ánimo; mis camaradas imitaron mi ejemplo, y seguimos á lo largo del torrente, examinando su corriente con objeto de descubrir un sitio á propósito para atravesarlo. No había ningún vado por allí cerca; tal vez se encontrase uno cuando bajase la avenida, en el mismo punto por donde el caballo había pasado; pero á la sazón las impetuosas ondas habrían arrastrado caballos y jinetes como si fuesen tapones de corcho.

El aspecto de todas aquellas rocas, de aquellas obscuras oleadas que se precipitaban unas sobre otras, de aquellos hirvientes y espumosos remolinos, nos quitaba la gana de intentar el paso por aquel sitio: veíamos que era impracticable.

Nos fraccionamos, caminando los unos río arriba y los otros en dirección contraria. Poco después nos reunimos con aspecto macilento: nadie había descubierto nada. Mi impaciencia no podía sufrir la menor demora. No era aquella la primera vez que mi caballo y yo habíamos atravesado un río profundo, y lo mismo les sucedía á los que me seguían.

Algo más abajo de las rápidas, el agua corría con menos impetuosidad. A la luz de la luna, veía yo que formaba la orilla opuesta un terreno bajo, de suave pendiente, por la que podía subir fácilmente un caballo.

No me entretuve en hacer más reflexiones. Moro había cruzado muchas veces ríos de centenares de pasos de anchura nadando con su amo á cuestas; había hendido más de una corriente con su pretal, compitiendo en rapidez con las olas. Hícele, pues, mirar el río, le clavé la espuela y me precipité con él en el agua. Oí el mismo ruido detrás de mí, y todos mis compañeros, unos tras otros, se lanzaron también nadando en silencio. Unos tras otros también, llegaron á la orilla opuesta, á la cual subimos sin tropiezo. A medida que mis hombres salían del agua, los fui contando: uno solo no había llegado.

—¿Quién falta?—pregunté.

—Rube,—me dijeron.

Miré atrás sin sobresaltarme, pues no temía por el cazador. Garey decía que no había cuidado por él. Alguna cosa le debió detener. ¿Su vieja yegua sabía ó podía nadar aún?

—Como un pez,—afirmó Garey;—sólo que Rube no querrá ir montado al cruzar el agua, por temor de verla hundirse demasiado. Mirad: allí está.

Casi á la mitad de la corriente se veían dos sombras, una tras otra. La primera era la cabeza cenicienta de la vieja yegua, y la segunda la de su amo, que no podía confundirse con nada. Al dar sobre ambos la luz de la luna, los hacía resaltar sobre el obscuro nivel de las aguas, y este espectáculo hizo lanzar una carcajada á los que habían salido á la orilla antes que ellos.

estaban empapados, el hombre y el caballo presentaban un aspecto tan extravagante que mis compañeros no pudieron reprimir nueva carcajada.

Sin esperar á que cesara esta hilaridad, eché mi caballo por la orilla. En breve llegué al sitio donde esperaba encontrar la pista interrumpida, y con tanta alegría como sorpresa ví las señales de los cascos del caballo fugiti-



La corriente era tan rápida, que impidió á los lobos perseguir al caballo blanco

Rube tenía un modo especial de atravesar el agua, y lo practicaba, ya fuese por pura originalidad, ó ya por dejar más libres los movimientos de su cabalgadura.

Había entrado poco á poco en el agua y permanecido en la silla hasta que la yegua perdió pie: entonces, deslizándose por la grupa, cogió la cola del animal con los dientes, y luego, en parte remolcado por ella como un pez arrastrado por el anzuelo, y en parte haciendo esfuerzos para ayudarla á cruzar, se había puesto á nadar. Tan luego como la yegua volvió á hacer pie, se subió de nuevo por la grupa y se puso otra vez en la silla.

Cuando los dos subían por el ribazo con sus arzones de verdaderos esqueletos reducidos á la más mínima expresión por el agua de que

vo enfrente del sitio por donde se había lanzado al precipicio.

Rube tenía razón: lo había vadeado sin tropiezo alguno, y, gracias al Cielo, ella se habría salvado también de aquel peligro.

XVIII

¿OTRO PELIGRO?

Al dar nuevamente con la pista se me ocurrieron tres consideraciones: primera, que el peligro ofrecido por el torrente había pasado; segunda, que los lobos se habían dispersado, pues las furiosas aguas de la catarata los contuvieron, y ya no se veían sus huellas en la otra orilla; y tercera, que el caballo blanco había acortado el paso.

—Por aquí ha ido al paso,—observó Garey al fijar sus ojos en las pisadas del corcel.

—¿Al paso?

Me constaba el valor de esta expresión: sabía que esta marcha propia del caballo de las praderas, era rápida, pero suave. La que iba atada en él, apenas debía sentir ya los blandos movimientos del animal, y por lo mismo su tortura sería menos dolorosa. Podía también suceder que, no espantándole ya la feroz manada que lo había perseguido, el fogoso corcel acabara por detenerse; sus cansadas piernas así lo exigirían, y entonces...

Seguramente, no debía haber ido mucho más lejos.

También nosotros estábamos rendidos desde el primero hasta el último; pero estas agradables suposiciones nos hacían olvidar nuestro cansancio, y seguimos la pista con más esperanza.

¡Ah! Era, sin duda, mi destino verme juguete de alternativas de temor y esperanza. Mi reciente júbilo no podía durar mucho. En breve se disipó.

Sólo nos habíamos alejado unos cuantos centenares de pasos del torrente, cuando tropezamos con un obstáculo que casi puso fin al seguimiento de la pista.

Era un bosque de robles, pero no de los que generalmente conocemos, sino de robles enanos (*Quercus nana*). Este bosque se dilataba hasta donde podía alcanzar la vista, y ninguno de sus árboles pasaba de treinta pulgadas de altura. No era una espesura ni un taller de arbustos, sino una verdadera selva de robles, cada uno de los cuales tenía su tronco separado, sus ramas, sus hojas y sus racimos de bellotas.

—¡Robles enanos!—exclamaron los cazadores al llegar al lindero de aquel bosque en miniatura.

—¡Bah! Siempre ha de haber algo nuevo,—añadió Rube con malhumorado acento.—No haréis mal en saltar á tierra y dejar que descansan vuestros jacos, pues tenemos que meternos por ahí.

Así se hizo, y por espacio de algunas horas fuimos siguiendo la pista andando á rastras. Las huellas del animal estaban perfectamente marcadas, y hubieran podido seguirse muy bien á la luz del día; pero aquellos robles crecían muy apiñados y á distancias tan iguales como si los hubieran plantado la mano del hombre; de manera que los rayos de la luna apenas podían abrirse paso entre su espeso follaje; las ramas se tocaban, y toda la superficie del suelo yacía envuelta en una sombra opaca, á causa de la cual era casi imposible distinguir la pista. Alguna que otra rama rota nos permitía avanzar algo más de prisa, ó bien el caballo había sacudido y retorcido, al pasar, algunas masas de follaje cuya parte inferior brillaba con extraño resplandor á la luz de la luna; mas como el animal había atravesado el bosque bastante despacio, estas señales abundaban muy poco, y no se veían sino de trecho en trecho.

Durante largas horas, llenas de ansiedad, marchamos jadeantes á través del robledal, de cuyos más elevados árboles sobresalían con mucho nuestras cabezas: no parecía sino que nos habíamos abierto un camino á través de algún inmenso plantel de arbustos.

La pista cortaba directamente su parte central; y todavía no habíamos llegado á su último límite cuando los rayos de la luna empezaron á palidecer ante la luz purpúrea de la aurora. Poco después el robledal se fué aclarando, y sus arbolillos separándose más, ya diseminados, ya agrupados, hasta que el musgo de la pradera volvió á enseñorearse del terreno.

Nuestros cazadores tuvieron ya que trabajar menos.

La luz del sol tan deseada cayó de lleno sobre las huellas de tal manera que nuestros guías podían observarlas tan de prisa como les era posible correr á nuestros caballos; y como no entorpecían nuestra marcha las malezas ni los arbustos, avanzamos á buen paso por el corazón de la pradera.

El objeto de nuestras pesquisas había recorrido también con rapidez aquel terreno; continuó andando al paso hasta cierta distancia del robledal; mas de pronto había dado un salto y proseguido su carrera á todo escape, como lo atestiguaban las señales que iba dejando en pos de sí.

¿Qué nuevo motivo de espanto había ocasionado aquel empuje?

No sabíamos qué pensar: hasta aquellos de mis hombres, prácticos en las praderas, lo ignoraban.

¿Le habrían atacado otra vez los lobos, ó diferente enemigo? Ni lo uno ni lo otro. Era aquella una verde pradera cubierta de una alfombra de blanda yerba, pero había sitios en que ésta escaseaba, pequeños espacios casi desnudos y que la lluvia había reblandecido. Hasta la ligera pata del lobo hubiera quedado marcada en aquellos trechos blandos, lo suficiente para que no pasara inadvertida á los ojos de lince de los prácticos; pero el caballo había pasado después de cesar la lluvia, y ni los lobos ni otro animal alguno habían ido tras de él.

Quizás se habría asustado de sí mismo y del modo insólito como iba montado. Además, aún estaba bajo la molesta impresión de los malos tratamientos que había recibido y cuya excitación no había desaparecido del todo; probablemente las puntas envenenadas de los cohetes emponzoñaban todavía sus heridas y obraban á manera de espuela; podía haber tomado cualquier sonido remoto por las vociferaciones de los guerrilleros ó los aullidos de los lobos, ó tal vez...

Una exclamación de los guías que cabalgaban delante de nosotros puso fin á estas distintas suposiciones. Ambos nos señalaban el suelo con el dedo; nadie dijo una palabra, porque no había necesidad de ello: todos leímos en nuestros ojos la explicación de lo que hizo emprender su precipitada carrera al pobre cuadrúpedo.

Frente por frente de nosotros estaba la yerba hollada, machacada por numerosas huellas. No eran cuatro, sino lo menos cuatrocientas señales de cascos de caballo, ó quizás más, todas ellas tan recientes como las que íbamos siguiendo, siendo imposible adivinar, entre tantas, cuáles eran las del caballo blanco.

—Una manada de caballos salvajes,—dijeron nuestros guías á la primera ojeada.

Eran huellas de cascos sin herrar, aunque esta particularidad no habría bastado para identificar el estado salvaje de dichos animales, porque una partida de indios montados podía haber pasado sin dejar otras marcas, ya que el indio no hierra jamás sus cabalgaduras; pero los caballos en cuestión no habían llevado nunca jinetes, según la rotunda afirmación de los cazadores, y entre ellos figuraban potros jóvenes y otros á la mitad de su desarrollo, lo cual demostraba que se trataba de una yeguada de mustangs.

Desde el sitio donde habíamos dado con su rastro habían partido á todo escape, y la pista del caballo blanco acabó por confundirse con la suya al reunirse con ellos siguiendo un ángulo agudo.

—Sí,—decía Rube,—ya sé lo que ha sido. Se han espantado del aspecto de nuestro caballo, y esto les ha hecho poner pies en polvorosa. Mirad: ahí tenéis sus huellas, á la cola de todos los demás. Aquí,—prosiguió el cazador á medida que avanzábamos,—aquí ha alcanzado á algunos. Aquí también se han puesto á galopar unos detrás y otros delante de él. Estoy seguro que ahora ya han trabado conocimiento, lo cual me tranquiliza. Mirad, mirad: va en medio de la yeguada.

Al oír estas palabras, levanté involuntariamente los ojos, creyendo tener los caballos á la vista; pero no. El ingenioso intérprete corría delante de nosotros, inclinado sobre la silla y con los ojos clavados en el suelo. Todo cuanto acababa de decir lo había leído en la superficie de la pradera, en jeroglíficos ininteligibles para mí, pero más fáciles de interpretar para él que las páginas de un libro impreso. Yo no dudé que lo que él afirmaba era exacto: el caballo blanco había galopado tras una yeguada de caballos salvajes, los había alcanzado, y en el mismo sitio en que á la sazón nos hallábamos se había metido entre ellos.

Este descubrimiento me inspiró sombrías ideas: vislumbraba otra serie de peligros para la reina de mi corazón, peligros nuevos, extraños y terribles. Parecíame verla ya en medio de un rebaño de caballos salvajes, de chispeantes ojos, de encarnadas y humeantes narices, animales irritados quizás contra el caballo blanco y celosos de la presencia de aquel intruso en su yeguada. Los ví, en su ciego furor, lanzarse sobre él con la boca abierta, con sus dientes amarillos y brillantes, encabritarse en torno suyo y sobre él, y derribarle con rabia á fuerza de descargarle mortales coces.

¡Oh! ¡Era una horrible idea, un horroroso presentimiento! Y, por terrible que fuese, este cuadro no podía ser más que la sombra exacta

de la realidad. Así como por un efecto de espejismo la refracción proyecta objetos lejanos en la retina del ojo, así también algún espejismo espiritual presentaba á mi mente la imagen de sucesos positivos; y aun cuando entonces no tenía á la vista esta realidad, pasaba muy cerca de nosotros.

Subí rápidamente á una eminencia del terreno, y desde su cumbre ví casi la reproducción completa de la terrible escena evocada por mi delirante imaginación.

CAPITULO XVIII

TROPIEZO FATAL

Sin esperar á saber la opinión de mis compañeros, espoleé vigorosamente á mi corcel y bajé á escape de la eminencia, corriendo en derechura hacia la yeguada. Ni seguí plan alguno, ni traté de mantenerme oculto hasta llegar á ella; faltábame tiempo para tomar precauciones ó disimular mi aproximación; obraba impulsado por un arrebato instantáneo, por un solo pensamiento: el de lanzarme adelante, dispersar los caballos, y, si aún era tiempo, salvarla de las terribles coces y de los cortantes dientes de aquellos feroces enemigos.

Al observar que el caballo blanco tenía á raya á sus acometedores, lo cual se demostraba en que éstos no se atrevían á atacarle sino desde cierta distancia, concebí alguna esperanza. Si yo hubiera ido solo, quizás habría obrado con más prudencia é ideado alguna estratagemma para apoderarme de él; pero ya no era cosa de hacerlo así, pues las circunstancias exigían la mayor premura.

Cazadores y voluntarios, obedeciendo al mismo impulso que yo, lanzaron sus caballos á escape, siguiéndome de cerca. Aún estábamos á mucha distancia de la yeguada, al abrigo del viento y á la mitad de la colina, y los caballos salvajes no nos habían visto ni oído todavía. Me puse á gritar con todas mis fuerzas para espantarlos y hacerlos huir. Mis compañeros me ayudaron á voz en cuello; pero nuestras voces no llegaron hasta la tumultuosa hueste.

Entonces se me ocurrió un expediente mejor: saqué mi revólver de su funda y disparé muchos tiros al aire. Uno solo habría bastado. Oyóse la detonación, aunque el viento soplabá en dirección contraria, y los mustangs, espantados, suspendieron sus violentos ataques. Unos se alejaron dando saltos; otros empezaron á dar vueltas en todas direcciones, relinchando y moviendo vivamente la cabeza; hubo algunos que llegaron á galope hasta ponerse á tiro de mi carabina, y, lanzando luego su agudo relincho, volvieron grupas y escaparon velozmente.

Quedó sólo el caballo blanco con la desdichada víctima que llevaba, en el sitio donde los habíamos descubierto. El pobre animal permaneció un momento inmóvil, como si le hubiese dejado estupefacto la repentina dis-

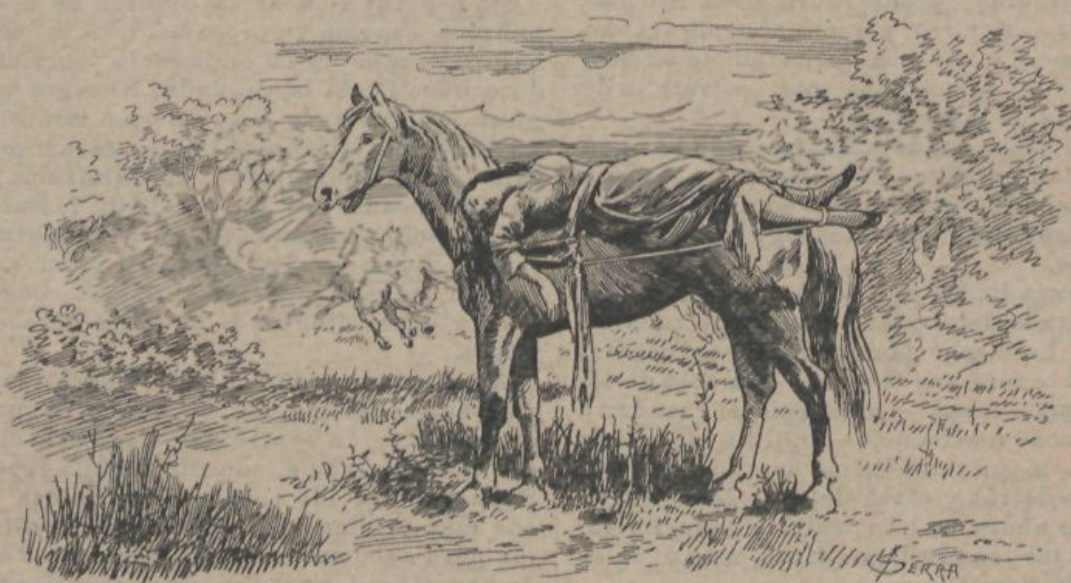
persión de sus agresores. También había oído los tiros, y tal vez fué el único que comprendiera en cierto modo lo que había causado aquellos sonidos extraordinarios. En aquella estrepitosa conmoción del aire reconocía la voz del hombre, hasta entonces su mayor enemigo, y, sin embargo, no hizo ningún movimiento para huir. Creí que esperaba que nos acercásemos y que se dejaría coger tranquilamente; pero me llevé chasco.

Todavía me hallaba á muchos centenares de pasos de él, cuando le ví enderezarse, girar sobre sus patas traseras como sobre un eje, saltar y recobrar su primitivo ímpetu. Su penetrante relincho resonó en mis oídos como el

noía así por la pesadez de su galope y en que sus pies se posaban con menos ligereza en el suelo. Comparado con él, el caballo de los llanos estaba aún fuerte y ágil.

Pero ya era cuestión de vida ó muerte. Tratabase de la vida de Hortensia y quizás de la mía, porque yo no quería sobrevivirla. Era de todo punto indispensable salvarla, desgarrar sin reparo los ijares de mi corcel y alcanzar al caballo salvaje, aunque á Moro le costase la vida.

La pradera era desigual, pues el terreno subía y bajaba como las olas del Océano. Galopábamos en dirección transversal á las desigualdades del suelo, que se sucedían á cortos



El pobre animal permaneció un momento inmóvil, al verse libre de sus agresores

reto de un enemigo mortal, como la expresión de la burla y de la venganza: burla de mi persecución impotente, venganza de haberle reducido poco antes á la cautividad.

Lancéme tras él tan rápidamente como pude hacer marchar á mi caballo, sin entretenerme en consultar á mis compañeros, pues me había adelantado mucho y estaba demasiado lejos para hablarles, aparte de que no necesitaba entonces su experiencia, ya que sólo se trataba de correr lo más de prisa posible para alcanzar al fugitivo y salvar de la muerte á la que consigo llevaba, si vivía aún.

Tampoco era ocasión de abandonarse á inútiles lamentaciones, por lo cual me sobrepuse á las emociones que me ahogaban, dedicándome en cuerpo y alma á aquella frenética persecución.

Dirigí la palabra á mi valiente Moro, llamándole muchas veces por su nombre; le oprimí con las manos y rodillas, y sólo de vez en cuando permitíme hacerle sentir el agudo contacto de la espuela.

No obstante, en breve advertí que empezaba á flaquear; observación que me hizo temer por el resultado de la lucha. Aquella carrera sostenida día y noche le tenía ya rendido. Lo co-

intervalos, avanzando de un modo raro, subiéndolo y bajándolo las alturas siempre con la misma velocidad.

¿No tendría fin aquella larga y cruel persecución? ¿No llegaría á cansarse el caballo salvaje? A la fuerza habría de rendirse con el tiempo. Era indudable que Moro podía competir con él en vigor y agilidad; pero el caballo de los llanos tenía sobre el mío una doble ventaja: la de estar en su terreno y conservar enteras sus fuerzas.

Tenía mis ojos fijos en él sin apartarlos un solo instante. Dominado por un recelo misterioso, temía volver la cabeza por miedo de que me desapareciera de pronto. No perdía el recuerdo de mi primera caza; fatales memorias acosaban mi imaginación, y, por último, volvía á sentirme bajo la influencia de lo sobrenatural.

No miraba á derecha ni á izquierda, sino siempre delante de mí, siempre al objeto que perseguía, calculando la distancia que de él me separaba. ¡Con qué gozo ví, al bajar la última eminencia de la pradera, una dilatada y lisa llanura! ¡Con qué placer advertí que en aquel nuevo campo recobraba la ventaja! Así continué ganando terreno hasta ponerme tan

sólo á unos trescientos pasos. Tan cerca estaba ya, que podía distinguir los contornos del cuerpo de la desdichada, sus piernas extendidas en toda su longitud y atadas á la grupa del animal, sus vestidos flotantes y desgarrados, sus largos cabellos sueltos y arrastrando por el suelo. Todo esto podía distinguir, hasta la palidez de sus mejillas, cuando el arisco cuadrúpedo echaba hacia atrás la cabeza para lanzar un relincho. ¡Oh Dios mío! ¡También veía sangre!

Como estaba ya bastante cerca para que me oyera, grité con todas mis fuerzas; pronuncié repetidas veces su nombre; fijé mis ojos en ella y esperé una respuesta con indecible ansiedad. Parecióme que levantaba la cabeza, como si me hubiese oído y quisiera contestarme; pero no pude oír su voz. Sus gritos, demasiado débiles, debieron perderse entre el rumor producido por los cascos del caballo.

La llamé de nuevo tan fuerte como me fué posible, repitiendo cien y cien veces su nombre. Al fin, creí oír un grito; al fin, tuve por cierto que había incorporado la cabeza sobre el cuello del caballo. Sí: no cabía duda; no podía equivocarme.

—¡Gracias á Dios!—exclamé.—¡Vive! ¡Vive!

Mas apenas lancé esta exclamación, cuando sentí que mi caballo cedía bajo mi peso, como si se hubiese hundido en el seno de la tierra; y yo, lanzado de la silla, fui á caer de cabeza contra la yerba: Moro acababa de tropezar en la madriguera de una marmota de las praderas, y de resultas de este paso en vago fué rodando por el suelo.

Aquella caída no tuvo más consecuencias; de suerte que en dos ó tres segundos me puse en pie, cogí las riendas y salté á la silla; mas al volver de nuevo mi caballo en la dirección seguida hasta allí, ya no ví nada: el caballo blanco y la víctima habían desaparecido.

CAPITULO XIX

¡PERDIDO!

Me quedé desesperado, furioso, pero no sorprendido. Aquella vez la desaparición del animal no tenía nada de misteriosa: estaba allí el chaparral para explicarla. Ya no lo veía, es cierto; pero aún podía oírle, y, en efecto, mientras volví á montar percibí el rumor de los cascos del caballo al pisar un terreno más firme, el crujido de las ramas secas que iba aplastando y la vibración de las que separaba violentamente al pasar. Estos sonidos me guiaron, y sin detenerme á seguir las huellas del cuadrúpedo me lancé en la dirección de que aquéllos partían, y me introduje en la espesura. Mi bravo corcel apartó como pudo los matorrales que se oponían á su paso, ya forzándolos con su pecho ó saltando por encima de ellos; pero apenas avanzó un poco cuando conocí lo imprudente que era el partido que había tomado.

En efecto: ya no oía el ruido de los movimientos del caballo, ni sus sonoras pisadas, ni

los chasquidos del ramaje, ni el rumor de las hojas secas y desprendidas. Mientras seguí corriendo, avancé con incertidumbre. Únicamente deteniéndome podía oír aún al caballo, que proseguía difícilmente su marcha al través de la espesura del bosque: pero entonces los sonidos eran más débiles y lejanos, haciéndose más y más imperceptibles á medida que yo aplicaba el oído.

De nuevo espoleé á mi caballo, dirigiéndole casi al azar; pero antes de andar cien pasos, la incertidumbre me obligó á hacer un segundo alto. Entonces escuché y ya no oí ni siquiera la vibración de una rama al recobrar su posición primitiva.

O el caballo blanco se había detenido y permanecía inmóvil y silencioso, ó bien, y esto era más probable, se me había adelantado tanto, que el rumor de sus pasos ya no llegaba hasta mí.

Casi loco, encolerizado contra mí mismo, harto sobrecitado para que me fuese posible reflexionar con sangre fría, desgarré los ijares de mi caballo y me interné en el bosque. Así recorrí muchos centenares de pasos, desesperando ya de llegar al alcance del objeto de mi afanosa persecución, y me detuve otra vez para escuchar. ¡Vana esperanza! Ni un sonido llegó á mis oídos. El chaparral se callaba en torno mío, silencioso como la muerte: ni siquiera se movía un pájaro en el ramaje.

Entonces sentí una especie de acceso de rabia contra mí mismo; me vituperé mi imprudencia, pues á no ser por mi insensata precipitación podría haber seguido la pista y encontrado el objeto de mis afanes. Seguramente, hubiera podido perseguir al caballo dondequiera que se hubiese metido. Pero entonces ya no sabía por dónde iba. ¡Todo estaba perdido!

En vano fué que, para recobrar la pista, diéramos muchas vueltas por el bosque. Corrí primero en una dirección, luego en otra y en otra, pero inútilmente: ni descubrí pisada alguna ni encontré ramas desgajadas. Lo primero que se me ocurrió entonces fué volver á la pradera descubierta, buscar el rastro y seguirle desde allí. Este era, sin duda, el partido más cuerdo y el único que ofreciera alguna probabilidad de éxito. Suponía que me sería fácil encontrar aquella desdichada pista en el punto por donde el fúlgido cuadrúpedo había entrado en el chaparral, y marchar desde allí siguiendo sus huellas con poco trabajo. En su consecuencia, volví riendas, y encaminé á Moro hacia aquel sitio; pero después de andar media hora, es decir, más de una milla, al través de claros y matorrales; después de caminar casi en doble dirección opuesta, y luego á derecha, y luego á izquierda; después de marearme y confundirme en aquel laberinto de ramaje, detuve mi caballo, rendido de cansancio, y, dejando caer las riendas sobre su cuello, me quedé con la cabeza baja, en la terrible convicción de que yo también estaba perdido.

¡Perdido en el chaparral, en aquel horrible bosque abrasado por el sol y poblado de infinitas

especies de plantas; en donde al rededor de las acacias, mimosas, gleditschias, robinias, algarrobas y demás plantas leguminosas conocidas en el globo, crecían las magníficas *fouquieria*, con sus ramas llenas de púas; el tornillo (*prosopis glandulosa*), con sus retorcidas habas; el junco (*koeblerinia*), con sus dentadas hojas; las yucas y las bromelias (*agave* y *dasy-lirion*), que parecen armadas de garras; las universales cactáceas (*opuntia*, *mamiliaria*,

CAPITULO XX

LOS JABALÍES

Ni el aspecto de la tierra ni el del cielo me ofrecían indicio alguno que me sirviera de guía: únicamente guardaba cierta idea confusa de que la persecución había debido llevarnos hacia el O., y, por lo tanto, para regresar á la pradera tenía que ir hacia el E. Pero ¿có-



Me quedé cabizbajo, en la terrible convicción de que me había perdido

cereus y *echinocactus*), y otras y otras plantas á cual más espinosas! Hasta la misma yerba causaba allí dolorosos rasguños, pues predominaba la llamada en el país *mezquita*, cuyos tallos punzan como las ortigas.

Yo no había podido pasar impunemente por aquel horrible bosque, pues tenía la ropa hecha jirones y las piernas ensangrentadas.

¡Mis piernas! ¿Y las suyas? ¿Y aquellos miembros tan proporcionados? ¿Y aquellos torneados brazos? ¿Y aquella piel tan suave y delicada? ¡Los millares de espinas del chaparral debían herirla, destrozarla!

No podía librarme de semejantes emociones sino entregándome á un violento ejercicio. Así fué que, desechando una vez más tan abrumadoras ideas, lancé de nuevo mi corcel al través de las malezas.

mo distinguir el E. del O.? En el chaparral, lo mismo que en el horizonte, uno y otro eran los mismos: el sol estaba velado por unas nubes de color plomizo.

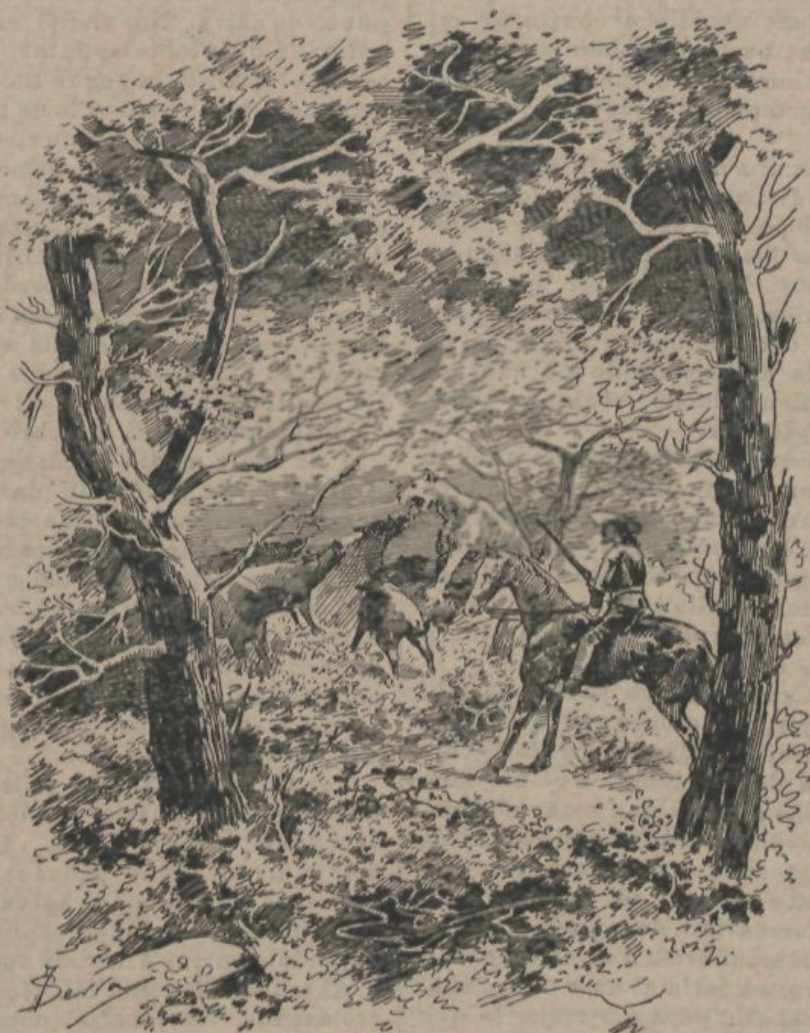
Si en aquel bosque hubiera existido árboles del Norte, probablemente me habría sido fácil encaminar mis pasos, porque la encina ó el olmo, el fresno ó el arce, el haya ó el sicomoro me habrían servido de brújula mediante la inspección de su corteza; pero en aquel espeso taller de matorrales espinosos me veía completamente perdido. Era aquélla una flora subtropical, ó, más bien, una vegetación de los áridos desiertos que desconocía yo de todo punto. Sabía que no faltaban hombres tan hábiles en la ciencia del chaparral, que en medio de aquella frondosa soledad podían distinguir el N. del S. sin necesidad de consultar la brújula ni

las estrellas; pero yo carecía de tal destreza.

Así, pues, lo mejor que podía hacer era confiarme al instinto de mi caballo. Ya me había ocurrido más de una vez extraviarme en alguna selva profunda ó en una llanura interminable, y, entregándome á su instinto, el excelente animal me había sacado del apuro.

Probablemente me habría llevado por el camino por donde habíamos venido si éste hubiese sido el de casa; pero ni mi pobre caballo

podía venir á hacer un ser humano á un sitio del que hasta los brutes huían? El lagarto de cuernos (*agama cornuta*), la serpiente de cascabel, el armadillo y el coyote son los únicos habitantes de esos áridos países, por los cuales atraviesa también de vez en cuando el jabalí (*dicotyles torquatus*); pero todos estos animales son allí muy raros, y el jinete que recorre un chaparral mejicano puede andar miles y más millas sin encontrar un solo ser



Ofrecióse á mi vista una lucha entre un puma y una manada de jabalíes

ni yo teníamos casa en aquel país. Él era también un voluntario errante; hacía ya muchos años que iba y venía de país en país, recorriendo comarcas situadas á centenares y aun millares de millas unas de otras; hacía mucho tiempo que había olvidado la cuadra de su suelo natal.

Supuse, no obstante, que si había una fuente por allí cerca, su instinto le guiaría quizás á ella, y por cierto que bien lo necesitábamos ambos. En el caso de que encontrásemos algún arroyo, éste nos serviría de guía. Solté, pues, las riendas y dejé que Moro caminase á su albedrío.

Varias veces había gritado yo con todas mis fuerzas, esperando que me oyese mis compañeros, pero nadie más que ellos, porque ¿qué

viviente. Allí reina la calma de la muerte, y, á no ser que el viento gima entre el follaje de las acacias ó que la invisible cigarra lance su estridente canto en el seno de la abrasada yerba, el fatigado viajero seguirá su marcha sin que le distraiga otro ruido que el de su propia voz ó el de las pisadas de su caballo.

Restábame la probabilidad de que me oyese mis compañeros; suponía que procurarían no perder la pista, y que, aun cuando estuviesen muy rezagados cuando penetré en el chaparral, si seguían las huellas, forzosamente debían llegar, tarde ó temprano.

La cuestión era saber si seguirían mi rastro ó el del caballo blanco. Al pronto no caí en ello y me detuve para reflexionar. En el segundo caso, no me convenía marchar adelante, por-

que entonces no haría más que alejarme de ellos obligándolos á practicar más prolongadas pesquisas, y ya les daba bastante que hacer, por cuanto el mal camino por donde me había metido formaba un laberinto inextricable.

Probablemente sería á mí á quien seguirían con preferencia, suponiendo que habría tenido alguna razón para desviarme de la pista del fugitivo; quizás creyesen que lo había hecho con el objeto de adelantarme y cortar el paso.

Esta hipótesis me decidió á continuar mi marcha, á lo menos hasta que hubiese transcurrido bastante tiempo para que pudieran encontrarme; pero, compadecido de mi pobre caballo, me apeé.

A intervalos llamaba con toda la fuerza de mis pulmones y disparaba pistoletazos, después de lo cual me ponía á escuchar; pero, tanto los gritos como los tiros, pasaban, seguramente, inadvertidos. Era menester que mis compañeros estuviesen muy lejos de mí para que no oyeran la detonación de un arma de fuego, porque si la hubiesen oído me habrían contestado del mismo modo, teniendo todos ellos carabinas y pistolas.

Por fin, calculé que habrían tenido tiempo sobrado para encontrarme. Disparé de nuevo muchos tiros; pero, como antes, tan sólo el eco me respondió. Entonces pensé que tal vez no me habrían seguido, y que acaso hubieran ido tras la pista del caballo blanco, que los habría llevado á considerable distancia, fuera del alcance de mis detonaciones.

Mientras tales suposiciones hacía, percibí de pronto, á lo lejos, numerosos gritos de aves, en los cuales conocí la voz áspera del grajo unida á la charla del cardenal. Por su tono conocí que aquellas aves debían estar alarmadas por la presencia de algún enemigo; quizás se aprestaran á defender sus nidos de los ataques de la serpiente negra ó del crótalo; quizás también se alarmarían de aquel modo al ver llegar á mis compañeros, ó al caballo salvaje, que, como yo, vagaría al azar por el chaparral. Monté á caballo para ver mejor lo que ocurría, y, mirando las copas de los árboles, guiado por la voz de las aves, no tardé en descubrir la causa de su conmoción.

Divisé á cierta distancia grajos y cardenales revoloteando por las ramas, muy azorados, sin duda, por un objeto que debía hallarse en tierra. Al propio tiempo oí sonidos extraños, mucho más fuertes que los gritos de las aves, pero sin poder adivinar de dónde procedían, y me desanimé, pues harto comprendí que no podían proceder ni de mis camaradas ni del caballo blanco. Por lo demás, como aquel ruido se iba acercando, me decidí á averiguar qué ocasionaba semejante perturbación en un sitio hasta entonces pacífico.

Marché hacia el punto de donde salía el ruido, tan pronto como mi caballo pudo abrirse paso al través de los matorrales, y en breve supe á qué atenerme.

Al desembocar en el límite de un pequeño claro, ofrecióse á mi vista un espectáculo muy

singular, una lucha entre un puma y una manada de jabalíes. Muchos de éstos yacían en el suelo, heridos mortalmente por las poderosas garras del enorme gato-tigre; pero los demás, sin intimidarse por eso, tenían cercado por completo al enemigo, y saltaban sobre él con la boca abierta, hiriéndole con sus agudos colmillos.

Esta escena despertó mis instintos de cazador, y, cogiendo rápidamente la carabina que llevaba colgada al hombro, fijé los ojos en el punto de mira. No vacilé en la elección del animal á que debía apuntar, la pantera, y, soltando el gatillo, le pegué un balazo en el cráneo que la tendió sin vida en medio de sus agresores. Mas apenas transcurrieron tres segundos, cuando hube de arrepentirme de mi equivocada elección de víctima: precisamente era el puma el único á quien debí respetar, ya absteniéndome de hacer fuego, ó ya hiriendo con preferencia á alguno de sus cerdosos adversarios. Como aquél estaba ya fuera de combate, éstos iban á convertirse en mis enemigos, transfiriendo su bloqueo al rededor mío y de mi caballo con toda la ferocidad salvaje que acababan de desplegar contra la pobre pantera.

Y no tenía medio de castigar á aquellas ingratas fieras, pues sin darme tiempo para cargar la carabina ni las pistolas empezaron su ataque. Mi caballo, espantado por aquella acometida imprevista, así como por el aspecto de sus extraños agresores, relinchaba y piafaba con espanto, recorriendo el terreno; pero á dondequiera que se dirigía le perseguían encarnizadamente quince ó veinte jabalíes, saltando á sus piernas y desgarrándoselas con sus retorcidos colmillos.

Por fortuna para mí, pude mantenerme firme en la silla, pues si hubiese ido al suelo en semejante circunstancia, aquellos animales me habrían hecho pedazos sin remedio. No veía más esperanza de salvación que la fuga. Por consiguiente, metí espuelas á mi caballo, dejándole correr á rienda suelta.

Al través de aquel laberinto de arbustos entrelazados, los jabalíes corrían tan de prisa como él; y cuando avancé un centenar de pasos, ví que toda la manada me iba aún al alcance, saltando con más rabia que nunca á las patas de mi corcel; pero en el mismo instante llegó un confuso rumor de voces á mis oídos, y poco después divisé varios jinetes que llegaban por la espesura.

Eran Stanfield, Quackenboss y el resto de los voluntarios.

Inmediatamente echaron pie á tierra, y, manejando el revólver con presteza, aclararon al poco rato las filas de los jabalíes y obligaron á los supervivientes á batirse en retirada lanzando agudos gruñidos.

CAPITULO XXI

INCENDIO

Entre los que me habían auxiliado no ví á los dos cazadores. ¿Dónde estaban? Dijéron-

me que Rube y Garey habían seguido el rastro del caballo, dejando que los voluntarios fueran en mi busca.

Grande fué la alegría que me causó la viva inteligencia de mis compañeros: habían hecho precisamente lo que yo deseaba que hiciesen. Los unos acudieron á encontrarme, y los otros siguieron la pista que era para mí más preciosa.

En aquel momento, los rastreadores debían haber avanzado mucho. Hacía ya más de una hora que se habían separado del resto de mis compañeros, porque mis caprichosas vueltas y revueltas obligaron á los que me buscaban á detenerse muchas veces, no sabiendo á dónde dirigirse; pero, á lo menos, no habían andado como yo, sin observar nada, y podían encontrar otra vez su camino para volverse por él.

Como era imposible asegurar por dónde se habían encaminado Rube y Garey, lo mejor era retroceder; por lo cual echamos á andar por nuestro camino del lado de la pradera, guiados por Stanfield, práctico conocedor de los bosques. No fué necesario seguir nuestra confusa pista: el kentuckiano, que se había fijado en la situación del chaparral, nos condujo fuera del laberinto por un camino casi directo. Al llegar al terreno descubierto, en vez de detenernos nos apresuramos á penetrar en el chaparral en pos de las huellas de Rube, de Garey y del caballo blanco. Por allí no había ninguna dificultad; el camino estaba indicado claramente; los cazadores nos lo habían marcado ó *alumbrado*, como ellos dicen. En muchos sitios, las señales de los cascos de los tres caballos indicaban suficientemente el camino; pero había espacios pedregosos ó cubiertos de yerba agostada por el sol, donde el pie de los animales no dejaba impresiones visibles. Pero en otros, una rama de acacia desgajada y pendiente, un tallo de flor de áloe encorvado á propósito, ó bien una muesca hecha con un cuchillo en las hojas jugosas de un cacto, nos proporcionaban señales muy visibles que no podían confundirse con otras.

Debimos andar bastante más de prisa que los cazadores, pues, á pesar de lo reciente de los indicios de su paso, había espacios de terreno abrasados y otros llenos de guijarros, donde aquéllos hubieron de invertir tanto tiempo como perspicacia en practicar dichas señales.

Mientras de tal modo adelantábamos, mucho más rápidamente de lo que Rube y Garey podían hacerlo, yo iba mirando siempre al frente con febril impaciencia, y, sin embargo, había momentos en que temía alcanzarlos, en que temía oír lo que podrían decirme.

Ya habríamos andado penosamente unas cinco millas al través de aquella espantosa soledad, cuando experimenté en la vista una sensación extraña, una especie de comezón molesta, que al pronto atribuí á la falta de sueño. Mis compañeros se quejaron del mismo malestar, y después de avanzar un poco más encontramos la verdadera explicación de este fenómeno al advertir que el aire estaba lleno de humo.

El habitante de las praderas no ve nunca con indiferencia semejante indicio. Cuando hay humo es prueba de que hay fuego, y éste constituye un verdadero peligro, á lo menos en las dilatadas praderas herbáceas del Oeste.

Es fácil apartarse de una selva incendiada; es posible permanecer al lado de un bosque ardiendo y contemplar este espectáculo con toda seguridad; mas el incendio de una pradera es un fenómeno de muy diferente carácter, siendo muy difícil encontrar un sitio desde el que se pueda admirar sin peligro tan sublime espectáculo.

Hay praderas que no pueden arder. Rara vez se incendian las llanuras cubiertas de yerba de búfalo (*sesleria dactyloides*), ó de varias especies de grama (*chondrosium*); y si por casualidad penetran en ellas hombres, caballos, búfalos ó antílopes, pueden fácilmente escapar saltando sobre las llamas. Unicamente los reptiles son víctimas de semejante incendio.

Pero no sucede lo mismo con las praderas de grandes matas, con aquellas en que los cañaverales son más altos que los caballos y tienen sus tallos entrelazados por los vástagos errantes de veinte especies de plantas trepadoras. En la estación de la sequía, cuando el fuego empieza á prender en una vegetación de este género, el peligro es ya grande de por sí. Cuando la llama lo ha invadido todo, es la muerte.

Tal era el humo que nos ofendía la vista, y cuya causa era, sin duda, el fuego.

Mientras caminábamos, advertía yo cierta impresión de temor en mis compañeros. Aún no era gran cosa, porque hasta entonces apenas se distinguía el humo, y el incendio debía hallarse á bastante distancia. A lo menos así lo creíamos. Pero, á medida que avanzábamos, el humo iba siendo más denso, el cielo se oscurecía rápidamente, y los ojos nos escocían mucho más.

—¡Están ardiendo los bosques!—exclamó Stanfield.

Stanfield era un verdadero hijo de las selvas por hábito y por inclinación.

Ya fuese un bosque ó una pradera, lo cierto era que el incendio ejercía por allí sus estragos. Podía estar lejos de nosotros, porque el viento lleva á considerable distancia el humo de una pradera presa de las llamas. Con todo, yo sospechaba, lo cual era poco tranquilizador, que no estábamos muy distantes del lugar del incendio. Advertí que caían en torno nuestro residuos blanquizcos de hojas quemadas, y, en vista de la insoportable molestia que nos causaba el humo, comprendí que no podía proceder de muy lejos, puesto que los gases apenas habían tenido tiempo de dispersarse.

Pero lo que más me alarmaba no era la distancia del incendio, sino su dirección. El viento nos daba de lleno en el rostro, y el humo caminaba con el viento; de manera que el fuego debía haber estallado enfrente de nosotros y directamente sobre la pista que seguíamos.

El humo era cada vez más espeso; el cielo parecía iluminado con un fúnebre fulgor; ya

me parecía oír el chasquido de las llamas. El aire era seco y abrasador; una especie de sofocación nos oprimía la garganta; estábamos jadeantes, y abríamos la boca cuanto podíamos para respirar.

Habíase difundido de pronto tal oscuridad, ó, mejor dicho, estábamos tan cegados por el humo, que apenas nos podíamos distinguir los rostros. Mis compañeros eran de opinión de hacer alto; pero yo les insté á que continuaran la marcha, excitándolos con la voz y con el ejemplo y andando siempre á su cabeza.

Y á todo esto, ¿dónde estaban Rube y Garey?

Habíamos andado mucho tiempo y muy de prisa; por lo cual debíamos hallarnos cerca de ellos. Los llamé, pues, sin dejar de correr.

—¡Hola! ¡Hola!—me contestó una voz, en la que conocí el robusto acento del más joven de los cazadores.

Nos precipitamos en dirección de esta voz.

El camino conducía á un claro del chaparral, en cuyo centro divisamos, á través del humo, sombras de hombres y de caballos. ¡Con qué afanosa mirada investigué aquel grupo! Pero no lo formaban más que dos caballos y dos seres humanos: ¡nadie más que los cazadores!

CAPITULO XXII

LA SED

—¡Ah, Sr. Rube!—exclamó el canadiense en el momento en que llegamos junto á ellos á toda prisa.—¿De dónde diablos sale ese humo? ¿Están ardiendo los bosques?

—¿Los bosques?—respondió Rube, mirando desdeñosamente al soldado.—Aquí no hay bosques: es una pradera la que arde. ¿No percibe V. ese mal olor á yerba quemada?

—No es posible. Pero ¿de veras es la pradera? ¿Está V. seguro de ello, Sr. Rube?

—¿Si estoy seguro?—vociferó el cazador con irritado acento.—¿Si estoy seguro? ¿Acaso cree V. que no conozco por el olor el incendio de una pradera?

—¡Ah, Sr. Rube! Perdone V. Lo que quería preguntar es si se quema el chaparral, si se ha prendido fuego á esos árboles.

Rube respondió algo más sosegado por esta disculpa:

—No, no es el chaparral. Por consiguiente, no tenga V. cuidado: aquí está V. seguro.

Esta afirmación agradó, al parecer, no tan sólo al tímido canadiense, sino también á sus compañeros, que hasta entonces tenían un gran recelo de que el chaparral estuviese ardiendo. A mí no era esto lo que me desazonaba, pues ya había advertido que el chaparral no podía quemarse. Verdad es que á trechos había grupos de arbolillos muy secos que hubieran podido arder como yesca; pero casi toda aquella espesura estaba compuesta de arbustos indígenas, de vegetación endógena y jugosa que los ponían á prueba de fuego, y más especialmente al rededor del claro donde se habían detenido los cazadores, en el que los grandes

cactus formaban un recinto completamente cerrado. En este sitio descubierto estábamos tan preservados de las llamas como si éstas distaran cien millas: tan sólo teníamos que sufrir los efectos del humo, que á la sazón inundaba la atmósfera produciendo una oscuridad casi igual á la de la noche.

No abrigaba, pues, ningún temor por nuestra seguridad, ni era esto lo que me preocupaba.

Apenas había puesto atención en el diálogo rápido de Rube y el canadiense; pero Garey acababa de acercarse á mí, y escuchaba con angustia su relato, que no fué largo.

Rube y él habían seguido la pista hasta el sitio en que salía del chaparral y desembocaba en una espaciosa pradera. El sitio donde nos encontrábamos estaba muy cerca del límite de la espesura; pero ellos se hab'án internado bastante por la llanura. Seguían avanzando sin cesar, cuando advirtieron, con gran sobresalto, que la pradera ardía frente por frente de ellos. El viento les enviaba torbellinos de llamas y humo con la rapidez de un caballo á galope, y con dificultad pudieron huir de este peligro regresando á escape al chaparral.

¿Y el caballo blanco? ¿Qué había sido de él? ¿No habían visto nada los cazadores?

No hice estas preguntas verbalmente; no los interrogué sino con la vista, y del mismo modo me contestaron. Ambos cazadores guardaron silencio, lo cual equivalía á una respuesta negativa: en su triste aspecto leí un *no* de funesto agüero.

Estábamos, pues, forzosamente detenidos: el humo sólo nos ponía en la imposibilidad de seguir adelante; percibíamos el ruido del incendio á corta distancia y los crujidos de las cañas como un fuego graneado de fusilería.

De vez en cuando, un gamo espantado pasaba como una exhalación entre los matorrales; luego un grupo de antílopes invadió saltando el claro del chaparral, y se detuvo muy cerca de nosotros. Los pobres animales, asustados, no sabían á dónde dirigirse; tras ellos llegó una manada de lobos de las praderas, que no iban, por cierto, persiguiendo á los antílopes, y que se detuvieron á pocos pasos de ellos; en seguida aparecieron un oso negro y un puma, y todos, así los feroces carnívoros como los pacíficos rumiantes, permanecieron tranquilos unos al lado de otros, alejados por el terror de sus habituales guaridas. Las aves lanzaban agudos gritos en el remaje; las águilas los reproducían en el aire, y cerniéndose sobre el humo veíanse negros buitres que no se cuidaban entonces de buscar una presa.

Lo único que no participó en ocasión semejante de la impresión general fué el instinto del cazador. Mis compañeros tenían hambre: prepararon sus carabinas, y el oso cayó víctima de la puntería de los tiradores, en compañía de un antílope.

En breve quedaron ambos animales desollados y descuartizados. Encendiéndose una hoguera y asaron en ramas aguzadas á modo de asadores los mejores trozos del antílope y del

oso, con los cuales se regalaron, bromeando, á pesar de todo, con motivo de aquella cocina cuya chimenea despedía tanto humo.

Yo también tenía hambre, y tomé parte en aquel banquete, pero no en las bromas. En aquel momento, el chiste más agudo no me habría arrancado una sonrisa; la mesa más suntuosamente servida no me habría llamado la atención.

Poco después les aquejó á todos una necesi-

plomo ó se metían en la boca piedrecitas de calcedonia; otros encontraban un ligero alivio bebiendo la sangre de los animales muertos; pero lo que nos mitigó algo la sed fueron los tallos llenos de savia del cactus y del agave. Este alivio era, sin embargo, muy poco duradero. El jugo humedecía nuestros labios y lenguas; pero algunas de dichas plantas tienen un principio ácido, que hacía nuestra sed más intensa que antes.



El humo del incendio nos impedía seguir adelante

dad más apremiante que el hambre, necesidad que experimenté asimismo: la de acallar la sed. Hacía ya muchas horas que estábamos sedientos; aquella continuada carrera á caballo había aumentado el deseo de beber, y á la sazón el humo, unido á la sequedad de la atmósfera abrasada, sobreexcitaba este deseo hasta convertirlo en una tortura insoportable. No habíamos encontrado un solo arroyo desde el que atravesamos antes de amanecer; en el chaparral tampoco lo había, y los cazadores no vieron ninguno en todo el camino recorrido por ellos. Estábamos en un desierto privado de agua completamente, y esta idea hacía más agudo y más difícil de soportar el tormento de la sed.

Algunos de mis hombres mascaban balas de

Algunos hablaban ya de volver pies atrás para buscar agua; es decir, retroceder hasta el torrente, del que distábamos más de veinte millas.

En semejantes circunstancias, la autoridad militar pierde su imperio: la naturaleza es más fuerte que la disciplina.

Por otra parte, poco me importaba que mis soldados retrocediesen. Ningún cuidado me daba de los que quisieran abandonarme, mientras los cazadores me permaneciesen fieles. No temía que éstos me dejaran solo; pero mi desaprobación bastó para que aquéllos desecharan su deplorable proyecto, y todos me aseguraron que estaban dispuestos á continuar la exploración.

Afortunadamente, en tan críticos momentos

el humo empezó á disiparse y la atmósfera á aclararse. El fuego había llegado hasta el límite extremo del chaparral, donde se detuvo ante la barrera que le oponían las plantas de abundante savia. Toda la yerba quedaba consumida: el incendio tocaba á su fin.

Entonces montamos á caballo para alejarnos del claro, y, siguiendo la pista siempre visible á algunos centenares de pasos, salimos, por fin, del bosque y desembocamos en el límite de la pradera incendiada.

CAPITULO XXIII

TRISTE ESPECTÁCULO

La tierra no presenta espectáculo más terrible ni desolado que el de una pradera incendiada. El Océano, con sus espumosas olas; un páramo agostado, un país llano y pantanoso en un repentino deshielo, todo esto produce en el espectador una impresión de fría monotonía; pero, á lo menos, el agua se agita, el páramo tiene color y la meseta medio deshelada presenta á la vista alguna variedad.

No sucede lo mismo con la pradera devastada por el incendio. Allí no se observa color, ni forma, ni movimiento. En vano vaga la mirada por aquella superficie lisa y sin límites, fatigándose hasta el extremo de que el corazón desfallezca. El mismo cielo adquiere un aspecto monótono y lívido por efecto de la refracción de la negra superficie del suelo, ó tal vez sea esto ocasionado por la vista, que, deslumbrada y como viciada por aquel tinte que refleja, cesa de percibir el brillo de la bóveda celeste.

Una pradera, cuando está verde, no siempre recrea los ojos, ni aun cuando la esmaltan sus más lindas flores. He atravesado muchas llanuras, y siempre he anhelado tropezar con algún objeto que distrajera mi vista, que rompiera la uniformidad general, lo mismo que el navegante suspira por divisar un buque, una playa, y se deleita al ver un fenómeno de fosforescencia, una muchedumbre de nautilus, de pólipos ó de yerbas flotantes.

El color no es bastante para satisfacer la imaginación: la vista se cansa en breve de él. Una pradera florida, por vistosa que sea en su variedad, acaba por fatigar, y los ojos echan de menos en ella la vida y el movimiento.

Es difícil formarse una idea de la espantosa monotonía que presenta cuando el fuego lo ha reducido todo á cenizas; pero es todavía más difícil describirla.

El incendio estaba apagado; ya no brotaba humo, á no ser en los sitios en que un resto de vapor se desprendía del suelo húmedo; mas á derecha, á izquierda, á lo lejos, hasta los límites del horizonte, la superficie de la llanura parecía cubierta por un inmenso crespón. Todos los ruidos habían cesado; una espantosa calma reinaba en torno y sobre nosotros; parecía que el mundo entero había perecido y que

estaba envuelto en un vastísimo sudario negro.

En otras circunstancias, me habría detenido á contemplar aquella escena, aunque sin admirarla, porque en aquella soledad sin límites no había nada que admirar, nada que fuese sublime, ni aun el mismo horror; pero en aquel instante, ningún espectáculo, espantoso ó sublime, podía distraer mis pensamientos.

Los cazadores se habían adelantado ya bastante, y avanzaban medio ocultos por las nubes de negra polvareda que levantaban sus corceles.

Durante algún tiempo, anduvieron en línea recta sin necesidad de buscar el rastro del caballo blanco, porque antes del incendio lo habían seguido ya hasta más allá del chaparral, y conocían su dirección; pero al cabo de cierto tiempo ví que acortaron el paso, y que iban con los ojos bajos, como si hubiesen perdido la pista.

Parecíame imposible que la encontraran ó pudieran ya seguirla; las señales poco profundas de los cascos del animal debían haberse llenado de cenizas de yerbas quemadas, no siendo, por lo tanto, fácil reconocerlas; mas parecía que para aquellos hábiles cazadores era la pista más fácil de conocer que nunca.

Observé que después de buscarla medio minuto habían dado con ella, y que se pusieron en marcha, avanzando con mucha más seguridad.

Yo no lograba ver más que ligerísimas cavidades diseminadas que apenas se distinguían; y si no me hubiesen dicho lo que eran, jamás hubiera creído que fuesen las pisadas de un caballo.

Resultó que la pradera era inmensa, y entonces creíamos estar en su centro: el fuego había recorrido una vasta extensión. Casi á medio camino, al llegar á un sitio donde era más difícil observar las huellas por aparecer mucho menos marcadas, hicimos un corto alto á fin de dar á los cazadores el tiempo necesario para volver á descubrirlas.

Una momentánea curiosidad me indujo á mirar en torno mío: era un espectáculo horrible; ni siquiera teníamos á un lado el espinoso chaparral para descansar en él la vista; los lejanos contornos de sus matorrales habían desaparecido ya detrás del horizonte, y por todas partes se extendía la llanura carbonizada, negra, en todas direcciones, y, al parecer, sin límites.

Si yo hubiese estado solo, me habría figurado que el mundo acababa de morir por efecto de un cataclismo.

Con los ojos fijos en aquella inmensa obscuridad, olvidé por un momento á mis compañeros, y caí en una especie de estupor letárgico. Me pareció que estaba muerto también ó dominado por una pesadilla; creíme transportado al Averno de los antiguos.

Las voces de mis compañeros me sacaron, al fin, de aquella abstracción: acababan de encontrar la pista interrumpida, y todos se ponían otra vez en marcha.

CAPITULO XXIV

HIPÓTESIS

Espoleé á mi corcel y en breve me reuní con mis compañeros, sin hacer caso de aquel polvo negro que no dejaba de molestarnos, continuando así hasta ponerme detrás de los rastreadores, cuya conversación procuré escuchar.

Aquellos *hombres de las montañas*, como se llamaban ellos mismos con orgullo, eran originales en todo. Mientras se consagraban al cumplimiento de un deber, como al presente, á nadie, ni aun á mí, hubieran revelado sus pensamientos, manifestándose con mayor motivo menos comunicativos con el resto de mis soldados, á quienes se habían acostumbrado á considerar como chiquillos, palabra favorita que aplicaban á todos cuantos no habían recorrido las grandes praderas.

Por más que Stanfield y Black eran hijos de los bosques y cazadores de profesión, Quackenboss un buen tirador, Leblanc un regular andarián, y los demás hombres más ó menos *expertos en la ciencia de los bosques*, todos estos valientes no eran, en opinión de ambos cazadores, sino unas criaturas.

Para parecer otra cosa á sus ojos, requeríase que un hombre hubiera quedado medio muerto de hambre en una sabana; que hubiera perseguido al búfalo por las orillas del Yellowstone (Piedra amarilla) ó el Plata; que hubiera combatido con los indios y estado á punto de salir con el cráneo desollado ó sin orejas; que hubiese pasado el invierno en el sitio llamado el Agujero de Piedra junto al Río Verde, ó acampado entre las nieves de las Montañas Pedregosas. Era de todo punto indispensable haber realizado más ó menos estas proezas para que el *chiquillo* aspirara á figurar en la categoría de *hombre de las montañas*.

Yo era el único de cuantos conmigo venían á quien Rube y Garey no consideraban como un chiquillo; y, aun así y todo, podría darme por contento con penetrar en los secretos de su profunda habilidad. Lo cierto era que con todo mi saber clásico, á pesar de mi lenguaje escogido, de mi hermoso caballo y de mi uniforme, mientras estuviésemos en los límites de la tierra de las praderas, reconocía á aquellos dos hombres como superiores míos: allí eran mis guías, mis instructores, mis jefes.

Desde que íbamos siguiendo la pista, no les había consultado su opinión, ni hecho ninguna pregunta directa, temeroso de lo que me pudieran contestar, pues en sus ojos había advertido algo semejante á un profundo desaliento.

Sin embargo, al recorrer detrás de ellos aquella *llanura ennegrecida por el fuego*, parecióme que sus rostros estaban menos sombríos y que los iluminaba un débil fulgor de esperanza. Por esta razón los seguí tan de cerca como pude, esperando coger al vuelo las palabras que mutuamente se dirigían. Rube estaba hablando en el momento en que me acerqué.

—¡Bah! No lo creo, Bill,—decía;—no puede ser eso: han prendido fuego á la pradera, porque no puede haberse quemado por sí sola.

—De seguro que no: en eso estoy de acuerdo contigo, vejete.

—Hace tiempo que encontré un buen hombre en el Arkansas: era una facha rara la de aquel pobre diablo. Tenía la costumbre de hurronear por todas partes cogiendo yerbas que extendía en seguida entre dos hojas de papel, á lo cual llamaba su herbario, lo mismo que aquel doctor holandés de quien nos apoderamos cuando estuvimos en el país de los Navajos, al otro lado del Río Grande.

—Ya me acuerdo.

—Pues bien: tenía también la costumbre de charlar como un descosido, y nos estuvo mareando mucho tiempo con una cosa que llamaba, si mal no recuerdo, la combustión espontánea.

—Sí: ya he oído hablar de eso.

—Pues bien: el buscador de yerbas decía que una pradera puede quemarse sin que nadie le aplique fuego; pero eso no lo creo. Ya sé yo que el rayo puede incendiar á veces las praderas; pero, en fin, el rayo es una llama natural, y demasiado comprendo que la yerba seca se inflame como un bol de ponche al contacto de semejante fósforo. Lo que me gustaría saber es cómo puede empezar un incendio sin que haya algo que lo cause: eso, eso es lo que yo quisiera averiguar.

—Tampoco creo yo que sea posible,—replicó Garey.

—No, no: todavía no he visto arder una sabana sin que haya de por medio la hoguera de un vivac ó un indio, á no ser que el rayo haya hecho alguna de las suyas.

—Y ¿crees tú, Rube, que hoy ande mezclado en esto algún piel-roja?

—Estoy muy cerca de creerlo, y voy á decirte por qué. En primer lugar, esta mañana no ha caído ningún rayo. Luego, estamos muy lejos hacia el O. para que pueda haber por aquí establecimientos de tejanos y demasiado al N. para que haya mejicanos. Partiendo de este supuesto, claro está que si no ha habido mejicanos que prendan fuego á la pradera, si tampoco ha habido rayo para producir este incendio, ó se debe á algún piel-roja ó á esa condenada invención de la combustión espontánea.

—Ha de ser lo uno ó lo otro.

—Y como no creo en la combustión, soy de parecer de que los indios han hecho esta hazaña: ellos han sido, tan cierto como me llamo Rube.

—No hay duda,—afirmó Garey.

—Y desde el momento que así es,—continuó el viejo cazador,—los tales deben andar por aquí cerca, y lo que nos toca es ir muy prevenidos si queremos conservar nuestras cabelleras: eso es lo que debemos hacer.

—Sí: no hay que descuidarse,—añadió Garey, asintiendo á todo lo que decía su amigo.

—Debo decirte también,—prosiguió Rube,—que los indios están rabiosos de algún tiempo á esta parte. Nunca los he visto tan bravíos y

peleadores. La guerra entre Méjico y nosotros les ha vuelto á meter el diablo en el cuerpo, y todos la emprenden con nosotros porque el general en jefe no ha aceptado su ofrecimiento de ponerse de nuestra parte contra los mejicanos. Si llegamos á encontrar lipanes ó comanches por estas llanuras, ó ellos ó nosotros quedaremos sin cabelleras; esto es lo que sucederá, ni más ni menos.

—Pero ¿por qué diablos han de haber pegado fuego á la pradera?—preguntó Garey.

—¡Ah!—respondió Rube.—Eso es lo que al principio me tenía preocupado. Creía que era efecto de un accidente casual, tal vez de alguna chispa volada de la hoguera de un vivac; porque los pieles-rojas no se distinguen por su gran cuidado con respecto á esto. Y esto me hacía pensar, y lo juraría, que esos tunantes son los mismos á quienes dimos una regular paliza junto á la meseta, allá abajo. No habían vuelto á sus montañas, conforme creímos; jamás se hubieran atrevido á regresar á sus madrigueras tan vergonzosamente, sin llevar cabelleras ni caballos. Los demás los habrían arrojado de sus wigwams á silbidos.

—No cabe duda.

—¿No es así? Pues bien, Bill: oye ahora lo que te voy decir. Después de su zurra, esos señores han andado escondidos por aquí, hasta el momento en que han encontrado una ocasión oportuna para caer sobre la ciudad mejicana, y entonces han dado el golpe.

—Seguramente que ha pasado tal como dices, Rube; pero ¿por qué han prendido fuego á la pradera?

—¡Parece mentira que no lo aciertes, siendo una cosa tan clara!

—Pues no lo acierto,—respondió Garey con aspecto pensativo.

—Voy á explicártelo, pues. Como te decía, los pieles-rojas no han olvidado la tunda que les administramos en la meseta; y siendo ahora quizás una partida poco numerosa y creyéndose aún en la ranchería, han tenido miedo de que supiésemos su entrada en la hacienda y el saqueo que la siguió, y sospechan que les vayamos á la zaga.

—¿Y han quemado la pradera para borrar sus huellas?

—Precisamente.

—¡Vive Dios, que tienes razón, Rube! Es lo más probable. Pero ¿á dónde crees que conduzca esta pista? ¿Supongo que el caballo no habrá quedado envuelto por el fuego?

Me incliné en la silla para oír la contestación de Rube, y respiré libremente cuando el viejo cazador respondió:

—No: el fuego no le ha sorprendido. Su rastro va en línea recta, ó poco menos. Si el incendio hubiese empezado antes de cruzar él la pradera, habría vuelto grupas y retrocedido sobre su propia pista; pero no ha sido así, de lo cual deduzco que ha escapado del peligro y que han prendido fuego á las grandes yerbas después de haber pasado el caballo.

Las palabras del cazador me reanimaron, dándome la casi seguridad de que el caballo

blanco estaba sano y salvo con la que llevaba, y desde entonces seguí avanzando más aliviado del peso que me oprimía el corazón y con nueva esperanza de éxito.

CAPÍTULO XXV

INDICIOS ALARMANTES

Después de una corta pausa, mis guías reanudaron su conversación, y yo continué escuchándolos.

Tenía mis motivos para no mezclarme en ella. Si intervenía en sus deliberaciones, tal vez no se expresaran tan libremente, y deseaba conocer lo que en realidad pensaban. Yendo detrás de ellos podía oírlo todo, porque les pasaba inadvertido, gracias á la nube de polvo que se elevaba á nuestro alrededor, y andando sobre aquella blanda alfombra de ceniza apenas se percibía el ruido del paso de los caballos, que parecían deslizarse silenciosamente por el suelo.

—Entonces,—dijo Garey,—si son los indios los que han prendido el fuego, han debido hacerlo aprovechando un buen viento, y precisamente andamos dándonos el viento en la cara, de lo cual deduzco que llevamos una mala dirección. ¿Qué dices á esto, vejete?

—Absolutamente lo mismo que tú: que llevamos una mala dirección.

—No ha mucho tiempo que ha empezado el incendio. Por consiguiente, los pieles rojas no deben estar lejos; y si la pista del caballo conduce directamente hacia ellos, no os arrienco la ganancia.

—Sí,—replicó Rube, recalcando sus palabras.

—Si así es, y no he calculado mal, podemos ir á parar en medio de su campamento.

Me estremecí al oír tan triste pronóstico, y, pasando rápidamente al lado del viejo cazador, le pregunté con viveza si había oído mal sus frases.

—No, mi joven amigo,—me respondió.

—¿Cree V. que los indios están cerca y que el caballo blanco ha ido á parar á su campamento?

—No digo que haya ido á parar á él, como tampoco puedo asegurar que tengamos los indios cerca, por más que lo presuma con fundamento. No de otro modo puede explicarse el incendio. A lo menos, Bill y yo no damos con otro motivo. Si andan por ahí los indios, no creo que el caballo haya ido á su campamento; pero es sumamente probable que lo hayan llevado á él. Eso es lo que creo.

—¿Supone V. que lo habrán cogido los indios?

—Justamente.

—Pero ¿cómo es eso? ¿Qué razones tiene V. para creerlo así?

—¡Toma! Porque lo creo.

—Explíquese V., Rube, se lo ruego,—le dije con tono de súplica.

Temí que se resistiera á hacerlo, ó que tratara de engañarme. Afortunadamente, atendió mi ruego, diciendo:

—Por lo pronto, está V. viendo, mi joven amigo, que el caballo ha debido pasar por aquí un momento antes de arder la pradera. Ahora bien: es muy razonable suponer que el que le ha prendido fuego, sea ó no piel-roja, lo haya hecho empezando por el lado de donde soplaban el viento. Es también muy probable, en mi concepto, que esos tunantes hayan visto el caballo, y más probable aún que cuantos hayan podido ver al pobre animal con una muchacha atada á su lomo desearan correr tras él. Los indios han debido perseguirle gritando como endemoniados, y le habrán atrapado con sus cuerdas. Apostaría cualquier cosa á que eso es lo que han hecho: ni más ni menos.

—Y ¿cree V. que habrán podido apoderarse de él?

—¿Quién lo duda? Tenga V. presente que en aquel momento el caballo debía estar medio muerto de cansancio, como no tenga el diablo en el cuerpo. Y por cierto que empiezo á sospecharlo... Pero, ¡por el valle de Josafat! Ahí tiene V. justamente lo que yo decía... ¡Mire, mire! ¡Allí, allí!

—¿Qué es?—pregunté, al ver que mi interlocutor se detenía de repente, indicándome el suelo, en el cual tenía también clavada la vista.—¿Qué hay, Rube? No veo nada de particular.

—¿No ve V. esas pisadas de caballos? Allí, allí, tan juntas como las de un rebaño de carneros... Las hay á centenares.

En efecto: advertí en la superficie del suelo levísimas cavidades casi niveladas por las cenizas; pero jamás las hubiera tomado por pisadas de caballos.

—Esas lo son, y esas otras también,—repuso Rube.—Se ven por todas partes.

—Pero, Rube, esas pisadas pueden ser de caballos salvajes,—dijo uno de mis soldados, acercándose á caballo á examinar aquellas confusas señales.

—¡Pedazo de burro!—exclamó el cazador, poniéndose encendido de cólera.—¿Has visto alguna vez caballos salvajes? ¿Acaso crees que me he quedado ciego como un topo?... ¡Alto, pobreta!—añadió, dirigiéndose á su yegua y saltando á tierra al propio tiempo.—Párate aquí. Tú tienes más talento que ese mozalbete. Conozco en tu modo de resollar que ya has sospechado algo. Quédate ahí un minuto, vieja mía, tan sólo el tiempo necesario para que Ruben Rawlings enseñe á esos chiquillos cómo un hombre de la montaña sabe leer en las señales. ¡Caballos salvajes! ¡Pues no faltaba más!

Después de desahogar su bilis de esta manera, el cazador se puso á cuatro pies, aplicó sus labios contra el suelo y comenzó á soplar las cenizas negras. Mientras tanto, habían llegado los demás jinetes y se pusieron á observarlo.

El viejo cazador limpió de aquel modo una de las cavidades que, según afirmó, eran pisadas de caballos, y que resultaron tales, en efecto.

—Y ahora, maestro, ¿qué tienes qué decir?—exclamó volviéndose con aire de triunfo y

casi furioso hacia el soldado que había puesto en duda la exactitud de sus conjeturas.—Aquí tienes la señal de una herradura. ¿Has visto en tu vida un animal salvaje herrado, sea caballo, mula ó burro? Si los has visto, llevas en eso una ventaja á Ruben Rawlings, que jamás ha podido verlo, y eso que hace más de cuarenta años que el cazador que te habla vive en la pradera y conoce todo género de caballos.

No había nada que objetar á esto. La señal estaba allí, y todos los soldados se apearon para examinarla.

Era la pisada de un caballo herrado, ó, á lo menos, de un caballo cuyo casco estaba provisto de una especie de cuero grueso que se fabrica con la piel del búfalo. Todos sabíamos que este es un sistema de *herra*, si tal palabra puede aplicársele, usado por los indios de la llanura que montan á caballo, y solamente por ellos.

La deducción era evidente: habían pasado indios por aquel sitio.

CAPITULO XXVI

EXAMEN DE HUELLAS

Este descubrimiento nos aconsejó hacer un nuevo alto y celebrar una conferencia, en la que todo el mundo tomó parte; pero, como de costumbre, los demás se contentaron con escuchar la opinión de los cazadores, y de Rube en particular.

Este se hallaba decidido á hacerse rogar algún tiempo y poco dispuesto á dar su parecer. Nada le contrariaba tanto como que le contradijesen ó pusieran en duda su habilidad, y la verdad era que pocos hombres de su oficio podían comparársele en cuanto á conocer el desierto. Aunque no siempre tenía razón, donde su instinto llegaba á faltarle, era inútil hacer pruebas y averiguaciones. En el caso presente, el hombre que sin más ni más había dudado de él era uno de los más jóvenes de la partida, lo cual contribuía á agravar la cuestión á los ojos de Rube.

—¡Un botarate como tú,—dijo descargando una postrera rociada sobre el jinete que le había ofendido,—un botarate como tú atreverse á contradecirme! Mejor harías en dar siete vueltas á tu lengua antes de hablar.

Como el culpable no replicó al oír esta reprimenda un tanto brusca, el mal humor de Rube se fué calmando, y el cazador se ocupó, al fin, en la cuestión del momento.

Quedaba ya demostrado plenamente que los indios habían pasado por allí. Si hubiesen sido jinetes mejicanos, sus corceles habrían llevado herraduras, cuando menos en las patas delanteras. En cuanto á los mustangs salvajes, continuaban siempre en su estado natural, en tanto que fácilmente se podría responder de las huellas de un caballo tejano ó americano, ya por sus herraduras particulares, ya por el mayor desarrollo de sus extremidades. Los que habían galopado por aquel terreno no eran sal-

vajes, ni tejanos, ni mejicanos, por lo cual forzosamente debían pertenecer á una tribu india.

Aunque el examen de la primera huella pudiera bastar para consignar este punto esencial, era el suceso de sobrada importancia para que se dejara subsistir la menor duda.

La presencia de los indios equivalía á la presencia del enemigo; de suerte que mis compañeros examinaron aquella temible señal con una atención en la que había algo más que mera curiosidad. Soplaron las cenizas para limpiar otras huellas que se estudiaron minuciosamente, y entonces hicieron Rube y Garey nuevos descubrimientos.

Cualesquiera que fuesen los jinetes, habían pasado al galope; pero no dieron una larga carrera de una vez, sino que se desviaron á trechos para tomar nuevas direcciones: debían ser unos veinte; jamás galoparon á dos en fondo, pues sus huellas convergían ó se cruzaban transversalmente, ora trazando líneas sinuosas, ora corriendo en línea recta, ó surcando la llanura de curvas y círculos.

Los cazadores se cercioraron de ello en menos de diez minutos, recorriendo el terreno para examinar las huellas. Con objeto de no estorbarlos en sus investigaciones, nos habíamos detenido esperando el resultado de ellas.

Al cabo de diez minutos volvieron á reunirse con nosotros: habían leído en aquellas señales todo cuanto deseaban saber, y no necesitaban averiguar más. Aquel examen les reveló un hecho más significativo que todos los restantes.

Sabíamos ya que la presencia de los indios había precedido al incendio de la llanura. Habíamos adivinado fácilmente que esto sucedió aquel mismo día y después de salir el sol, cosas que no requerían gran ciencia; pero ¿á qué hora habrían pasado? Con gran asombro mío, aquellos inteligentes cazadores me dijeron, al volver, no tan sólo la hora precisa en que el caballo blanco había atravesado aquella parte de la llanura, sino también que los jinetes indios le habían dado caza.

El viejo cazador regresaba más locuaz que de costumbre. Ya no era cosa de seguir la pista del caballo blanco: los indios andaban por los alrededores; era menester tomar precauciones, y ni el parecer ni el apoyo del más humilde de los nuestros era de desdeñar en aquel momento: podíamos tener necesidad hasta del más infimo soldado de la partida.

Así fué que los cazadores, respondiendo á mis preguntas, nos dieron cuenta francamente de sus descubrimientos.

—El caballo blanco,—dijo Rube,—ha debido pasar por aquí hará unas cuatro horas, calculando el paso que llevaba y el camino que ha tenido que hacer. No ha debido pararse en ninguna parte, excepto en aquella espesura de allá lejos, y siempre ha ido al galope: esto se ve bien claro. Puesto que sabemos la distancia, conocemos el tiempo que ha necesitado, esto también es muy claro, y hace ya cuatro horas, poco más, poco menos, que estamos so-

bre su pista. Esos malditos pieles-rojas han llegado aquí casi en seguida, descubriendo al animal, ó tal vez persiguiéndole ya; pero no podemos decir más, atendido lo que dan de sí las huellas. Lo que sí aseguramos y lo que hemos descubierto es que, una vez aquí, le han perseguido.

—Y ¿cómo sabéis que han corrido tras él?

—Por las pisadas, amigo mío, por las pisadas.

—Pero ¿cómo habéis podido deducir en vista de ellas...?

—Muy fácilmente: porque las huellas del caballo blanco son las primeras.

Ya no nos detuvimos más tiempo; enviamos otra vez delante á los cazadores, y los demás seguimos tras ellos.

Habríamos andado media milla próximamente, cuando las pisadas de los caballos, diseminadas hasta entonces, se confundieron como si los indios se hubiesen puesto á correr, no de uno en uno, según su costumbre, sino muchos de frente. Entonces los cazadores se detuvieron, después de andar unos cien pasos sobre la nueva pista, y, apeándose, se pusieron á cuatro pies, como para verificar un nuevo examen de las huellas.

Nosotros hicimos también alto á alguna distancia de ellos, observando sus maniobras sin estorbarlos. Vimoslos muy ocupados en soplar las cenizas para apartarlas en toda la anchura de la pista, y á los pocos minutos lograron limpiar una extensión de muchos pies; de suerte que pudieron distinguir é ir siguiendo las marcas de los cascos impresas unas junto á otras, ó bien sobreponiéndose y casi borrándose entre sí.

Rube volvió entonces al sitio donde empezaron la operación; y, poniéndose á andar desde allí muy despacio y de rodillas, con los ojos pegados, por decirlo así, á la superficie del suelo, examinó cada señal separadamente.

De pronto, antes de llegar al sitio donde Garey estaba aún ocupado en separar las cenizas, se levantó y se puso á gritar, volviéndose hacia su camarada:

—¡Eh, Bill! No te calientes más los cascos: ha sido justamente lo que me figuraba. Lo han cogido con el lazo, ¡voto al demonio!

CAPITULO XXVII

PERPLEJIDADES

Ya estaba yo casi preparado para recibir aquella noticia tan bruscamente comunicada, porque no me era completamente desconocido el arte en que tanto sobresalían los cazadores. Así como ellos, había observado aquella convergencia repentina de pisadas, y que, después de reunirse, todos aquellos animales habían caminado tranquilamente de concierto y al paso. Por consiguiente, no necesité más sino ver el rastro del caballo blanco mezclado con los de los otros para saber que estaba cautivo.

Esto mismo acababa de advertir el cazador, y de aquí su terminante declaración de que los indios le habían cogido con el lazo.

—Es seguro que le han atrapado,—contestó Rube á las preguntas que le hice; — seguro é indudable: ahí está su rastro tan visible como el sol del Mediodía. Le han acorralado hasta aquí cercándolo; estaba casi en medio de la partida; los unos corrían por delante, los otros por detrás. Eran veinte ó acaso más; y, si no he calculado mal, no constituían toda la banda de esos negrillos. Tan sólo algunos de ellos han galopado hasta aquí para atrapar el caballo

conocieran en el rostro de la desdichada doncella las facciones de sus enemigos de rostro pálido, al fin era una mujer y no tenían motivo alguno para tratarla con rigor. Al contrario: al contemplarla en el deplorable estado en que se hallaba, quizás se compadecerían de ella; la considerarían como víctima de una venganza cruel de sus propios enemigos, y esto les inspiraría probablemente piadosos sentimientos; librarían á la infeliz de su peligrosa posición,



Rube y Garey, apeándose, se plaron las cenizas, examinando detenidamente las huellas

con el lazo. Debe andar por ahí alguna partida de indios más considerable.

Esta sospecha, que se había formado á medias en mi mente, no era ya una mera hipótesis, sino que la confirmaban las señales marcadas sobre la pista: era un hecho positivo, una firme convicción. El caballo blanco y la preciosa carga que éste llevaba habían caído en manos de los indios.

Semejante persuasión suscitó nuevas ideas en mi imaginación, en la que se mezclaron confusamente las más opuestas emociones.

La primera fué una sensación de alegría. El caballo había sido capturado, pero por seres humanos: los indios son hombres y poseen corazones accesibles á la piedad. Aun cuando re-

atenderían á sus necesidades, curarían sus heridas y le prodigarían toda clase de atenciones. Siendo humanos, ¿podían obrar de otro modo?

Así pensaba yo; pero las reflexiones que á éstas siguieron me sumieron en una larga aflicción.

No pude menos de recordar el carácter de los salvajes en cuyas manos había caído Hortensia. Si pertenecían á la misma partida que había saqueado la ciudad fronteriza de que he hablado, debían ser indios del Sur, comanches ó lipanes. Verdad es que los restos de los shawanos y delawarees, unidos á los kickapús y cherokees de Tejas, llevan algunas veces sus excursiones hasta las orillas del Río Grande;

pero no se portan de la misma manera: estas tribus, á causa de su largo contacto con los blancos, han llegado á adquirir una especie de semicivilización, y su odio hereditario hacia los rostros pálidos ha acabado por desaparecer. El pillaje y el asesinato no figuran ya en sus tradiciones, y, por consiguiente, no podía atribuirles la última incursión: quizás era cosa del *Gato salvaje* y de sus semínoles, recién establecidos en la frontera de Tejas; pero semejante violencia cuadraba más al carácter de los apaches, que en los años anteriores habían hecho varias expediciones hasta el río. En este caso, la diferencia era poca: los apaches no son sino comanches, ó, más bien, éstos son aquéllos, é importaba poco que los indios cuya pista seguíamos fuesen una ú otra de estas tribus, apaches, lipanes ó comanches, ó una partida de sus aliados los cayguas, los wacos ó los pawnies. Sea cual fuere la nación en que me fijara, mis reflexiones resultaban igualmente penosas.

Yo conocía perfectamente el carácter de los pieles-rojas del Sur, tan distinto del de sus hermanos del Norte y tan remoto de ese tipo ideal de calma y moderación que los poetas y novelistas se han complacido en atribuirles. En mi imaginación estaba vivo el recuerdo de muchas horribles escenas que había oído contar y que probaban el carácter feroz de esos señores de las llanuras del Sur.

Tales ideas no me produjeron otro efecto que impelerme hacia delante, lo cual hice al punto.

Teníamos otra razón para apresurarnos: á todos nos atormentaba horriblemente la sed; de manera que el padecimiento físico nos obligó á avanzar tan de prisa como podían nuestros cansados caballos.

Por fin, divisamos un bosque, con su verde follaje, que nos pareció más fresco y más agradable por su contraste con la negra llanura junto á la cual estaba. Era un bosquecillo de algodonereros por cuya linde corría un riachuelo de la pradera, más allá del cual no había pasado el incendio.

Los hombres, y casi puede decirse que hasta los caballos, lanzaron sonoros gritos de júbilo al distinguir aquella límpida corriente. Los jinetes partieron á escape hasta su orilla, echaron pie á tierra y se metieron en el agua hasta el pecho, sin pensar en que podían ahogarse: unos bebieron el líquido cristal en el hueco de sus manos; otros, más impacientes, aproximaron sus labios á la corriente y bebieron como los caballos.

Los cazadores procedieron con más circunspección que los soldados, pues antes de acercarse al río, obedeciendo ambos á una prudencia instintiva, examinaron las orillas y la entrada del bosque.

Muy cerca del sitio donde hicimos alto observé un vado en el cual se veían numerosas huellas de animales que trazaban en el suelo un sendero trillado. Rube también lo vió, y su mirada brilló de un modo extraordinario.

—¿No lo dije?—exclamó después de un corto

examen.—Aquí tenemos otro rastro: un rastro de guerra. ¡Por vida del demonio!

CAPITULO XXVIII

DETALLES

Se me preguntará quizás: «¿Qué quería decir el cazador al hablar de *un rastro de guerra*?» Es una frase de frecuente uso entre nosotros, una frase de la frontera.

Hace cincuenta años, mejor dicho, hace más de tres siglos, ó sea desde la época de la conquista, que la frontera de Méjico se halla, según una frase de la antigua elegante fraseología, *en estado de perturbación*.

Si los aztecas semicivilizados y las demás razas indias acostumbradas á la vida de las ciudades se sometieron con facilidad al conquistador español, no sucedió lo mismo con las tribus salvajes, con los libres cazadores de las llanuras. En las inmensas praderas que ocupan toda la superficie central de la América del Norte, habitan tribus indias, á las que se podría aplicar el nombre de naciones, que no conocen ni han reconocido jamás otra autoridad sino la de sus propios jefes. Aun en la época de su mayor poderío, España tuvo que renunciar á subyugar á los indios bravos de sus fronteras, que han conservado hasta hoy su feroz independencia. No me refiero aquí á las grandes naciones de las praderas septentrionales, como los siux y cheyennes, los pies-negros y los cuervos, los pawnies y arapahoes. La raza española no ha estado nunca en contacto con ellas. Lo que digo se refiere particularmente á las tribus que suelen asolar las fronteras de Méjico, á los comanches, lipanes, utahs, apaches y navajos.

En los anales españoles no hay nada que pruebe que estas tribus llegaron á sufrir el yugo de los conquistadores, como tampoco se les ha logrado sujetar por medio de las misiones. Estos indios de las praderas están, pues, libres del dominio de los blancos, y han conservado siempre su independencia, como si las carabelas de Colón no hubieran surcado jamás el mar de los Caribes.

Pero si han sabido preservar su libertad durante trescientos años, hace trescientos años que no saben lo que es vivir en paz. Entre el indio y el rojo y el blanco ibero, á lo largo de la frontera septentrional de Méjico, no ha cesado la guerra un instante, desde la época de Hernán Cortés hasta la hora actual.

Al norte de la frontera merodea el indio bravo; al sur viven sus hermanos degenerados y sometidos los *indios mansos*, no en tiendas, sino en las ciudades de los conquistadores españoles; los primeros, libres como el aire de las praderas; los segundos, sometidos á la condición de peones, arrastrando una cadena tan pesada como la de la misma esclavitud. Entre ambas razas se extiende una zona neutral, el terreno de las hostilidades, defendido á un lado por una línea de fuertes guarnecidos, los presidios, y resguardado, al otro, de los ata-

ques del enemigo, por el desierto árido y salvaje.

Hace poco tiempo ocurrió un cambio notable en la posición relativa de los indios y de los colonos españoles. Los jefes rojos se han apoderado de cierta parte del territorio del hombre blanco; los salvajes han ganado terreno sobre el dominio de la civilización, no poco á poco, sino á pasos gigantescos y mediante la conquista de provincias enteras.

Con la caída de la dominación de España en Méjico, han desaparecido la superioridad de la raza española sobre los indios. A consecuencia de esta revolución, se abandonaron los presidios, y ya no se ha opuesto obstáculo alguno

negado á aprovecharse de este beneficio. Muchas veces se ha presenciado en la frontera el espectáculo desgarrador de un padre que, luego de haber recobrado á su hijo de manos de los salvajes, no ha podido despertar en él las afecciones de la naturaleza. En pocos años, y hasta en pocos meses, los cautivos olvidan las costumbres de su edad juvenil, y cobran gusto á su nueva existencia: *se indianizan*.

Yo mismo he tenido ocasión de observar, hace poco, uno de estos casos raros. El salvaje herido, cogido durante la escaramuza de la meseta, tenía en las venas sangre mejicana: algunos años antes, los comanches lo habían arrebatado de los establecimientos del Río



De vez en cuando, por los senderos se encuentran esqueletos de hombres, de mujeres ó de animales

ni aun á la más insignificante invasión. Lo cierto es que ya no existe terreno neutral: todas las provincias de aquella parte, como Sonora, Chihuahua, Tamaulipas, Sinalca y León, no son más que un terreno neutral, ó, hablando con mayor propiedad, un extenso territorio conquistado y asolado por los indios. Más aún: esos filibusteros de cobriza piel han causado, hace poco, grandes estragos en las provincias del interior, llegando hasta las puertas mismas de Durango.

Calcúlase que hay en estos momentos tres mil personas blancas prisioneras en poder de los indios del Norte de Méjico, y que casi todos estos cautivos son de raza española: en su mayor parte son mujeres que viven como esposas esclavas de sus raptos, si es que á semejantes enlaces se puede adaptar el título de esposas. Hállanse también entre los indios hombres blancos, hechos prisioneros en su niñez, y, cosa extraña, muy pocos de estos cautivos, sean hombres ó mujeres, manifiestan deseos de volver á su vida primitiva ó de ver á sus familias, dándose el caso de que muchos de ellos, después de pagado su rescate, se han

Grande meridional. En consideración á ello, le devolvimos la libertad, suponiendo que aprovecharía con júbilo la ocasión que se le presentaba de volver al seno de su familia; pero mostróse tan poco accesible á la gratitud como á los sentimientos de la naturaleza, pues la misma noche que siguió al día en que le devolvimos la libertad tomó el camino de las praderas, montado en uno de los mejores caballos de nuestro escuadrón; caballo que robó á su pobre dueño.

Tales son las cosas de Méjico á poca distancia de la frontera del Río Bravo del Norte.

Desde el país de los indios hasta el de los mejicanos hay un gran número de senderos que tienen centenares de millas de longitud de un punto á otro y que siguen el curso de los riachuelos, ó atraviesan dilatadas llanuras desiertas, donde muy rara vez se encuentra agua. Estos senderos están indicados por las huellas de mulos, caballos y cautivos. De vez en cuando se encuentran osamentas blanqueadas, esqueletos de hombres, de mujeres ó de animales que han muerto por el camino. ¡Qué caminos tan extraños!

Son los senderos del comanche y del caygua, los caminos abiertos por los guerreros de estas tribus durante la *luna mejicana*.

En uno de estos pasos tenía el cazador fijos los ojos, cuando, según hemos visto, exclamó con cierta zozobra:

—¡Vive Dios! ¡Un rastro de guerra!

CAPITULO XXIX

EL RENEGADO

Apenas calmé la sed que me aquejaba, hice atravesar el riachuelo á mi caballo y me puse á examinar la orilla opuesta. Mis fieles cazadores iban á mi lado. No era de temer que se quedasen nunca atrás.

Yo había logrado ganar el corazón de aquellos hombres, y estaba seguro de que arriesgarían su vida en mi obsequio, como la habían arriesgado ya varias veces. Sentía una verdadera amistad hacia Garey, joven animoso, de sano criterio y noble corazón, y el cazador me la profesaba á su vez. Respecto á su viejo camarada, el sentimiento que hacia él experimentaba era como él mismo, indefinible, indescriptible. Mezclábase en él una gran dosis de admiración; pero admiración hacia sus facultades intelectuales más bien que á las morales ó físicas de su persona.

En vez de intelectuales sería tal vez más propio decir instintivas, porque su sagacidad parecía más bien resultado del instinto que de un continuado raciocinio.

Constábame también que el viejo cazador me admiraba y que sentía amistad hacia mí. Manifestábase tan celoso en mi servicio como Garey; pero á sus ojos era una debilidad ostentar demasiado francamente este celo. Así era que procuraba disimularla. Su admiración hacia mí procedía, sin duda, de que yo no trataba nunca de contrariarle ni de rivalizar con él en su conocimiento peculiar, en la ciencia de la pradera, en la cual me avenía á ser su discípulo y me dejaba guiar por su dictamen.

Otro motivo influía, además, en ambos cazadores, y era su afición al papel que desempeñaban en aquellas circunstancias. Les gustaba seguir una pista lo mismo que á los perros de caza, y antes que renunciar espontáneamente á ir tras ella, soportaban hasta un grado intolerable el hambre, la sed y el cansancio.

Así, pues, bebiendo en el riachuelo tan apresuradamente como yo, me siguieron al salir del agua, y los tres juntos exploramos el terreno con la mayor atención.

Aquello era una verdadera pista de guerra. No se veían huellas de perros ni de estacas para plantar tiendas, y si hubiera sido un simple cambio de campamento de indios pacíficos, no habrían faltado algunas de estas señales. Además, hubiéranse encontrado numerosas pisadas de mujeres indias, de squaws, porque la esposa-esclava del arrogante comanche tiene que atravesar las praderas á pie, cargada como la acémila que va detrás de ella.

Aunque no aparecía ninguna huella de in-

dias, las había en gran número de mujeres, perfectamente impresas en el suelo, á la orilla del riachuelo. Aquellas ligeras marcas, que apenas tendrían el tamaño de una mano y estaban suavemente moldeadas en el terreno fangoso, no podían confundirse con la señal de los pasos de una squaw salvaje; no había esa ancha separación entre el talón y el dedo grueso del pie vuelto hacia dentro, ni reconocimos tampoco el contorno de una sandalia. Aquellas leves señales debían ser de mujeres mejicanas, que tienen los pies más pequeños y bonitos del mundo.

—¡Cautivas! — exclamamos al fijar la vista en tales huellas.

—¡Sí, pobres criaturas! — añadió Rube con acento compasivo. — Esos pieles-rojas las obligan á ir á pie, teniendo una porción de caballos de sobra. Lo menos han pasado veinte mujeres por aquí. ¡Qué lástima me dan! ¡Con buena compañía andan! ¡No hay duda que la vida que llevarán será agradable!

Rube ignoraba el terrible efecto que me producían sus palabras.

Más de cien caballos y otras tantas mulas habían dejado en aquel sitio señales de su paso; entre unos y otras debía haberlos herrados; pero, á pesar de esto, estábamos seguros de que dichos animales iban montados ó conducidos por indios, porque los cuadrúpedos figuraban también en el número de los cautivos.

Las distintas señales permitieron á mis compañeros descubrir otras cosas que para mí hubieran sido ininteligibles. Indudablemente, estábamos sobre la pista de una partida de guerreros indios que iban ya de vuelta, cargados de botín y llevando por delante, ú obligándolas á seguirlos, numerosas personas cautivas, caballos, mulas y hasta niños, pues también advertimos las señales de sus piecitos.

El rastro revelaba todos estos detalles, aun para mis ojos menos expertos; pero significaba mucho más para mis dos compañeros, que no dudaban que los indios fuesen comanches: habían recogido una sandalia abandonada, y por el apéndice de cuero del talón conocieron la tribu á que pertenecía su dueño.

La pista era reciente. A pesar de la sequedad de la atmósfera, el fango que había á orillas del riachuelo no estaba *desollado*, según la expresión de los cazadores. Los indios habían vadeado la corriente á tiempo que empezaba á arder la pradera.

Los caballos cuyo rastro habíamos seguido por la llanura incendiada eran los de una partida que se destacó en persecución del caballo blanco, y precisamente se reunieron en el vado con el resto de la tribu, que se llevaba el botín y los prisioneros de guerra. Desde aquel punto todos habían marchado reunidos.

El hecho parecía demasiado probable para que pudiera ponerse en duda; pero deseábamos estar completamente seguros acerca de tan importante punto, y buscamos entre las pisadas las de un caballo que debía tener un poco roto el casco, cosa que cualquiera de nosotros podía reconocer fácilmente. Era imposible des-

cubrir las en la orilla fangosa del río; mas podía suceder que el caballo cautivo hubiese sido conducido á la mano ó montado por un jinete que fuese á la cabeza de la partida, y que las pisadas de los que le seguían hubieran borrado sus huellas.

En aquel instante, Stanfield pasó el vado, y acudió á reunirse con nosotros. Tan luego como mi bravo voluntario fijó los ojos en el suelo, lanzó una exclamación significativa, y se detuvo señalándonos la huella de un caballo herrado.

—¡Mi caballo!—exclamó.—¡Mi caballo Victory! ¡Voto á bríos!

—¡Cómo tu caballo?

—Consiento en no volver á ver el Kentucky si no es él.

—¿Estás seguro de que lo es?

—Tan seguro como de que ahora es de día. ¡Como que le he herrado yo mismo! Conozco esa pisada en la arena seca; conozco los clavos desde el primero hasta el último, porque los he clavado yo con mi propia mano. No me cabe duda: es él.

Rube emitió su silbido particular y dijo:

—Eso ya aclara el asunto: es lo que me había figurado. ¡Ese maldito renegado indio!—añadió encolerizado.—Ya sabía yo que habíamos hecho mal en soltarle, cuando debimos cortarle el gáznate y desollarle el cráneo en cuanto le atrapamos. Ahora nos pesará. ¡Por vida del demonio!

Las palabras de Rube no necesitaban explicación: sabíamos que al que quería cortar el gáznate era al mejicano *indianizado* que hicimos prisionero en la meseta; y entonces recordé que cuando le cogimos fué éste el parecer de Rube, rechazado por los más clementes de mis compañeros. El cazador nos había dado las razones que le aconsejaban tanto rigor; conocía algo de la historia del prisionero, y nos lo refirió, poco más ó menos, en estos términos:

—Es un verdadero renegado, y en toda la superficie de las praderas no hay un enemigo de los blancos más acérrimo que ése, y, sobre todo, de los blancos de Tejas. Tomó parte en la matanza de la familia Wilson en la bifurcación del Brazo, y se distinguió en la refriega que precedió á la carnicería. Más aún: se cree que se llevó una de las hijas del pobre Wilson, y que la ha convertido en una squaw. Es más temible que un indio, por lo mismo que conoce el modo de proceder de los blancos. En mi vida he visto mayor estupidez que dejar en libertad á ese tunante. Lo cierto es, amigo Stanfield, que puede V. darse por muy contento con que no se le antojara llevárselo la cabellera al mismo tiempo que el caballo.

El caballo robado por el renegado era, efectivamente, el de Stanley, y las huellas, cuya identidad acababa de asegurar éste, las de dicho animal, en el que iba montado, sin duda, el merodeador.

Este nuevo descubrimiento fué un rayo de luz para nosotros. No cabía ya duda: era la misma partida que habíamos encontrado en la meseta, aumentada tal vez con un nuevo re-

fuerzo; la misma que acababa de saquear la ciudad mejicana; la misma, en fin, que avanzó hasta la hacienda; y aquel renegado...

¡Ah! Amontonábanse en mi cerebro extraños recuerdos. Me acordaba de haber encontrado aquel hombre semisalvaje ocultándose á un lado del camino, después de haberle dejado libre bajo su palabra. Aquel día daba yo un paseo á caballo con ella; recuerdo la feroz expresión con que miró á mi compañera; en aquella mirada la ferocidad iba unida á la codicia, y, habiéndome irritado esto, reprendí y amenacé á aquel hombre. De todo me acordaba entonces.

Salté de nuevo á caballo, y después de dar á mis hombres algunas órdenes incoherentes, partí á escape siguiendo aquel rastro.

CAPITULO XXX

AVISO

En adelante no nos precisaba ya recurrir á la sagacidad de los cazadores. Un ciego habría podido ir tan fácilmente por allí como por un camino real.

Tuvimos también que amoldar nuestro paso á las fuerzas de nuestros caballos: los pobres animales no podían más, estaban rendidos, y empezaron á quedarse rezagados; de suerte que los más de ellos acabaron por no poderse seguir sino trotando á muchos centenares de pasos unos de otros.

Era inútil luchar contra la naturaleza. Los hombres tenían muy buena voluntad, por más que, á su vez, estuviesen casi extenuados; pero los caballos lo estaban de veras, y ni látigo ni espuelas lograban obligarlos á dar un paso. El único capaz de continuar el viaje era mi incomparable Moro. Hubiera podido seguir adelante con él; pero habría sido una locura.

Iba haciéndose de noche rápidamente. Ya era la hora del crepúsculo, y por el sombrío aspecto del cielo preví que no tendríamos luna. Habría sido posible seguir la pista á la luz de las hachas, que no se habían consumido totalmente; pero este medio era ya poco seguro. Por mi parte, no apreciaba tanto la vida que me abstudiese de arriesgarla: pero la de mis compañeros no me pertenecía. No debía exponerlos, sacrificarlos inútilmente. Me apeé, pues, no sin disgusto, y me senté en el suelo, dejando á mi caballo en libertad de pacer la corta yerba.

Mis soldados, á medida que llegaban, fueron atando sus caballos á la estaca, y se sentaron á mi lado sin decir una palabra. Tendiéronse unos tras otros sobre el musgo, y á los diez minutos todos dormían tranquilamente.

Yo fuí el único que no pude conciliar el sueño. La fiebre del insomnio me abrasaba; el demonio de mis negros pensamientos no me permitía cerrar los párpados, por más que tuviese los ojos irritados á consecuencia de tan prolongada vigilia. Estaba persuadido de que todos los narcóticos del mundo no podrían proporcionarme un momento de reposo en se-

mejante ocasión. Hallábame en el estado de un hombre presa del delirio producido por ese terrible envenenamiento que causa el abuso de los licores. Ni podía dormir ni estarme quieto en ninguna parte.

Haciéndoseme imposible permanecer sentado, me levanté para vagar sin dirección fija, saltando por encima de mis compañeros tendidos y dormidos, pasando entre los caballos y recorriendo el terreno en todos sentidos junto á la orilla del riachuelo que por allí corría. La frescura de este sitio era lo que me había inducido á escogerle para descansar; pues, á pesar del desorden de mis pensamientos, me quedaba aún bastante reflexión para comprender que no podíamos acampar sin agua.

Bajé de nuevo al lecho de aquella corriente, y, cogiendo agua en las palmas de las manos, me humedecí varias veces con ella los labios y las sienes. Este baño me refrescó, dando más elasticidad á mis nervios y á mi espíritu.

Sentíme más sosegado y me senté en la orilla, donde pasé algún tiempo contemplando aquella agua bulliciosa que corría por su lecho de amarilla arena y de relucientes guijarros. Era sumamente diáfana, y, aunque el sol se había ocultado ya, podían verse en su fondo pequeños pececillos plateados del género *hyodon*, que jugueteaban en su elemento. ¡Con qué envidia contemplé á aquellos inocentes seres que vivían libres en aquel líquido cristal, pasando una existencia feliz é indiferente, libres del cruel cocodrilo y del tiburón, ese tirano de las aguas!

Estuve mucho tiempo mirándolos, hasta que sentí cierta pesadez en los ojos. El murmullo del riachuelo parecía invitarme al descanso, y quizás hubiese logrado conciliar el sueño si en aquel mismo momento, dirigiendo la vista por casualidad en torno mío, no hubiera reparado en un objeto que lo disipó completamente.

Cerca del sitio donde me había sentado crecía un gran maguey silvestre (*agave americana*). Una de las grandes hojas de esta planta colgaba casi rota y le faltaba la púa que debía terminarla. Si sólo hubiera sido esto no me habría llamado la atención, sabiendo que los indios habían acampado en el mismo sitio en que estábamos, y que uno de sus caballos ó de sus mulas podía haber comido la hoja al pasar; pero como yo estaba cerca de la planta, con gran asombro mío observé que había algo escrito en aquella hoja.

Volvíme, sentado como estaba, y, cogiendo la enorme hoja, la atraje hacia mí de modo que me fuese fácil examinar su superficie. Hé aquí lo que leí:

Prisionera de los comanches... Una partida de guerreros con muchos cautivos... Mujeres y niños... ¡Ay de mí! ¡Pobres niños!... Desde aquí al NO... Salvada de la muerte; pero temo...

Aquí quedaba interrumpido este raro escrito, que no estaba firmado; pero no lo necesitaba. Harto sabía yo quién lo había trazado. Por desfigurados que estuviesen los caracteres, á causa de los materiales que hubieron de em-

plearse, conocía la mano que los trazó: era la de Hortensia de Castro. Había arrancado, sin duda, la púa en que remataba la hoja y la había utilizado á manera de pluma para grabar aquellas letras en la epidermis de la planta.

¡Salvada de la muerte!... ¡Gracias, Dios mío, por estas palabras! Pero temo...

Se había detenido sin acabar la frase. Leí una y otra vez aquellas líneas: no decían más. Examiné detenidamente las otras hojas de la planta por ambas caras; pero no encontré nada. Lo que leí era cuanto había escrito.

CAPITULO XXXI

MEDITACIONES

Hortensia vivía aún, no cabía la menor duda, y esta persuasión me colmó de júbilo. Más aún: no había sufrido ningún daño; pensaba, maquinaba, escribía; no solamente estaba viva, sino buena. Aquel singular *billete* era una prueba de ello. Además, tenía las manos libres, lo que me demostraba que los pieles-rojas la trataban bien y con indulgencia.

Pero no era esto solo. *Sabía que yo iba en su seguimiento*: me había visto mientras corría tras ella; fué su grito el que oí en el instante en que el caballo salvaje se precipitaba en el chaparral; me había conocido; me había llamado; sabía que yo la seguiría hasta lo último, y en tal concepto me dedicaba las frases escritas en la planta. ¡Qué imaginación la suya!

Una vez más devoré aquellas frases benditas; pero al comentarlas sentí un nuevo peso en el corazón. ¿Por qué motivo las había interrumpido tan bruscamente? ¿Con qué intención me las escribía? ¿Cuáles eran sus temores? Mis reflexiones acerca de esto me volvían á sumir en espantosas perplejidades.

Naturalmente, pensé en sus raptos, en el carácter del salvaje de las praderas, tan diferente del de los bosques, en los contrastes que ofrecen estas dos especies de hombres así en su porte como en el país que habitan, y que tal vez sufren la influencia de esta última causa, por más que haya otras muchas.

El clima, el contacto con la civilización española, tan distinta de la sajona, la costumbre de montar á caballo, las conquistas hechas sobre sus enemigos blancos, su amancebamiento con mujeres blancas y hermosas, descendientes de los compatriotas de Cortés, todas estas causas se han combinado para producir en el indio del Sur un género de existencia moral que le hace más parecido á un andaluz que á un yankee, á un hijo de Méjico que á uno de Boston ó de Nueva York.

Fisiológicamente hablando, no hay mucha diferencia entre París y las praderas, entre el asiduo concurrente al baile de Mabilley y el jinete indio de los llanos: éste no es un salvaje ascético, romántico, notable por su silencio y continencia, sino voluptuoso, alegre, de lengua suelta y libre, enamorado, lascivo, inmoral. De diez casos, en los nueve el joven comanche es tan jactancioso como el presumido petime-

tre que se pasea por los bulevares de la capital de Francia: las mujeres son el ídolo de ambos; las mujeres son el tema constante de sus conversaciones, la causa de sus acciones todas.

Y, sin embargo, á pesar de su concupiscente amor, son verdaderos tiranos del sexo débil. No tienen esposas, porque tan noble título no puede aplicarse á la *squaw* de un comanche; tampoco es muy propio el de querida, debiendo llamarse esclava, puesto que se la obliga á

Hasta entonces no me había fijado en ello, y necesitaba reflexionar para encontrar una solución á tan importante asunto. ¿Qué sucedería si lográbamos dar alcance á aquella partida de bandidos? Yendo cargados de botín y embarazados por tantos cautivos, debíamos alcanzarlos forzosamente, de día ó de noche; pero entonces ¿qué ocurriría?

Eramos en total nueve, y nos atrevíamos á perseguir una partida que constaría lo menos



Cogiendo la enorme hoja, la atraje hacia mí, y lei lo que en ella había escrito

desempeñar los trabajos más rudos, más viles y groseros que imaginarse pueda.

¿Causará, por consiguiente, extrañeza que yo no pudiera sosegar un momento hasta poner á mi amada al abrigo de tan horroroso destino? Habiendo sacudido el sueño que empezaba á apoderarse de mí, olvidé hasta mi cansancio; sentí mis miembros dispuestos, mis músculos fortalecidos y aptos para arrostrar cualquier fatiga. Esto era efecto de la excitación que me produjo lo que acababa de leer, de la impaciencia y de los nuevos recelos que me roían el corazón.

Hubiera querido montar á caballo y echar á correr en pos de la infeliz; pero estaba solo. Aun cuando mis compañeros se decidieran á seguirme en el acto, ¿qué podían hacer siendo tan pocos?

de cien hombres, cien salvajes decididos, armados y equipados para combatir, los guerreros más escogidos de su tribu, enorgullecidos con su reciente victoria y sedientos de venganza contra nosotros á causa de la escaramuza de la meseta. En caso de derrota, no podíamos esperar merced. ¿En caso de derrota digo! Y ¿cómo no seríamos vencidos? ¿Nueve contra ciento! ¿Cómo podríamos vencer?

Repito que hasta entonces no había pensado en el resultado de esta aventura: me había dejado guiar por un solo impulso, por la idea de alcanzar al caballo blanco y librar á Hortensia de su peligrosa situación. Hasta entonces no calculé que mi amada había escapado de un peligro para caer en otro.

El júbilo que al pronto sentí fué poco duradero, porque advertía en la nueva situación de

la desdichada un peligro mucho más grande que el de que se había salvado. Habíase librado de la muerte, sí, ¡mas para ser tal vez víctima de la deshonra!

CAPITULO XXXII

NUEVO CALORÍFERO

Mientras me entregaba á mis reflexiones, se iba haciendo rápidamente de noche. Un manto de negras nubes extendía por el cielo un velo sombrío, al través del cual no era posible ver la luna ni las estrellas. Fueron aumentando las tinieblas hasta el punto de serme casi imposible distinguir á mis compañeros, aunque todos estaban cerca de mí y seguían durmiendo, tendidos sobre la yerba, cual otros tantos cadáveres sobre el campo de batalla. Los caballos tenían demasiado hambre para dormir: el constante ruido de sus mandíbulas demostraba que pacían con apetito la yerba que por fortuna crecía en abundancia en torno nuestro. Este debía ser para ellos el mejor modo de descansar, y yo pensaba con satisfacción que tan abundante pienso les devolvería en pocas horas sus fuerzas.

A pesar de lo preocupado que me tenían mis pensamientos, comenzaba á sentir un frío bastante intenso que, sin embargo de la baja latitud de las praderas meridionales, se experimenta en ellas á menudo. Conforme fué cerrando la noche, sopló una brisa que al cabo de media hora se convirtió en un viento fuerte y glacial, cuya intensidad aumentaba por instantes.

En el transcurso de media hora, el termómetro baja en aquellos terrenos á menos de cincuenta grados Fahrenheit, lo cual no es un fenómeno raro en las llanuras de Tejas, sucediendo también que sopla un viento norte tan helado que llega hasta á dejar sin vida á los hombres y animales que por desgracia se encuentran expuestos á su hálito glacial.

Yo ya había arrostrado el rigor de un invierno en el Canadá; había cruzado lagos helados, dormido sobre la nieve, en medio de las selváticas soledades de la tierra de Rupert; pero no tengo memoria de un frío más agudo que el que he sufrido al N. de Tejas.

Con un sistema nervioso excitado por la falta de descanso y de sueño, después de una marcha agitada bajo un sol abrasador, y tras de la transpiración producida por una larga permanencia en la caldeada superficie de la pradera incendiada, tal vez sentía más frío que si no hubiesen mediado estas circunstancias: parecía que la sangre se me detenía y helaba en las venas.

Tuve que echarme la piel de un búfalo salvaje que algún indio poco cuidadoso había perdido por el camino. Mis compañeros no estaban tan bien provistos. Como, al partir, lo que menos nos figurábamos era tener que pasar las noches al aire libre, no habíamos hecho ningún preparativo para acampar. Tan sólo dos ó

tres de ellos llevaban su manta atada á la grupa del caballo: éstos eran los más dichosos.

La brisa del Norte los había despertado á todos tan de repente como si los hubieran rociado con agua fresca, y marchaban á tientas por la obscuridad, unos buscando su manta, y otros el abrigo que podía proporcionarles el lado de los matorrales opuestos á la dirección del viento.

Los pobres caballos padecían, por su parte, tanto como sus amos; el frío los tenía encogidos, y volvían el cuarto trasero á aquel viento que nos cortaba el rostro, uniéndose unos á otros con el pelaje erizado y temblando. Algunos de ellos se habían refugiado ya detrás de las malezas, y ni siquiera se atrevían á pastar la yerba que tenían á sus pies.

Fácil hubiera sido encender fuego, pues allí cerca había una gran cantidad de ramaje seco, muy á propósito para tal uso; y, aunque muchos soldados quisieron encender desde luego una hoguera, sin calcular las consecuencias, hubieron de desistir en vista de la oposición de los más expertos y prudentes. Los cazadores, sobre todo, se opusieron con todas sus fuerzas: á pesar del frío intenso y de la obscuridad de la noche, sabían que ni el frío del Norte, ni las tinieblas impedirían que los indios vagaran por las cercanías. Acaso rondara alguna partida por allí cerca; la misma piel de búfalo que habíamos encontrado podía ser causa de que algunos indios acudieran á buscarla, pues era el manto de gala de un jefe, cuya biografía estaba escrita en jeroglíficos pintados en la superficie interior de dicha prenda, y encender fuego podía costarnos la vida. Valía más pasar frío que exponernos á que nos desollaran el eráneo: tal fué el consejo que nos dieron los cazadores.

Sin embargo, Rube no se avenía fácilmente á dejarse morir de frío: sabía encender fuego y conservarlo en una pradera descubierta, sin temor de que nadie lo observara, y en cinco minutos consiguió hacer una hoguera que no habría podido descubrir el indio dotado de mejor vista.

Yo observé aquella operación con verdadero interés.

Rube empezó por coger una gran cantidad de hojas, yerba seca y ramas de mezquita, y las puso bajo la cubierta de una silla para que no las humedecieran la lluvia ó la escarcha. Hecho esto, sacó su cuchillo y practicó en el suelo un hoyo de un pie de profundidad y de diez pulgadas á un pie de diámetro, en el fondo del cual puso las hojas y la yerba seca después de pegarles fuego con su yesca, eslabón y pederual, menesteres que formaban siempre parte del contenido de su bolsillo y de su morral, del que no se olvidaba nunca. Por encima de las hojas y la yerba, que ardían ya, colocó las ramas, primero las más pequeñas y luego las más gruesas hasta que el hoyo estuvo lleno hasta los bordes, después de lo cual lo cubrió todo con una capa de musgo arrancada de antemano y que se adaptó tan perfectamente como si fuese una tapadera.

Terminado ya y en plena actividad aquel hornillo, el viejo cazador se sentó en el suelo de modo que abarcó el hoyo entre sus piernas y casi lo tenía debajo de sí. Entonces cogió la raída cubierta de su silla y se la echó á la espalda dejándola colgar por detrás hasta que la tuvo sujeta bajo sus angulosas nalgas, y la pasó luego por delante tapándose las rodillas y asegurando, finalmente, las dos puntas entre los dedos de los pies. La operación quedó entonces completa y nuestro cazador sentado como una campana de cristal sobre una planta delicada, mientras que por las aberturas de la raída manta se escapaba una leve humareda; pero el fuego era invisible, y el ingenioso cazador no temblaba ya de frío.

No tardó en tener imitadores. Garey había construido ya un hornillo por el mismo estilo, y los demás se calentaron al poco rato por un método tan sencillo como bien ideado.

Yo no me desdigné de aprovechar el hoyo que Garey había hecho para mí, y, sentándome casi encima de él y al lado del joven cazador, arrebujaado en mi holgada piel de búfalo, pude disfrutar un calor tan agradable como si hubiese tenido delante un fuego de carbón de piedra.

En cualquiera otra circunstancia, habría participado de la alegría que suscitó entre mis compañeros el espectáculo verdaderamente ridículo que presentábamos todos. No podía darse escena más cómica: éramos nueve, acurrucados de trecho en trecho, con una azulada humareda que filtraba por los intersticios de nuestras mantas ó pieles y que se elevaba por encima de nuestras cabezas, como si todos estuviésemos ardiendo.

El viento, la escarcha y las densas tinieblas duraron toda la noche: un viento helado, una escarcha glacial y unas tinieblas que parecían palpables.

Aun cuando hubiésemos estado ágiles, dispuestos y llenos de ardor, no habríamos podido avanzar sobre la pista, pues, pese á lo marcado que se veía el rastro de guerra, nos hubiera sido imposible seguirle con una noche tan oscura. Ni siquiera nos quedaba el recurso de poder caminar á la luz de las hachas, dado caso que hubiéramos podido hacerlo sin peligro, porque el viento norte las habría apagado. Así fué que no intentamos proseguir la marcha y resolvimos esperar á que despuntase el día ó calmara el viento.

A media noche quedaron acabadas nuestras estufas subterráneas, y todo el mundo se mantuvo acurrucado sobre ellas, aguantando las inclemencias del tiempo.

Mis compañeros tenían la cabeza apoyada en las rodillas, ó dormitaban dando cabezadas. Para mí no había reposo, ni siquiera el reposo de la imaginación: contaba las horas, los minutos, y los minutos me parecían horas.

No parecía sino que la lluvia, el granizo, la escarcha y el viento formaban, como la obscuridad, parte integrante de la noche, pues mientras ésta duró, todo aquello duró también, y, al hacerse de día, todo se disipó á la vez: el aquí lón había agotado sus fuerzas.

Un pavo salvaje que habíamos matado al anocheecer del día anterior, unido á algunas magras de pecarí, nos suministró un abundante almuerzo, que despachamos rápidamente; y como el alba empezaba ya á asomar por el horizonte, montamos á caballo sin más demora para continuar nuestra interrumpida marcha sobre la pista de los salvajes.

CAPITULO XXXIII

OTRO AVISO DE HORTENSIA

Aquella pista se dirigía al NO., como estaba escrito en la hoja de maguey. Hortensia había oído, sin duda, á sus raptos su plan de marcha, no siéndole difícil comprenderlo, puesto que entendía el comanche, cosa que no tenía nada de extraño, ya que, según Ijurra, aquélla era su lengua materna.

Aun cuando no la hubiera sabido podría haberse enterado también de los proyectos de los salvajes, pues muchos de esos comanches del Sur son unos lingüistas consumados, y la mayor parte de ellos hablan la hermosa lengua de Andalucía. Hubo un tiempo en que una porción de esta tribu estuvo sometida á la enseñanza de los padres misioneros, aparte de que algunos podían envanecerse, cosa que se guardaban muy bien de hacer, de tener sangre española en las venas.

No era dudoso, por consiguiente, que yendo la cautiva entre ellos se hubiese enterado de sus proyectos.

Apenas hacía dos horas que marchábamos, cuando llegamos al sitio en donde los indios habían acampado la noche anterior. Nos acercamos á él con precaución y procurando ocultarnos, pues viajábamos con toda la prudencia y cautela que nos era verdaderamente necesaria, pues si llegaba á descubrirnos un solo salvaje, algún rezagado, era lo mismo que si nos viera toda la partida. Si nos encontraban sobre el rastro de guerra, nuestra existencia pendía de un hilo. Algunos de los que me acompañaban podrían escapar, sin duda; pero, aunque todos salváramos la vida, quedaría abortado nuestro plan.

Digo nuestro plan, porque yo había formado uno. Durante aquella larga velada, mi imaginación no permaneció ociosa, y bosquejé un plan de campaña que las circunstancias podían modificar ó ayudar á su ejecución.

Nos acercábamos al campamento nocturno de los indios, andando con precaución. El humo de sus hogueras, que salía entre las cenizas, nos indicaba su situación. Le encontramos enteramente desierto, siendo los únicos dueños del terreno algunos macilentos lobos y coyotes, que se disputaban la posesión de la piel y los huesos de un caballo, restos del almuerzo de los salvajes. Si no hubiéramos sabido de antemano á qué tribu pertenecían éstos, los cazadores nos lo habrían dicho, en vista del aspecto del campo.

Veíanse plantadas todavía las estacas de una tienda, de una solamente, que, sin duda, sería

la del jefe principal: eran ramas gruesas, cortadas en el bosque vecino, que estaban plantadas circularmente y se reunían por la punta, sujetas entre sí por medio de una correa; de suerte que este abrigo debía ofrecer la forma de un cono regular cuando estaba cubierto.

Rube no desperdició aquella ocasión de hacer gala de sus conocimientos en la materia, y nos dijo:

—Si hubiesen sido chickapux, habrían encorvado las estacas hacia dentro, de modo que hubieran formado un techo redondo; y si wacoes ó witchitoes habrían dejado un agujero en la parte superior para que saliera el humo. Los delawares y los pawnies plantan sus tiendas lo mismo enteramente que los blancos; pero no encienden las hogueras de igual modo. En una hoguera de pawnies se colocan los troncos con una punta dentro del hoyo y la otra fuera, lo mismo que los rayos de la rueda de una carreta. Los cherokis y los choctaws levantan asimismo tiendas regulares; pero difieren en el modo de encender fuego: colocan los troncos en líneas paralelas, y no los hacen arder sino por un extremo, empujándolos conforme se van quemando: tal es su sistema. Estáis viendo que esos troncos se han colocado de otra manera: han ardido por en medio, y eso trasciende á comanche: os lo aseguro.

Aún iba más allá la perspicacia de Rube: los salvajes se habían puesto en marcha tan temprano como nosotros; habían levantado el campamento al rayar el día, y nos llevaban dos horas de delantera. Si viajaban tan rápidamente, no era porque temiesen la persecución de ningún enemigo. Los soldados mejicanos tenían demasiado que hacer con sus enemigos americanos, suponiendo que los comanches les concedieran alguna importancia. En cuanto á nosotros, no podían sospechar ni remotamente la caza que les dábamos para arrebatarnos sus cautivas. Quizás fueran tan de prisa con el objeto de encontrar á tiempo los grandes rebaños de búfalos que, desde el regreso de los vientos fríos del Norte, había que ir á buscar á las latitudes más elevadas del territorio comanche. Tal fué la explicación que nos dieron los cazadores y que probablemente sería la verdadera.

Bajo la influencia de singulares emociones, recorrí á caballo el terreno del campamento. Veíanse allí otros indicios de la presencia de los salvajes, restos del botín de que iban cargados, reliquias de la civilización. Había tazas rotas y pedazos de instrumentos de música, hojas de libros destrozados, artículos de tocador rotos, jirones de seda y terciopelo, una zapatilla de raso, calzado peculiar de la *manola* mejicana, juntamente con una sandalia usada y llena de barro, emblemas de la vida civilizada y de la vida salvaje.

No teníamos tiempo para meditar sobre tan curiosa confusión; lo que yo buscaba eran señales de su paso, era el rastro de mi amada. Dirigí en torno mío miradas llenas de ansiedad. Era probable que hubiese pasado allí la noche; pero ¿dónde?

Involuntariamente fijé la vista en las estacas de la tienda del jefe. Y ¡cómo no? Entre todas las cautivas ¿había una sola que pudiera compararse con ella? ¿Cómo no la habría distinguido el jefe entre todas?

—Mi joven amigo, no puedo pasar por un hombre muy versado en lo escrito; pero apostaré un puñado de pelos de conejo ó de castor contra una cola de rata de agua del río James á que este manuscrito va dirigido á V. y á nadie más. Aquí hay algo escrito, está claro, y con una tinta muy curiosa, por cierto. Hubo un tiempo en que yo sabía leer lo manuscrito, y hasta garabatearlo tan fácilmente como quien se bebe un trago de aguardiente. Debo añadir que en aquel tiempo había un joven yanke en la Ensenada de los Patos que tenía una famosa escuela, donde la pobre vieja (hablo de mi madre mistress Rawlings) me hacía ir á aprender el Antiguo y Nuevo Testamento. Recuerdo haber leído algo en aquella escuela sobre ese tunante que vendió á su maestro, ya sabe V., sobre ese Judas. Sí: si mal no recuerdo, creo que es éste el nombre de aquel perdido, y si puedo echarle la mano encima le aseguro á V. que le arrancaré la cabellera más pronto que una cabra menea la cola. ¡Pues no faltaba más!

Habiendo llegado á su colmo la indignación de Rube contra el traidor Judas, acabó su discurso; pero no aguardé á que lo terminara: el objeto que Rube tenía en la mano era mucho más interesante para mí que la historia de su edad juvenil ó que la tradición bíblica.

Lo que me traía era un papel, un cillite doblado y con el sobrescrito de *Warfield*. Lo había encontrado sobre las yerbas, muy cerca de la tienda, y estaba metido en la hendidura de una caña abierta á propósito y con un extremo plantado en el suelo.

No tenía nada de particular que el cazador hubiera reparado en la tinta, ni era posible equivocarse al ver el encarnado color de los caracteres: aquel papel estaba escrito *con sangre*.

Me apresuré á desdoblarlo, y lei lo que sigue:

«¡Enrique! Vivo todavía, pero temerosa de un funesto destino, el de una pobre blanca, cautiva de estos repugnantes hombres. La noche pasada lo temí todo; pero la Virgen me protegió... Aún no ha llegado mi hora... ¡Oh! No me someteré... me daré muerte por mi propia mano... Una extraña casualidad me ha preservado hasta ahora de tan horrible ultraje; pero no, no es la casualidad: es la intervención del Cielo. Dos de mis raptos me reclaman: uno de ellos es hijo del jefe; el otro, el miserable á quien devolvisteis la vida y la libertad. De estos dos salvajes, el que tiene sangre de blanco en las venas es el más vil, el más brutal, un verdadero demonio. Ambos contribuyeron á la captura del caballo blanco, y ambos me reclaman como propiedad suya. Aún no está arreglada la cuestión, y por esta causa no me han tocado; pero, ¡ah!, temo que mi hora esté próxima. Debe celebrarse un consejo que decidirá á cuál de los dos monstruos he de per-

tenecer. Sea cualquiera mi dueño, mi destino es horrible; y si no paso á poder de ninguno de ambos, la suerte que me aguarda será más espantosa todavía. Tal vez conozcas la costumbre observada en estos casos: seré propiedad de todos, una víctima abandonada á todo el mundo. ¡Dios de mi alma! ¡Oh! ¡No, no! ¡La muerte! ¡Primero la muerte!

»¡Pero no temas, Enrique, dueño de mi corazón! No temas que mancille tu amor. No: santo y sagrado en mi seno, sabré preservar su pureza, aunque para ello tenga que sacrificar mi vida. Lo bautizaré con mi propia sangre. ¡Ay de mí! ¡Ahora brota de mi corazón!

El plan que me había trazado para rescatar á mi amada no podía realizarse de día: su buen éxito dependía de la obscuridad. Era, por lo tanto, indispensable aguardar.

Fácil nos hubiera sido alcanzar antes á los indios, en atención á la poca distancia que los separaba de nosotros, y además porque, según su costumbre en el rastro de guerra, era indudable que al mediodía harían una parada de algunas horas. Los mismos caballos indios necesitaban este intervalo de reposo.

Calculamos la rapidez con que viajaban. Los conocedores de las praderas podían darnos indicaciones exactas relativamente á su mar-



Lo que me traía Rube era un papel, un billete doblado

Ya vienen para llevarme de aquí... ¡Adiós! ¡Adiós!»

Tal era el contenido de aquella página, que era una hoja de un devocionario, en cuyo dorso estaba impresa la Virgen de los Dolores, á la que tanto se venera en Méjico. Aunque hubiera escogido este emblema á propósito, difícilmente se hubiera podido apropiarse mejor á las circunstancias.

Guardé la carta en mi seno, y seguí andando presuroso sobre la pista, sin decir una palabra á mis compañeros.

CAPITULO XXXIV

MÁS NOTICIAS

Mis hombres me siguieron como antes: ya no teníamos necesidad de los rastreadores para indicarnos la ruta. El sendero era tan llano como un camino por donde se conduce ganado, y en él habían dejado sus huellas lo menos mil pisadas de caballos.

Avanzábamos á un paso regular, pero poco rápido, porque yo no quería alcanzar demasiado pronto á los salvajes: únicamente deseaba avistarlos antes de hacerse de noche, temeroso de que ellos, á su vez, nos vieran.

cha, con dos ó tres metros de diferencia. Observábanse siempre, á lo largo de la pista, las huellas de las desdichadas cautivas, lo cual demostraba que la banda no podía ir sino al paso. Los prácticos afirmaban también que había muchos caballos sin jinetes, llevados de la brida, como asimismo muchas mulas, producto de aquella incursión. ¿Por qué no permitían á las pobres cautivas que montaran en ellos?

Entre las huellas de aquellos caballos sin jinetes, veíanse pisadas de mujeres, de tiernas doncellas y de niños, que hacían á pie aquel camino largo y fatigoso. Una de ellas había llamado sobre todas mi atención; á cada momento se fijaban en ella mis ojos; creía poder asegurar quién la había impreso. —*Es su medida exacta*, — decía entre mí. La simetría perfecta y la configuración, la curva oval del talón, la altura del empeine que se adivina por la de la planta, la hilera de pequeñas señales redondas y en gradual disminución que había dejado la extremidad de los dedos, y las superficies lisas debidas al contacto de una delicada epidermis, todas estas particularidades parecían las marcas características de la impresión del pie de una joven.

Adelantábamos con lentitud, como he dicho,

por miedo de encontrar demasiado pronto al enemigo, á quien debíamos dar tiempo para alejarse del sitio donde habría hecho alto. También hubiéramos podido prolongar nuestra parada; pero la inmovilidad era una cosa insostenible para mí, y el movimiento, por lento que fuese, me parecía un progreso, porque no daba lugar á formar tristes pensamientos.

Por más que los indios fuesen cargados de despojos y de botín, habían debido viajar al principio más de prisa que nosotros, porque nada los obligaba á tomar precauciones ni á dejar espías en pos suyo. Ahora estaban en su propia comarca, en el corazón del territorio comanche, y no tenían en torno ningún adversario temible: caminaban, pues, libremente y sin temor.

Nosotros, al contrario, teníamos que enviar por delante exploradores, los cuales debían registrar todos los recodos del camino, todos los matorrales y acercarse con suma cautela á cada elevación del terreno. En estas maniobras se invertía bastante tiempo, y nuestra marcha se retrasaba en proporción.

Hasta muy adelantada la tarde no nos acercamos al campamento indio del mediodía. Como la primera vez, el humo nos avisó, y, aproximándonos con sigilo, vimos que los salvajes se habían marchado ya. Habían encendido hogueras y asado carne: fácilmente se conocía la naturaleza de los huesos perfectamente roídos.

Reconocí de nuevo el terreno; pero, lo mismo que aquella mañana, el cazador tuvo mejor vista que yo.

—¡Eh, eh! ¡Aquí tenemos otro billetito, amigo!—me dijo alargándome un papel.

Era otra hoja de devocionario.

La cogí con la precipitación que puede suponerse y devoré su contenido.

Aquella vez era más lacónico.

«Saco de nuevo sangre de mis venas para escribirte. El consejo se reúne esta noche. Dentro de algunas horas habrán decidido á quién debo pertenecer, de quién seré esclava... de quién... ¡Oh María Santísima! No puedo escribir estas palabras. Trataré de escaparme. Me dejan las manos libres, pero me atan fuertemente las piernas. He intentado desatar mis ligaduras, pero no lo he conseguido. ¡Oh! ¡Si tuviese un cuchillo! Sé dónde ponen uno y acaso logre apoderarme de él; pero no será hasta el último extremo, porque no debo errar el golpe. Enrique, estoy firme y resuelta: no me dejes llevar de la desesperación. De una manera ú otra sabré sustraerme á sus asquerosas caricias y... Pero vienen... el villano me vigila... Es preciso...»

Aquí quedaba terminada bruscamente la carta; los guardianes de Hortensia se habrían acercado de pronto á ella. Indudablemente, se habría apresurado á ocultar el papel, porque estaba arrugado y tirado sobre la yerba, donde lo encontró Rube.

Permanecimos algún tiempo en aquel sitio para descansar y dejar que cobraran fuerza los caballos: los pobres animales tenían buena necesidad de ello. En aquel sitio había agua,

la cual no debíamos encontrar ya hasta la noche.

Cuando volvimos á emprender la marcha, última que haríamos sobre el rastro de guerra, el sol se hallaba próximo á su ocaso.

CAPITULO XXXV

UN PRISIONERO

Cosa de una milla habríamos caminado, precedidos según costumbre por nuestros dos exploradores que reconocían el terreno y acababan de subir á una pequeña eminencia de la pradera, cuando vimos que se agazapaban detrás de los matorrales que había en su cima.

Todos nos detuvimos á la vez para esperar el resultado de su observación. La actitud particular en que se colocaron y la atención con que miraban por encima de la maleza, nos hicieron suponer que tenían ante los ojos un objeto extraordinario.

Apenas acabábamos de detenernos, cuando los vimos salir de pronto de su escondite y bajar á toda prisa de la eminencia, haciéndonos al propio tiempo señas de que nos ocultáramos en el tallar. Por fortuna éste no estaba lejos; en pocos segundos llegamos á él á escape, llevando con nosotros los caballos de los dos cazadores.

El declive de la loma facilitaba su rápida carrera de éstos; de suerte que pudieron esconderse entre los árboles casi tan pronto como nosotros.

—¿Qué sucede?—preguntaron varias voces á la vez.

Los cazadores, jadeantes, respondieron:

—Indio volviendo sobre el rastro.

—¡Indios! ¿Cuántos son?—preguntó naturalmente uno de mis soldados.

—¿Quién ha hablado de indios? He dicho que un indio,—replicó agriamente el viejo Rube.—¡Mal haya los charlatanes! No podemos perder el tiempo hablando. Bill: prepara la cuerda. Y vosotros, chiquillos, abajo los fusiles: los tiros no servirían ahora de nada: lo que conseguiríamos con ellos es que nos acometiera toda la partida. Tú, Bill, echa el lazo al indio; el capitán te ayudará, pues ya sabe cómo; y si los dos le dejáis escapar, á mí no se me escapará... ¿Habéis oído, camaradas? Cuidado con soltar ningún tiro. Si hay necesidad de ello, aquí estoy yo. Por vida vuestra, no hagáis fuego con esas espingardas, mientras no veáis que yo he errado el golpe, pues las oirían á diez millas de distancia. ¿Estás preparado con tu cuerda, Bill? ¿Y V., joven? ¿Sí? Muy bien. Pues mucho ojo los dos, y á ver si cogéis ese monigote lo mismo que quien atrapa un conejo. Mirad: ya viene por allí, derecho á la ratonera.

Rube dió la enérgica serie de instrucciones que quedan enunciadas en menos tiempo del que se necesita para leerlas. Casi á la vez ví aparecer justamente en la cima de la loma la cabeza y los hombros de un salvaje. Al cabo de algunos segundos se le vió por completo,

montado en un gran mustang pío. No hay necesidad de añadir que el caballo iba al galope; es muy raro que un indio lleve su cabalgadura á otro paso.

Era uno solo, según habían asegurado nuestros exploradores. Más allá de la loma se extendía la llanura descubierta; y si el indio hubiera ido con algunos compañeros, Rube y Garey los habrían visto desde lo alto de la eminencia.

Cabalgaba sin inquietud ni precaución alguna: un explorador habría procedido de otro modo. Tal vez sería un mensajero; pero ¿á dónde iba, siendo seguro que los indios no habían dejado ningún destacamento detrás de nosotros?

Tales fueron las preguntas que nos hicimos rápidamente y á las cuales respondieron con igual presteza las conjeturas. El canadiense nos dió la explicación más probable.

—¡Pardiez! Vuelve por el escudo.

—¿Qué escudo?

—Pues ¡qué! ¿No lo veis? Yo lo he visto muy bien: un gran escudo, sí, muy grande, hecho con una piel de búfalo, y adornado con cabelleras, frescas y sangrientas aún, cabelleras mejicanas. ¡Oh Dios mío!

Todos reconocimos el fundamento de esta explicación. Leblanc había visto, entre los matorrales, en el sitio donde habíamos hecho alto, un escudo, arma defensiva que debió dejar olvidada allí alguno de los salvajes, el cual volvía para recogerla: la cosa era muy natural.

No tuvimos tiempo de hacer más conjeturas, porque el jinete rojo había llegado ya al pie de la cuesta: dentro de diez minutos iba á quedar cogido con el lazo ó muerto por una bala.

El cazador era un hombre consumado en el manejo de la extraña arma americana, y yo entendía también algo. Los árboles que había en nuestro camino nos hubieran impedido desenrollarla como era menester; pero teníamos la intención de salir á escape del bosque en el momento en que el indio se pusiera al alcance del lazo, y enlazarlo á la carrera.

Rube estaba oculto detrás de Garey, carabina en mano, y los soldados preparados, como nosotros, para el caso en que los dos lazos y la carabina de Rube erraran el golpe.

Habría resultado igualmente peligroso dejar que el indio pasara del bosque ó retrocediera, porque, en uno ú otro caso, hubiera dado aviso de nuestra presencia allí. Era, pues, indispensable de todo punto impedirle que continuara su camino ó que volviera atrás. ¡Era forzoso apoderarse de él ó matarle!

Por mi parte, deseaba que no fuese esta última su suerte. No tenía ninguna venganza que satisfacer matando á aquel comanche; y si su captura no hubiera sido absolutamente precisa para nuestra seguridad personal, de buen grado le habría dejado ir y venir á su albedrío.

A muchos de mis compañeros los impulsaban motivos muy diferentes. Según ellos, era tan poco criminal matar un comanche como matar un lobo, una pantera ó un oso gris; de suerte

que el viejo cazador no obedeció á un instinto de piedad al recomendarles que no dispararan en seguida, sino que este consejo se lo dictó la prudencia, conforme he dicho ya.

Mientras se acercaba el jinete, yo le espiaba al través del follaje. Era un mocetón muy bien formado, probablemente uno de los guerreros más distinguidos de su tribu. No podía hacerme cargo de sus facciones por llevarlas desfiguradas con la asquerosa máscara de su pintura de guerra; pero era de aventajada estatura, de ancho y desarrollado pecho, y de piernas proporcionadas: montaba á caballo como un centauro. No tuve tiempo de prolongar mis observaciones, porque el indio llegó hasta nosotros al galope sin vacilar.

Entonces eché mi caballo fuera del bosque; hice girar el lazo sobre mi cabeza y lo arrojé contra él; el nudo corredizo cayó sobre sus hombros y se deslizó hasta la cintura. En seguida, dando un espolazo á mi caballo, eché á correr en dirección opuesta, indicándome la tensión de la cuerda que ya tenía asegurada mi víctima.

Volvíme en la silla para mirar atrás, y ví el lazo de Garey al rededor del cuello del mustang sujetándolo fuertemente.

¡El caballo y el jinete eran ya nuestros!

CAPITULO XXXVI

BUENA IDEA

El prisionero no se rindió sin resistencia. Lo mismo que en el animal salvaje, la resistencia es instintiva en el indio. Precipitose de su caballo, y, sacando un cuchillo, cortó de un solo golpe la correa que le enlazaba.

Un momento más y hubiera desaparecido entre los matorrales; pero antes de dar un paso, le sujetaron seis brazos robustos, y, aunque forcejeó furiosamente, se le derribó casi estrangulado, consiguiendo sujetarle, á pesar de los peligrosos golpes que procuraba descargar con su larga navaja española.

Mis compañeros se preparaban á dar cuenta de él, y algunos desenvainado el sable para matarlo allí mismo, lo cual no habrían dejado de hacerlo si yo no me hubiera interpuesto, pues me repugnaba derramar la sangre de aquel hombre, y, gracias á mi intervención, se le perdonó la vida.

Sin embargo, para impedir que nos perjudicara, le atamos á un árbol de modo que no pudiera soltarse. Stanfield, el hijo de los bosques, fué el que nos indicó la manera de atarle sólidamente y que era sencilla y segura.

Escogióse un árbol cuyo tronco fuera bastante grueso para que lo abarcara exactamente el indio, de modo que las puntas de los dedos de ambas manos se tocasen cuando le hubieran extendido los brazos en toda su longitud al rededor del tronco. Se le sujetaron las muñecas con correas agujereadas de trecho en trecho y atadas unas con otras; hízose otro tanto con las piernas á la altura de los tobillos, y las puntas de las correas se amarraron á estacas.

para impedirle que se enroscara como un reptil al rededor del árbol con objeto de ir desgastando poco á poco sus ligaduras y romperlas á causa del roce.

La atadura era perfecta: el más experto ladrón no habría podido recobrar su libertad.

Teníamos intención de dejarle allí en tal estado y de soltarle quizás al regresar, suponiendo que volviéramos por el mismo camino, lo que era algo dudoso. En aquel momento no

iba muy bien montado, propuso un cambalache, como él dec'a, que el salvaje no tenía derecho de rehusar; y, habiendo atado á un árbol su jaco rendido de cansancio y ya bastante viejo, llevóse en triunfo el mustang comanche, declarando que ya se la habían pagado los indios. Sin embargo, hubiera preferido hacer el cambalache con el renegado que le había robado su propio caballo.

Ibamos ya á salir de allí para ponernos otra



Mientras se acercaba el jinete indio, yo le espiaba al través del follaje

pensaba yo en la crueldad que cometíamos. Habíamos respetado la vida del indio, acto de clemencia en aquella circunstancia, y yo estaba demasiado preocupado con la suerte de seres más queridos para perder el tiempo reflexionando en la suya.

Adoptamos la precaución de sujetarle á cierta distancia del sitio donde le cogimos, porque podían pasar por allí otros individuos de su partida que le habrían encontrado demasiado pronto para desbaratar nuestros planes, y escogimos su prisión al aire libre, en la profundidad del bosque, con objeto de que ni sus gritos pudieran oír los que pasaran por el sendero.

Por lo demás, no le dejábamos enteramente solo: le haría compañía un caballo, pero no el suyo, porque uno de mis soldados tuvo el capricho de hacer un cambio. Stanfield, que no

vez en marcha, cuando de pronto se me ocurrió una idea magnífica. Pensé que yo también podía hacer un cambio ventajoso con nuestro prisionero, un cambio, no de caballos, sino de hombres. En una palabra: cambiar nuestras personas, nuestra piel, por decirlo así.

Según he dicho, había concebido un plan para librar á mi amada. Durante la noche estuve pensando en él y madurándolo luego por el camino. El incidente que acababa de ocurrir había hecho nacer en mi mente todo un mundo de ideas nuevas, y especialmente una que, al parecer, debía ayudarme poderosamente á la realización de mi objeto. A la sazón contemplaba la captura del salvaje, que al pronto me había inquietado, bajo muy diferente aspecto: juzgábala como una felicísima circunstancia, no pudiendo menos de ver en ella la mano de la Providencia, y este pensamiento me devol-

vió la esperanza. Conocí que el Cielo no me abandonaba, y esta para mí clara convicción me dió ánimo para poner en práctica la atrevida cuanto provechosa idea que en buen hora había concebido.

El plan que me había propuesto era muy sencillo; exigía más valor que astucia, y estaba muy dispuesto á tener el primero en las circunstancias desesperadas en que me encontraba. Había resuelto penetrar de noche en el campamento indio, á escondidas y protegido por las tinieblas, encontrar á la cautiva si era posible, libertarla, y en seguida echarnos en brazos de la suerte para escapar juntos. Una vez dentro del campamento y al lado de ella, lo demás era fácil, aparte de que las circunstancias no permitían arbitrar otros medios.

Aventurar una batalla con tan pocos hombres, atacar el campamento indio aun con la ventaja que nos proporcionara esta sorpresa, era una locura. No sólo hubiera sido el resultado nuestra derrota inmediata, sino que quedaría destruída la última probabilidad de socorrer á la cautiva; pues, dada la señal de alarma, los salvajes, ya sobre aviso, escaparían de nuestra persecución y perderíamos á Hortensia para siempre.

Mis compañeros estuvieron conformes conmigo respecto á la imprudencia de un ataque directo, y, sin embargo, si yo lo hubiera dispuesto se habrían precipitado todos conmigo en medio de nuestros adversarios. Muchos de ellos no hubieran deseado otra cosa sino lanzarse conmigo sobre el campamento de los salvajes, y participar hasta el extremo de los peligros que yo corriese; pero por muchas razones había determinado ir solo. La compañía de uno de estos valientes duplicaría las probabilidades de que nos descubrieran: lo que debía emplearse era maña y no fuerza, y en el último momento la prontitud valdría más aún que la astucia.

Me parece inútil decir que abrigaba la persuasión de no poder apoderarme de la prisionera sin ser visto y perseguido; debía estar demasiado vigilada por los salvajes, y no sólo por sus guardianes, sino también por los celosos ojos de los dos rivales que se disputaban la posesión de su persona. Esperaba, pues, una persecución activa, una verdadera lucha de velocidad; pero confiaba en la ligereza de mis pies y de los suyos, me consideraba capaz de contener á los indios mientras ella corría hacia delante, y con este objeto pensaba llevar mi cuchillo y mis revólvers. Confiaba también en tan excelentes armas, y mucho más en la casualidad, ó, mejor dicho, en Dios. Mi causa era justa; mi corazón firme y resuelto.

Debía tomar otras medidas de precaución, esto es, tener tan cerca como fuese posible caballos dispuestos y hombres montados, carabina en mano y prontos á combatir ó á huir para escapar á los feroces instintos de los indios.

Tal era la empresa que había resuelto acometer. De su buen resultado dependía mi vida ó mi muerte, porque, en caso de malograrse, poco me importaba no sobrevivir á ella.

CAPITULO XXXVII

DISFRAZ

Conforme consideraba las cosas más detenidamente, el porvenir me parecía más claro y el éxito menos problemático. Una de las principales dificultades consistía en saber cómo me introduciría en el recinto del campamento, ya que, una vez dentro de las líneas, es decir, en medio de las hogueras y de las tiendas, estaría comparativamente en seguridad: así lo sabía por experiencia; porque no era aquélla la primera vez que visitaba un campamento de indios de las praderas. En medio de los salvajes, mezclado con ellos, y exponiéndome á la resplandeciente luz de sus hogueras, correría menos peligro de que me descubrieran que al tratar de atravesar sus líneas. Para esto necesitaría, ante todo, salvar la estacada exterior; luego pasar por entre los guardianes de los caballos, y, por fin, cruzar la manada misma.

Estos animales me causaban tanto recelo como todo lo demás. Un caballo indio no es un centinela despreciable. Tan encarnizado enemigo del hombre blanco como su amo, no deja nunca que el primero se acerque á él, ya por temor, ya por verdadera antipatía. Un hombre encargado de vigilar puede ser negligente, dormirse en su puesto: el caballo jamás. El olor de un blanco, la vista de una forma humana que trate de ocultarse, le hará relinchar y resollar con todas sus fuerzas; de suerte que en cinco minutos cundirá la alarma por todas partes y estará de pie el campamento entero. Más de un ataque bien combinado ha quedado sin efecto por causa del relincho de aviso del centinela mustang.

Esto no es decir que el caballo de las praderas tenga una adhesión particular al indio: sería una cosa extraña, en atención á que no existe tirano más bárbaro para la raza caballar, conductor más severo ni amo más implacable que el jinete indio.

La adhesión de este noble animal es sencillamente efecto de la fidelidad que manifiesta hacia su compañero y señor, es el instinto que le avisa el peligro que puede correr su tirano. El pobre corcel haría lo mismo en favor del hombre blanco, pues el color poco le importa, y á menudo el cazador fatigado se entrega al reposo en la soledad con la íntima convicción de que su caballo velará fielmente su sueño.

Pero mayores serían mis temores y el peligro más inminente si hubiese perros en el campamento. En el interior de las líneas, estos inteligentes animales conocerían al punto que yo era un enemigo; el mejor disfraz no me preservaría de su olfato, pues el perro del salvaje sabe distinguir al instante un hombre blanco de otro rojo, y no parece sino que siente una invencible antipatía hacia las razas celta ó sajona. Hasta en tiempo de tregua, si un blanco penetra en el campo de una tribu, apenas puede librarse de aquellas encarnizadas traíllas, que más bien parecen de lobos que de perros. Por fortuna, sabía yo que los comanches no los

tenían, porque no habíamos visto ni una sola huella. Los indios acababan de recorrer el rastro de guerra, y cuando emprenden estas grandes expediciones dejan los perros, así como las mujeres, en su territorio: costumbre de la que entonces me felicitaba.

Mi propósito era disfrazarme, porque hubiera sido una locura ir de otro modo. Aun en medio de las tinieblas de la noche más oscura, mi uniforme me hubiera vendido, mucho más cuando para buscar á la cautiva tenía que penetrar en el círculo formado por las hogueras.

Quería imitar el traje indio, y hacía tiempo que pensaba en el modo cómo había de arreglarme para ello. Por esto me causó suma alegría el hallazgo de la piel de búfalo, pero me faltaban otras cosas, como las polainas, las sandalias, el adorno de plumas y los del cuello, los largos bucles de cabellos, el color bronceado de los brazos y el pecho, y el rostro pintarrajeado de yeso, carbón ó bermellón. ¿Dónde podía encontrar todo esto?

En el momento de excitación que siguió á la captura del salvaje, estuve pensando en otras cosas; pero cuando ya íbamos á alejarnos de él, se me ocurrió la idea luminosa de que él podría proporcionarme lo que me hacía falta, y retrocedí para examinar su persona.

¡Con cuánto júbilo fijé la vista en sus polainas de piel de gamo, en sus sandalias bordadas de perlas falsas, en su collar de colmillos de jabalí, en sus plumas de águila teñidas de sangre, y en el ancho manto de pieles de jaguar que pendía de sus hombros! Si no nos hubiese tenido tan preocupados la peligrosa misión que nos habíamos impuesto, desde luego habríamos quitado esta última prenda á su dueño. Mis compañeros la habían contemplado con ávida mirada, y más de uno hubiera querido apoderarse de ella; pero la consideración del peligro inmediato calmó su afán de pillaje, y habíamos dejado el magnífico manto de guerra en poder del prisionero. Entonces substituyó este manto á la piel de búfalo sobre mis hombros. Quitándome luego las botas, me puse las polainas adornadas con cabelleras á modo de franjas, los calzones de flexible piel y el calzado del comanche, que, por fortuna, me venía muy bien.

Todavía faltaba otra cosa para convertirme en un verdadero indio. Cuando los comanches recorren el rastro de guerra van desnudos de medio cuerpo arriba, no llevando la camiseta sino para ir de caza ó en las ocasiones ordinarias. ¿Cómo imitar aquella piel cobriza, aquellos hombros y brazos bronceados, aquel pecho pintado, y, por último, el rostro encarnado, blanco y negro? Solamente pintándome podía imitarlos; pero ¿de dónde sacaría la pintura?

—¡Bah!—dijo Rube, que tenía en la mano una piel de lobo artísticamente trabajada y guarnecida con plumas y cuentas de vidrio.—Aquí tenemos la bolsa de medicinas de nuestro indio. Creo que encontraremos lo que nos hace falta en el tocador de viaje de ese individuo... ¡Ajaja! Aquí tenemos lo que hace al caso.

Rube había metido la mano en el fondo de la bolsa bordada, y mientras hablaba iba sacando con aire de triunfo varios paquetitos de piel, que, á juzgar por las manchas que tenían, debían contener ingredientes de diversos colores. Sacó también un objeto brillante confundido entre lo demás y que era nada menos que un espejo.

Ni los cazadores ni yo nos sorprendimos de encontrar aquella colección extraña en semejante sitio, porque allí era donde naturalmente debíamos buscar objetos de tal naturaleza, pues rara vez se ve en tiempo de paz, y menos en los de guerra, que un jinete indio emprenda un viaje sin su pintura encarnada y su espejo.

Los colores correspondían exactamente á los que relucían en la epidermis del guerrero cautivo.

El afilado corte de una navaja hizo desaparecer mis bigotes en un abrir y cerrar de ojos; nos procuramos un poco de grasa para diluir los colores, y, pasando al lado del indio, me coloqué en disposición de que hicieran de mí su vivo retrato. Rube era el pintor; un pedazo de piel de gamo le servía de pincel, y la ancha mano de Garey de paleta.

La operación no fué larga: al cabo de veinte minutos, cualquiera me habría tomado por el indio. Yo estaba horrible: la copia no desmerecía del original, y, sin embargo, aún me faltaba una cosa, y de las más importantes, por cierto, en la metamorfosis de mi físico: los largos bucles negros que adornaban la cabeza del comanche. En breve se remedió este inconveniente, y, apelando á la hoja de una navaja en vez de tijeras, y encargándose Garey del oficio de peluquero, la cabellera del pobre indio quedó privada de sus gloriosos y ondulantes bucles.

El salvaje se estremeció al ver brillar la afilada hoja sobre su frente: creyó, sin duda, que le íbamos á desollar el cráneo.

—No era así como yo quería quitar la cabellera á este tunante,—murmuró Rube mientras se practicaba la operación.—¡Saca el pellejo también, Bill! Eso nos ahorrará trabajo; porque ¿cómo nos arreglaremos para hacer una peluca si no le desuellas? Haz lo que te digo: arráncale su maldita piel.

Naturalmente, Garey no escuchaba este cruel consejo, aparte de que sabía que no se lo daban formalmente. En poco tiempo construimos una tosca peluca, que me pusieron en la cabeza sujetándomela con mis propios cabellos, que eran bastante largos y, afortunadamente, también negros como los del indio.

Parecióme ver que éste se sonreía al observar el uso que hacíamos de sus magníficas trenzas; pero su sonrisa era torva, y desde el primero al último momento de esta escena no se escapó de sus labios ni una palabra, ni una exclamación.

Yo me reía sin ganas, pues aquel disfraz original, la mezcla extraña de lo cómico y lo serio que acompañaba á tales preparativos, y, sobre todo, la facha del indio cautivo cuando le dejaron rapado, era capaz de hacer reír á las

piedras. Así fué que mis compañeros, no pudiendo contenerse, prorrumpieron en estrepitosas carcajadas.

Para terminar, me pusieron el adorno de plumas en la cabeza. Era una suerte que el guerrero lo llevara, porque tan magnífico tocado no suele usarse en una expedición belicosa, y ayudó materialmente á completar mi disfraz. Con dicho adorno en la cabeza era difícil descubrir mis cabellos postizos aun en mitad del día.

Ya no faltaba nada más: el pintor, el peluquero y el sastre habían cumplido su misión á las mil maravillas. Hallábame, pues, completamente dispuesto á desempeñar mi papel.

CAPITULO XXXVIII

A LA VISTA

Reanudamos la marcha más despacio y con mayores precauciones que nunca, no avanzando hasta que los cazadores habían explorado detenidamente el terreno, pues las recientes huellas de los indios indicaban que nos llevaban muy poca delantera, y esperábamos avisarlos de un momento á otro.

No deseábamos divisarlos antes de la puesta del sol, porque no podría reportarnos ventaja alguna alcanzarlos durante su marcha: antes, al contrario, si tropezábamos con algún rezagado, sería fácil que diera al traste con nuestros proyectos.

Dejamos, pues, á los salvajes el tiempo necesario para plantar su campamento, y á los rezagados para llegar á él; pero tampoco quería yo llegar demasiado tarde. Se debía celebrar el consejo aquella misma noche, según lo que Hortensia había sabido, y á la salida de él tendría efecto el desenlace. Era absolutamente indispensable estar allí á tiempo de presenciar uno y otro.

El consejo podría reunirse inmediatamente después de hacer alto. Como se trataba del hijo de un jefe y de uno de éstos, porque tal era el rango del renegado blanco entre los indios, la cuestión no podía quedar indecisa largo tiempo, y mucho menos cuando ésta consistía en la posesión de la mujer más hermosa del mundo.

Mi objeto era llegar á la vista del vivac indio á la hora del crepúsculo, si era posible, á fin de practicar un reconocimiento con mis amigos antes que la obscuridad nos ocultara el terreno, y deseaba reconocer también las inmediaciones para saber cuál sería la mejor dirección que podríamos tomar en el caso de que nuestros planes tuvieran buen éxito.

Amoldábamos la marcha á las señales de la pista. Nuestros exploradores sabían decirnos, con un minuto lo más de error, de cuándo daban las últimas pisadas, y nos guiábamos por esto. Ambos se deslizaban silenciosamente por el mismo rastro, con los ojos clavados en la superficie del suelo. Los míos se fijaban con más inquietud en el cielo, pues por este lado

temía un obstáculo que se opusiera á la ejecución de mi proyecto.

¡Qué cambio tan completo se había operado en mis aspiraciones! ¡Cuán diferentes eran de las de las dos noches precedentes! El aspecto mismo del cielo, que hasta entonces me había contrariado, hubiera satisfecho entonces mis deseos. Recientemente había maldecido las nubes desde el fondo de mi alma, y en aquel instante pedía con toda mi alma que hubiera nubes, obscuridad, tormenta. Entonces hubiera bendecido los negros vapores del cielo; pero no había lugar á bendecir. No se veía la menor sombra en toda la extensión del firmamento. La mirada no abarcaba por doquiera sino las llanuras ilimitadas del éter. De allí á una hora, la inmensidad de la celeste bóveda iba á cuajarse de millones de brillantes estrellas, y la noche, plateada por la luz de una luna resplandeciente, sería tan clara como el día.

Con dificultad podré dar una idea de la consternación que me causó el aspecto de tan hermoso cielo. El ave nocturna, que no vive feliz sino en la más profunda obscuridad, no habría estado más descontenta que yo, pues como llegar á brillar la luna, la empresa sería mucho más arriesgada, el peligro se duplicaría.

Estábamos á la sazón á la mitad del mes lunar, y el astro de la noche debía salir inmediatamente después de la puesta del sol, lleno, redondo y casi tan brillante como él, sin la menor nube que velara su faz, que protegiese la tierra contra su blanca luz.

Decididamente, fué un buen pensamiento el de mi disfraz. No habíamos perdido el trabajo al arreglarlo tan perfectamente. Dada la claridad que nos amenazaba, era lo único con que yo podía contar, lo único que podía proteger mi incógnito. Pero el salvaje tiene buena vista y todos sus sentidos sumamente desarrollados. De poco me servirían mis adornos de plumas si me veía en la necesidad de hablar, y podía suceder que, engañados los amigos del modelo por la exactitud de la imitación, por esta copia perfectamente sacada, se acercaran á mí y me dirigieran la palabra. Entonces, como yo sabía muy pocas palabras del dialecto comanche, me vería en grave aprieto para seguir la conversación.

Entretanto, se acercaba la noche; el disco del sol estaba próximo á desaparecer tras el horizonte, y llegaba la hora de mortal ansiedad para mí.

Como nuestros exploradores estuviesen bastante tiempo sin volver á darnos cuenta de sus observaciones, hicimos alto para esperarlos en un pequeño talar. Descollaba ante nosotros una colina bastante alta, en cuya cima únicamente había árboles. El rastro de guerra pasaba por ella. Vimos á los dos guías meterse entre la arboleda, y no los perdimos de vista sino para aguardar su regreso. De pronto, uno de ellos apareció en el lindero del bosque. Era Garey, que nos hacía señas de que fuésemos á reunirnos con él. Hicimoslo así, y el hábil explorador nos guió de tronco en tronco por la cumbre de la colina. En la vertiente opuesta,

la arboleda no bajaba más que hasta corta distancia; pero no pasamos de ella: hicimos alto antes de llegar al límite, y, echando pie á tierra, atamos los caballos á los árboles.

Entonces nos pusimos á andar á rastras hasta que estuvimos en el mismo linderó del bosque, y miramos con la mayor atención entre el follaje para observar la llanura que había al pie de la colina. Vimos humaredas, luego varias hogueras y en el centro de ellas una tienda de pieles. Divisamos sombras al rededor de estos vivacs, hombres que iban y venían y caballos pastando tranquilamente.

Teníamos á la vista el campamento de los comanches.

CAPITULO XXXIX

EL CAMPAMENTO

Habíamos llegado precisamente en el momento deseado. El crepúsculo era bastante obscuro para ponernos completamente á cubierto de las miradas, bajo la sombra de los árboles unida á la suya, que, sin embargo, no era tan densa que nos impidiera reconocer exactamente la posición del enemigo.

Desde aquel punto la dominábamos perfectamente. De una sola ojeada podíamos abarcar el campamento y una gran extensión del país circunvecino. La colina á la cual habíamos subido, especie de cerro aislado, era la única eminencia de alguna elevación que se veía á algunas millas en contorno, y el campamento estaba instalado en una llanura que se extendía desde la base de esta eminencia y parecía no tener límites.

Era lo que se llama una pradera de *pecán*, es decir, una pradera salpicada de bosquecillos, tallares y zonas de terreno pobladas de árboles, entre los cuales predomina el pecán (*carya olivæ formis*). Entre dichos bosquecillos y terrenos arbolados crecían aisladamente otros vegetales, cuyas copas adquieren un extraordinario desarrollo. Estos árboles, propios para formar parte de un parque, unidos á los grupos de pecanes semejantes á tallares, daban al paisaje un aspecto civilizado, en tanto que un sinuoso riachuelo amenizaba aún más este paisaje con sus aguas, que reflejaban como un manto de plata los últimos rayos del sol.

Y, sin embargo, aquello no era más que un desierto, pero un desierto magnífico. La mano del hombre no había contribuido jamás á plantar aquellos bosquecillos. El arte humano no entraba por nada en la creación y adorno de aquel delicioso paisaje.

El campamento indio se hallaba asentado á orillas del riachuelo, á cosa de media milla del pie de la colina. Bastaba echar una ojeada sobre la posición de aquel campamento para conocer el acierto que había presidido en su elección, no tanto para la defensiva como para ponerle á cubierto de una sorpresa.

Suponiendo que la tienda (porque no había más que una) indicara el centro del campamento, este punto central estaba en el linderó de

un bosquecillo que daba frente al riachuelo. Desde la tienda hasta la orilla del agua, formaba el terreno un suave declive como el glacis de un recinto fortificado. La superficie ocupada por el cordón de hogueras estaba alombrada de un espeso musgo, que cubría todo el terreno entre los árboles y el riachuelo, y sobre esta compacta verdura se destacaban los atezados guerreros, unos en pie, en actitud indolente ó paseando, otros tendidos en la yerba y otros junto á las hogueras, ocupados, al parecer, en preparar su cena.

Una fila de lanzas plantada regularmente marcaba el terreno de cada guerrero. Las delgadas astas de dichas lanzas, que tendrían unos cinco pies de largo, parecían mástiles de buques, y ondeaban en ellas numerosos gallardetes y banderolas, plumas pintadas y cabelleras humanas. Al pie de cada una de ellas estaba colocado el fastuoso escudo, el arco, el carcaj, la bolsa bordada y el saco con medicinas del guerrero, viéndose, además, agrupados allí otros objetos de diferente naturaleza y que no pude observar sin conmovirme.

Eran mujeres; había aún bastante luz para que me fuera posible distinguir sus facciones; eran las mujeres blancas, las desdichadas cautivas. ¡Qué extrañas sensaciones experimenté al contemplar aquellas formas indecisas, aquellos tristes rostros! Pero las infelices estaban muy lejos de nosotros: ni siquiera la mirada de un amante habría podido distinguir cualquier detalle á tanta distancia.

Los caballos protegían los flancos á derecha é izquierda, ocupando una ancha zona de terreno, porque los habían atado fuera á fin de dejarlos pacer á su gusto, y cada uno de ellos podía circular en toda la longitud del lazo que le servía de ronzal. Su línea iba á parar á la parte posterior del campamento y se reunía detrás del bosquecillo; de manera que aquél quedaba comprendido en un arco formado por estos animales ocupados en pacer, viniendo á ser el riachuelo la cuerda de este arco, pues el campamento no se extendía más allá.

Ya he dicho que el sitio estaba perfectamente escogido para precaverse de una sorpresa: el bosquecillo al que se adosaba el campamento era el único que se veía en un radio de un millar de pasos. Todo al rededor, y aun en la orilla opuesta del riachuelo, la llanura carecía de árboles y de toda especie de abrigo; no se advertía la menor desigualdad en el terreno, ni helechos, ni matorrales, ni nada que hubiera podido ocultar la llegada de un enemigo.

En tal sitio y en semejantes circunstancias no era probable que los indios temiesen sorpresa alguna; pero en ellos la prudencia pasa al estado de instinto, y nuestros salvajes se habían instalado en el lugar en que acabábamos de encontrarlos, obedeciendo, sin duda, á la influencia de la costumbre y aparte de toda previsión. El bosquecillo les proporcionaba leña, el riachuelo agua y la llanura pasto para sus caballos, y con uno de estos pobres animales para cenar, tenían todo lo necesario para un campamento indio.

Para comprender la ventaja de su posición, bastóme una sola ojeada, no de soldado, sino de cazador y de hombre acostumbrado á la guerra de emboscadas. Bajo el concepto militar, no presentaba punto defensivo; pero no era posible acercarse á ella sino apelando á una estratagemá, y éste es el eterno recelo del indio á caballo. Que la alarma no sea repentina: dénsese tan sólo cinco minutos de tiempo, y ya será imposible atacarle. Si el enemigo es superior en fuerzas, podrá darle caza; pero necesitará estar mejor montado que él para obligar-

radio de mil pasos; pero esta yerba era muy corta: apenas se habría podido ocultar en ella un pequeño animalejo cuanto menos el cuerpo de un hombre y de ningún modo el de un caballo.

De buena gana habría recorrido á rastras la media milla que distábamos del vivac; pero este esfuerzo no me habría servido de nada. Lo mismo hubiera podido ir de pie, porque tanto de un modo como de otro no dejarían de verme los habitantes del campamento ó los que guardaban los caballos. Y aun cuando hubiera con-



Teníamos á la vista el campamento de los comanches

le á venir á las manos. Batirse en retirada y no oponer una defensa activa: tal es, por regla general, la estrategia del comanche, á menos que su agresor sea mejicano, en cuyo caso luchará con él, con el valor del hombre que se considera más fuerte.

A medida que observaba el campamento de mis adversarios, íbase apoderando de mí el desaliento. Era imposible penetrar en él, á no ser protegido por una noche obscurísima. El espía más astuto no habría podido acercarse: parecióme de todo punto inaccesible. Mis compañeros debieron formar la misma idea, porque ví el abatimiento pintado en sus rostros mientras permanecían á mi lado de rodillas, silenciosos y tristes. Ninguno decía una palabra; nadie se atrevió á hablar desde que llegamos.

CAPÍTULO XL

CONSEJO

Continué examinando el campo en silencio, pero sin encontrar un medio para acercarme á él secreta ó seguramente.

La llanura adyacente era una pradera cubierta de una espesa alfombra de yerba en un

seguido penetrar sin tropiezo en el interior de las líneas, aun cuando hubiera tenido la suerte de encontrar á Hortensia, ¿qué esperanza nos quedaba de escapar sanos y salvos?

Era seguro que saldrían en nuestra persecución, y entonces no tendríamos ninguna probabilidad de sustraernos á los esfuerzos de los indios, que al poco rato nos cogerían y nos matarían en el sitio á lanzadas ó con sus tomahawks.

El plan que formé consistía en acercar mi caballo cuanto me fuese posible al campamento enemigo, dejarle escondido á poca distancia para que nos fuera posible encontrarle pronto al huir, montar en él llevando á mi amada en los brazos, y reunirme á escape con mis amigos. Según mi proyecto, éstos debían permanecer emboscados tan cerca del campamento como lo permitiese la naturaleza del terreno.

Pero este plan tan bien dispuesto quedaba enteramente frustrado por la posición particular de los indios. Yo había contado con los árboles, con algún tallar, con los matorrales, con alguna desigualdad del terreno, con algo, en fin, que me permitiese acercarme á ellos; pero con gran pesadumbre ví que la realidad distaba

mucho de parecerse á lo que me había imaginado. A excepción del pequeño tallar, contra el cual se apoyaba la tienda, no había ningún bosque más próximo que aquel en que permanecíamos ocultos, y penetrar en dicho tallar equivalía á penetrar en la plaza misma. Pensábamos haber avanzado hasta el límite extremo en que pudiéramos tener un abrigo; pero algunos pasos más nos habrían llevado fuera del lindero del bosque, y entonces aquellos salvajes hubieran podido vernos tan fácilmente como nosotros los veíamos á la sazón; de suerte que no nos atrevíamos á hacer un movimiento de avance, ni dar un paso más.

Levanté de nuevo los ojos al cielo; pero éste no me envió un rayo de esperanza: la atmósfera estaba demasiado despejada. ¿Tendría que renunciar á mi proyecto y adoptar otro para salvar á la desdichada que me había dado su fe? Pero ¿qué otro proyecto?

En aquel instante vislumbré alguna cosa: una ligera sombra acababa de cruzar por mi mente. Este rudimento de idea parecía practicable, pero terriblemente peligroso. Sin embargo, era lo de menos, porque entonces no tenía calma ni humor para reparar en el peligro. Todo lo que no fuese una perspectiva de muerte cierta me inspiraba poco temor, aparte de que me hubiera sido preferible la muerte á tener que desistir de mi empresa.

Llevábamos el caballo del comanche cautivo; Stanfield le había tomado dejando en su lugar el suyo. Pues bien: la idea que se me ocurrió fué saltar sobre dicho caballo indio y entrar en el campamento montado en él. En su esencia, era una buena modificación á mi proyecto. Habíame propuesto ya desempeñar el papel de un guerrero indio cuando estuviera en el interior del campo, y mi nuevo designio me obligaba solamente á representarlo fuera de las líneas, á hacer para mí estreno una entrada solemne: de este modo tendría un escenario dramático más en proporción con el aumento del peligro. Pero en aquel momento no eran tales mis ideas, y el disfraz que llevaba no tenía nada de burlesco en el fondo.

La parte más desventajosa de aquel nuevo plan era que corría mayor riesgo de encontrar me en contacto con los amigos del guerrero de la banda roja, de que se me acercaran é interrogaran, y, naturalmente, aquella gente esperaría que les diese una respuesta. Yo sabía algunas palabras en comanche, pero no las bastantes para sostener una conversación: mi mal acento ó el sonido de mi voz debían descubrirme. Verdad es que me quedaba el recurso de responder en español, porque muchos comanches hablaban esta lengua; pero el expresarme en ella más bien que en comanche podría parecerles sospechoso.

Otra cosa me causaba inquietud: no podía fiarme del caballo indio, que ya había tratado de arrojar al suelo á Stanfield mientras fuimos de camino, despidiendo terribles coces y mordiendo á su jinete, que parecía abrasarle el lomo. Si hacía lo mismo conmigo en el instante de mi entrada triunfal, no dejaría de llamar la

atención de los centinelas; despertaría sospechas y acudirían á examinarnos de cerca.

Para colmo de recelo, aun cuando yo lograra entrar en el campamento, encontrar á la cautiva y arrancarla de manos de sus verdugos sería insensato contar con aquel mustang arisco y caprichoso para huir de la persecución del enemigo; porque éste tendría caballos tan buenos ó mejores corredores que él y acabaría por alcanzarnos y quitarnos la vida.

¡Oh! ¡Si hubiera podido llevar mi propio caballo hasta cerca de aquella línea de centinelas! ¡Si hubiera podido ocultarle allí! Pero como no me parecía posible, hube de renunciar á esta idea.

Estaba casi decidido á pasar por todos los percances del papel que me había propuesto desempeñar, cabalgando en el mustang indio; y, habiendo dado cuenta de esta resolución á mis compañeros, les pedí su parecer. Todos opinaron que era sumamente peligrosa, y uno ó dos de ellos quisieron disuadirme de acometerla; pero éstos eran los que no comprendían los motivos que tenía yo para proceder así, los que no sabían cuánta fuerza y denuedo puede inspirar una noble pasión. Pocos eran capaces de formarse una idea de las arriesgadas acciones á que nos impulsan nuestros amorosos arrebatos. Aquellos hombres tan rudos no habían amado nunca como yo. Así fué que no quise dar oídos á sus consejos, demasiado prudentes en mi concepto.

Otros convenían en el peligro, pero no veían otro modo de proceder. Uno y hasta dos de ellos, según creo, habían experimentado durante su vida algunos accesos de la pasión que me arrastraba, y sus consejos estuvieron de acuerdo con la resolución que casi tenía adoptada ya: ésta fué la opinión que seguí.

Sólo uno había guardado silencio hasta entonces, uno cuyo parecer era para mí de mayor precio que la cordura reunida de todos los demás: aún no había consultado el caso con mi viejo cazador.

CAPITULO XLI

IDEAS DE RUBE

Rube permanecía separado del resto de la tropa, de pie, ó, mejor dicho, inclinado, porque no tenía el cuerpo erguido, sino en línea diagonal con el suelo. En tal actitud, sosteníase en su carabina, cuya culata apoyaba contra el tronco de un árbol, mientras que la boca del cañón parecía descansar en la ternilla de la nariz de su amo. Como el hombre y el arma tenían la misma longitud, los dos juntos unidos por su parte superior presentaban la figura de una V invertida. El cazador tenía cogida el arma por muy cerca de la boca con las dos manos, cuyos dedos se cruzaban, en tanto que con los dos pulgares se apretaba las ventanas de la nariz.

A la simple vista era difícil decir si miraba al interior del cañón, ó más allá, á la parte del campamento indio.

Semejante postura no era nueva para él ni para mí: sabía yo que aquélla era su actitud favorita cuando se presentaba una cuestión de extraordinaria dificultad que reclamaba toda su enérgica actividad.

En aquel momento estaba muy ocupado en consultar la divinidad, el demonio familiar que suponía residir en el fondo del sombrío tubo de Targuts. Al cabo de poco tiempo, todos los demás cesaron de hablar y se pusieron á observarle, sabedores de que no se daría un paso antes de haber pedido á Rube su parecer, y lo esperaban, más ó menos impacientes.

Pasaron diez largos minutos sin que el cazador hiciese ningún movimiento ni dijera una palabra; ni siquiera movía los labios, ni un solo músculo: únicamente sus ojos parecían agitados, y aquellos pequeños globos que brillaban en sus cóncavas órbitas eran las únicas señales de vida que se advertían en él. Se le habría tomado, no por una estatua, sino por un espantajo sostenido por un palo, pues no se oponía á tal presunción aquella larga carabina negruzca y bronceada por las intemperies.

Pasaron, como digo, diez minutos sin que el cazador despegara los labios: su oráculo no le había respondido aún.

He dicho que á primera vista era difícil decir si Rube miraba su fusil ó más allá: hasta que le observé con detención no advertí que fijaba la vista alternativamente en los dos lados. Tan pronto levantaba un poco los ojos para pasearlos por la llanura, como los tenía bajos y dirigidos en apariencia al fondo del cañón de Targuts; por una parte, acudía á los objetos exteriores en busca de los datos del problema; por otra, dejaba á su divinidad doméstica el cuidado de resolverlo.

El buen cazador hizo durar mucho tiempo esta conjuración sobrenatural, lanzando sucesivamente sus miradas al cilindro hueco de su oráculo y al círculo visual cuya circunferencia comprendía el campamento de los comanches.

Mis voluntarios empezaban á perder la paciencia, pues á todos les interesaba, y no sin razón, el resultado de la conferencia. En el límite extremo que los separaba de un peligro de muerte, no era de extrañar que estuviesen llenos de ansiedad por el modo cómo debía concluir. Sin embargo, hasta entonces nadie se había atrevido á estorbar ó preguntar á aquel viejo original.

Por fin, Garey se decidió á acercarse al cazador en el momento en que éste, levantando la cabeza y agitándola con aire de triunfo, daba un ligero chasquido con la lengua y demostraba por medio de ademanes bien expresivos que la consulta había llegado á su término, y que el duendecillo alojado en el fondo del cañón de su carabina se había dignado darle la respuesta pedida.

Yo había estado contemplando á mi hombre lo mismo que los demás. Gustóme aquel significativo movimiento de cabeza y la especie de silbido sordo, pero elocuente, que ponía fin á

la conferencia entre Rube y su genio familiar. Aquellas señales significaban que quedaba desenredada la madeja, que el experto cazador había dado con alguna añagaza practicable para colarse de rondón en el campamento de los indios.

Acerqueme á él con Garey, mas no para dirigirle preguntas; le conocíamos demasiado para no propasarnos á ello, y sabíamos que era menester dejarle en libertad de explanarnos su proyecto cuando lo creyese oportuno. Así lo hicimos, limitándonos á ponernos á su lado.

—¿Qué tal, Bill?—exclamó, por último, después de hacer una prolongada aspiración.—Y V., joven, ¿qué piensan ambos de este asunto? Presenta muy mal aspecto ¿eh?

—Bastante malo,—respondió lacónicamente Garey.

—Así lo he creído yo al pronto.

—¡Ah!—repuso el joven cazador con desaliento.—No hay medio de colarse ahí...

—¡Quieres callar?... ¡Que no hay medio!... ¿Quién es el chicuelo que te ha metido esa idea en la mollera, pobre Bill?

—Pues bien, sí: hay un plan que no servirá de gran cosa, y en el que hace un rato nos estábamos ocupando.

—Dime cuál es,—replicó Rube con una sonrisa de triunfo;—dime en qué consiste; pero despacha, Bill, porque el tiempo es sumamente precioso, sobre todo en estos momentos. Vamos á ver: ¿qué es eso?

—En cuatro palabras queda explicado, Rube: el capitán se propone montar en el caballo indio y marchar en derechura al campamento.

—En derechura, ¿eh? Como si dijéramos de cabeza.

—Naturalmente. De nada le serviría ir por el lado de las malezas, pues le verían llegar á hurtadillas.

—¡Lléveme el diablo si los pieles-rojas ven alguna cosa! Sí; que me condene si ven algo más que fuego. Lo que es á mí, no me verán, aunque cada uno de esos indios tuviera más ojos de los que Argos llevaba en su caparazón. ¡No, no me verán, amigo Bill!

—¿Cómo es eso?—pregunté entonces.—¿Quiere V. suponer que le será posible á cualquiera acercarse á ese campamento sin ser visto? ¿Es eso lo que trata V. de decir, amigo Rube?

—Sí: eso precisamente es lo que quiero decir, amigo mío, aunque, en rigor, no es enteramente eso. No he dicho que uno de Vds. pudiera llevarlo á cabo: lo que digo es que el cazador aquí presente, Ruben Rawlings, de las Montañas Pedregosas, se deslizará hasta el centro de ese campamento como un escarabajo entre las hojas de una col, sin que le atisben nuestros contrarios, por más que tengan más ojos que la cola del pavo real, y aun les sobraría. Conque ¿tú crees que no hay medio de meterse entre ellos sin ser visto? ¿Será posible que todavía parecías bisoño en estos casos, Garey?

—Pero explíquese V., Rube: ¿cómo realizará este milagro? Ya sabe cuán impaciente estoy...

—¡Eh, eh! Menos impaciencia, amigo! Eso

no sirve de nada. Necesítase paciencia, y una buena dosis, por cierto, antes de poder calentarse las pantorrillas en aquellas hogueras; pero lo conseguirá V., y en poco tiempo si quiere hacer al pie de la letra lo que el viejo Rube va á decirle, y abrir mucho los ojos y tener muda la lengua. Sé que se conformará V. á todo esto: sé que es V. listo hasta la punta de las uñas, y que el zorro más astuto no es capaz de burlarle. Pues bien: vamos á ver. ¿Está V. dispuesto á seguir todas mis instrucciones?

—Me comprometo á no separarme de ellas en un ápice.

—Eso es lo que se llama hablar con cordura. ¡Ea! Pues allá van mis consejos.

Y, así diciendo, Rube se acercó al lindero del bosque, haciéndonos seña á Garey y á mí de que le siguiéramos. Al llegar al extremo del taller, pero siempre á cubierto, se puso de rodillas detrás de los matorrales, y yo seguí su ejemplo arrodillándome á su derecha, en tanto que Garey hacía lo mismo á la izquierda.

Dirigimos nuestras miradas al campamento indio, que dominábamos perfectamente, así como la llanura circunvecina, en cuanto nos lo permitía la claridad de la luna, demasiado brillante, por mi desgracia; y cuando hubimos contemplado algún tiempo en silencio aquel espectáculo, el viejo cazador se dignó ya entablar la conversación.

CAPITULO XLII

LOS CONSEJOS DE RUBE

—Ahora, Bill, y V., amigo mío, dirijan la vista hacia ese campamento, y vean si no hay un camino que conduce al corazón mismo de la plaza, derecho como una cola de rata helada. ¿Lo ven Vds.?

—Pero ¿está á cubierto?—contestó Garey con tono interrogativo.

—Sí, hombre, sí; y cada paso que se dé por él, lo mismo.

En vista de esto, examinamos con toda atención la circunferencia del campamento y el terreno inmediato, pero sin poder descubrir ningún sitio cubierto por donde pudiera llegarse á él. Alcé los ojos, y recorrí toda la bóveda celeste con escudriñadora mirada; observé todos los puntos del horizonte hasta el cenit, por ver si había nubes; mas en vano. Algunas ligeras neblinas flotaban muy altas en la atmósfera, pero tan sólo proyectaban una sombra imperceptible, aun al pasar por delante del disco de la luna. Por el contrario, eran indicio de un tiempo magnífico, y aquellas leves nubecillas que se movían lentamente, casi fijas en la faz de los cielos, eran prueba de que no debíamos esperar un cambio repentino de tiempo; de manera que, al hablar de penetrar en el campamento á cubierto, nuestra vieja esfinge no podía significar que iríamos protegidos por las tinieblas.

—¡Por vida mía! No veo nada que pueda gua-

recernos, ni malezas, ni matas, ni maldita de Dios la cosa,—dijo Garey.

—¡Malezas! ¡Matas!—exclamó Rube.—¿Quién habla de eso? Hay otros medios de esconder el cuerpo, sin necesidad de yerbas ni plantas. ¿Sabes, Bill Garey, que empiezo á sospechar que estás embrutecido por las mismas simplezas de amor que nuestro joven capitán?

—¡No, no, Rube!

—Pues que el diablo me lleve si no lo creo así. Me consta que has dicho á una de esas muchachas...

—¿Qué?

—Demasiado lo sabes. ¿Acaso no has dicho á una de las chiclelas de la ranchería que la querías, y que el amor te había entrado en el cuerpo más pronto que una mula descarga un par de coces? ¿No han sido éstas tus propias palabras, Bill?

—Fué una broma.

—Sí, sí: ya veremos si será una broma cuando volvamos al fuerte de Bent y se lo cuente todo á Ciervecilla, tu squaw. ¡Por el valle de Josafat! ¡Valiente trapisonda se va á armar!

—No sabes lo que dices, Rube; no hay nada de eso.

—A la fuerza ha de haber algo, porque tienes trastornada la mollera, ¡pobre Bill! Hace unos cuantos días que no se te ocurre una idea ni medio regular siquiera. ¡Malezas, y además matas! Pero ¿tienes los ojos dados á componer? ¿No ves allá abajo un ribazo?

—¡Un ribazo!—repetimos Bill y yo como un doble eco.

—Sí, sí.—replicó Rube,—un ribazo; me parece que lo hay, allí, delante de vuestras narices, á no ser que los dos os hayáis quedado tan ciegos como dos zarigüeyas pequeñas. Vamos: ¿lo veis ahora?

Ni Bill ni yo contestamos al pronto; empezamos á comprender la idea de Rube, y nuestros ojos, así como nuestros pensamientos, se dirigieron de pronto á la orilla del riachuelo, porque á éste se refería el viejo cazador.

He dicho ya que aquella corriente circulaba junto á las líneas indias, y formaba por un lado el límite del campamento. Desde donde estábamos podíamos decir que el agua corría en nuestra dirección, pues el riachuelo, al llegar al pie de la colina que á la sazón ocupábamos, rodeaba su base dando un brusco recodo. El campamento enemigo estaba en su orilla izquierda, aun cuando parecía instalado en la derecha si se le contemplaba en el sentido opuesto á la corriente, como hacíamos entonces. Así, pues, para subir á la orilla izquierda era preciso atravesar las líneas y pasar por entre los caballos que estaban atados muy cerca de la orilla del agua.

Al examinar aquellos sitios, ya había pensado yo en tomar este camino á fin de introducirme ocultamente en el campamento; mas para ello debía ir enteramente por debajo del agua, pues se habría descubierto al que fuese nadando por la superficie. Aun en el caso de que un hombre diestro se hubiese aproximado de este modo, no debía contar con llevar un

caballo, y sin él ¿cómo escapar en el momento crítico? La imposibilidad de hacerlo así me pareció evidente. Muchas veces di vueltas á esta idea, y otras tantas tuve que desecharla.

No le sucedía lo mismo á Rube: precisamente era éste el plan que había concebido, é iba á demostrarnos el modo de practicarlo.

—Conque quedamos que veis un ribazo: ¿no es así?

—Y ¿cree V. que podré introducirme en el campamento ocultándome tras ellos?

—Claro está. ¿Qué puede impedirlo? Eso es tan fácil como tirar á un conejo.

—Pero ¿cómo podré llevar el caballo allí tan cerca?

—Del mismo modo que irá V. Puedo asegurar, desde luego, que el cauce del riachuelo es bastante profundo para ocultar el jaco más



Sin detenerme á escuchar más, hice bajar por la orilla á Moro, y entré en el agua sin hacer ruido

—Poca cosa es,—dijo Garey con cierto desaliento.

—¡Pardiez! No es tan alto como los ribazos cortados á pico del Misuri, ni como las orillas escarpadas del río de las Serpientes; pero si no es tan alto como debiera, ya lo será, pues de minuto en minuto va siéndolo más: podéis creerme.

—¿Cree V. que los ribazos crecen? ¿Es eso lo que quiere V. decir?

—Se...gura...mente. Ó, lo que es absolutamente igual, hay algo que disminuye conforme el ribazo aumenta.

—¿El agua?

—Sí: el agua, que, por fortuna, baja pulgada á pulgada, y dentro de media hora habrá delante del campamento ribazos de media yarda de altura.

grande de la creación: ahora va lleno, á causa de la crecida que ha tenido de resultas de la última lluvia; pero no hay que hacer caso; el caballo podrá vadearlo ó nadar, según quiera; el ribazo impedirá que los indios le vean, y si V. quiere le puede dejar en el río.

—¿En el agua?

—Naturalmente: el cuadrúpedo le esperará á V. allí; y si no se está quieto, no hay más que atarle las narices á la orilla. No tema que no le sea posible acercarlo hasta donde le parezca á V. mejor; pero no lo lleve demasiado lejos y en dirección del viento, para que los mustangs no los olfateen al pasar, y de este modo todo irá bien para V. y para su caballo. Probablemente tendrá que recorrer unos doscientos pasos. Si logra apoderarse de la joven, podrá cruzar fácilmente esa distancia corriendo: yo se lo

fío. Entonces, derecho al caballo; y cuando esté V. montado, ¡á escape!, como si le hubiesen aplicado fuego á la grupa. Al trepar por la colina, viene V. en derechura al bosque, donde estaremos todos escondidos; y entonces ¡pobres salvajes si no se mantienen á respetuosa distancia de nuestras carabinas! He dicho.

Seguramente, este plan parecía bastante practicable. El descenso del nivel del agua era un nuevo elemento de éxito, que me había pasado inadvertido, aun cuando Rube lo observó. Por esto transcurrió tanto tiempo sin que diese su parecer: estuvo observando este fenómeno mientras lo veíamos apoyado en su carabina. Sus perspicaces ojos habían observado una disminución de muchas pulgadas durante la media hora que pasamos en aquel sitio, y á la sazón, en que me había hecho reparar en este incidente, observaba yo mismo que las orillas estaban, efectivamente, más elevadas que cuando llegamos.

No cabía ya duda: la idea de acercarse á favor del riachuelo era admisible. Si el cauce tenía bastante profundidad, podía llevar el caballo tan cerca como me fuese necesario: lo demás corría de cuenta de la suerte y de la astucia.

—En cuanto á meterse allí con el caballo indio,—añadió Rube,—no serviría de nada. En todo caso, se puede apelar á ello cuando no haya otro recurso. Tenga V. por seguro que esos condenados mustangs armarían tal alboroto relinchando, piafando y haciendo corvetas, que harían acudir á toda la partida, y entonces alguno de los indios de ojos de lince no dejaría de descubrir que es V. un blanco disfrazado, si no con la piel de un león, con otra parecida.

No perdí tiempo en adoptar mi determinación: el parecer de Rube me decidió, y resolví proceder con arreglo á las inspiraciones del cañón de Targuts.

CAPITULO XLIII

EL ESCONDITE

Poco tardé en hacer mis preparativos, pues los tenía casi acabados. Sólo me faltaba apretar las cinchas de mi montura, examinar mis revólvers y poner mis pistolas, y mi cuchillo de caza detrás de mí, en sitio donde pudiesen ir ocultas debajo del manto de pieles de jaguar. En cinco minutos estuve listo.

Esperé, no obstante, un rato á que bajara más el agua, pero no mucho, porque la ansiedad que me dominaba no me permitía tener paciencia. La hora del consejo se acercaba, y no me detuve más. Por otra parte, tampoco era necesario: á la luz de la luna, veíase como se destacaba sobre lo demás la línea oscura de la orilla que separaba la pradera de la superficie del agua. La corriente brillaba como una cinta de plata, y este contraste hacía resaltar más la faja de tierra que se elevaba verticalmente sobre ella, por haber disminuído de un modo sensible el caudal del riachuelo.

Monté á caballo, mis compañeros se agrupa-

ron en torno mío para despedirse de mí, y todos, uno tras otro, me estrecharon la mano, deseándome un feliz éxito. Algunos temían no volver á verme más, así lo adivinaba yo en su acento; otros tenían más confianza, y todos juraron vengarme si perecía en la empresa.

Rube y Garey me acompañaron hasta el pie de la colina. El sitio en que el riachuelo se encontraba con ella se hallaba lleno de matorrales, que, siguiendo á lo largo de la cuesta, se unían al bosque de la cumbre. Bajamos ocultándonos tras aquella hilera de zarzales para llegar á la orilla precisamente en el ángulo saliente formado por el declive del terreno. Al rededor de la base de la eminencia corría una estrecha faja de los mismos matorrales, y entonces reconocimos que, siguiendo el camino por el cual acabábamos de descender, hubiéramos podido colocar la emboscada algo más cerca del campamento; pero este abrigo no era tan seguro como el de la cima, y en caso de retirada habríamos tenido que subir á galope por la superficie desnuda de la colina, dejando ver así nuestro escaso número. Decidimos, pues, tras una corta deliberación, que continuaría la gente donde estaba.

A partir del recodo al que acabábamos de llegar, el riachuelo corría casi en línea recta hacia el campamento de los indios, y se desplegaba brillante como una faja de metal bruñido. Las malezas no se extendían más allá á lo largo del río. Dando un paso más quedábamos expuestos á la vista del enemigo. Allí era, pues, donde debía meterme en el agua; apeéme y me resigné á tomar aquel baño forzoso.

Los cazadores me habían dado sus últimas instrucciones, sus postreros consejos; ambos me asieron de la mano, apretándola de un modo que prometía mucho más que las palabras, lo que no les impidió añadir algunas. Garey me dijo:

—Rube y yo no estaremos muy lejos. Si llega V. á disparar algunos pistoletazos, acudiremos en su busca y le encontraremos dondequiera que se halle; y si por casualidad el negocio no presentara buen aspecto para V.,—y al decir esto la voz de Garey adquirió cierta entonación solemne,—¡puede contar con nosotros para tomar una venganza sangrienta de esos indios!

—¡Oh! ¡Sí!—añadió Rube.—Puede estar seguro de ello. Habrá más de una muesca nueva en el registro de mi carabina de aquí á la próxima Navidad, si le sucede á V. alguna desgracia: se lo juro, á fe de Rube. Pero no tenga V. cuidado. Vaya con los ojos muy abiertos y las uñas preparadas, y puede tener por cierto que saldrá bien del lance. Una vez fuera del campamento, cuente con nosotros. Diríjase sin torcerse al bosquecillo de la cumbre, y meta V. espuela como si llevara el diablo á las ancas.

Sin detenerme á escuchar más, hice bajar por la orilla á Moro, y, hallando un suave declive, entré en el agua sin hacer ruido. Mi bravo corcel, como animal bien enseñado, obedeció sin vacilar, y al cabo de veinte segundos estaba metido en el riachuelo hasta el pecho.

La corriente tenía la profundidad que yo deseaba. La orilla se elevaba cosa de media yarda sobre la superficie del agua, y esta altura era la que necesitaba para ocultar, ya mi cabeza, porque iba de pie, ó ya la de mi caballo. Si el lecho del río conservaba la misma profundidad hasta el campamento, como tenía motivos para creer en virtud de ciertas razones deducidas de mis cortos conocimientos en hidrografía, me sería fácil acercarme á él.

Las plumas de mi adorno indio sobresalían del nivel de la yerba de la pradera; y como este plumaje de colores muy vivos se veía desde bastante distancia, me lo quité y lo llevé en la mano. Tuve asimismo la precaución de levantar hasta los hombros el manto de pieles de jaguar para no mojarlo, y por el mismo motivo llevé durante el trayecto mis pistolas fuera del agua. En estas pequeñas operaciones no invertí más que un minuto, y en seguida me puse á andar por la corriente.

La profundidad misma era una ventaja para mí. El hombre y el caballo que cruzan un vado hacen menos ruido en un cauce hondo que en uno que no lo es, y esta consideración no dejaba de tener su importancia. Hacía una noche apacible, *más de lo que yo deseaba*, y el ruido del agua al agitarla mi caballo y yo, se habría oído á lo lejos. Por fortuna, el lecho del río formaba declives precisamente en el sitio donde la corriente doblaba con esfuerzo el pequeño promontorio de la colina, y el aire llevaba á muchas millas de distancia el ruido de aquella agua bulliciosa, ruido que parecía más fuerte en medio del silencio de la noche y que casi ahogaba el que producíamos Moro y yo. Era un sitio favorable en el que había reparado ya antes de lanzarme á tan arriesgada empresa.

A unos doscientos pies de los matorrales, me detuve para mirar atrás con objeto de retener bien en la memoria el sitio donde había quedado emboscada mi gente, pues si llegaban á perseguirme de cerca no lo pasaría muy bien al equivocarme sobre su verdadera posición. Ví fácilmente el sitio en cuestión, advirtiéndome al propio tiempo que con dificultad hubiera podido escoger otro mejor. Los árboles que formaban un bosquecillo en la cumbre de la eminencia eran de una especie particular que sólo allí se encuentra: eran yucas arborescentes, muchas de ellas de cuarenta pies de altura, de tallo angular y ramoso, con fascículos terminales y de hojas rígidas vueltas hacia el cielo, que formaban un singular espectáculo.

Juzgaba aquel sitio como muy favorable para una emboscada, y hé aquí por qué: cualquier partida que se acercara á él viniendo de la llanura y trepando por la colina, podría figurarse tener ante sí un ejército, porque los mismos vegetales, con sus cabezas coronadas de hojas radiadas, presentaban una notable semejanza con guerreros cubiertos de plumeros gigantescos: muchas de aquellas raras yucas no tenían más que seis pies de altura, con copas muy frondosas y troncos sin ramas tan gruesos como el cuerpo de un hombre. Por con-

siguiente, nada tenía de particular que los tomaran por cuerpos humanos.

Comprendí á la primera ojeada la ventaja de la posición. Si los indios me perseguían y lograba llegar al bosque antes que ellos, una descarga cerrada de mis compañeros debía detenerlos, por grande que fuese su número. Bastaban para esto las nueve carabinas y cinco ó seis disparos de revólver, puesto que creerían tener que habérselas, no con nueve, sino con novecientos hombres, gracias á aquellos árboles, que parecían otros tantos fantasmas.

Lleno, pues, de confianza, y animado por estas consideraciones, proseguí mi marcha contra la corriente.

CAPITULO XLIV

DENTRO DEL CAMPO

Mi paso era bastante lento. El agua me llegaba casi siempre á la cintura, es decir, bastante alta para hacerme la tarea más larga y penosa. La corriente, sin ser impetuosa, presentaba bastante resistencia; pero, á no haber sido por la necesidad de llevar mi cabeza y la de Moro más baja que el nivel de la orilla, habría podido avanzar más de prisa.

De vez en cuando me paraba para descansar, porque el esfuerzo que tenía que hacer para arrostrar la corriente me cansaba y me quitaba la respiración, sobre todo cuando quería andar encorvado; mas para respirar un momento escogía los sitios en que el cauce era más profundo y que me permitía ponerme en pie.

Durante estas maniobras habría deseado echar una ojeada al campamento, para cerciorarme de su distancia y situación; pero no me atrevía á levantar la cabeza fuera de la orilla; pues, aunque sólo hubiera sacado una mano, me habrían visto fácilmente á la blanca luz de la luna.

Ignoraba cuánto había andado ya; pero me parecía que debía hallarme cerca de las líneas. Mientras hacía este fatigoso viaje, me mantenía pegado, por decirlo así, á la orilla izquierda, que, según la predicción de Rube, sobresalía ya más de media yarda del nivel del agua. Era ésta una circunstancia de las más favorables, no siéndolo menos el que por aquel lado, es decir, por el E., la luna estaba aún bastante baja, y, por consiguiente, el ribazo proyectaba una sombra larga y negra que se extendía casi hasta la mitad de la anchura del río. Por dicha sombra iba yo, pues aquel velo amigo nos ocultaba á los dos, al caballo y á mí.

Creíame, pues, muy cerca de las líneas, y anhelaba que llegara el momento de avistarlas, pero sin atreverme á intentar incorporarme por las razones que he dado.

Temía también alejarme demasiado, cosa que ofrecía tal vez mayor peligro. Ya había observado yo la dirección del viento: soplaban contra el vivac partiendo del río; de suerte que si llevaba mi caballo enfrente del cordón for-

mado por los mustangs, me encontraría con él y justamente en dirección del viento, en inminente peligro de que me olfatearan las sutiles narices de aquellos animales: era casi seguro que olfatearían á mi pobre Moro y darían la señal de alarma con sus relinchos. La brisa era bastante ligera: nuevo contratiempo, porque bastaba para llevar las emanaciones al olfato, sin ser bastante fuerte para ahogar el ruido que forzosamente hacía mi caballo al andar por el agua, así como el sordo choque que de vez en cuando producían sus cascos al tropezar con los guijarros del fondo. De manera que corría un doble peligro: el de que me vieran si sacaba la cabeza fuera de la orilla, y el no menos inminente de que me olfatearan los caballos si iba más lejos.

Permanecí, pues, algún tiempo en la mayor vacilación, no sabiendo si debía dejar á mi caballo en el sitio en que estaba, ó llevarle algo más lejos. Entonces percibí diferentes ruidos que salían del campamento, pero muy poco distintos para que pudieran servirme de guía.

Yo miraba detrás de mí hacia el lado por donde bajaba la corriente, creyendo que me podría formar una idea de la distancia recorrida y conocer por esto el punto á donde había llegado; pero, por más que miré, no encontré ningún dato que me ayudase á determinar mi posición. Teniendo los ojos casi á flor de agua, no podía calcular el espacio de un modo satisfactorio.

Volvíme hacia el lado del torrente y sondeé con escudriñadora mirada la especie de parapeto que había á lo largo de la orilla oriental. Entonces divisé en el borde mismo del ribazo un objeto que podía servirme perfectamente de punto de referencia: eran la grupa y las ancas de uno de los mustangs, atado á una estaca junto á la orilla: no veía la cabeza ni la cruz del animal, porque tenía el cuarto trasero vuelto al riachuelo y estaba pastando la yerba.

La vista de aquel cuadrúpedo me regocijó: hallábase á doscientas yardas de distancia, y sabía que el sitio que ocupaba marcaba el límite exterior del campamento. Encontrábame, pues, á unos doscientos pasos de las líneas del enemigo, precisamente á la distancia donde me había propuesto dejar mi caballo.

Había tenido la precaución de llevar mi estaca puntiaguda, uno de los útiles indispensables de todo el que viaja por las praderas, y la planté en el suelo de la orilla, no necesitando profundizarla mucho, en atención á que Moro no trataba nunca de desatarse, pues para él la estaca era únicamente un objeto destinado á hacerle comprender que no podía vagar á su albedrío por la llanura. Cuando lo tuve atado, le acaricié en voz baja, me separé de él y seguí remontando la corriente. Aún no habría andado doce pasos cuando ví una brecha en el ribazo: era una pequeña barranca que conducía directamente desde la llanura al río, y que daba frente á otra barranca de la orilla opuesta: ambas eran indicio seguro de un vado ó paso frecuentado por los huéspedes de la pradera.

Al principio observé con cierto recelo aque-

lla depresión del terreno, temeroso de que el enemigo me viera por allí; pero cuando llegué frente por frente de ella disipáronse mis temores: la pendiente era escarpada, y su altura me ocultaba lo mismo que antes. No debía, pues, haber peligro en atravesar por aquel sitio.

Iba ya á proseguir mi marcha, cuando me detuvo una idea, y me puse á examinar la barranca con más atención, descubriendo una nueva ventaja. Hasta entonces me había tenido con cuidado la situación en que dejé á mi caballo. Si tenía que volver á recogerle, no podía ser más que á consecuencia de verme acosado de cerca por una persecución encarnizada; y como mi valiente Moro no estaba cómodamente colocado, pues tenía el lomo más bajo que el nivel del ribazo, aun cuando esto permitiría que se le montase con más facilidad, el pobre caballo había de dar un salto desesperado para subir á la llanura que le dominaba. Esta idea me preocupaba; pero ya no debía apurarme con respecto á tal punto: gracias al paso que acababa de encontrar, era tan fácil entrar en el cauce del río como salir de él, siendo esto precisamente lo que yo necesitaba.

No desperdicié un instante en aprovecharme de mi descubrimiento. Volví atrás y desaté mi caballo para hacerle subir poco á poco hasta la brecha. Ya allí, escogiendo un sitio cómodo en la parte más elevada del ribazo, até al buen animal como antes y le dejé otra vez solo. Entonces anduve ya con más desahogo y confianza, pero tomando más minuciosas precauciones.

Encontrábame ya demasiado cerca del objeto de mis pesquisas para exponerme á hacer el menor ruido en el agua, pues por insignificante que fuese me podría descubrir. Tenía la intención de seguir andando por el riachuelo hasta pasar más allá del punto en que los caballos se hallaban atados á sus estacas, con el fin de no verme en la necesidad de atravesar la línea que ocupaban con sus guardianes. Mas tan luego como hubiese penetrado en el interior del círculo, los caballos no se fijarían en mí, porque tendrían al mismo tiempo otros indios delante, y yo me fiaba en el disfraz, que me daba el aspecto de un salvaje, para burlar la vigilancia de aquellos centinelas.

Por otra parte, no quería internarme más allá de su línea, por miedo de llegar á la entrada del campamento mismo, demasiado cerca de las chozas y de los grupos. Antes de ponerme en marcha, advertí que había una ancha zona de terreno entre el sitio donde acampaban los indios y el en que estaban sus caballos. Por este terreno neutral no solían ir los paseantes de la tribu, y, apoyado en tal circunstancia, quise hacer mi entrada en el drama que iba á representar, por cualquier sitio del límite de dicho espacio.

Todo me salió á medida de mis deseos.

Arrimado siempre á la orilla, pasé mucho más allá de los mustangs que pacían, y tan cerca de ellos que les oía partir la yerba con los dientes; pero me deslicé tan cauta y silenciosamente, que ni relincharon ni piafaron

anunciando que me habían descubierto, y á los pocos minutos los dejé lo bastante atrás para que me fuese posible avanzar más libremente y sin recelo.

Por fin, me aventuré á levantar la cabeza poquito á poco hasta que mis ojos dominaron el nivel de la cuesta de la pradera. No se veía un alma junto á ella: sólo á lo lejos divisé las obscuras formas de los salvajes agrupados al re-

de llamar la atención de los que guardaban los caballos ó de los que circulaban al rededor de las hogueras. Habíame puesto mi adorno de plumas antes de saltar fuera del cauce del riachuelo, y tan luego como llegué á lo alto del ribazo, mi primer cuidado fué ponerme las pistolas en el cinturón y hacia la espalda.

Con la misma precaución empleada para ejecutar este movimiento, dejé pendiente de mis



Ví á Hortensia, que estaba medio tendida, con los brazos libres y las piernas atadas

dedor de sus hogueras, cantando y riendo; pero ninguno de ellos escuchaba, ninguno miraba en la dirección que yo seguía.

Me agarré al ribazo con ambas manos y salté á él muy despacio y con gran sigilo, como un demonio que sale por un sombrío escotillón en un teatro. Llegué de rodillas á la alfombra de verdura, y, una vez allí, me fui enderezando pausadamente hasta quedar de pie en los límites del campamento indio, ofreciendo en toda mi persona el aspecto de un salvaje tan completo como el que más de la partida.

CAPITULO XLV

DETALLES

Largo rato conservé la inmovilidad de una estatua, sin mover brazo ni pierna, temeroso

de llamar la atención de los que guardaban los caballos ó de los que circulaban al rededor de las hogueras. Habíame puesto mi adorno de plumas antes de saltar fuera del cauce del riachuelo, y tan luego como llegué á lo alto del ribazo, mi primer cuidado fué ponerme las pistolas en el cinturón y hacia la espalda. Con la misma precaución empleada para ejecutar este movimiento, dejé pendiente de mis hombros en toda su longitud el manto de pieles de jaguar. Había conseguido que no se mojara esta prenda, y su ancha franja iba á servirme para tapar mis calzones y la parte superior de mis polainas, enteramente caladas. Verdad es que en un campamento de las praderas y á orillas de un profundo riachuelo, un indio con las polainas mojadas no es una rareza capaz de despertar sospechas, y, por muchas razones, el indio á quien yo representaba hubiera deseado estar en mi lugar y poder mojar en el riachuelo sus pies de color de cobre. Además, la piel de gamo preparada á la usanza india es impermeable por naturaleza. De consiguiente, la mía debía secarse con rapidez, y, aunque así no fuese, importaba poco que se conociera su humedad.

Casualmente, el sitio donde yo había saltado

á tierra era uno de los menos visibles en toda la superficie del campamento. Estaba yo precisamente colocado entre dos luces: el rojizo resplandor de las hogueras del vivac y los pálidos rayos de la luna, y la especie de confusión atmosférica ocasionada por el contraste de ambos resplandores de diferente naturaleza me favorecían, produciendo como una ilusión de óptica. El suelo estaba tenuemente iluminado. Debían verme distintamente desde el punto central del campamento, pero no lo bastante para que se pudiera sospechar de mi disfraz. Era, pues, muy probable que á ninguno de los salvajes se le ocurriera acercarse á mí ó le preocupara mi aparición.

No permanecí mucho tiempo en el mismo sitio, sino sólo el necesario para formarme una ligera idea de los puntos salientes de aquella escena.

Había allí un gran número de hogueras, al rededor de las cuales se agrupaban muchas formas humanas, acurrucadas las unas y de pie las otras. Como la noche estaba muy fresca, los indios se arrimaban cuanto podían al fuego, lo cual hacía que muy pocos de ellos vagaran por los alrededores; circunstancia sumamente favorable para mí.

Una de las hogueras era mayor que las otras. Por sus dimensiones, podía aplicársele el nombre de fuego de regocijo, como los que encienden los aldeanos en ciertos países cuando festejan la visita del señor de la comarca. Estaba frente por frente de la tienda solitaria, á una docena de pasos de su entrada. De la centelleante pira brotaba un torrente de luz rojiza, que llegaba hasta el sitio donde yo me encontraba, y cuyo ondulante resplandor me daba de lleno en el rostro.

Al rededor de aquel vivac se hallaban reunidas muchas personas, todas de pie. Podía yo distinguir el rostro de los que con relación á mí ocupaban el lado opuesto del círculo; pero de los más inmediatos no divisaba sino el bulto. En cuanto á los demás, los veía casi tan perfectamente como si hubiese estado á su lado, siéndome fácil examinar sus pintadas facciones, los emblemas trazados con pincel en sus pechos y mejillas, y todos los detalles de sus trajes.

El aspecto de éstos no dejó de causarme cierta sorpresa. Yo esperaba ver guerreros con polainas, sandalias y calzones, con la cabeza desnuda ó llena de plumas, y pendientes de los hombros pieles de búfalos. Algunos iban, efectivamente, vestidos de este modo; pero eran los menos: en su mayoría llevaban mantos ó capas de paño burdo, pantalones y verdaderos sombreros mejicanos. En una palabra: contemplé con sorpresa un gran número de salvajes con trajes mejicanos completos.

Usaban otros prendas algo militares, como cascos ó chacós, levitas de uniforme, que les caían muy mal, de paño encarnado ó azul, colores que contrastaban de un modo raro con la piel de gamo en que llevaban envueltos pies y piernas. No es, pues, extraño que yo contemplara con asombro todos aquellos trajes de

capricho; pero tan luego como reflexioné quiénes eran los hombres que veía allí reunidos, cuando recordé de dónde acababan de llegar, á dónde habían ido y con qué objeto, cesó mi sorpresa. Aquello no era más que un disfraz: los salvajes se habían endosado los despojos conquistados á la civilización.

Por consiguiente, no necesitaba yo devanarme los sesos con respecto á mi atavío. De cualquier manera que me hubiese disfrazado habría pasado perfectamente entre tan abigarrada reunión: ni aun mi mismo uniforme hubiera cho-cado, ni siquiera el color de mi piel. Por lo demás, un corto número de ellos había conservado, afortunadamente para mí, el traje nacional. De otra suerte, me habría expuesto á parecer demasiado indio junto á semejante compañía.

Tan sólo necesité un minuto para observar todas estas particularidades, que no me entretuve en examinar minuciosamente, porque me interesaba más encontrar á Hortensia.

Dirigí á todos lados investigadoras miradas; reconocí desde lejos los grupos formados al rededor de las diferentes hogueras; ví otras mujeres que me parecieron cautivas; pero á ella no la ví en ninguna parte. Examiné con atención el aspecto y rostro de cuantas estaban vueltas hacia mí. Una sola ojeada me habría bastado para distinguirla entre ellas, pues nada más fácil que conocer sus delicadas facciones al fulgor de las hogueras; pero no advertí ni rastro suyo.

—Tal vez esté en la tienda,—dije para mí.—Sí: allí debe estar.

Entonces me decidí á alejarme del sitio donde había permanecido de pie.

Mi mirada, más penetrante ya, acababa de fijarse en el bosque que se extendía por toda la parte posterior del campamento, é inmediatamente comprendí la ventaja que podría proporcionarme su sombra protectora.

Según he dicho ya, la tienda estaba plantada junto al mismo lindero de aquel bosquecillo, y enfrente de ella ardía la mayor de las hogueras. Sin duda alguna, aquél era el punto en derredor del cual gravitaba, al parecer, todo el centro del movimiento y de la acción.

Allí, ó en las inmediaciones, debería encontrarla; allí debía estar, seguramente, y allí fué donde resolví ir en su busca.

CAPITULO XLVI

AMIGO IMPORTUNO

Precisamente en aquel momento resonó en el campamento la voz de un pregonero, y observé una agitación general. No pude comprender lo que aquel hombre decía; mas por su entonación particular supuse que daba una señal ó hacía una convocatoria. Sin duda, iba á pasar algo importante.

Los indios comenzaron á circular al rededor de la hoguera grande, juntándose y pasando unos al lado de los otros, como si se entretuvieran en una danza silenciosa y solemne. Ví

algunos que llegaban presurosos desde las partes más remotas del campamento, como si quisieran presenciar lo que hacían los salvajes congregados al rededor del fuego ó reunirse con ellos.

No me detuve á examinarlos; pues, al verlos distraídos de aquel modo, consideré la ocasión muy á propósito para penetrar en el bosquecillo sin que se fijaran en mí, y me encaminé á él sin más demora.

Iba á paso lento, afectando una completa indiferencia, imitando el modo de andar torpe y vacilante de un comanche, que no se parece en nada á ese paso firme y osado, á ese porte altanero é inimitable que tan bien caracteriza al chippeway y al shawano, al hurón y al iroqués.

Preciso era que desempeñara muy bien mi papel, porque un salvaje que pasó junto á mí, cruzando el espacio que mediaba entre los guardas de los caballos y la hoguera grande, me llamó por mi nombre, ó, mejor dicho, por el del indio á quien quería representar.

—¡Wakono!—me gritó.

—¿Qué quieres?—contesté en español, imitando lo mejor que pude la voz y el acento de un indio.

Esto era arriesgarse mucho; pero me hallaba en un trance difícil y no podía guardar silencio.

Mi hombre pareció sorprenderse al oír que le contestaba en mejicano. Sin embargo, comprendió y replicó:

—¿No has oído el llamamiento, Wakono? ¿Por qué no acudes? El consejo se reúne. Hisoo-rojo está allí ya.

Entendí lo que el indio me decía, tal vez más por sus ademanes que por sus palabras, aunque las de llamamiento, consejo y el nombre de Hisoo-rojo me ayudaron á comprender el sentido de la frase. Por casualidad conocía los términos de que se valen los comanches para expresar las dos primeras cosas, y sabía también que el apodo de Hisoo-rojo (lobo español) no era otra cosa que el nombre indio del renegado mejicano.

Mas, á pesar de comprender todo lo que me decían, no conocía lo bastante aquel dialecto para contestar, ni me atrevía á expresarme de nuevo en español, por ignorar hasta dónde llegarían los conocimientos de Wakono en el armonioso lenguaje del Guadalquivir.

Encontrábame en un grave aprieto, y aquel maldito salvaje, que, sin duda, sería amigo del verdadero Wakono, parecía dispuesto á reunirse conmigo. Entonces se me ocurrió una feliz idea. Revistiéndome de un aspecto de dignidad superior y del continente de un hombre que no quiere que le molesten en sus meditaciones, levanté la mano é hice al indio un ademán de saludo y despedida á la vez, y, sin darle tiempo para más, le volví la espalda y proseguí mi marcha lentamente.

El salvaje se alejó por su lado, mas no sin cierta extrañeza. Dirígle una mirada á hurtadillas, y le ví partir con vacilación: era indudable que le chocaba un tanto la extraña con-

ducta de su amigo Wakono. No volví á mirar atrás hasta encontrarme en la espesura del tallar, y allí lo hice para saber á qué átenerme. Mi buen amigo había continuado su camino, y poco después se confundió entre la muchedumbre agrupada al rededor de la hoguera grande.

Al fin, resguardado de todas las miradas por la sombra del bosquecillo, podía cobrar aliento y reflexionar. El incidente insignificante, al parecer que me había alarmado un poco, me procuró, en cambio, datos muy útiles.

En primer lugar, supe cuál era mi propio nombre; luego averigüé que el consejo iba á celebrarse en seguida, y en tercer lugar que Hisoo royo, el renegado, tenía algún asunto que arreglar en aquel consejo. Como se ve, estos datos eran muy preciosos para mí, y, uniéndolos con los que ya poseía, resultaba todo claro. El consejo debía, sin duda alguna, reunirse para juzgar la querella pendiente entre el renegado y el joven jefe; había de decidir á quién correspondía el derecho de propiedad de mi amada; iba á constituirse inmediatamente. Luego, yo había llegado á tiempo. Ninguno de los dos salvajes, ni el blanco ni el rojo, había entrado aún en posesión de ella; ninguno de ellos se había atrevido aún á poner su mano sobre la inestimable joya, objeto de su codicia.

Hortensia estaba aún sana y salva, preservada por aquella casual rivalidad. Puesta entre dos rivales, la mutua envidia de éstos había sido su salvaguardia. Tal pensamiento fué un bálsamo para mi corazón; pero ¡qué extraño consuelo!

¡Llegaba á tiempo! Desde la nueva posición que ocupaba, dominaba con la vista todo el campamento, sus hogueras, sus habitantes; pero en ninguna parte veía á Hortensia. Debía estar en la tienda, ó bien... Cruzó por mi mente una nueva sospecha. ¡Tal vez la tuviesen separada de las demás cautivas! ¿La tendrían oculta en el bosquecillo hasta que se pronunciase la sentencia? Esta última suposición traía consigo sus esperanzas y sus resoluciones. Adopté el partido de registrar toda la enramada, pues si lograba encontrarla allí, mi empresa sería de las más fáciles. Aunque tuviese centinelas de vista, sabría arrancarla de sus garras: llevaba en mi cinto la vida de seis hombres, quizás de doce. La superioridad en el número de aquella gente desarmada no sería nada ante mis revólvers, aparte de que ya había observado que casi todos los salvajes habían amontonado sus armas á un lado: tan grande era su seguridad.

También podía encontrarla sola, ó quizás con un solo guardián, pues la reunión del consejo hacía probable esta suposición. Todos los guerreros debían asistir á él; unos para tomar parte directa, otros por interesarse en el resultado, ó simplemente por curiosidad, para seguir sus peripecias, pues todos debían tener asimismo cierto interés en el éxito del litigio: todos, era indudable.

Sin detenerme á reflexionar más, me interné en el bosquecillo para ponerme en busca de la cautiva. Era un terreno favorable á mi mar-

cha; había poca maleza, y los árboles no estaban muy apiñados, pudiendo pasar fácilmente entre ellos, sin tener necesidad de encorvarme ni hacer ruido. Además, me favorecía el ruido sordo de mi calzado, así como el denso y obscuro follaje que se extendía sobre mi cabeza, ocultándome la vista del cielo.

El principal arbusto de aquel bosque era el pecán vegetal, siempre verde, y estos arbolillos tenían aún todas sus hojas. A raros intervalos, y en los sitios en que mediaba mayor distancia entre sus troncos, los rayos de la luna lograban penetrar al través de su espeso

Harto ocupados aquellos monstruos en vigilar á sus desdichadas cautivas, no repararon en mí, y continué mi marcha sin que me molestasen. Recorrí sucesivamente todos los senderos del bosquecillo, deslizándome por ellos con la mayor rapidez que me fué posible. Penetré en cada espesura, en cada claro; lo registré todo, hasta los límites más apartados del bosque. Ví también hombres y mujeres desolados, ví nuevas atrocidades de los pieles-rojas; pero no encontré á la que buscaba.

—Estará en la tienda: es forzoso que esté allí,—pensé.



Hisoo-royo ante el consejo

ramaje. La superficie del suelo estaba, pues, resguardada de la luz, y los angostos senderos que yo atravesaba casi tan oscuros como si no hubiese habido luna.

Sin embargo, por escasa que fuese la luz, había la bastante para permitirme observar un horrible espectáculo.

No me equivoqué en mis conjeturas: no todos habían acudido al consejo, ni todas las mujeres cautivas estaban reunidas al rededor de las hogueras del vivac.

De pronto ví á aquellos hombres junto á sus indefensas víctimas, hermosas mujeres blancas, que estaban allí con la cabeza baja, macilentas, desmelenadas, llorosas.

Al ver aquello hirvió mi sangre, sentí una violenta indignación, y á cada vuelta que daba estaba á punto de sacar mi cuchillo de caza ó de empezar á tiros; á cada paso me acometían unos furiosos deseos de inmolarme uno de aquellos seres. Lo único que me contuvo fué el peligro desesperado de mi propia situación, fueron los temores que me inspiraba Hortensia, temores más vivos que nunca.

¡Qué horribles pensamientos se agolparon á mi mente, engendrados por el aspecto de las atroces escenas que pasaban en torno mío!

Volvíme hacia el lado de este pabellón, y, avanzando furtivamente, llegué en breve á ponerme junto á los árboles que resguardaban su parte posterior. Allí me detuve, y miré con precaución al través de las hojas que separé con la mano.

No necesité buscar más: tenía á Hortensia ante mis ojos.

CAPITULO XLVII

PREPARATIVOS

¡Allí estaba mi amada! Podía verla, oirla, tocarla, pero no me atrevía á extender mi mano; no osaba hablarle; apenas me arriesgaba á mirarla. Temblábanme los dedos al separar las hojas; el corazón me palpitaba con violencia y oía distintamente sus latidos rápidos é irregulares.

Al principio no ví á Hortensia. Mirando por entre el ramaje, contemplé un espectáculo que me sorprendió y que absorbió algún tiempo mi atención. Desde la última vez que dirigí la vista á la hoguera grande, habíase efectuado un cambio completo en la agrupación de los personajes que le rodeaban, y aquel cuadro me

tuvo suspenso hasta el punto de no acordarme de otra cosa.

La hoguera ya no despedía llamas, ó si acaso chisporroteaba ligeramente; y cuando la atizaban, los troncos abrasados convertidos ya en carbones lanzaban un resplandor más tenue, pero más rojo y que, al parecer, iluminaba mejor; resplandor que subsistía algún tiempo, porque la hoguera era tan enorme que proyectaba una especie de iluminación por todo el campamento hasta sus últimos límites.

En torno del fuego seguían aún los salvajes colocados en círculo; pero ya no estaban de pie ni formaban grupos irregulares como había observado antes: al contrario: todos estaban sentados ó en cuclillas á igual distancia entre sí, trazando una línea curva que rodeaba como un cinto el enorme montón de candentes cenizas.

Eran unos veinte. No los conté, pero advertí que llevaban el traje nacional, las polainas y los calzones hasta la cintura; el resto superior del cuerpo desnudo, aunque no les faltaban los brazaletes ni los adornos de conchas en la nariz, en el cuello y en las orejas, ni dejaban de ir profusamente pintados con yeso, ocre y bermellón.

No cabía dudar que aquél era el consejo.

Los demás indios, los que llevaban traje de capricho, continuaban allí, pero algo apartados, á dos ó tres pasos del círculo, y hablando en voz baja en grupos de tres ó cuatro; otros seguían paseando un poco más allá de la hoguera.

Abarqué de una rápida ojeada todos estos detalles, tan pronto como pude acostumbrar mis ojos á aquella fatigosa luz. Al poco rato fijé la vista casualmente en Hortensia, y ya no la separé de ella. Temblábanme los dedos entre las hojas, y me palpitaba el corazón con tanta violencia que oía sus sonoros latidos.

En el círculo que formaban los indios al redor del fuego, quedaba una abertura de unos diez ó doce pies, abertura que caía precisamente enfrente de la tierra y encima de la hoguera, y digo encima porque el terreno bajaba en suave declive desde la tienda hasta el riachuelo. En aquel lugar habían hecho sentar á la cautiva, la cual se encontraba de este modo entre la tienda y la hoguera, y algo retirada del círculo del consejo. La desigualdad del terreno me había impedido hasta entonces ver á la infortunada.

Parcíome que estaba medio sentada, medio tendida, en un manto de piel de lobo; ví que tenía los brazos libres, pero las piernas atadas; se hallaba de espaldas á la tienda, y, por consiguiente, de frente al consejo; de suerte que yo no podía verle el rostro; pero no tenía yo necesidad de ello para conocer á la prometida de mi corazón: era difícil equivocarse al contemplar aquellas formas incomparables que se destacaban sobre el resplandor de la hoguera. Sí: era Hortensia.

Más allá del fuego, frente por frente del sitio ocupado por mi amada, ví otro objeto harto conocido: el caballo blanco de los llanos. No

estaba atado á una estaca, sino simplemente á una cuerda cuyo extremo sujetaba un indio. Debían haberle llevado allí momentos antes, porque yo no le había visto hasta entonces. También él, como su dueña, era una presa disputada.

El ser aborrecido que no estaba sentado entre los individuos del consejo, que no figuraba entre los demás grupos, manteniéndose igualmente apartado de unos y otros, el enemigo que veía frente á mí, era Hisoo-royo, el renegado. El talante de los guerreros rojos era salvaje y feroz por demás; aquella amalgama de colores comunicaba á sus rostros un aspecto diabólico; pero ninguno de ellos tenía una cara tan repulsiva, tan infernal como él.

Las facciones de aquel hombre eran naturalmente el tipo de la maldad; mas el uso de la bárbara pintura que había adoptado juntamente con las demás costumbres absurdas de la vida salvaje le añadían una expresión de ferocidad inconcebible. El emblema dibujado en su frente era una calavera con dos huesos cruzados, trazado todo ello con yeso blanco, al paso que ostentaba con orgullo en su pecho una imitación bastante perfecta de la piel ensangrentada de un cráneo, símbolos sumamente apropiados á la brutal crueldad de aquel miserable.

Había algo de repulsivo en aquella piel blanca así desfigurada; porque la verdadera tez del renegado no estaba tan disimulada que no pudiera distinguirse en algunos sitios, formando el fondo de aquel abigarrado embadurnamiento laboriosamente ejecutado; y su tinte relativamente pálido contrastaba de un modo raro con los colores más oscuros de que estaba untado.

Yo no veía al rival de Hisoo-royo. Le buscaba con la vista; pero en vano. ¿Sería alguno de los que estaban al redor? ¿No habría llegado todavía? Como era el hijo del jefe principal, quizá estuviese dentro de la tienda. Esta última conjetura me pareció, sin duda, la más probable.

Trajerón la gran pipa del consejo, que encendieron en la hoguera central y que recorrió después todo el círculo, pasando de boca en boca, sin que cada salvaje se permitiera aspirar más que una sola bocanada de humo de tabaco de aquella augusta pipa. Ya sabía yo que aquélla era la ceremonia de inauguración del consejo. Iban á comenzar los debates.

CAPITULO XLVIII

LLAMAMIENTO

La nueva posición en que la casualidad me había colocado no podía ser mejor aunque la hubiera escogido, pues tenía ante mi vista la hoguera del consejo y el consejo mismo, los grupos formados á su alrededor. En una palabra: toda el área del campamento. Y lo más importante era que podía ver sin ser visto.

A lo largo del lindero del bosquecillo se extendía una estrecha zona de sombra, parecida

á la que secundó mi paso por el cauce del riachuelo y producida por la misma causa, pues el bosque y la corriente eran paralelos. Los rayos de la luna caían oblicuamente sobre aquella selva en miniatura; de modo que, protegido por el espeso follaje de los pecanes, estaba oculto por detrás, al paso que la tienda me protegía por delante del resplandeciente fulgor de la hoguera.

En dos minutos hice las observaciones que detallo aquí. Casi instantáneamente comprendí por intuición las particularidades que más me interesaban; casi instantáneamente dominé la situación, y en seguida me consagré á sacar todo el partido posible de ella.

Comprendí que no podía seguir más que un camino, que necesitaba llevar á cabo mi objeto primitivo. A la vista de tanta gente, no tenía la menor probabilidad de arrebatarse á la cautiva con sigilo. Era menester, pues, apoderarme de ella abiertamente y por medio de un audaz golpe de mano. Estaba convencido de ello.

Pero ¿cuándo debería hacer esta tentativa?

La pobre joven apenas distaba diez pasos de mí. No me quedaba la menor esperanza de tener tiempo para precipitarme sobre ella y desatarle las piernas con mi cuchillo, pues sería imposible escapar antes que los salvajes se lanzasen sobre nosotros.

Hortensia estaba demasiado cerca de ellos, demasiado cerca de aquel renegado que la reclamaba como una cosa de su propiedad. El miserable se hallaba casi inclinado sobre ella: con sólo largar la mano podía tocarla. Aquel bandido llevaba en el cinto la larga hoja triangular de un puñal español. Habría podido derribarme de un solo golpe con tan terrible arma antes de haberme sido posible cortar una de las ligaduras de la desdichada. Así, pues, era preciso esperar mejor ocasión, y esperé.

Recordaba las últimas palabras de Rube. Me había aconsejado que no procediese con precipitación, dándome por razón que si era forzoso dar *un golpe de pujavante desesperado para acabar*, convenía, al menos, no jugar el todo por el todo hasta el último extremo, y en aquel momento las circunstancias no podían ser más desfavorables.

Persuadido de ello, dominé mi impaciencia, y reuní el valor suficiente para aguardar. Espiaba á Hisoo-royo, á los indios acurrucados junto al fuego y á los grupos que paseaban separados de él y que de vez en cuando se paraban delante de la pobre Hortensia.

Hasta entonces no había podido ver el rostro de mi amada: tan sólo contemplaba por detrás aquella imagen encantadora tan profundamente grabada en mi corazón. Pero ante la amenaza del peligro que estaba suspendido sobre nuestras cabezas, acudían á mi mente extrañas ideas. Sentía un violento y singular deseo de verla de frente, pues me acordaba del atroz herrero.

Al fin, la fortuna tuvo á bien sonreirme. Concurrían en mi favor tantos pequeños incidentes, que empezaba á creer en un destino más

propicio, y que mis esperanzas de buen éxito crecían á ojos vistas. La cautiva volvió la cabeza, y pude ya contemplar su rostro: no había ninguna señal en aquella hermosa frente, ni una cicatriz en aquellas tersas mejillas: su delicado cutis estaba tan intacto, tan suave, tan diáfano como siempre. ¡El odioso herrador se había apiadado de ella! Tal vez ocurriera algún suceso que le interrumpiese en su horrible tarea, ó que le impidiese desempeñarla. ¡Ojalá que al carnicero de la ranchería le hubiera ocurrido lo mismo!

Pero yo no podía cerciorarme de ello; aquella profusión de bucles colgando le tapaban el cuello, el seno, los hombros; todo estaba oculto por aquella espesa cabellera negra, esparcida y destrenzada. Yo no podía adquirir una seguridad absoluta, y, por consiguiente, no me atrevía á tener confianza. ¡Cipriano había visto sangre!

Hortensia no hizo más que echar una ojeada al rededor, y luego volvió la cabeza; pero siguió mirando de vez en cuando hacia donde yo estaba, y hacia otras partes, con evidentes muestras de inquietud y zozobra. ¡Harto adivinaba yo á quién se dirigían aquellas miradas! Demasiado sabía lo que ella quería! Habría deseado pronunciar una sola palabra que llegase hasta ella, murmurar una frase á su oído; pero era de todo punto imposible, porque estaba muy vigilada. Fijábanse en ella envidiosas miradas; más de un salvaje feroz devoraba con la vista su angelical belleza. Era imposible dirigirle una frase, porque la habrían oído cuantos estaban al rededor de la hoguera del consejo: tan profundo era el silencio.

El consejo no había empezado aún la discusión.

Por fin, interrumpió la calma general la voz de un pregonero, que anunció con agudo acento la apertura del consejo.

Había cierto no sé qué tan ceremonioso en todas aquellas disposiciones, se practicaron con tanta regularidad todos los movimientos, que, á no ser porque aquella sesión se celebraba al aire libre, por aquella hoguera, por el aspecto bárbaro y extraño de los trajes y por la horrible pintura de aquellos rostros repugnantes, me habría parecido estar en presencia de un tribunal civilizado.

Y así era, á pesar de no haber verdaderos jueces. Los miembros del jurado desempeñaban también el cargo de tales, porque en la sencillez de una legislación tan primitiva, cada cual debía comprender la ley sin necesidad de intérprete. Los abogados brillaban allí por su ausencia, siendo las partes contendientes las que defendían su causa en persona.

Tales son los simples procedimientos de los altos tribunales de justicia en la pradera.

Resonó el nombre de Hisoo-royo: el pregonero le llamaba á la barra.

Tres veces pronunció este nombre, cada una de ellas levantando más la voz. El heraldó habría podido excusarse de gritar tanto, porque el llamado estaba presente y dispuesto á hablar en su defensa.

Aún resonaba el eco de su nombre, cuando el aborrecible renegado se apresuró á contestar, y, adelantándose hasta un espacio que habían dejado libre en medio del círculo, se detuvo, irguióse cuanto pudo, cruzóse de brazos, y esperó en tal actitud.

En aquel instante dudé si haría bien en precipitarme sobre él y decidir de una vez mi suerte juntamente con la de mi amada. Los guerreros que estaban sentados á la sazón, me parecieron desarmados, y el renegado, de cuyas manos no apartaba yo la vista, se hallaba entonces más distante, pues había tenido que dar la vuelta para ponerse al otro lado de la hoguera. La situación parecía favorable, y hubo un momento en que me dispuse á tomar impulso.

Por fortuna, fijáronse mis miradas en los espectadores reunidos más atrás, muchos de los cuales estaban precisamente en el camino que yo debía tomar, y advertí que en su mayor parte tenían armas. Por último, conocí que hasta el mismo Hisoo-royo estaba aún demasiado cerca.

—Nunca, — pensé, — nunca me podré abrir paso al través de un número tan desproporcionado de enemigos: es imposible romper esa línea: tan sólo el intentarlo sería insensatez.

Aún resonaba en mis oídos el último consejo de Rube, y renuncié de nuevo á aquel proyecto temerario.

CAPITULO XLIX

¡WAKONO!

Hubo un rato de silencio, una pausa verdaderamente solemne que duró más de un minuto.

Interrumpióla uno de los miembros del consejo, incorporándose y previniendo á Hisoo-royo con un ademán que hiciera uso de la palabra.

El renegado se expresó en estos términos:

—¡Guerreros rojos del Hietán! ¡Hermanos míos! *Lo que tengo que decir al consejo será breve. Reclamo la joven mejicana aquí presente como propiedad mía. ¿Quién contradice mi derecho? Reclamo también la posesión del caballo que he cogido yo mismo.*

El orador se detuvo como para esperar nuevas órdenes del consejo.

Otro indio tomó la palabra.

—Hisoo-royo, — dijo, — ha presentado su reclamación acerca de la joven mejicana y del caballo blanco; pero no ha dicho en qué la funda. Que apoye su derecho en presencia del consejo.

Esto lo dijo el indio que había mandado á Hisoo-royo hacer uso de la palabra, y que, al parecer, dirigía la marcha de los debates: no obraba en virtud de su autoridad, sino porque era el más anciano de todos los presentes, circunstancia que da la preeminencia entre los indios.

—¡Hermanos! — prosiguió el renegado conforme á la orden del presidente. — Mi reclama-

ción es justa, como todos podréis juzgar; sé que vuestro corazón es leal y que no negaréis su entrada en él á la justicia. No necesito recordaros vuestra propia ley que dice que quien coge un prisionero tiene el derecho de quedárselo y de hacer de él lo que le plazca. Tal es la ley de esta tribu y de la mía también, porque la vuestra es la mía.

Un murmullo de aprobación interrumpió por un momento este inspirado discurso.

—¡Hietanos! — continuó el orador. — Tengo la piel blanca, pero el corazón del mismo color que vosotros. Me habéis hecho el honor de adoptarme. *de acogerme en vuestra nación; me habéis distinguido haciendo de mí, primero un guerrero, después un jefe. ¿Os he dado motivo alguna vez para que os arrepintáis de lo que habéis hecho por mí? ¿He burlado jamás vuestra confianza?*

Una aclamación unánime le dió una respuesta negativa.

—Tengo, pues, confianza en vuestro amor á la justicia y á la verdad: no temo que el color de mi piel ciegue vuestros ojos, porque todos conocéis el color de mi corazón.

A este rasgo de elocuencia contestaron con nuevas señales de aprobación.

—Pues bien, hermanos: escuchad mis razones. Reclamo la joven y el caballo. No necesito recordaros *dónde y cómo los hemos encontrado*: vuestros ojos han sido testigos de esta doble captura. Se ha hablado de no sé qué duda acerca del que la había efectuado, porque eran muchos los hombres que fueron en persecución de ambos. Pero yo niego que exista la menor duda. Mi lazo fué el primero que cayó sobre la cabeza del caballo, el primero que se ciñó al cuello del animal, el primero que le obligó á detenerse. Coger el caballo era también coger á la que llevaba encima; y como yo lo he hecho, ambos son mis cautivos. Reclamo la joven y el caballo como propiedad mía. ¿Quién niega mi derecho? ¡Que se levante y venga aquí!

Luego de lanzar este reto con enfático y seguro tono, aquel nuevo Demóstenes volvió á tomar su anterior actitud, y, cruzándose de brazos, se quedó silencioso é inmóvil.

Siguió á su discurso una nueva pausa, á la cual puso asimismo fin un ademán del viejo guerrero que había hablado antes. Este ademán se dirigía al pregonero, que, elevando su voz, gritó con chillón acento:

—¡Wakono!

Este nombre me estremeció como si me hubiese herido una flecha. A mí me llamaban de aquel modo. ¡Yo era Wakono!

Repitióse dos veces más este nombre, y siempre en más alta voz.

—¡Wakono! ¡Wakono!

Un rayo de luz cruzó por mi mente: Wakono era el rival y el litigante. Era aquel cuyos calzones me había puesto, cuyo magnífico manto pendía de mis hombros, cuyo adorno de plumas engalanaba mi cabeza; el hombre que llevaba pintada en el pecho una mano encarnada y en la frente una cruz: aquél era Wakono.

No puedo expresar la singular tentación que

me causó este descubrimiento. Hallábame en una situación peligrosa, me temblaban los dedos, solté las ramas y me llevé las manos á los ojos, casi sin atreverme á echar una ojeada sobre el teatro de aquella amenazadora escena. Permanecí algún tiempo sin hacer el menor movimiento, el más ligero ruido, pero no sin sentir cierto estremecimiento. No podía contener las crispaciones de mis nervios, terriblemente excitados. Escuchaba, pero sin mirar.

Reinó un intervalo de silencio, durante el cual todos procuraron reprimir su respiración.

rando otra vez las ramas, me arriesgué á mirar.

Desde luego observé que reinaba en el consejo cierta confusión. Habíase dado á Wakono por ausente. Sin embargo, los miembros del jurado seguían aún en cuclillas y conservaban su aspecto flemático. Pero los guerreros más jóvenes, colocados en torno de ellos, lanzaban destempladas exclamaciones y no hacían más que ir y venir á cada momento, con ese ademán inquieto que demuestra á la vez el desaliento y la sorpresa.



Parándome á la sombra de los árboles, esperé, empuñando el cuchillo de caza

Nadie se movía ni trataba de tomar la palabra. Todo el mundo esperaba el resultado de la intimación.

Resonó de nuevo la voz del pregonero, gritando tres veces:

—¡Wakono! ¡Wakono! ¡Wakono!

Siguióse un tercer intervalo de silencio; pero percibí confusos murmullos de sorpresa y desaliento tan luego como advirtieron que el indio no respondía por su nombre. Yo era el único que conocía el secreto de su ausencia. Sabía que Wakono no podía presentarse y que yo no lo permitía.

Me habían cogido de improviso.

No pude menos de contemplar la situación por su lado chistoso, y lo cierto es que la cosa era tan ridícula, que, aun amenazado por un gran peligro, sentía unas extraordinarias ganas de reír; pero pude comprimirlas, y, sepa-

En este momento crítico, ví salir un indio de su tienda: era un hombre de aspecto bastante venerable, pero más bien por su edad que por su grave expresión. Los años habían surcado de arrugas sus mejillas, y tenía los cabellos blancos como la nieve, cosa rara en los indios. Advertíase en aquel individuo cierta cosa que le hacía parecer uno de los jefes de la tribu; y como Wakono era hijo del jefe, y el jefe sería, sin duda, un anciano, el que estaba viendo debía ser el padre de Wakono. Así lo presumí, y no tardé mucho en ver que mi conjetura había resultado exacta.

El indio de blancos cabellos se acercó al límite del círculo de los guerreros, á los que impuso silencio con un ademán. Obedeciéndose al punto esta orden, cesaron en seguida los murmullos, y todos se recogieron para prestarle atención.

CAPITULO I

EL ANCIANO

—¡Hietanos!—empezó á decir el anciano jefe, que tal era, en efecto, la calidad del venerable indio.—¡Hietanos, hijos y hermanos míos en el consejo! A vosotros acudo para diferir el juicio de este asunto. Soy vuestro jefe, pero no quiero que por este concepto me tengáis

un guerrero valiente: no digo lo contrario. Tiene un corazón entero y fuerte brazo; ha arrancado muchas cabelleras á los enemigos de los hietanos; me complazco en reconocerle estas cualidades; pero ¿cuál de nosotros no haría otro tanto?

A esta pregunta respondió un coro general de exclamaciones guturales, lanzadas á la vez por el consejo y los espectadores. Por el tono y el modo de expresarla, esta respuesta era



Ví que era Hortensia la que se levantó, brillando en su mano un acero ensangrentado

consideración alguna. Wakono es mi hijo, pero no reclamo favor para él: sólo espero de vosotros la justicia que haríais al más pobre individuo de la tribu. No pido nada en obsequio de mi hijo Wakono. Wakono es un guerrero valiente: ¿quién de vosotros lo ignora? Lleva un escudo y numerosos trofeos arrebatados á esos rostros pálidos tan aborrecidos; sus polainas tienen por adornos cabelleras de utahs y cheyennes; sus pies arrastran largos mechones de cabellos del pawnee y del arapaho. ¿Quién se atreverá á negar que Wakono, mi hijo Wakono, sea un bravo guerrero?

Un murmullo de asentimiento respondió á esta pregunta salida de los labios de un padre.

—También el *Lobo Español* es un guerrero, y

testimonio de una enérgica protesta, y por ella conocí que el favorito de aquella gente no era Wakono, sino más bien el renegado. El anciano jefe lo advirtió también, y se conoció que no le hizo gracia tan expresiva réplica.

Después de una corta pausa reanudó el hilo de su arenga, pero bajo muy diferente tema, porque se puso á hacer con muy distintos colores el retrato de Hisoo royo; y como lo pintó con las tintas más sombrías, era evidente que se expresaba con acritud y hostilidad.

Prosiguió en estos términos:

—Respeto, pues, al *Lobo Español* en lo que vale. Sí: le respeto por la entereza de su corazón y el vigor de su brazo, según he dicho; mas ahora oidme, hijos y hermanos míos. Hay dos

cosas de cada especie: hay el día y la noche, el invierno y el verano, un verjel frondoso y una árida llanura. Pues bien: lo mismo sucede con la lengua de Hisoo royo: usa dos modos de hablar que difieren como la luz de las tinieblas; es doble, ahorquillada como la de la serpiente de cascabel: no hay que fiarse de ella.

El jefe guardó silencio, y el *Lobo Español* obtuvo la palabra.

No trató de defenderse de la imputación de usar un doble lenguaje. Estaría, sin duda, persuadido de que la acusación era bastante justa, y bajo este concepto no recelaba perder su popularidad, pues era cosa sobrado notoria. Verdad que se necesitaba ser un gran embustero para aventajar ó igualar siquiera con respecto á este punto al más insignificante hablador del pueblo comanche, porque el espíritu de mentira proverbial en estos indios podía competir con el de la misma Esparta, si acaso se hizo esta nación acreedora á imputación semejante.

El renegado no se dió siquiera por ofendido. Parecía lleno de confianza en su causa, y replicó sencillamente:

—Si la lengua de Hisoo royo es doble, el consejo no debe dar crédito á sus palabras. Que llamen testigos: muchos hay prontos á confirmar la verdad de lo que ha dicho Hisoo-royo.

—Escúchese primero á Wakono; que hable Wakono. ¿Dónde está?

Esta pregunta salió de diferentes miembros del consejo, que hablaban todos á la vez.

Y en seguida resonó la voz aguda del pregonero, gritando tres veces:

—¡Wakono! ¡Wakono! ¡Wakono!

El jefe tomó de nuevo la palabra.

—Hermanos,—dijo,—hé aquí por qué quería aplazar vuestro juicio. Mi hijo no se halla en el campamento; ha vuelto á seguir el rastro de guerra, y aún no ha regresado. Ignoro qué pretende hacer. Tengo el corazón lleno de dudas, pero no de temor. Wakono es un guerrero valiente y se bastará á sí mismo. No estará ausente mucho tiempo. Pronto le volveremos á ver, y por esta razón os pido un plazo.

Un murmullo de desaprobación acogió esta solicitud. Los partidarios del renegado predominaban sobre los amigos del joven jefe.

Entonces Hisoo-royo se dirigió de nuevo á la asamblea.

—Hietanos: ¿hasta cuándo nos tendrá detenidos aquí una bagatela? Se han ocultado ya dos soles sin haber resuelto el asunto, y, sin embargo, yo no pido sino justicia. Con arreglo á nuestras leyes, no puede suspenderse ningún juicio: es menester que el botín pertenezca á alguien. Reclamo esos dos objetos como míos, y me ofrezco á presentar testigos que acrediten mi derecho, derecho de que carece Wakono. Y, si no, ¿cómo es que no está presente para proclamarlo? No tiene más pruebas que su palabra. Se avergüenza de presentarse sin ellas ante vosotros, y hé aquí por qué se ha ausentado del campamento en una ocasión como ésta.

—¡Wakono no está ausente!—dijo una voz

salida de entre la turba de espectadores.—¡Está en el campamento!

La noticia produjo gran sensación, y advertí que el anciano jefe participaba también de la sorpresa general.

—¿Quién dice que Wakono está aquí?—preguntó en alta voz.

Adelantóse un indio, en el cual conocí al hombre á quien había yo encontrado cuando acababa de separarse de los guardianes de los caballos, y que, como se sabe, era mi amigo.

—Wakono está en el campamento,—replicó parándose en medio del círculo.—He visto al joven jefe y le he hablado.

—¿Cuándo?

—Hace poco.

—¿Dónde?

Mi amigo indicó el sitio de nuestro casual encuentro.

—Se dirigía hacia allá,—prosiguió,—luego se metió entre los árboles y no le he vuelto á ver más.

Esta noticia sirvió sólo para aumentar la sorpresa del auditorio, pues nadie atinaba á comprender que, hallándose Wakono en el campamento, no se hubiese presentado aún á sostener su reclamación. Su padre estaba, al parecer, más asombrado que nadie. No trató siquiera de explicar la ausencia de su hijo, ni habría podido hacerlo, y guardaba silencio, pareciendo atónito y estupefacto.

Entonces se brindaron varios á ir en busca del guerrero ausente, y presentaron una proposición para enviar mensajeros en todas direcciones y registrar el bosque.

Al oír semejante proposición, sentí calofríos y me flaquearon las rodillas, pues demasiado comprendía que si llegaban á registrar el bosque no tenía probabilidad alguna de conservar mi incógnito por más tiempo. El traje de Wakono era demasiado vistoso, y entre los de aquella gente no había ninguno que se le pareciese. Ningún otro guerrero llevaba un manto de pieles de jaguar, y el suyo debía venderme. La pintura superficial de mi cuerpo no me servía de nada, porque me examinarían á la luz de la hoguera y quedaría descubierto el artificio. Entonces me asesinarían en el acto, me torturarían quizás en castigo de los malos tratamientos que habíamos hecho sufrir al verdadero Wakono y que no tardarían en saberse.

Mis temores llegaban ya hasta el paroxismo, cuando algunas palabras del *Lobo Español* los calmaron de repente.

—¿Para qué buscar á Wakono?—exclamó.—Demasiado conoce su nombre. Le han llamado, y con bastante fuerza, por cierto. Wakono tiene oídos: puede escucharnos si está en el campamento. Llamadle otra vez si queréis.

Esta proposición pareció razonable. La adoptaron, y por cuarta vez el pregonero llamó al joven por su nombre, quedando todos convencidos de que su aguda voz habría llegado hasta los últimos límites del campamento, y aun más allá.

Dejaron pasar cierto intervalo, durante el cual reinó un profundo silencio, aplicando to-

dos el oído para escuchar; pero nadie respondió: Wakono dejó de contestar á esta llamada lo mismo que á las tres anteriores.

—¿No os lo dije?—exclamó el renegado con aire de triunfo.—¡Guerreros! Os pido que sentenciéis.

No le contestaron inmediatamente. Signióse un prolongado silencio, durante el cual nadie pronunció una palabra, ni en el círculo ni fuera de él. Por último, levantóse el más anciano de los miembros del consejo, y, después de aspirar una bocanada de humo en la pipa sagrada, la pasó al indio que estaba sentado á su izquierda. Este, con la misma ceremonia, se la entregó á su vecino, y así sucesivamente hasta que la pipa dió la vuelta á la hoguera y fué á parar á manos del anciano que había fumado primero. El presidente soltó la pipa, y en seguida planteó la cuestión con acento solemne, pero con voz apenas perceptible para los simples espectadores de aquella escena. Recogieron luego los votos y cada cual dió el suyo en voz baja.

Al fin, se pronunció la sentencia, que fué sumamente rara y un tanto inesperada. El jurado, movido por un irresistible impulso de equidad, tomó una decisión amistosa, aceptable por ambas partes: se adjudicó el caballo á Wakono, y declaróse á la joven propiedad del Lobo Español.

CAPITULO LI

DIFÍCIL SITUACIÓN

Esta decisión satisfizo, al parecer, á todo el mundo; y aun el mismo renegado la manifestó así, mediante una horrible sonrisa que desfiguró su rostro. La verdad era que había sacado la mejor parte.

El jefe de blancos cabellos parecía también contento. De los dos objetos en litigio, ¿preferiría el viejo salvaje el caballo? A estar Wakono allí, hubiera sido otra cosa, pues mucho me equivoco ó no se habría conformado tan fácilmente con la sentencia.

El renegado, por su parte, estaba contento. Más aún: manifestaba una inusitada alegría. En su continente se conocía que estaba persuadido de poseer un preciado tesoro, objeto de muchos deseos, y, siéndole imposible disimular el gozo que sentía, acercóse con aire de triunfo y de júbilo al sitio donde yacía la cautiva.

Los indios, sentados hasta entonces para celebrar el consejo, se pusieron en pie después de pronunciar la sentencia: la asamblea quedaba disuelta. Varios de ellos se marcharon á donde los llamaban sus quehaceres; otros permanecieron junto á la hoguera, mezclándose con sus camaradas, no ya con la gravedad de jurados, sino charlando, riendo y gesticulando del modo más alegre del mundo. Todos ellos parecían haber olvidado el proceso y su objeto; demandante, defensor, proceso, nada de esto preocupaba ya sus imaginaciones.

Habíase hecho entrega ya del caballo á un

amigo de Wakono, la joven pertenecía á Hisoo-rojo: el asunto quedaba, pues, enteramente terminado. Tal vez habría por allí algún joven que, con el corazón agitado, dirigiera alguna pensativa mirada á la linda cautiva; era indudable que más de uno envidiaba la suerte de Hisoo-rojo; pero procuraban ocultar sus sentimientos, y se limitaban á lanzar furtivas ojeadas.

Cuando terminó el consejo, nadie se ocupó ya, al parecer, del renegado, ni de su cautiva de rostro pálido: los dejaron juntos, entregados á sí mismos.

¡A sí mismos... y á mí!

Desde aquel momento, todas mis ideas, todas mis miradas se concentraron en ambos; para mí no había en el mundo más interés que espiar al lobo y á la víctima.

El anciano jefe se había retirado á su tienda: Hortensia quedaba sola, abandonada. Pero no permaneció así más que uno ó dos segundos. De otra suerte, yo habría volado junto á ella. Mis dedos buscaron maquinalmente el mango de mi cuchillo de caza; pero no tuve tiempo de hacer nada, porque casi en el mismo instante Hisoo-rojo se acercó á ella.

Dirigíole la palabra en español, porque no quería que los demás pudiesen entender lo que se tratara, y, hablando en esta lengua, sabía que habría menos peligro. Pero casi junto á ellos había alguien que no perdía una palabra: yo, para quien no pasó inadvertida ni una sola sílaba.

—¿Qué tal?—empezó á decir con altanero acento.—¿Qué tal, Hortensia de Castro? ¿Has oído? Ya sé que comprendes la lengua en que han hablado los del consejo, porque es la tuya natal.

Aquel hombre feroz se burlaba de la infeliz.

—Me perteneces en cuerpo y alma: ya lo has oído: ¿no es verdad?

—Sí: lo he oído.

Dió esta respuesta con acento de resignación.

—Creo que debes alegrarte. Soy blanco como tú; te he librado de las caricias de un indio, de un piel-roja. Debes estar satisfecha del resultado del juicio.

—¡Oh! ¡Sí, muy satisfecha!—contestó Hortensia con el mismo tono resignado, que no dejó de sorprenderme.

—¡Es mentira!—contestó aquel ente brutal.—Tú no eres franca conmigo, mi dulce niña. Ayer mismo me dirigías únicamente palabras de desprecio, y, por lo tanto, debes despreciarme aún.

—No me hallo en estado de despreciarle á V.: soy su cautiva...

—Dices bien. No puedes despreciarme ni rechazarme, lo cual, á la verdad, me importa poco: puedes amarme ó aborrecerme, como quieras. Con el tiempo, quizás, me tengas más inclinación de la que yo mismo apetezca; pero eso será cuenta tuya, encantadora doncellita. Mientras tanto, me perteneces en cuerpo y alma; eres mía, y puedo gozar de mi presa á mi albedrío.

Tan groseros insultos hicieron que mi sangre, abrasada ya, hirviera en mis venas. Empuñé el mango de mi cuchillo y encogí las piernas como el tigre que se prepara á saltar sobre su presa. Proponíame, ante todo, derribar á aquel miserable de una puñalada, y luego dejar sueltas las piernas de la cautiva cortando sus ligaduras con la hoja ensangrentada.

Las probabilidades estaban siempre contra mí, pues aún quedaban unos veinte indios al

palabras, me agradó oírlas, y tanto, que detuvieron mi mano y mi impulso, en el momento en que me disponía á saltar y herir. La soledad apetecible á la sombra de un bosquecillo, como él decía, me deparaba una favorable ocasión. Haciendo un violento esfuerzo sobre mí mismo, me contuve, y resolví esperar.

Apliqué el oído para escuchar la respuesta de Hortensia: también la miraba y observaba todos sus movimientos. Advertí que dirigía la



—¡Oh Enrique!—exclamó Hortensia, al reconocerme. Y nos abrazamos con inusitado afán

rededor de la hoguera; y, aun cuando el español cayese al primer golpe, no me sería posible escapar. Pero yo no podía contenerme, y estaba ya resuelto á jugar el todo por el todo en aquel momento terrible, cuando, por fortuna, llegaron á mis oídos otras palabras que me contuvieron.

—Vamos,—exclamó el renegado, dirigiéndose á su víctima é indicándole que le siguiera.—¡Ea! Ven, vida mía. Este sitio es demasiado público, y yo quisiera hablar contigo á solas. Conozco parajes más amenos para reclinarse en ellos esas mórbidas formas, plácidos y solitarios bosquecillos donde estaremos muy bien á la sombra de la enramada. Allí podremos ir, paloma mía. Marchemos.

A pesar del doble y odioso sentido de estas

vista á sus pie; y á las apretadas correas que tenía ceñidas al redor de los tobillos.

—¿Cómo podré seguir á V.?—preguntó con tranquilo acento.

Era indudable que afectaba aquella calma para disimular y que meditaba algún proyecto.

—¡Es verdad!—replicó el bandido, desenvainando su cuchillo.—¡Caramba! No había caído en eso; pero pronto estará arreglado.

Interrumpió de repente su frase, quedándose en una actitud que indicaba cierta vacilación, y permaneció así algún tiempo mirando á su víctima de soslayo. Luego, como si hubiese cambiado repentinamente de idea, envainó el cuchillo exclamando:

—¡No, no me fío de ti! Tienes muy ligeras

las piernas, muchacha, y tratarías de hacerme dar un mal salto. Vale más que te quedes, como estás. ¡Ea! Levántate... Un poco más... Así. Ahora vámonos al bosquecillo.

Al pronunciar estas palabras, el pícaro se inclinó sobre su víctima, que estaba medio tendida en el suelo, y le pasó un brazo por la cintura: entonces la levantó de modo que el seno de la desdichada vino á reposar sobre el suyo.

CAPITULO LII

LA FUGA

Después que el renegado cogió en brazos á la cautiva, incapaz de ofrecer resistencia, se dispuso á llevársela, ó, mejor dicho, á arrastrarla, porque sus pies, sus delicados pies, desnudos y atados, arrastraban por la yerba. Pasó por



El desdichado Wakono pereció miserablemente, atado al tronco del árbol

¡El seno de mi amada sufrió el mancillante contacto del embadurnado pecho de aquel malvado, peor que un salvaje!

¡Visto y no maté á aquel monstruo! ¡Visto y no perdí mi sangre fría! Con dificultad me lo explico, porque semejante calma no es propia de mi naturaleza. Mis nervios, después de haber estado sometidos á tan rudas pruebas durante las horas precedentes, habían adquirido la dureza y rigidez del acero, y esto fué, sin duda, lo que me dió la fuerza necesaria para soportar aquel espectáculo, unido á la esperanza casi segura de aprovechar la favorable ocasión que se preparaba.

Permanecí en el mismo sitio, sereno y dispuesto absolutamente á todo; pero sólo fué por un momento.

delante de la tienda y se dirigió oblicuamente hacia la entrada del bosque. Los salvajes que le vieron, lejos de intervenir, diéronle algunas bromas obscenas que excitaron su hilaridad.

No quise ver ni oír más. Oculto siempre por el ramaje, me deslicé á lo largo del lindero del bosque, marchando con paso rápido, pero sin hacer ruido alguno, á fin de llegar, al mismo tiempo que el innoble raptor, al punto á donde se dirigía.

Logré llegar antes que él, y, parándome á la sombra de los árboles, esperé con el cuchillo de caza empuñado convulsivamente y dispuesto á todo. El peso que llevaba había retrasado á mi enemigo, que se detuvo á la mitad del camino para cobrar aliento, y á la sazón estaba á diez pasos, á lo sumo, de la espesura, con la jo-

ven en brazos. Llamóme la atención que ésta se apoyara en él más de lo que yo creía.

Hubo un instante en que vacilé, dudando entre esperar ó precipitarme sobre Hisoo-royo: la ocasión me parecía tan favorable como podía apetecer. Estaba ya á punto de adoptar el segundo partido y acabar de una vez, cuando ví que el renegado, cogiendo de nuevo á Hortensia, se dirigía en línea recta hacia donde yo estaba oculto.

Había llegado el momento decisivo y mucho más pronto de lo que me figuraba.

Apenas dió el renegado tres ó cuatro pasos más allá del sitio donde se había detenido, cuando le ví tambalearse y caer al suelo, arrastrando á la cautiva en su caída. Parecióme esto resultado de un accidente cualquiera, y así lo hubiera juzgado, á no ser por el rugido salvaje que lanzó Hisoo-royo; rugido que no le haría prorrumpir, sin duda, el efecto de un sencillo tropezón.

Hubo una corta lucha en el suelo; los dos cuerpos se separaron, y luego ví á uno de ellos saltar de pronto hacia atrás: era Hortensia, que tenía un objeto en la mano, un acero ensangrentado en el cual se reflejaba la luz de la luna y el resplandor de la hoguera del consejo. La joven se bajó un momento para cortar con su afilada hoja las correas que le ligaban las piernas, y en seguida echó á correr con todas sus fuerzas por la alfombra de musgo que cubría el suelo del campamento.

Sin detenerme á reflexionar, me eché fuera del follaje para lanzarme en su seguimiento. Pasé junto al renegado, que acababa de incorporarse, pues, al parecer, sólo estaba levemente herido: el asombro le tenía, sin duda, clavado en el mismo sitio; gritaba, juraba, pedía auxilio y profería amenazas de venganza. Fácil me habría sido matarle, y la verdad era que no me faltaban ganas de hacerlo; pero no podía detenerme ni un segundo; no podía pensar sino en alcanzar á la fugitiva para ayudarla á escaparse.

Ya había circulado la voz de alarma por el campamento, donde reinaba una gran agitación, y cincuenta salvajes se lanzaban tras de Hortensia.

Mientras así corríamos, fijóse mi vista en un caballo, en el caballo blanco: un hombre le tenía sujeto por un lazo, se lo llevaba lejos de las chozas, á un sitio donde pastaban los mustangs, é iba á atarlo á su estaca correspondiente.

El hombre y el caballo estaban enfrente de nosotros, precisamente en el momento en que echamos á correr. Hortensia se encaminó en derechura hacia ellos, con una intención que adiviné. Poco después llegaba junto al caballo, apoderándose de la cuerda. El indio se resistía y procuraba recobrarla. Hortensia blandió el ensangrentado acero, haciendo retroceder al salvaje, aunque no soltar la cuerda; pero en un abrir y cerrar los ojos la cortó la joven, y, rápida como el pensamiento, saltó sobre el lomo del caballo blanco y huyó á todo escape.

El indio iba provisto de su arco y su carcaj.

Antes que los fugitivos se pusieran fuera de su alcance, tendió el arco, y partió una flecha de la cuerda vibrante. La oí silbar por el aire, pareciéndome sentir luego el ruido del choque producido al clavarse; pero el caballo no se estremeció.

Mientras corría yo á campo traviesa, tuve la precaución de coger una de las largas lanzas que había en el suelo, y trasasé con ella al indio, antes que tuviese tiempo de poner otra flecha en la cuerda, echando á correr de nuevo sin perder de vista al caballo blanco.

En breve llegué donde estaban los mustangs, muchos de los cuales galopaban sueltos por el prado. Sus guardianes parecían azorados, aunque desconocían la causa de aquella repentina alarma. Así fué que el caballo blanco atravesó sano y salvo con su preciosa carga el espacio que éstos ocupaban. Seguíle á pie, corriendo cuanto podía. Cincuenta salvajes me perseguían ya, atronándose los oídos con sus clamores. Oíales gritar: —¡Wakono!; pero al poco rato les saqué mucha ventaja. Los que cuidaban de los mustangs, también me llamaron por el mismo nombre cuando pasé entre ellos.

Tan luego como hube dejado tras mí la manada de caballos, distinguí de nuevo el corcel blanco, pero entonces sumamente adelantado. No obstante, advertí con alegría que se encaminaba en derechura hacia las apiñadas yucas de que estaba cubierta la colina.

Seguí mi precipitada carrera por las orillas del riachuelo, y al llegar al sitio en que el ribazo estaba cortado, me precipité, sin perder un instante, en la barranca, para coger mi caballo. ¡Júzguese cuál sería mi asombro al advertir que había desaparecido! El noble bruto no estaba ya allí: en su lugar encontré el mustang manchado del indio.

Examiné el riachuelo hacia arriba y abajo de la barranca, así como las dos orillas; pero no ví á Moro. Mi apuro, mi perplejidad, mi furor, eran grandes; no acertaba á explicarme aquel misterio: menester era que anduviesen en ello mis compañeros, quizás Rube; mas ¿por qué? En el ardor de mi precipitación, no pude dar con ningún motivo plausible para tan singular conducta; pero no tuve tiempo para reflexionar.

Saqué al animal fuera del agua, y salté á su lomo para salir del lecho del riachuelo. Al llegar al nivel de la llanura, ví varios hombres á caballo, que llegaban del campamento á rienda suelta: eran los salvajes, que volaban en persecución de su cautiva. Uno de ellos iba mucho más adelantado que los demás, y casi le tenía encima, cuando aún no me había sido posible hacer emprender la fuga á mi nueva cabalgadura. Merced á la luz de la luna, le conocí sin dificultad: era Hisoo-royo, el renegado en persona.

—¡Esclavo!—me gritó en comanche y con acento altanero y furibundo.—Tú has combinado todo este plan. ¡Infame, corazón de mujerzuela, cobarde, vas á morir! La cautiva blanca es mía. ¡Sí, mía! ¿Lo oyes, Wakono? Y tú...

No pudo acabar la frase.

Yo no había soltado la lanza comanche, y entonces me vinieron bien los seis meses de servicio que pasé en un regimiento de lanceros. El mustang se portó á las mil maravillas, llevándome directamente hacia el enemigo. Poco después el renegado y su caballo iban cada cual por su lado: el primero rodando por la yerba, traspasado por la larga lanza, en tanto que el otro galopaba sin jinete por la pradera.

Pero el grupo que seguía á Hisoo-royo me acosaba ya: eran, lo menos, veinte salvajes, y si me descuidaba me vería completamente cercado. Afortunadamente, se me ocurrió una idea muy oportuna. Por el camino había observado que me tomaban por el famoso Wakono. En el interior del campamento, éste era el nombre que me habían dado, y los que guardaban los caballos acababan de aplicármelo también en el momento de pasar junto á ellos. —¡Wakono!, gritaban asimismo los que perseguían á la fugitiva; y, por fin, el renegado cayó, pronunciando el mismo nombre. Mi caballo manchado, mi manto de pieles de jaguar, mis adornos de plumas, la mano encarnada, la cruz blanca, todo ello me hacía pasar por el hijo del anciano jefe indio.

Hice avanzar dos ó tres pasos á mi caballo, y le paré enfrente de mis perseguidores. Luego, levantando el brazo y agitándolo con ademán amenazador, les grité con estentórea voz:

—¡Sí: soy Wakono! ¡Ay del que me siga!

Dije estas palabras en comanche, y no sé si las pronuncié correctamente; pero tuve la satisfacción de ver que me habían entendido. Verdad era que mis ademanes no podían dejar la menor duda á los salvajes con respecto á su significación. En fin, sea por una causa ó por otra, ello fué que se quedaron todos parados, sin atreverse á dar un paso más; y, aprovechándome de esta circunstancia, volví riendas, emprendiendo una carrera tan rápida como pudo soportar el mustang.

CAPITULO LIII

FINAL

Al volverme hacia el lado de la colina, observé que el corcel de la doncella corría con menos velocidad. Su blanco pelaje, que brillaba á la luz de la luna, habría podido verse fácilmente mucho más lejos. Habíame figurado divisarle á mayor distancia. Bien es verdad que el tiempo que invertí en atravesar de una lanzada al renegado y en contener á los salvajes apenas llegó á medio minuto, durante el cual no podía perderse de vista el caballo blanco.

Aún corría por el espacio que se dilataba entre donde yo estaba y al pie de la colina, siguiendo de cerca, al parecer, la orilla del riachuelo. Lancé mi corcel indio á todo escape, sirviéndome de la punta del cuchillo de caza como de látigo y espuela. Ya no me molestaba la lanza, pues se había quedado hincada en el pecho de Hisoo-royo.

Mi vista no se apartaba del caballo blanco,

que se iba acercando al bosque que rodeaba la base de la eminencia, y estaba ya casi junto al recodo donde me había echado al agua, siendo probable que en breve desapareciera entre la espesura. Mas de pronto le ví torcer á la izquierda y lanzarse por este lado en plena pradera, dejándome atónito con tal movimiento, por cuanto me figuraba que la fugitiva trataría, ante todo, de guarecerse en el bosque. Sin embargo, no me entretuve en adivinar la causa de semejante maniobra; hice seguir la diagonal al mustang, y continué corriendo á reventa caballo en aquella nueva dirección.

Tenía esperanzas de acortar la distancia que nos separaba, gracias á la ventaja que me dió tan repentino cambio; pero el paso del maldito caballo indio me dejaba mucho que desear, no admitiendo comparación alguna con el de mi rápido Moro. Conocí, pues, que no sacaba la menor ventaja al caballo blanco, antes, al contrario, la distancia aumentaba por segundos.

Entonces divisé un jinete de sombrío aspecto que corría á lo largo de la base de la colina como para cortarme el paso, y que atravesaba con una rapidez vertiginosa la espesura que había al pie de la vertiente de la pequeña eminencia. Llegaba con claridad á mis oídos el ruido que hacía el ramaje al azotarle los costados de su caballo, siendo indudable que aguijoneaba á éste cuanto le era posible, y que á la vez procuraba ocultarse á la vista de las personas que pudiera haber en la llanura.

Depronto, conocí que aquel corcel era el mío, y que llevaba sobre su lomo el cuerpo flaco y desvenecado del viejo Rube.

Un instante después nos encontramos al salir en la espesura. Sin decirnos una palabra, saltamos á tierra simultáneamente, cambiamos al punto de caballo y volvimos á montar sin detenernos.

¡Gracias á Dios que era Moro el noble animal á quien oprimía entre mis rodillas!

—Ahora, capitán,—me gritó el cazador al separarnos,—¡á escape con cinco mil demonios, y atrape V. á la señorita! Pronto seguiremos su pista. Todo marcha á pedir de boca. ¡Adelante, pues, y á escape!

No necesitaba yo, por cierto, las excitaciones de Rube, á quien dejé con la palabra en la boca, emprendiendo una carrera indescriptible. Entonces pude comprender la causa de no haber encontrado á Moro donde lo dejé: fué una idea que se les ocurrió á los astutos cazadores. Si yo hubiera montado en las inmediaciones del campamento, habría sido muy probable que los indios recelaran algo y continuaran en mi persecución. Así, pues, gracias al mustang manchado, pude desempeñar mi papel hasta lo último. A la sazón, disponía de un caballo con el cual podía contar, y, por lo tanto, seguí corriendo con nueva esperanza y vigor.

Por tercera vez iban á competir en velocidad los dos animosos corceles, el negro y el blanco; por tercera vez iba á entablarse una lucha entre los dos nobles brutos, orgullo de la creación.

Yo corría en silencio y sin atreverme apenas

á respirar: tan grande era el temor que me infundía el resultado de aquella aventura; pero el caballo blanco de los llanos me llevaba una gran ventaja. Mis dos encuentros, con el *Lobo Español* primero y con Rube luego, me habían hecho perder, lo menos, una milla de terreno. A no ser por la claridad de la luna, tal vez lo hubiese perdido completamente de vista; pero estábamos en campo raso; el astro de la noche brillaba en todo su esplendor, y el pelaje del animal, con su nivea blancura, me servía de faro para dirigir mi marcha.

al corcel blanco tambalearse y caer al suelo de cabeza. No por eso detuve mi ímpetu, y en menos de un minuto me detuve, por decirlo así, sobre el caballo y la fugitiva Hortensia, que aún yacían en el suelo. Apeéme al punto, en el momento en que Hortensia conseguía salir de debajo de su caballo y se ponía de pie, irguiéndose ante mí, y apretando con su pequeña mano su cuchillo ensangrentado.

—¡Salvaje: no te acerques á mí!—exclamó en comanche y con ademán que indicaba su resolución.



Después de luchar cuerpo á cuerpo, los voluntarios vencieron á la partida de Ijurra

Hacia poco tiempo que corría de aquel modo, cuando observé que Moro ganaba rápidamente terreno á su adversario. De seguro que éste no debía desplegar toda su velocidad; de seguro que llevaba un paso más lento que de costumbre. ¡Si la que en él iba montada supiese quién era el que la perseguía!... ¡Si pudiera oírme siquiera!...

Habría podido llamarla, pero estaba aún demasiado lejos. Aun cuando hubiese gritado con todas mis fuerzas, no me habría oído, y mucho menos conocido mi voz.

Continué, pues, corriendo sin decir una palabra. Acercábame á mi objeto, acercábame constantemente y á la simple vista. O se acortaba, sin duda alguna, la distancia, ó se engañaban mis ojos á la confusa claridad de la luna. Parecíame que el caballo blanco avanzaba con trabajo, como si estuviese cansado desde el principio de la carrera. Parecíame... Pero no tenía la seguridad de que su rapidez disminuía, y me acercaba cada vez más, hasta que apenas mediaron trescientos pasos entre nosotros.

Entonces podían oírse ya mis gritos; llamé esforzando mi voz cuanto pude; llamé á mi amada por su nombre, uniéndolo al mío, pero no obtuve respuesta, ni la menor señal de inteligencia que me reanimara. El terreno que todavía nos separaba favorecía mi carrera, é iba á excitar de nuevo mi caballo, cuando ví

—¡Hortensia! No te figures: soy...

—¡Enrique! ¡Oh Enrique!

Nos abrazamos con inusitado afán, sin añadir otra palabra, sin que se oyese más ruido que el de nuestros corazones, que latían estrechamente unidos.

Encontrábame allí, en medio de la llanura, rodeado de un poético silencio, con mi amada entre los brazos. Moro estaba á nuestro lado, arqueando orgullosamente su soberbio cuello y tascando el freno entre sus labios llenos de espuma. A nuestros pies, yacía el caballo blanco de los llanos, con la punta de la flecha del salvaje en las entrañas, y la barbada hasta saliéndole por un costado. Tenía los ojos fijos y vidriosos; la sangre brotaba aún de sus abiertas narices; pero sus finas y hermosas piernas guardaban la inmovilidad de la muerte.

Entonces vimos varios jinetes que se acercaban corriendo; pero no tratamos de huir de ellos, pues los habíamos conocido.

Miramos luego atrás, sin advertir el menor indicio de persecución, á pesar de lo cual no quisimos permanecer allí tranquilos y confiados, pues ignorábamos si los indios se decidirían á ir en busca de su cautiva, aparte de que los amigos de Hisoo royo tal vez trataran de ponerse sobre la pista del homicida Wakono.

Echamos, pues, una mirada de despedida sobre los restos del pobre animal, que yacía sin

vida á nuestros pies, y picamos espuela para alejarnos de allí cuanto antes.

Iba ya á despuntar el día, cuando hicimos alto para descansar un poco, pero tomando antes la precaución de prender fuego á la pradera detrás de nosotros. Nos guarecimos en un lindo bosquecillo de acacias, donde había un mullido césped que brindaba al reposo, y en el que se tendieron mis cansados compañeros sin hacerse de rogar.

Yo no quise entregarme al sueño, á fin de velar el de mi amada. Su encantadora cabeza

su fin! Es un relato repetido en los vivacs de la pradera, tantas veces como el del esqueleto de un guerrero indio, al que se encontró fuertemente abrazado al tronco de un árbol.

Wakono pereció miserablemente. Acaso fuera yo el único que sintiese ciertos remordimientos á causa de su muerte; mas el recuerdo de aquel escudo adornado de cabelleras, las espantosas escenas ocurridas en aquel bosquecillo consagrado á la Venus salvaje, de aquellas cautivas deshechas en llanto, encorvadas para siempre bajo el peso de un lamenta-



D. Pedro de Castro recobró la libertad, y pudo dar la bienvenida á su hija y á su futuro yerno

descansaba sobre mis rodillas; su mejilla, tan suave y de sonrosado color, tenía por almohada el manto de pieles de jaguar, y yo no apartaba los ojos de su rostro. Las gruesas trenzas de sus cabellos pendían á un lado, y entonces ví...

El carnicero de la ranchería, aquel hombre terrible, la había respetado también, ó bien le detuvieron el brazo á peso de oro en aquel cruel momento. Unicamente distinguí una pequeña cicatriz en el sitio de donde le habían arrancado las anillas de oro que pendían de sus orejas, y de las cuales había brotado la copiosa sangre que advirtió Cipriano.

Me consideraba demasiado venturoso para poder dormir. Aquella fué la última noche que pasamos en la pradera, y antes de ocultarse el nuevo sol atravesamos el Río Grande, llegando poco después al campamento del ejército americano. Cobijada bajo las anchurosas alas del águila de la Unión, mi amada podía considerarse completamente segura, hasta que sonase la suspirada hora en que...

En cuanto á los comanches, no volvimos á oír hablar de ellos; pero más adelante nos contaron la historia de uno solo de su banda, horrible historia, por cierto.

¡Desdichado Wakono! ¡Cuán desastroso fué

ble destino, la imagen de tan horrorosas realidades, surgía sin cesar ante mis ojos, ahogando el remordimiento que, á no ser por eso, me habría ocasionado siempre la suerte de aquel salvaje nacido con mala estrella. Sus acciones le hicieron merecedor de semejante muerte, por espantosa que fuese; muerte tan justa quizás como lo son, por lo común, los castigos.

El interés dramático de la presente historia exige también la muerte de Ijurra, y que éste muera, además, á manos de Perkins. La verdad de los sucesos me permite satisfacer esta exigencia.

Al volver al campamento supe que era un hecho consumado. ¡Mi teniente había vengado, al fin, la sangre de su hermano! Es una historia conmovedora, para cuyo relato se necesitarían muchos capítulos que no puedo unir á estas páginas: contentémonos, pues, con algunos detalles.

Después de la horrible noche de que hemos hablado, Perkins encontró un auxiliar lleno de ardor para ayudarle en su designio de vengarse del asesino. Aquel auxiliar era un hombre que ansiaba la venganza tanto como él: era Osborne. Seguidos ambos de un puñado de valientes, se lanzaron sobre la pista de la guerrilla, y, guiados por Pedro, se metieron hasta

mucho más allá de las líneas enemigas. Lo mismo que sabuesos corrieron día y noche sobre aquella pista, hasta el momento en que lograron sorprender á los guerrilleros en su guarida. Trabóse al punto una encarnizada lucha cuerpo á cuerpo, al arma blanca y puñal en mano; pero, al fin, vencieron los voluntarios. La mayor parte de sus enemigos quedaron tendidos en el campo y la partida casi aniquilada.

Ijurra murió á manos del mismo Perkins, al paso que la muerte del *Zorro*, el salteador de rojos cabellos, á quien Osborne arrancó la vida, expió la barbarie cometida con la pobre Conchita.

Completa fué la venganza de mis dos bravos segundos, por más que nunca pudiera desaparecer la pesadumbre de sus corazones. Su expedición dió, además, otros frutos. En el cuartel general de la guerrilla encontraron un gran número de prisioneros, yankes y ayankeados, entre los cuales estaba el hábil diplomático D. Pedro de Castro.

El anciano hidalgo recobró la libertad, y acababa de llegar al campamento americano en ocasión muy oportuna de dar la bienvenida á su hija y á su futuro yerno, que regresaban de su gran viaje por la pradera.





INDICE

CAPÍTULOS	PÁG.	CAPÍTULOS	PÁG.
I.—En el bosque.	1	XXVII.—Perplejidades.	46
II.—Despedida.	4	XXVIII.—Detalles.	48
III.—En acecho.	5	XXIX.—El renegado.	50
IV.—Socorro á tiempo.	6	XXX.—Aviso.	51
V.—La misiva.	9	XXXI.—Meditaciones.	52
VI.—La partida.	10	XXXII.—Nuevo calorífero.	54
VII.—En el cuartel general.	12	XXXIII.—Otro aviso de Hortensia.	55
VIII.—Escapada.	14	XXXIV.—Más noticias.	57
IX.—Estragos de la guerra.	16	XXXV.—Un prisionero.	58
X.—Infaustas nuevas.	17	XXXVI.—Buena idea.	59
XI.—Persecución.	20	XXXVII.—Disfraz.	61
XII.—Contratiempo.	22	XXXVIII.—A la vista.	63
XIII.—Sigue la marcha.	23	XXXIX.—El campamento.	64
XIV.—Otra idea.	25	XL.—Consejo.	65
XV.—Nuevas inquietudes.	26	XLI.—Ideas de Rube.	66
XVI.—Huellas de lobos.	28	XLII.—Los consejos de Rube.	68
XVII.—El paso del torrente.	29	XLIII.—El escondite.	70
XVIII.—¿Otro peligro?.	31	XLIV.—Dentro del campo.	71
XVIII.—Tropiezo fatal.	33	XLV.—Detalles.	73
XIX.—¡Perdido!.	35	XLVI.—Amigo importuno.	74
XX.—Los jabalíes.	36	XLVII.—Preparativos.	76
XXI.—Incendio.	38	XLVIII.—Llamamiento.	77
XXII.—La sed.	40	XLIX.—¡Wakono!.	78
XXIII.—Triste espectáculo.	42	L.—El anciano.	81
XXIV.—Hipótesis.	43	LI.—Difícil situación.	83
XXV.—Indicios alarmantes.	44	LII.—La fuga.	85
XXVI.—Examen de huellas.	45	LIII.—Final.	87

